

The background of the cover features a stack of several old, thick books with worn, yellowed pages and dark covers. A fountain pen with a dark nib is positioned diagonally across the lower left, with several splatters of red ink scattered around it. The overall aesthetic is historical and dramatic.

MIRIAM CONDE

EL  
CORREO  
DE  
NAPOLEÓN

EL CORREO DE NAPOLEÓN

MIRIAM CONDE

*Copyright © 2019 Miriam Conde  
Todos los derechos reservados.*

<http://www.miriamconde.com>

## *EL CORREO DE NAPOLEÓN*

[Capítulo 1. Un curioso descubrimiento.](#)

[Capítulo 2. Llega Napoleón.](#)

[Capítulo 3. Comienzan las pesquisas.](#)

[Capítulo 4. Por los caminos de la guerra.](#)

[Capítulo 5. En busca de los ingleses.](#)

[Capítulo 6. Intrigas en palacio.](#)

[Capítulo 7. Un descubrimiento amargo.](#)

[Capítulo 8. Un trabajo inacabado.](#)

[Capítulo 9. Hacia París.](#)

[Capítulo 10. Elisa de Saldaña.](#)

[Capítulo 11. Un enemigo peligroso.](#)

[Capítulo 12. Descifrando a Brèvis.](#)

[Capítulo 13. La fiesta de Josefina.](#)

[Capítulo 14. Dentro de la pirámide.](#)

[Capítulo 15. Todo está perdido.](#)

[Epílogo. El gran tesoro.](#)

[Otros libros de la autora:](#)

[Acerca de la autora:](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

## *Capítulo 1.*

### *Un curioso descubrimiento.*

Valladolid, 1990.

—Esto no puede ser, estas medidas están mal —murmuró desconcertado Fernando, rascándose la cabeza mientras estudiaba el plano. No podía imaginarse ni por lo más remoto que ese día su vida cambiaría para siempre.

Los topógrafos, Ramón y Mercedes, suspiraron impacientes y le replicaron, casi a coro:

—Ya lo hemos visto, las hemos repetido tres veces y sabes que el láser no falla.

Fernando volvió al plano, estudiándolo con más atención, y al cabo de unos minutos indicó con energía:

—O mucho me equivoco o aquí hay una estancia escondida.

—¡Sí, hombre, con fantasma y todo! —le replicó Mercedes, mientras guardaba con mimo el medidor láser en su caja.

—Pues si no, ya me dirás dónde se han esfumado los siete metros que faltan —le contestó su compañero.

—Parad ya de decir tonterías y ayudadme, que hay que terminar —les dijo su jefe dirigiéndose hacia una de las esquinas del claustro en el que se encontraban.

Los habían contratado para realizar los planos del convento de Santa Brígida, un palacio renacentista del siglo XVI, mandado edificar por don Francisco de Butrón, abogado de la Real Audiencia y la Chancillería, sobre unas casas de su propiedad. Años después, la familia propietaria sufrió serios reveses económicos que propiciaron que el edificio pasara a manos de las Madres Recoletas de Santa Brígida y se transformara en convento.

Y pasaron los siglos, y las monjas de la orden, hartas de goteras y humedades, ante la imposibilidad de restaurar con sus medios aquel vetusto caserón, decidieron, a mediados de los años ochenta, trasladarse a un nuevo edificio a las afueras.

Se resignaron a perder su privilegiado enclave en el corazón de la ciudad; pero sin duda este inconveniente podría compensarse por la ausencia de corrientes de aire y corredores helados en invierno. La mayoría de las hermanas se adaptaron sin problemas a su nueva ubicación, y pronto las gélidas madrugadas fueron un mal recuerdo para sus doloridos huesos.

El solemne edificio pasó a ser propiedad del Gobierno regional que, tras profundas deliberaciones, resolvió utilizarlo como Archivo General.

Se iniciaron entonces las obras de restauración, comenzando por la toma de datos y el levantamiento de planos para determinar el estado real de la edificación.

Los arquitectos descubrieron unas amplias arcadas y cornisas renacentistas en el patio interior, tapadas por las monjas para evitar su ruina, y trataron de documentar concienzudamente el estado inicial de las estancias para reconstruirlas con la mayor fidelidad posible al original.

Era un trabajo arduo. El convento era, en realidad, una amalgama de edificios en la que el patio y la escalera renacentista eran la parte más noble del conjunto, pero el resto, utilizado como cocheras o dependencias de la servidumbre, había sido maltratado por el paso de los años y se

encontraba muy deteriorado, en un estado semirruinoso.

Fernando y sus colaboradores habían sido contratados para elaborar los planos de las fábricas de la traza original, pero se habían encontrado con que éstas eran dispares entre sí, de sillería en la zona palaciega y de ladrillo o tapial en otras zonas, sin que ello obedeciera a una razón concreta.

La meticulosidad que les exigían en el resultado les había obligado a dedicar muchas horas de trabajo, pero la parte más delicada ya estaba hecha, y en aquellos días estaban a punto de terminar; sólo les faltaba comprobar que las medidas reales se correspondían con las que habían reflejado en los planos.

Fernando estudió de nuevo los números, mientras marcadas arrugas se concentraban en su frente. No se podían permitir el más pequeño error, y un desfase de siete metros podía obligarles a repetir todo el trabajo.

Aquella era, precisamente, la zona de la obra más complicada, el ala del convento más alejada de la plaza, fruto de la ampliación del palacio con las casas colindantes, anexionadas con diferentes alturas de plantas y entreplantas.

—Mirad —les señaló Fernando en el papel—, parece que parte de este pilar de aquí.

Arremolinados los tres sobre el manoseado plano, los topógrafos le dieron la razón a su jefe.

—Sí, parece un pilar, pero no es posible, no de esas dimensiones —afirmó el topógrafo.

—Además, no tiene sentido —continuó Fernando, perplejo—. Esa parte es un muro de carga.

Se habían documentado a conciencia, buscando en distintos archivos referencias a la construcción original, y en ninguno de los planos de época se reflejaba la anomalía que habían detectado.

Se acercaron a la pared, contemplándola con estupor, hasta que Mercedes exclamó:

—Esperad, si no recuerdo mal, el palacio se formó de la unión de varias casas, ¿verdad?

—Sí, así es —le confirmó su jefe.

—Y la fachada de la última se encontraba perpendicular a lo que es ahora la calle, ¿no?

Fernando asintió con una muda inclinación de cabeza.

—Pues si no me equivoco —continuó la joven—, lo que tenemos aquí es el zaguán de la antigua construcción. Pero ¿por qué lo habrán tapiado?

—Y lo que es más importante..., ¿por dónde entramos? —preguntó su compañero.

Escudriñaron la más mínima grieta en la pared, pero no encontraron el menor indicio de una puerta. Tras consultar una vez más los planos, a Fernando se le ocurrió que podían seguir buscando en los otros niveles del muro. Subieron confiados los dos pisos que les separaban de la parte superior, pero, según avanzaban, se fueron desilusionando más, pues no lograron encontrar ninguna señal.

Cansados y de mal humor, decidieron irse a comer y volver por la tarde, con las ideas más frescas. Fernando estaba preocupado. Si no encontraban el porqué de aquel error, les tocaría volver a repetir todas las medidas y el tiempo se les estaba echando encima.

—Sólo nos queda mirar en los sótanos —indicó Ramón cuando se encontraron después de comer.

—Pues va a ser tarea de chinos —afirmó su compañera sin exagerar.

Los bajos del palacio se habían unido sin orden ni concierto, y los sucesivos usuarios habían ido tapiando y abriendo espacios a su conveniencia, sin un orden lógico.

Armados con linternas y con ayuda de los planos, recorrieron el laberíntico subterráneo buscando ubicarse exactamente debajo del muro.

Pasaron de una estancia a otra, en lo que anteriormente habían sido las repletas bodegas de las

monjas, y que ahora se encontraban vacías y desnudas. Con la dificultad añadida de la falta de luz, las linternas buscaban líneas de unión, grietas o alguna discontinuidad en los muros que pudiera darles alguna pista.

Cuando ya estaban a punto de rendirse, entraron en la última de las cámaras, de tamaño similar a las demás, pero con una sutil diferencia: en una de las paredes encontraron los vestigios de una antigua chimenea. Había sido derribada años atrás, pero todavía conservaba algunos ladrillos empotrados en la pared, delatando su antigua traza.

La enfocaron con las linternas, pero no vieron nada digno de interés hasta que a Fernando se le ocurrió dirigir el haz de luz hacia el techo, buscando el recorrido de los humos. Se detuvo sobre el orificio de evacuación de la chimenea, que había sido cegado, y de repente exclamó:

—¡Mirad arriba, eso es una trampa de madera!

El empresario mandó entonces a sus subordinados que fueran a buscar una escalera mientras él esperaba, con una desacostumbrada mezcla de curiosidad e inquietud.

No era la primera vez que le pasaba algo así. En otras ocasiones, ya había encontrado huecos ocultos en alguna mansión desvencijada, pero nunca habían contenido nada de interés, y esta vez no sería distinto.

La lógica de Fernando confiaba únicamente en encontrar un trastero abandonado cuyas dimensiones concordaran con las medidas que les faltaban y, a poder ser, vacío, porque de lo contrario intuía problemas.

Al cabo de unos minutos, oyó a sus compañeros, que bajaban de nuevo al sótano, riéndose y maldiciendo del peso de aquel armatoste.

Disimulando a duras penas su impaciencia, Fernando esperó a que colocaran la escalera, y en cuanto estuvo en su sitio subió por ella, empujando la trampa con todas sus fuerzas.

Después de unos cuantos empujones, logró que cediera de su sitio y, con un último esfuerzo, la abrió completamente.

Enfocó el interior, comprobó que había suficiente espacio para ponerse de pie y subió con precaución. Cuando terminó de incorporarse miró a su alrededor, contemplando asombrado una estancia con las paredes totalmente cubiertas por unas enormes cajoneras de madera.

Sin apenas darse cuenta, ensimismado por lo que estaba viendo, tendió la mano a Mercedes, que le exigía su ayuda desde el final de la escalera.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó la topógrafa cuando terminó su ascensión.

—Míralo tú misma —respondió Fernando, mientras trataba de valorar las dimensiones de aquel espacio—. Estas cajoneras parecen de nogal, y tienen pinta de ser antiguas —dijo, mientras pasaba la mano con veneración por encima de una.

Mercedes, más práctica, trató de abrir uno de aquellos cajones, pero a pesar de que lo intentó con todas sus fuerzas, no pudo hacerlo.

—Será mejor que vayáis a buscar al arquitecto —le indicó entonces su jefe, mientras se rascaba pensativo la cabeza—. Y, de paso, id a la notaría, a ver si puede acercarse don Anselmo. Yo me quedo aquí.

—Pero, Fernando, ¿para qué quieres al notario? —preguntó asombrada.

—Yo sé lo que digo. Prefiero que un notario certifique lo que hemos encontrado, porque, como aquí haya algo gordo, más vale que lo tengamos todo muy clarito. Todavía me acuerdo de lo que les pasó a los de la empresa Isgoda cuando encontraron aquel tesoro en el palacio de los condes de Santa Quiteria. Les acusaron de ocultar piezas y su jefe acabó en la cárcel.

Cuando se fueron sus empleados, el empresario miró a su alrededor, un poco agobiado por el opresivo silencio de aquella sala.

Sí, había hecho lo correcto, avisar inmediatamente a la propiedad y hacer constar que allí no se había tocado nada... Sí, eso era lo mejor para evitar problemas.

Pero no pudo remediarlo, la curiosidad era muy fuerte. Intentó abrir varios de los cajones, para descubrir que estaban todos cerrados. A la luz de la linterna, los ojos de las gruesas cerraduras parecían mirarle burlones.

Resignándose a esperar, decidió emplear el tiempo midiendo la estancia. Sacó el metro de su bolsillo y, anotando los resultados, al finalizar la tarea suspiró satisfecho. A falta de medidas más precisas, aquélla era la misteriosa habitación que habían detectado. Por fin cuadraban los datos. Se sintió aliviado, pues habían acabado el trabajo a tiempo, y con aquella misteriosa recompensa.

No podía por menos de preguntarse: ¿Habría algo en aquellos enormes cajones? Podrían ser ornamentos litúrgicos o antiguas tallas, pero ¿se habrían olvidado las monjas de aquello? ¿Por qué no se lo habrían llevado?

También existía la posibilidad, la más probable, de que aquellas cajoneras estuvieran vacías. ¿Pero entonces, por qué molestarse en dejarlas cerradas?

Tras doblar el plano con sus meticulosas anotaciones, se lo guardó en el bolsillo y decidió mirar un poco más. Al fin y al cabo, no tenía nada más que hacer, sólo esperar que vinieran el arquitecto y el notario. Aquella enrarecida atmósfera le estaba empezando a pesar porque el aire estaba irrespirable y lleno de polvo.

A la luz de la linterna, en la pared situada a su espalda, había descubierto también un enorme armario que cubría toda la superficie de aquel lienzo y, para su sorpresa, al tirar de las puertas pudo comprobar que una de las hojas se abría.

Alumbrando en su interior, se sintió un poco decepcionado. ¡Sólo había libros de cuentas! Las baldas estaban repletas de volúmenes de gran tamaño colocados por orden cronológico.

Uno de ellos llamó su atención. Era mayor que los demás y estaba encuadernado en piel, con un exquisito labrado dorado.

Lo abrió con curiosidad, y en la primera página pudo leer, manuscrito en una letra picuda pero relativamente fácil de entender que aquél era el diario de la reverenda madre abadesa del convento de Santa Brígida, y estaba fechado en 1810.

Fernando sonrió, pensando que aquél sería el anodino relato de los pensamientos de una monja, pacatos y soporíferos, y cerró el libro de golpe sobre la balda en la que estaba apoyado. Se sorprendió al oír un tintineo metálico.

Miró en el interior del armario y volvió a dejar caer el libro, escuchando de nuevo aquel sonido argentino.

Guiado por su intuición, retiró las filas de volúmenes y comprobó que ocultaban detrás de ellos varias monedas francesas y un pequeño cuadro, de unos cincuenta centímetros de alto. El lienzo representaba a una mujer, tocada con el hábito de las Brígidas, que sujetaba una llave en la mano izquierda y algo que parecían naipes con la derecha. Debía de ser, sin duda, una representación de santa Brígida, la patrona del convento, pero aquello era muy extraño. En sus muchos años de trabajo, era la primera vez que veía a una santa representada con una baraja.

Se volvió de nuevo al armario con curiosidad y sacó el diario de la abadesa.

Fernando sabía que no debía tocar aquel texto sin una mínima protección. El contacto con el aire y la luz podrían dañarlo, pero se arriesgó a desafiar aquella norma. Quería explicaciones.

Cogió el libro con cuidado y, colocando la linterna a modo de lámpara para iluminar la zona de lectura, se sentó en el suelo con las rodillas flexionadas.

*Diario de la Reverenda Madre abadesa del convento de Nuestra Señora de los Ángeles, de la Orden de Recoletas de Nuestra Madre Santa Brígida. Valladolid 1810.*



*Yo, Elvira, humilde sierva de Dios y abadesa por su gracia del convento de Santa Brígida, conocida en el siglo como Elvira de Rojas y Escobar, deposito en estas páginas el relato verdadero de los hechos acaecidos durante la ocupación de esta santa casa por las tropas del emperador de los franceses y los desventurados sucesos que me obligaron a servir su voluntad.*

## *Capítulo 2.*

### *Llega Napoleón.*

Valladolid, 6 de enero de 1809.

El sol declinaba en una tarde de invierno, helada y desapacible. Una monja joven, delgada y pequeña, vestida con el hábito de las Brígidas Recoletas, trataba de atisbar con sus vivaces ojos grises algo por encima de la línea de soldados que tenía justo delante. Parecía una nota incongruente detrás de aquellos hombres enormes que esperaban con una mezcla de disciplina e impaciencia la entrada de Napoleón en la ciudad, aguardando al pie del Puente Mayor.

La noticia se había conocido en la ciudad la misma víspera de Reyes. El emperador en persona llegaría a Valladolid al día siguiente procedente de Astorga, donde sus tropas habían hecho huir al ejército español y a sus aliados ingleses.

Los rumores desataron el pánico, y miles de ciudadanos escaparon aterrorizados ante el retorno de los franceses, sobre todo los que más se habían destacado por sus simpatías hacia Fernando VII.

Entre los que huyeron se encontraban el corregidor de la ciudad y el obispo Vicente de Soto, que dejó nombrado como sustituto a José Milla, el vicario de la diócesis.

El vicario, hombre poco dado a heroísmos, había ordenado a los párrocos que organizaran el alojamiento de las tropas. Ante las dimensiones del ejército que se cernía sobre ellos, no tenían más remedio que habilitar también los conventos femeninos para alojar a los soldados, pues esta vez no eran suficientes los cuarteles y conventos masculinos de la ciudad. El párroco de San Miguel, don Lorenzo, tenía la ingrata tarea de lograr la colaboración de aquellas santas mujeres.

Don Lorenzo, dotado con un gran sentido práctico, se había presentado esa misma mañana en el convento-palacio de las Brígidas, siendo recibido con gran cortesía por la reverenda madre abadesa, sor Elvira.

No era ése el primer convento al que acudía don Lorenzo, que ya se había enfrentado a la obstinada oposición de las superiores de los conventos de Santa Ana y Santa Catalina de Siena. Por eso, para él fueron un alivio las mesuradas palabras de aceptación de sor Elvira.

La abadesa, que sorprendía por su juventud para aquel cargo, había accedido al mismo por varias circunstancias, entre las que se contaban su inteligencia natural y su lejano parentesco con la fundadora de la orden, doña Marina de Escobar. Cuando la anterior madre abadesa fue golpeada por una terrible enfermedad que la hizo caer en la demencia, el obispo la había nombrado su sustituta, y no se había arrepentido, pues sor Elvira conducía con manos suaves, pero firmes, las riendas de aquel convento.

La mujer le rogó al párroco que le permitiera trasladar a sus novicias más jóvenes lejos de los ojos de los soldados, a la casa de una de las benefactoras del convento, permiso que le fue concedido por don Lorenzo, asombrado por la perspicacia de una mujer que en contadas ocasiones había puesto los pies fuera de los muros del convento.

No perdió el tiempo la joven abadesa. De las cincuenta hermanas que constituían la comunidad, seleccionó a las diez más fuertes y dispuestas, y les expuso las desagradables tareas que tenían por delante: servir de criadas de los oficiales franceses, si querían evitar algo peor. Las novicias y las hermanas más débiles y ancianas, entre las que se contaba la demenciada antigua abadesa,

fueron conducidas en el más absoluto secreto a casa de una de sus parientes, donde serían provisionalmente alojadas.

Se retiraba ya la abadesa de vuelta al convento, abatida tras los lloros de sus compañeras, cuando al atravesar la plaza de Los Leones se cruzó de nuevo con el párroco, rogándole éste que le acompañara hacia el Puente Mayor, con los demás responsables de los alojamientos porque les habían ordenado que esperaran allí la llegada del invasor. Tras concederle nueva licencia para abandonar la clausura, se dirigieron juntos hacia el río, en doloroso silencio.

Cuando llegaron al pretil del puente, don Lorenzo se dirigió hacia un grupo de hombres que estaban allí congregados y saludó a los miembros de la cancillería: Miguel Otáñez y Santiago Pardo que, según contaron, aguardaban desde hace rato la llegada del francés.

Olvidándose de la monja, se unió al grupo y preguntó con desasosiego por el corregidor y las últimas noticias que pudieran tener.

Sor Elvira, ignorada por todos ellos, se situó detrás del párroco, procurando resguardarse del viento, mientras escuchaba con atención lo que contaban aquellos hombres que recordaban entre exclamaciones de horror e incredulidad todo lo acontecido en la ciudad en los últimos tiempos.

No era la primera vez que Valladolid había sido ocupada por los regimientos franceses. Por su situación geográfica, a medio camino entre los Pirineos y Lisboa, había sido elegida por Napoleón para situar al grueso de sus tropas en virtud del Tratado de Fontainebleau, negociado con Godoy, que establecía la colaboración entre Francia y España para invadir Portugal, como castigo a su alianza con los ingleses. Así, a finales de 1807, con la bendición del rey Carlos IV, se había obligado a la ciudad a proporcionar alojamiento y comida a un ejército francés al mando del general Junot que contaba con más de veinticinco mil hombres, y los incidentes no se habían hecho esperar. Los cancilleres recordaban con resentimiento cómo se habían vaciado las arcas públicas para poder dar de comer a aquellos invitados no deseados, sin ningún auxilio económico del rey.

Meses más tarde, el 2 de mayo de 1808, el pueblo de Madrid se levantó en armas contra el ejército invasor al ver que se llevaban a Bayona al último príncipe de sangre real.

Prendida la mecha por los atropellos y la violencia de las tropas imperiales contra la población, la multitud pasó a cuchillo a todo francés que estuviera alejado de su destacamento. Como inmediata respuesta, el mariscal Murat sofocó la sublevación con su guardia de fieros mamelucos egipcios y un cuerpo entero de granaderos franceses que fusilaron detenidos durante día y noche.

Casi al mismo tiempo se desarrolló en Bayona la vergonzosa escena de la doble abdicación de dos reyes de España. Fernando VII, sobornado por Napoleón con el castillo de Navarra y una pensión, le devolvió el trono a su padre, de nuevo Carlos IV. Este débil monarca tampoco se resistió a las exigencias del emperador francés, y le faltó tiempo para poner la corona en manos de Bonaparte, quien a su vez la otorgó a su hermano mayor, José.

José fue coronado rey de España porque tanto el pusilánime rey Carlos como su cobarde hijo Fernando vendieron sus derechos y su historia por una limosna. Napoleón les había engañado al ofrecerse como mediador entre padre e hijo, les había atraído hacia una trampa y les había despojado.

Los nobles, con la inercia que proporcionan siglos de poder, se dividieron entre los afrancesados, que apoyaban las ideas reformistas de la ilustración, y aquéllos que habían visto venir la ambición napoleónica. Sin embargo, la mayoría prestó su apoyo al nuevo rey en aquellos momentos inciertos. Por su parte, el clero, verdadero árbitro y poder moral del país, significó con su silencio la aquiescencia a José I, cuando no condenaba abiertamente el pecado de la insurrección.

Tampoco la administración presentó gran oposición a Bonaparte. Fue el pueblo llano, el que más sufría su presencia, el que se levantó en armas, harto de las humillaciones, los desprecios, los pillajes y el maltrato. A la sublevación de Madrid pronto se sumaron las de otras ciudades del norte y del centro.

Las gentes de Valladolid, encendidos los ánimos por haber sufrido en propias carnes el yugo del invasor, se levantaron contra los franceses el 31 de mayo, dando vivas al rey Fernando en la plaza Mayor. El capitán general de Castilla la Vieja, Gregorio García de la Cuesta, acobardado por los estudiantes de la universidad que amenazaron con ahorcarle, y visto el cariz que tomaban los acontecimientos, se unió a la sublevación y convocó alistamiento general, congregando un ejército de cinco mil hombres.

Conocida por los franceses la insurrección de Valladolid, los generales Merle y Lassalle recibieron la orden prioritaria de restaurar las vías de comunicación con Madrid y recuperar la capital meseteña.

El ejército de Castilla, pequeño y mal entrenado, hizo frente al francés, que le doblaba en número, en Cabezón de Pisuegra, sufriendo una denigrante derrota a las puertas de la ciudad.

El general de la Cuesta, en lugar de utilizar los promontorios naturales de la zona, se dejó conducir a campo abierto, con el caudaloso Pisuegra a la espalda cortándole la retirada. La masacre que se produjo no por predecible fue menos brutal. Las aguas del río transportaron los cuerpos de los soldados muertos durante semanas.

La ciudad, de nuevo en manos francesas, fue sometida al pillaje, aunque respetaron la vida de sus habitantes gracias a la petición de clemencia del obispo, a la que atendieron los generales galos, no tanto por piedad sino porque necesitaban que les alojaran y sirvieran.

Mientras tanto, en el resto de España las cosas no habían ido mejor. En Madrid, el gran duque de Berg había ordenado fusilar a millares de ciudadanos como represalia por los levantamientos. En casi todas las provincias se constituyeron juntas con el fin de declarar la guerra al francés en nombre de Fernando VII, y el 6 de junio se publicó un bando de movilización general contra Francia. Los franceses asediaron las ciudades de Zaragoza y Logroño, y en los campos de batalla se sucedieron una serie de derrotas de los ejércitos españoles. El ejército de Asturias fue aniquilado en las llanuras de Medina de Rioseco, con resultados desastrosos. Todos los prisioneros fueron ejecutados y los vencedores se entregaron al pillaje y al saqueo indiscriminado.

Sin embargo, las tropas del general Castaños, aunque mal avitualladas y faltas de equipamiento y municiones, fueron capaces de derrotar en Bailén al ejército de veinticinco mil hombres del general Dupont, a los que obligaron a capitular. La batalla de Bailén fue la primera en la que los españoles vencieron a los franceses en batalla campal, capturando al general Dupont y a otros once mil prisioneros. Un asombrado José Bonaparte se vio obligado a abandonar Madrid ante el avance de las tropas españolas, para refugiarse primero en Burgos y después en Vitoria.

Esta derrota puso fuera de sí a Napoleón. No podía concebir cómo los españoles, con un ejército desarraigado y mal dirigido, habían logrado humillar a las águilas francesas. Con este fracaso, el ejército imperial perdía su aureola de invicto, logrado a lo largo de muchas campañas en el norte de Europa. El emperador consideraba a los españoles tan cobardes como los italianos, y pensaba que los alborotos no eran más que revueltas de campesinos, por eso este revés le hizo montar en cólera.

Otra serie de infortunios desazonaron al corso. La escuadra francesa fue obligada a rendirse en la rada de Cádiz, y el mariscal Moncey tuvo que abandonar Valencia. Pero la gota que colmó el vaso de la paciencia de Bonaparte fue saber que también habían perdido Portugal, tras la

capitulación en Vimeiro a manos de los ingleses.

El mismo Napoleón se presentó en la Península a finales de 1808 con un contingente de cincuenta mil hombres para echar a los ingleses de Portugal y domeñar la virulenta rebelión española.

Tras volver a tomar Madrid e imponer su ley, Bonaparte fue sorprendido por el riguroso invierno de la soleada España, con unos caminos impracticables por el barro, la nieve y el hielo mientras perseguía lo que quedaba del ejército de Galicia hacia el noroeste, tratando de expulsar también a los ingleses que se encontraban luchando en Astorga.

Además del contratiempo que suponía la inclemencia del frío, el emperador esperaba con urgencia las cada vez más preocupantes noticias que le llegaban desde París sobre la situación en el resto de Europa. A duras penas logró llegar hasta él un correo para entregarle un despacho enviado por el ministro de relaciones exteriores, indicando los problemas que se presentaban en Austria.

Contrariado por las noticias y el deplorable estado de los caminos, a principios del mes de enero de 1809 Bonaparte decidió dejar la persecución de los ingleses en manos de sus mariscales Ney y Soult, y replegarse a esperar correos a un lugar donde los caminos fueran practicables y estuvieran aseguradas las comunicaciones y se dirigió a Valladolid, a tan sólo tres jornadas de París.

Sor Elvira, la joven abadesa, se frotó los dedos, entumecidos de frío, y saltó con disimulo sobre sus pies helados que la castigaban con dolorosos pinchazos por las horas que llevaba inmóvil, escuchando los acontecimientos que narraban los cancilleres mientras aguardaba con forzada paciencia la inminente entrada de los franceses.

Un rumor sordo fue subiendo de volumen entre el gentío que aguardaba. Ya llegan... Ya se les oye...

Precedido por cuatro mil soldados de infantería, cruzó el Puente Mayor Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses, seguido por una escolta de mil quinientos granaderos de caballería.

La abadesa se elevó lo más que pudo sobre sus pies para poder atisbar algo, desorientada y extraña entre aquella multitud enmudecida y apenas pudo ver a aquel hombre pequeño y concentrado que avanzaba a lomos de su caballo.

En medio de un silencio hosco, de vez en cuando se escuchaba un ¡viva el emperador!, grito por algún afrancesado o las tropas francesas, que marcaba un hondo contraste con la tristeza hostil de los vallisoletanos.

El emperador, cansado tras el largo viaje, no se dignó a detenerse para saludar a los ministros de la Chancillería que habían venido a recibirle. Los prohombres de la ciudad tuvieron que limitarse a contemplar el paso de Napoleón y su séquito, mientras éstos continuaban sin pausa hasta el Palacio Real, en la plaza de San Pablo.

En cuanto vio marchar al último de los soldados, sor Elvira pidió licencia al párroco, y se dirigió, a la mayor velocidad que pudo, hacia su convento de las Brígidas. Al estar situado tan próximo al Palacio Real, prácticamente en sus puertas traseras, lo habían considerado adecuado para alojar a los oficiales que servían directamente al emperador porque necesitaban encontrarse muy cerca de su presencia.

Sor Elvira, sin aliento por la carrera desde el Puente Mayor, logró llegar al zaguán del convento instantes antes de que hiciera su aparición en la puerta un contingente de dragones del emperador, con sus llamativas guerreras azules y charreteras doradas y con altos morriones de piel protegiéndoles la cabeza.

Con los ojos brillantes y las mejillas enrojecidas por el esfuerzo, aguardó a que alguno de

aquellos soldados se dirigiera a ella.

Uno de los hombres, el que parecía estar al mando, observó con mirada asombrada a la pequeña monja, que parecía una doncella medieval, con la toca negra de la Orden Brígida ceñida a la cabeza por un casquete circular blanco rematado en forma de cruz. Tras enarcar las cejas en un gesto de incredulidad, se presentó como el capitán Marbot y le informó en un español balbuceante del contingente de cien oficiales que iban a alojarse con ellas en aquel palacio.

Tras haber cedido a aquel inusitado número de soldados sus propias celdas y haberles ofrecido la cena en el refectorio, la joven monja pudo retirarse a descansar. Afortunadamente, la calidad y cantidad de comida había sido la adecuada, y los franceses, agotados tras el frío día de marcha, se habían ido a dormir sin apenas causar problemas.

La abadesa se había trasladado, junto con sus diez hermanas, a la parte más destartada del convento, adecuando a toda prisa la buhardilla en la que dormirían todas juntas, incluida ella misma. Sabía que renunciaba al privilegio de dormir sola que le correspondía por rango, pero lo consideró la opción más prudente, por la seguridad del rebaño encomendado a su cuidado y por la suya propia.

Sor Elvira cerró los ojos en medio de la oscuridad, extrañando la cama. Demasiado cansada para dormir, fue repasando en su mente las tareas que le esperaban al día siguiente. Repasar las reservas de la despensa con la intendenta y convencer a la cocinera de que elaborara los guisos con menos ajo, humilde hortaliza que ofendía el paladar de sus huéspedes; disponer servir las mesas a las hermanas menos agraciadas... Por fortuna, las obras de arte y los objetos de más valor de la casa habían sido ya puestos a buen recaudo, en cuanto tuvieron noticia de la nueva francesada. De manera previsor, había decidido dejar en su sitio algunos cuadros menores, los juegos de cerámica a los que se les había roto una pieza o estaban algo desportillados y alguna copa de plata para que los encontraran sus incómodos inquilinos y que con aquel botín se dieran por satisfechos. Poco a poco, acunada por la respiración rítmica de sus compañeras, se fue quedando dormida.

A la mañana siguiente la despertó sor Agustina, la intendenta del convento y su mano derecha. La hermana, habitualmente jovial y propensa a la sonrisa, se dirigió a ella cariacontecida.

—Despierte, madre abadesa, que ya ha salido el sol.

Tras aguardar a que sor Elvira se levantase e hiciese sus abluciones de la mañana, la intendenta le informó de las noticias que había traído la demandadera.

—Al parecer, anoche hubo disturbios. Han asesinado a un francés, en la plaza de San Pablo, a las mismas puertas del Palacio Real, bajo las narices de todos esos *franchutes*.

—Lo que nos faltaba —exclamó la abadesa—, esto nos traerá problemas.

Tras concluir los rezos, se dirigió a la cocinera, para indicarle que tenía que solicitar más víveres y buscar recetas que les permitieran estirar sus reservas, pues no sabía durante cuánto tiempo tendrían que alojar a sus indeseados huéspedes.

La demandadera la interrumpió en la tarea entregándole un aviso del párroco. Don Lorenzo le explicaba en su nota que debía dirigirse sin falta al Palacio Real, porque Bonaparte había ordenado que se presentaran ante él esa misma mañana todos los encargados del alojamiento para dictarles las ordenanzas a cumplir.

Dispensada en esa misma nota para poder salir de la clausura, sor Elvira se puso en camino, no sin antes advertir a la cocinera que, dijeran lo que dijeran los franceses sobre su comida, no abriera la boca; antes bien, procurara que no se quejaran.

—Cuanto mejor alimentados estén, más ganas tendrán de descansar, y es de esperar que nos causen menos quebrantos —le explicó.

Todavía estaban frescos en su memoria los terroríficos relatos sobre la caída de Medina de Rioseco y el pillaje y las violaciones que no habían respetado ni los conventos de clausura, así como los asesinatos de los campesinos. Por el bien de todas, era mejor no hacerles enfadar.

Ya en la puerta del Palacio Real, la abadesa dudó entre llamar para que la abrieran o esperar a que algún canónigo hiciese su aparición. Aunque la mañana era fría y sintió el viento azotándole el rostro, decidió aguardar.

Durante su espera, se volvió a contemplar la fachada de la iglesia del convento de San Pablo. Su prior, fray Juan Mañueco, era el encargado de procurarlas los auxilios espirituales y su propio confesor. Sor Elvira sonrió al recordar la indulgencia con la que las trataba. Ya casi un anciano, sus bondadosos ojos habían observado muchas historias y las faltas de aquellas santas mujeres sólo despertaban en él afectuosas palabras.

La monja contempló las elaboradas volutas de piedra que adornaban la fachada y que parecían tejidas de encaje, en contraste con un cielo sin nubes, de fuerte color azul, que engañaba con falsas promesas de calor en aquella mañana de enero.

No tuvo que aguardar mucho más, pues vio dirigirse hacia el palacio al vicario de la diócesis, don José. A su lado caminaba don Lorenzo, procurando acomodar su paso al de su superior. Cuando llegaron a la altura de sor Elvira, el párroco le dio los buenos días, añadiendo que le alegraba ver que había recibido su nota. Por su parte, el vicario se limitó a saludarle con una inclinación de cabeza, sin dirigirle palabra alguna, y a continuación exigió al párroco que llamara a la puerta y se dejara de cháchara.

El granadero que acudió a su llamada les ordenó que se dirigieran junto a los demás. Entendiendo más sus gestos que sus palabras, tras permanecer unos instantes titubeantes en el vestíbulo de entrada, se encaminaron al claustro del palacio, un hermoso patio en el que aguardaban el resto de los convocados.

Entre los congregados pudo ver al prior de San Pablo, que estaba sentado en un banco de madera situado en una de las esquinas, calentándose bajo el mezquino sol.

Sor Elvira se sentó a su lado, sin mediar palabra, respetando el silencio del anciano, que parecía estar absorto en las conversaciones que se estaban desarrollando.

El canciller Santiago Pardo protestaba con voz queda por las últimas detenciones de los franceses. Habían detenido a quince revoltosos en el camino que conducía a Peñafiel. Miguel Otáñez, su compañero en la Chancillería y conocido por ser afrancesado, defendía el punto de vista contrario, diciendo que los detenidos eran bandidos que robaban tanto los víveres destinados a las tropas como los de la población.

Entre los clérigos tampoco había unidad de opiniones. Unos criticaban a Napoleón, al que acusaban de no tomar en serio a la religión, pues había llegado a pactar con los mahometanos y mantenía en su guardia una escolta de feroces mamelucos. Otros, los más avanzados, entendían que con él se levantaría la opresión del pueblo, en manos de caciques y gobernantes con poco seso.

La monja observó cómo el prior Juan se estremecía de frío, pues llevaban ya tiempo esperando, y más por distraerle que por otro motivo le preguntó si sabía algo sobre la noticia del francés asesinado. Una sombra de preocupación nubló la vista del prior.

—No sé mucho, hija mía —contestó el anciano—. Esta mañana han entrado los soldados en nuestro refectorio, exigiendo respuestas. Interrumpieron al hermano Elías en mitad de la lectura, lo que no le sentó nada bien. Allí les dejé, en sus manos, y no sé nada más porque exigieron de mí que me presentara y aquí me tenéis.

Aunque trataba de quitar importancia a sus palabras y hablaba con ligereza, sin duda para no

preocuparla, sor Elvira detectó intranquilidad y desasosiego en la voz de su capellán.

Volviendo de nuevo al silencio, se detuvo a contemplar el hermoso claustro en el que se encontraban. Sin embargo, no pudo evitar una mirada de contrariedad al ver los restos de una hoguera en la esquina opuesta a la que se encontraban, ennegreciendo y tiznando la pared. Sintió un escalofrío al pensar que su propia casa pudiera ser fruto de la rapiña francesa que no respetaba muebles ni enseres. Ya fueran sillas de roble o mesas de taracea, a la hora de calentarse no se andaban con remilgos y quemaban todo aquello que tuvieran a mano, sin importar su valor. Contaban los rumores que además de echar a las hogueras bancos y retablos de iglesias, tampoco habían tenido escrúpulos en quemar tallas ni crucifijos.

Las voces de los reunidos iban subiendo de tono según transcurrían los minutos. Algunos ya comenzaban a quejarse, en algo más que susurros, del tiempo que llevaban aguardando muertos de frío. Sin embargo, el volumen de los murmullos descendía cuando los guardias, en sus rondas, caminaban bajo el sotechado situado alrededor del claustro.

Al cabo de lo que sor Elvira supuso que había sido una hora, los cuchicheos subieron de tono al ver los congregados que un oficial, inclinándose sobre la balaustrada del piso superior, se dirigía por señas a los guardianes y les daba la indicación de que les hicieran subir a todos.

La abadesa subió, en medio de la marea humana que se formó, cuidando de estar cerca de fray Juan por si le hacía falta, pues por su ya escasa vista bien pudiera tropezar en los escalones de aquella escalera, la principal del palacio, que les dirigía a las salas que habían habilitado como aposentos del emperador. Al cabo de unos minutos, el capellán y la monja entraron en el salón del Trono, uniéndose al resto del grupo. Una vez allí, tuvieron que aguardar todavía otro tanto, entreteniéndose de nuevo con rumores y comentarios.

—Dicen que Napoleón está de un humor funesto —comentaban algunos.

—Será porque no tiene a Josefina a mano —se burlaban otros.

En otro corrillo se afirmaba, con movimientos de cabeza apesadumbrados, que el ejército de Galicia había sido derrotado y que los ingleses huían a uña de caballo hacia La Coruña, perseguidos por dos cuerpos del ejército francés.

—Malos aliados esos ingleses —criticaba D. Manuel Cambronero, de la Chancillería—. Me cuentan que al igual que los franceses, se han llevado lo que han podido y que han quemado las cosechas almacenadas. Vamos todos a pasar hambre —concluía otro canciller con tono apocalíptico.

De repente se hizo el silencio. En la puerta opuesta a la que se encontraba sor Elvira, comenzó un movimiento de oleaje y los asistentes se fueron haciendo a un lado para dejar pasar a tres dragones del emperador que abrían paso escoltando a un hombre bajo, un poco entrado en carnes, con un cabello moreno que estaba comenzando a clarear en algunas zonas.

Aunque lo había visto montado a caballo, y ya se había dado cuenta de su baja estatura, la abadesa se sorprendió al ver cómo el emperador de los franceses, que había puesto el mundo bajo sus pies, aparentaba tan poca cosa. Pese al miedo que sentía, pues sabía que su palabra era ley que sus ejércitos ejecutaban al punto, sor Elvira no pudo por menos que quedar decepcionada ante el hombre. En su imaginación pensaba que una persona que regía los destinos de Europa debería haber tenido una mayor apostura física.

En eso estaba la religiosa cuando se apagó toda conversación y Bonaparte tomó la palabra.

—¡Gentes de Valladolid. Yo, Napoleón, emperador de los franceses y rey de Italia, os hago saber que mis soldados han clavado de nuevo mis águilas en Madrid. Hemos vencido al ejército de las Españas en Astorga y Benavente, y mis ejércitos persiguen al felón inglés con la espada en los riñones hasta hacerle huir!



Un denso silencio fue la acogida a estas palabras.

—José I, el rey de España, mi hermano, se encuentra ya de nuevo en Madrid, y le he encomendado que dirija los destinos de esta nación, imponiendo el orden, la concordia y la laboriosidad. ¡Bajo nuestros auspicios, pronto quedaréis libres de la ignorancia y ociosidad y os llegarán la cultura y el progreso! Os quiero hacer entender que los males que causa esta guerra en la que nos hemos visto envueltos no son queridos por mí. La guerra ha sido promovida por unos pocos insurgentes engañados por los ingleses. Los ingleses no son católicos y persiguen el catolicismo en Inglaterra e Irlanda. ¡Sin embargo, yo he trabajado para conservar y purificar la religión católica en Europa!

Se escucharon algunos murmullos de asentimiento mientras Bonaparte desgranaba su discurso.

—Yo poco he de hacer aquí ya. He dejado la persecución de esos ingleses cobardes en manos de mis mariscales Soult y Bessières. Debo dedicarme a otros asuntos que requieren mi atención. Pero los caminos de España son infames. Están llenos de barro y hielo y son impracticables.

Se asombró en este punto la audiencia, pensando que se refería en metáfora al estado del país. Les llevó unos instantes comprender que el emperador se refería al estado físico de las carreteras. En la soleada España, la crudeza del invierno castellano había sorprendido a un Bonaparte desprevenido. Tanto que confesaba a sus allegados que cruzando el alto de Guadarrama no había pasado tanto frío en su vida. Además del inesperado clima, que le incomodaba en gran manera, le había surgido otra dificultad. Napoleón debía renunciar muy a su pesar a derrotar él mismo a los ingleses, ya que debía dirigir su atención a las graves noticias que le llegaban desde Austria. Al parecer, los altos dignatarios austriacos volvían a rebelarse contra su autoridad y amenazaban con comenzar las hostilidades de nuevo. Tenía la urgencia, por tanto, de conocer cuanto pudieran informarle de la otra punta de Europa, y necesitaba estar en un punto bien comunicado como en Valladolid, en lugar de galopar tras los británicos por las insufribles calzadas españolas.

Por otro lado, el emperador había comprendido a la fuerza que la guerra de España no era como las demás. Los españoles eran unos bárbaros que no respetaban el paso de los correos militares, como sí habían hecho el resto de los países europeos. A los civilizados alemanes no se les habría pasado por la cabeza interceptar el correo militar, y mucho menos el civil, incluso en los momentos álgidos de la contienda. Pero en España, explicaba el curso, era diferente. Esos *brigands* insurrectos interceptaban los correos, los canjeaban como botín de guerra y en el colmo del vandalismo asesinaban a sus portadores. El emperador tenía pánico a que alguno de esos indómitos salvajes interviniera algún mensaje esencial para sus designios. Esto no podía consentirse y había ordenado reforzar el servicio postal y las estafetas a lo largo de todas las rutas que cruzaban el país. Además, a partir de ese momento, el correo civil sería abierto y leído antes de ser remitido.

Un clamor de descontento surgió de la sala sin que al parecer afectara a Napoleón, que siguió disertando.

—Habéis sido convocados aquí como responsables de los alojamientos de mis ejércitos. Debéis saber que, de todos ellos, la Quinta y Octava División del regimiento de Dragones me acompañarán en mi regreso y el resto permanecerán aquí integrando el centro de operaciones y de concentración de las tropas hasta el total aplastamiento de la sublevación. Vosotros seréis los encargados de que los alojamientos y el avituallamiento sean satisfactorios. Cada soldado recibirá comida y cena en cantidad suficiente, así como mantas y un lugar seco para dormir. Los oficiales al mando de cada guarnición estarán vigilantes y os exigirán que esto se cumpla. Los oficiales recibirán así mismo desayuno, almuerzo y cena, y deberá estar disponible para ellos un lugar donde tomar un baño caliente al menos una vez a la semana.

Nuevos murmullos de incredulidad recorrieron la estancia.

Sor Elvira escuchó anonadada lo que se esperaba de ellos. En lo más crudo del invierno y con las cosechas destruidas o confiscadas sería tarea imposible. Lo mismo debían pensar algunos de sus compañeros, que miraban a su alrededor con la derrota en sus ojos.

En ese momento se produjo un pequeño tumulto en la entrada. Tras unos instantes de vacilación uno de los guardias de la puerta se dirigió hacia Napoleón, y éste, con una seña de impaciencia por haber sido interrumpido, le instó a hablar. El soldado le susurró algunas palabras en su oído, que tuvieron el efecto de hacerle montar en cólera.

—No puede ser, *ce n'est pas possible*, esos bandidos, esos facinerosos han tenido la desfachatez de hacerlo a las mismas puertas de mi palacio —rugía lleno de rabia.

El guardia, temeroso, volvió a bisbisearle algo que tuvo el efecto de calmarle un tanto. El emperador se giró sobre sí mismo, dando la espalda a la asamblea que tenía delante, y permaneció unos minutos en silencio, mientras su auditorio contenía la respiración. Finalmente comenzó a hablar de nuevo, mientras caminaba en círculos en el espacio que se había abierto a su alrededor.

—Vallisoletanos, habéis incurrido en mi enojo —escupió con fuego en los ojos—. Os he abierto mi corazón como un padre y así me lo pagáis, asesinando a uno de mis correos. Me informan de que habéis dado muerte a uno de mis oficiales, un guardia de estafeta que era portador de un importante despacho, y lo habéis arrojado al pozo del huerto del convento de San Pablo.

Sor Elvira, al lado de fray Juan, notó que éste palidecía y se ponía en guardia.

—Pero esta despreciable acción no puede quedar sin respuesta. Como castigo a esta vileza, los quince insurrectos que fueron capturados en el día de ayer serán ahorcados públicamente en la plaza Mayor.

Un silencio de estupefacción se extendió por el salón del Trono, mientras Napoleón seguía tronando.

—Conociendo además que el asesino es un criado del convento de los dominicos de San Pablo, y que éstos le han dado cobijo, los frailes de dicho convento han sido arrestados y permanecerán detenidos y sin probar alimento hasta que sea entregado el criminal y recuperada la carta. Si no fuera así en el plazo de tres días, los dominicos correrán la misma suerte que el resto de bandidos.

Un clamor de protesta acogió estas palabras, pero bastó la mirada iracunda del emperador para silenciarlo.

Fray Juan, al escuchar la sentencia, se puso lívido y tuvo que apoyarse en sor Elvira para no caer a causa de la impresión.

—Tengo entendido —siguió bramando el corso— que se encuentra aquí el prior de los dominicos. Exijo que se identifique inmediatamente.

Como por arte de magia se abrió un corro alrededor del anciano fraile y la abadesa que lo sostenía. Y por si este gesto no hubiera sido suficiente, don José, el vicario, se acercó a fray Juan y le ordenó en tono seco que se adelantase hacia el emperador.

Así lo hizo el tembloroso anciano, apoyado en el hombro de sor Elvira.

—Uno de sus criados, un tal Blasillo, ha huido esta mañana antes de ser interrogado por mis hombres —informó Napoleón al fraile con tono acusador—. Esta muestra de cobardía no hace sino ratificar que él es el culpable. Ahora mismo será conducido a una celda, junto con el resto de sus monjes. ¿Tiene algo que decir en su defensa?

El fraile afirmó tembloroso que no podía ser, que Blasillo, el ayudante del hortelano, era un débil mental, recogido por caridad en el convento. Era muy corto de entendederas y no le haría daño ni a una mosca. Si había huido era, sin duda, por miedo y aprensión ante los soldados, pero no porque fuera el asesino.

La monja dirigió a su alrededor una mirada de súplica, para ver si alguno de los presentes protestaba ante el emperador por lo inhumano de su sentencia.

Don Lorenzo, el párroco, no se atrevió a mantenerle la mirada cuando ésta se dirigió hacia él, buscándole entre los presentes. En su lugar recibió la fría reconvención del vicario, que sin palabras le ordenaba silencio.

Las razones esgrimidas por el fraile no convencieron a Bonaparte que, juzgando haber dedicado ya demasiado tiempo al asunto, ordenó a su guardia que arrestaran al fraile y lo llevaran a prisión.

Se desplomó fray Juan falto de aire al oír esto, resbalándose de entre los brazos de sor Elvira, que con su escasa fuerza apenas pudo sujetarlo.

Llegaron hasta ellos los guardias para llevarse al anciano. Medio arrastrado, porque apenas se tenía en pie, lo condujeron hacia la salida.

Sor Elvira, indignada ante tamaña muestra de injusticia y todavía más enojada al ver que ninguno de los presentes había osado defender a los frailes, se olvidó de dónde estaba y de que aquel hombre tenía poder sobre la vida y la muerte. Dirigiéndose hacia el emperador le gritó encolerizada que no daba muestra de ser sagaz al castigar a aquéllos que nada tenían que ver con el asesinato ni el correo robado, y que si la carta era importante era una gran torpeza no investigar más, echando la culpa a inocentes.

Se volvió Napoleón desconcertado hacia la monja, asombrado, como si de pronto hubiera cobrado vida una de las estatuas que adornaban el Palacio Real y se estuviera dirigiendo a él.

—Perdone, señora, es decir, *bonne soeur*, ¿qué es lo que dice? —le preguntó, atónito ante aquella monjita pequeña y frágil que había osado contradecirle en público.

Tragando saliva para darse ánimos, sor Elvira le repitió que era una estupidez castigar a aquéllos que no tenían que ver con el crimen, sólo se vería como un deseo de venganza, y que ensañarse con los más débiles no cuadraba con la imagen de justicia y progreso que él mismo les había mostrado.

Uno de los guardias se dirigió hacia la monja, con el objeto de hacerla callar, pero Bonaparte, divertido, se lo impidió con un amplio gesto de la mano.

—Dígame, hermana, ¿y usted qué haría en mi lugar? —le preguntó en tono burlón a la abadesa.

—Sire, es cierto que el sirviente Blasillo es un simple. Fue abandonado hace años a las puertas del convento, y sobrevive gracias a su caridad. Le conozco porque en ocasiones nos ha traído verduras de la huerta y doy fe de él. No es alguien que tenga motivo ni habilidad para matar a uno de vuestros oficiales, que son hombres entrenados en el ejercicio de la guerra.

Calló Napoleón al oír las razones de la abadesa y la animó a seguir con un gesto.

—Antes bien —continuó la religiosa—, si la carta es importante, deberíais pensar en quién tiene interés en tenerla en su poder y dirigir vuestras pesquisas hacia allí. Quien haya matado a vuestro mensajero ha de tener poderosas razones, porque hace falta estar loco o ser muy audaz para arrebataros vuestro correo en la misma puerta frente a todo un ejército.

En ese momento se adelantó en el salón Real otro soldado de la guardia, y de nuevo le susurró algo al emperador.

Se encendió en un gesto de afirmación el rostro de Bonaparte y, volviéndose hacia la monja, la miró en silencio.

No había podido por menos el corso que darle la razón en su fuero interno. Hacía mejor en buscar el despacho, o por lo menos indagar a dónde podía haber ido a parar. No podía dejar de lado las intrigas y conspiraciones que pretendían apartarlo del poder. Sus ministros, Tayllerand y Fouché, que le habían ayudado a erigirse en primer cónsul el primero y en emperador el segundo, no eran trigo limpio. Por fortuna para sus designios se encontraban enfrentados entre sí, y él

procuraba acrecentar su rivalidad. Sin embargo, en los últimos tiempos le habían llegado rumores de que se encontraban en los mejores términos y no debería perderlos de vista. Por otro lado, las noticias que llegaban de la Confederación del Rin y del papado no eran buenas. Cualquiera de sus espías sería fuertemente recompensado si llevara a sus superiores correspondencia del emperador de los franceses. Además, estaban esos malditos ingleses que habían hecho de la sustracción de correos un arte. Cualquiera de sus enemigos podía haber robado el mensaje, incluso algún delator de los ineptos ejércitos españoles.

Decididamente, tenía que hacer buscar la maldita carta, pero también era necesario dar una lección a aquel pueblo díscolo, necesitado de un escarmiento. De igual modo, tampoco podía consentir que una pequeña monja española le pusiera en ridículo delante de su Estado Mayor y le hiciera convertirse en el hazmerreír en aquella ciudad rebelde. Pero tampoco debería castigarla abiertamente, porque le acusarían de crueldad. Sí, haría con ella una prueba. Cuando aquella insignificante personilla fallara, nadie podría reprocharle lo acertado de su castigo. Con un engañoso gesto de amabilidad se volvió hacia ella.

—Dígame, hermana, ¿cómo tengo que dirigirme a usted?

—Podéis llamarme sor Elvira, sire —contestó la monja con humildad.

—Bien, he sido informado de que es usted la abadesa del convento de Santa Brígida de la Encarnación, o de la Concepción, o de la Purificación o de lo que demonios sea —le comentó con falsa cordialidad, mientras los más pacatos de la sala se hacían de cruces por la invocación al maligno—. Hace bien en decir que debería buscar la carta. Tiene razón, me es indispensable y, por tanto, voy a encargarle a usted la tarea.

Una exclamación de sorpresa colectiva resonó por toda la sala. ¡Asombroso, inaudito, en lugar de ponerla en su lugar con un castigo ejemplar, el emperador encargaba esa difícil misión a una mujer y encima monja de clausura!

—No puede ser, sire, recapacitad —se atrevió a decirle el vicario—. Esta pobre alma está ofuscada por el dolor de ver a su padre espiritual en apuros y ha olvidado cuál es su lugar. Debería volver al convento, del que nunca debería haber salido. Una monja ni siquiera siendo abadesa tiene capacidad para abordar la insigne tarea que le habéis encomendado. Además, no puede salir de su cenobio, pues debe cumplir clausura, salvo que tenga dispensa.

—Ya lo creo que podrá, ya ha oído cómo explicaba sus razones —le contradijo Bonaparte—. Sor Elvira, puesto que cree tener razón, deberá demostrarlo. Tiene de plazo para encontrar esa carta el tiempo que permanezca en esta ciudad, mientras espero el resto de noticias que me llegan del mundo civilizado.

—Pero sire, ¿y su clausura? —insistió tozudo el vicario—. Sor Elvira necesitaría licencia, y el código canónico se opone con firmeza a estas irregularidades, ved que no es nada ortodoxo lo que proponéis.

—En realidad, don José, no estoy proponiendo nada, es una orden —le reconvino Napoleón con una sonrisa dura—. En cuanto a la licencia, estoy seguro de que será usted capaz de encontrar una buena razón para concedérsela si no quiere incurrir en mi enojo. ¿No está de acuerdo conmigo, vicario?

Agachó la cabeza don José sin contestar, incapaz de torcer la voluntad de Bonaparte, y empezó a reconcomerse de rencor hacia aquella molesta abadesa que le había obligado a contradecir al mismísimo emperador de los franceses.

—Como estaba indicando antes de ser interrumpido —continuó el corso—, sor Elvira deberá entregarme la carta y al asesino durante el plazo de tiempo en que yo permanezca en Valladolid, que será el justo para que lleguen los correos que espero de Europa. Si no lo consigue, los quince

bandidos serán ahorcados, y, además, no estarán solos, les acompañarán los frailes de San Pablo y todas sus hermanas del convento, así como el hortelano, al que ya han capturado mis hombres, y, por supuesto, usted misma, como reconocimiento a su fracaso.

Un silencio estremecedor encogió el ánimo de los presentes. Era un castigo brutal por haber osado reconvenir al francés. Ni frailes ni monjas merecían esa muerte ignominiosa, ni siquiera sor Elvira, cuya única falta había sido defender a su capellán.

Don José apretó el gesto, tratando de disimular una sonrisa. Si la abadesa fallaba, de lo cual no tenía duda, se libraría además del prior de los dominicos, con el que mantenía una vieja enemistad, fruto de los desencuentros a la hora de entender la caridad.

—Pero sire, tened piedad —le suplicó la monja, encogida y pequeña, mientras le temblaban las piernas al escuchar lo que se esperaba de ella—. No tengo experiencia, ni me es posible ir indagando por ahí. Me enviáis a una muerte segura.

—Debería haber medido antes sus palabras —contestó satisfecho Bonaparte al ver la cara demudada de la abadesa—. Ahora es demasiado tarde. Deberá satisfacer mi exigencia o se cumplirá la sanción que le he impuesto.

—Sire, es mucha pena por apelar a vuestro sentido común y vuestra conciencia —se atrevió a protestar la abadesa—. Levantad el castigo sobre los demás y asumiré con mi persona el reto que me habéis impuesto. Si fallo, que sea sólo yo la que pague por mi osadía.

Sus palabras fueron acogidas con un murmullo de asombro y simpatía.

—Eso seré yo quien deba decidirlo —le replicó Napoleón—. En función del empeño que demuestre, consideraré ser clemente con los suyos.

Un gesto de determinación y resignación marcó el rostro de la abadesa.

—Está bien, sire, lo intentaré por salvar las vidas de los que ya están condenados. Pero, como os dije, no puedo ir indagando por ahí yo sola por los caminos, necesitaré cuanto menos una escolta. Tampoco sé cómo puedo investigar. ¿Cómo se supone que debo cumplir vuestra orden?

Una sonrisita de conmiseración surgió en los labios del francés. Sería un auténtico espectáculo ver a aquella monja de hábitos trasnochados ir preguntando por ahí de casa en casa. No podrían decir de él que no era magnánimo. Consentiría en prestarle un poco de ayuda.

—Dice bien, sor Elvira; si va sola, sería como enviar a un conejo entre los leones. Y tampoco puedo permitir que ande a sus anchas por mi palacio. Le asignaré una escolta que la acompañará en todo momento. En cuanto al modo, cuando doy una orden a mis ministros, dejo que elijan la forma de cumplirla. Hágalo como mejor le plazca —le replicó el corso. Y volviéndose hacia sus secretarios, se dirigió a uno de ellos.

—Usted, secretario, ¿cómo se llama?

—Clermond, sire, Jean Clermond —respondió el interpelado.

—Bien. Clermond, será usted el encargado de acompañar a la *bonne soeur*. No se separe de ella. Tome dos hombres de escolta y acompáñela a donde quiera que ella diga.

El aludido, Clermond, uno de los ayudantes de Mèneval, el secretario de Cartera del emperador, se quedó con la boca abierta al oír la orden, pero no osó emitir una palabra.

El emperador, satisfecho, decidió dar por finalizada la recepción, y girando sobre sí mismo se dio la vuelta y salió a grandes zancadas del salón del Trono.

### Capítulo 3.

#### Comienzan las pesquisas.

Sor Elvira se volvió a su alrededor, en medio de un gran silencio en el que todos la miraban, todavía desconcertada y temblorosa por lo que acababa de suceder. Se había atrevido a rebatir al emperador y debía pagar las consecuencias.

La enorme tensión de aquel instante se rompió con el genio iracundo del vicario, que comenzó a gritarle en tono despreciativo, recriminándole que era una insensata, que había puesto en peligro la vida de los frailes y que le estaba causando demasiados problemas. Tras tomar aire para respirar, mientras le corrían gruesos goterones de sudor por la frente, concluyó diciendo que no contara con su ayuda.

Don José se volvió con brusquedad y sufrió un encontronazo con un curioso que escuchaba sin querer perderse una coma del rapapolvo que recibía la monja. Maldiciendo entre dientes por sufrir ese menoscabo en su dignidad, se dirigió colérico a la salida.

El párroco, en cambio, en cuanto vio que el vicario había partido, se acercó a la abadesa, que agachaba la cabeza abatida.

—Buena la ha hecho, hija mía —le dijo con pesar—. No pierda la esperanza, que intentaré ayudarla en lo que pueda.

—Su asistencia me será de gran ayuda, don Lorenzo —le respondió triste la abadesa, tratando de serenarse al ver que el sacerdote le ahorraba los reproches—. ¿Sería posible que averiguara si alguno de sus parroquianos vio o escuchó algo ayer por la noche? Tengo entendido que encontraron el cuerpo por la mañana temprano.

—Así lo haré, sor Elvira —le contestó el párroco, contento por poder prestar apoyo y aliviado al ver que la monja no daba señales de histerismo ni conmiseración, sino que trataba de aplicarse a la tarea.

Cuando comprendió que los clérigos españoles habían terminado de hablar con la monjita, el asombrado Clermond, que continuaba sin dar crédito a lo sucedido, se dirigió a ella, indicándole que debía proseguir con sus obligaciones y que si se le necesitaba estaría en el gabinete del secretario de Cartera.

Se volvió la abadesa hacia el secretario, observándolo con detenimiento por primera vez. Vio a un hombre de unos treinta y cinco años, con el pelo castaño y la piel clara, de mandíbula firme, vestido con camisa blanca, pantalón negro y chaqueta del mismo color, con cuello de terciopelo y adornada con doble botonadura dorada, tal y como correspondía a los oficiales de Gabinete. Parecía sorprendentemente fuerte para ser un hombre dedicado a tareas administrativas.

—Dígame, *monsieur* Clermond —le preguntó la monja—, ¿se ha encontrado la carta en poder del hortelano?

—No lo sé —contestó el aludido, enfadado—. Haga el favor de dirigirse a mí por mi rango, como secretario Clermond —exigió puntilloso.

—Pues entonces, no debemos perder el tiempo y debemos acercarnos a donde tengan a Blasillo para averiguarlo —le contestó la monja sin darse por aludida por el mal genio de su interlocutor.

—De eso nada —contradijo el secretario—. Yo me debo a mi trabajo. Debo ir a copiar en limpio los últimos despachos del emperador, para que puedan ser entregados a los correos. Cuando acabe, volveré a por usted. Espéreme aquí.

Una mueca de incredulidad se dibujó en el rostro normalmente amable de la abadesa. Sin hacer caso de los que aún permanecían en la sala y que querían hablar con ella, se recogió los hábitos y bajando las escaleras siguió tan deprisa como pudo al ofendido secretario, que se dirigía con paso rápido al piso de abajo, hacia la estancia del palacio en la que habían dispuesto la secretaría.

Cuando Clermond llegó a su mesa de trabajo, tomó la pluma y se puso a escribir, ignorando las razones que le dirigió la abadesa sobre la necesidad de iniciar con premura su investigación. Agotada su paciencia, sor Elvira intentó salir del palacio, pero se lo impidieron los guardias, indicando que tenían órdenes de no dejarle salir si no era acompañada por el secretario.

La monja no tuvo más remedio que volver a la sala en la que trabajaba el escribiente y permanecer de pie mirándolo indignada.

Tras redactar durante unos diez minutos, Clermond leyó el documento con detenimiento y, sintiéndose satisfecho, se puso de nuevo en pie y salió de la habitación, seguido por sor Elvira. Dirigiéndose a uno de los guardias de Cartera que vigilaban a la puerta de la secretaría, le preguntó por el emperador, a lo que éste respondió que su majestad imperial estaba en la biblioteca, despachando con los mariscales.

Entró el secretario en la biblioteca, acompañado de la monja, y depositó en silencio el escrito en el extremo de una larga mesa situada en el centro de la sala, en la que se encontraban desplegados unos planos enormes que acaparaban la atención de Napoleón y su Estado Mayor.

Sin prestar apenas atención a su secretario, el emperador estampó su firma en el documento, mientras escuchaba al príncipe de Neufchâtel, que expresaba su objeción a que la División Barbou fuera a unirse al contingente de Dalmacia.

Como viera sor Elvira que Clermond se retiraba sin mediar palabra con Bonaparte, armándose de valor se dirigió al corso indicándole que necesitaba saber dónde estaba encerrado Blasillo para poder interrogarle y averiguar si tenía la carta en su poder.

—Sire, este hombre que me habéis asignado como ayuda se niega a acompañarme a interrogar al detenido. Tampoco me es posible salir de palacio porque según vuestras órdenes él debe acompañarme —continuó indignada—. Si es así como pretendéis que indague y busque al asesino, es preferible que me mandéis ahorcar ahora mismo. Por lo menos no perderemos tiempo ni vos ni yo.

Bonaparte, divertido por la audacia de la monja, la observó durante unos segundos con mirada socarrona, y, dirigiéndose a Clermond, lo tranquilizó diciendo que no se preocupara porque quedaba relegado de sus obligaciones para cumplir la orden dada. El secretario agachó la cabeza, humillado y confuso.

—De todos modos, antes de que se marche, acompáñeme a mis aposentos, Clermond, pues debo dictar dos cartas y acabo de recordar que Mèneval está indispuesto. Después acompañará a la abadesa adonde ella disponga. Usted, sor Elvira, aguarde aquí a que mi ayudante finalice esta última tarea.

Salieron los dos hombres de la sala, con un Clermond ensombrecido, porque escribir al dictado del emperador era la pesadilla de sus secretarios. Bonaparte solía pasearse enfebrecido mientras pronunciaba a toda velocidad lo que se le ocurría en el momento. A veces confundía los nombres de las ciudades sobre las que se designaban movimientos de tropas, y si el escribiente no captaba bien las intenciones del corso podía recibir un duro rúspice. Tampoco toleraba que le interrumpieran en su discurso para consultar lo que no se entendiera. Tras el dictado, que podía durar horas, era tarea de los ayudantes poner en claro el mensaje y disponerlo para su envío. Normalmente era el secretario de Cartera, Mèneval, el que atendía personalmente las alocuciones del emperador, pues le conocía como pocos, y con su larga experiencia sabía interpretar su

voluntad sin apenas fallos. Pero debido a una fuerte indisposición que le hacía guardar cama desde el día anterior, debían atender a Bonaparte tan solo sus ayudantes.

Sor Elvira se quedó sola en la biblioteca, retorciéndose las manos con desesperación, sin saber cuánto tiempo tendría que esperar, consciente de que cada segundo contaba. Inmóvil en el centro de aquella desangelada estancia, le pareció que habían transcurrido siglos desde que salió de su casa aquella mañana. En esas pocas horas su vida se había puesto patas arriba, pesaba sobre ella una dura condena y si quería salvar a sus compañeras debía utilizar todo su tiempo y empeño para encontrar aquella dichosa carta.

Sintiendo que un frío helado encogía su corazón, se acercó a la chimenea, en la que ardía un fuego que hacía lo posible por caldear la sala, y se dispuso a rezar, pensando que era lo único que podía proporcionarle un poco de sosiego, mientras sentía discurrir los minutos lentamente. Casi sin ser consciente, fue pasando revista a lo que había pasado, cavilando sobre la poca experiencia que tenía del mundo. Toda su vida había estado al abrigo del convento. Había entrado en él siendo casi una niña, y apenas recordaba ya a su padre, con su silencio distante tras la muerte de su madre por las complicaciones de un parto, volcando todo su amor en sus hijos varones, sus hermanos, que se habían ido comiendo la hacienda poco a poco. Para don Miguel de Rojas fue un alivio que su hija Elvira aceptase dócilmente profesar en el convento y no poner dificultades viendo las estrecheces económicas por las que atravesaba la familia. Y también fue afortunado, ya que en la Orden Brígida pasaron por alto la escasez de la dote, en deferencia a los orígenes de la nueva novicia, pariente directa de la fundadora. A falta del cariño familiar, la joven encontró en la orden aceptación y aprecio, y en la rutina de la vida monástica pudo dedicar su tiempo al estudio y a las tareas del convento, hasta que tuvo que pasar a dirigir aquella santa casa. Ahora, por su causa, iban a perderlo todo.

El crepitar de las llamas se fue apagando poco a poco mientras la abadesa seguía sumida en sus reflexiones. De pronto, sintió un escalofrío y observó que apenas quedaban encendidos unos rescoldos en el hogar. Levantándose buscó en las cercanías de la chimenea algún cesto con leños con que alimentar el fuego, y encontró uno, pero estaba vacío.

Recorrió la habitación con la mirada, por si hubiera dispuesto algún otro cesto, y entonces, siguiendo la pared de aquella enorme sala, vio otra chimenea de menor tamaño y menos ornamentada, medio oculta de su vista por la escalera que se utilizaba para acceder a los libros de las estanterías más altas.

Acercándose hasta ella, comprobó con alivio que todavía conservaba en su hogar unos trozos de pino y se agachó a recogerlos. Cogió en sus brazos el más pequeño y se lo llevó para reavivar el fuego. Tras varios intentos, pues era la primera vez que realizaba esa tarea, consiguió que las llamas brotasen de nuevo, y sonrió satisfecha, aspirando el humo que revocaba ligeramente en la habitación. Aquel olor a humo de leña, a calor y alimento, le transmitió a sor Elvira una agradable sensación de calidez, ayudándole a serenarse un poco.

Ya más tranquila, cuando estuvo segura de que el fuego no iba a apagarse, se volvió a la chimenea auxiliar a recoger más madera. Cogió varios leños, y al descargarlos en el cesto, observó con desagrado que se había manchado las manos de resina y arcilla roja. Se acercó de nuevo a la chimenea y retiró los últimos palos, comprobando que la suciedad provenía de las huellas dejadas por un criado descuidado en el suelo del hogar. Extrañada por aquella muestra de dejadez que contrastaba con la limpieza del pulido suelo de mármol, se dirigió de nuevo hacia el fuego para volver a alimentarlo.

Una vez efectuada esa tarea, sor Elvira se dijo a sí misma que tenía que hacer algo más que lamentarse por su situación y decidió ocuparse en algo. Observando los libros y revistas



dispersos sobre la mesa, cogió *La Gaceta de Madrid* y se puso a leerla.

Apenas había leído dos artículos, cuando tuvo que levantar la cabeza del papel, desconcentrada por la cháchara de los guardias de la puerta que, aburridos de su tarea, habían comenzado a conversar, al principio en voz baja, pero luego a un volumen suficiente para que la abadesa pudiera entenderles.

Uno de los guardias comentaba al otro la mala fortuna que había tenido *Moustache* Chazals, el guardia de estafeta, que los españoles eran unos salvajes y que en este condenado país los correos tenían que llevar una fuerte escolta si no querían ser asesinados. El otro guardia le preguntó si conocía al tal *Moustache*, a lo que el primero contestó que sí, que era un veterano que llevaba muchos años al servicio de Bonaparte, desde sus años de general en las campañas de Italia y Egipto, y que habían coincidido en algunas ocasiones. Precisamente, estuvo hablando con él en su guardia anterior, antes de que saliese del palacio.

—¡Pero qué mala suerte ha tenido el pobre hombre! Un correo curtido que ha recorrido miles de leguas, con enemigos apostados detrás de cualquier árbol, y se ha dejado matar ante nuestras mismas puertas. ¡Con lo contento que iba cuando salió! Se despidió de mí muy alegre y ufano, contándome que se iba a alojar en San Pablo y a dormir en una cama decente, con buena compañía que ya tenía ojeada. Me guiñó el ojo y me dijo que le esperaba una morena estupenda y que se la podía cuidar hasta que volviera si me apetecía. Parece que lo estoy viendo, guardándose en la guerrera el despacho que le había entregado Fain, silbando una de sus horribles melodías normandas.

Siguieron los guardias platicando, contando historias de conocidos, hablando de la suerte que tenían algunos de seguir vivos después de haberse enfrentado a las cargas italianas o a los fieros mamelucos, hasta que la abadesa dejó de prestarles atención y continuó con su lectura. Por *La Gaceta* pudo saber cómo estaban las cosas por el país. Al parecer, José Bonaparte había perdonado a los prisioneros capturados en su vuelta a Madrid y les había integrado en su ejército, donde serían vestidos y bien alimentados. Insistía también en abrir en la capital grandes calles y avenidas, al estilo de París. No le parecieron a la monja estrategias muy acertadas, conociendo a sus compatriotas. Y en ésas estaba cuando regresó Clermond a la biblioteca, y con un gesto seco le indicó que ya había acabado y que podían acercarse a ver al prisionero, si lo deseaba.

Así lo hicieron, dirigiéndose de prisa al convento de San Pablo, donde habían habilitado varias de las celdas de los monjes como calabozos y en las que los infortunados frailes estaban retenidos sin comida ni agua. Cuando el guardia les abrió la puerta, entraron en la celda en la que estaba encerrado el malhadado Blasillo, un recinto reducido y lóbrego que olía a sudor y desesperación. Cuando se acostumbró a la oscuridad, la abadesa pudo ver que estaba sentado en el suelo en un estado lamentable, con un ojo totalmente hinchado, una brecha sanguinolenta y el brazo derecho partido como consecuencia de los golpes que había recibido de los soldados.

Apenas habían dado dos pasos la monja y el secretario en el pequeño aposento cuando les sorprendieron unos gruñidos que provenían de un catre revuelto junto al fondo de la pared. Sor Elvira observó con asombro cómo lo que parecía un montón de ropas revueltas cobraba vida y, de repente, sacudiéndose una arpillera de encima, apareció un perrillo de color canela y una raza indefinida, con las orejas colgando, que la miraba desafiante enseñando los dientes.

Al verlo, Blasillo se puso a sollozar y cogió al perro con su brazo bueno, acunándole como si fuera un niño, intentando tranquilizarle con siseos.

Al ver que los recién llegados no parecían querer golpearle, el infeliz labriego se tranquilizó lo bastante para responder con voz bobalicona a las preguntas que le dirigió sor Elvira. Entre toses y lágrimas les explicó que había encontrado al soldado cuando había ido a primera hora de la

mañana al huerto a sacar agua. Le había costado mucho girar la noria, y cuando consiguió moverla vio que tenía atrapado un cuerpo. Con muchas dificultades había logrado sacarle, porque ya estaba tieso, y cuando vio que era un francés salió dando voces espantado del muerto. Sor Elvira le preguntó si había cogido alguna carta o documento que tuviera el hombre encima, y Blasillo, con cara de asombro, le contestó que no, que había salido corriendo y que no sabía qué hacer con un papel, porque no sabía leer. También respondió, a otra pregunta de la monja, que no había visto nada extraño la noche anterior, que se había retirado a descansar temprano al convento, poco después de la puesta de sol.

Se disponían a salir de la celda, dando por acabado el interrogatorio, cuando el infortunado hortelano retuvo a la abadesa de la manga del hábito para llamar su atención. Le habían dicho los guardias que les iban a ahorcar, a él y a su perro, y aunque no entendía muy bien lo que era eso, sabía que no debía ser bueno. Mirando a la monja con el único ojo que podía abrir arrasado en lágrimas, le suplicó que se llevara al perrillo y que cuidara de él. Sin darles tiempo a reaccionar, lo puso en sus brazos y, empujándoles hacia fuera, cerró él mismo la puerta.

Sor Elvira, estupefacta, se quedó quieta con el perro en brazos durante unos segundos, hasta que éste saltó y se puso a gemir y arañar lastimosamente la puerta cerrada, momento que aprovechó Clermond para alejarse, indicando a la abadesa que le siguiera. El perrillo, por su parte, parecía entender las órdenes de su amo a través de la madera, porque al ver que se marchaban, dejó de gimotear y les siguió con las orejas gachas.

Al ver que el pobre Blasillo no le había proporcionado en realidad ninguna información que le pudiera ser útil, sor Elvira le indicó a Clermond que quería ver el cuerpo del infortunado correo por si encontraban algún indicio que pudiera servirle para tirar del hilo.

El secretario se negó con la cabeza, indicando que no le parecía buena idea, porque seguramente ya le abrían enterrado, y aquel cadáver no sería nada agradable de ver. Seguramente ofendería su sensibilidad.

No se arredró la monja ante la negativa del ayudante, y preguntó a uno de los soldados de la guardia, que le informó de que se habían llevado el cuerpo a las caballerizas del Palacio Real.

Allí se dirigió sor Elvira, con un Clermond taciturno que le indicaba que ya estaba advertida, y que sería la única responsable si no era capaz de soportarlo y se desvanecía allí mismo.

Llegaron a las caballerizas justo a tiempo, porque ya habían amortajado el cuerpo con una sábana y estaba cargado en un carro para llevarlo a enterrar. A regañadientes, tras la orden del secretario, consintieron en descargar el cuerpo, depositándolo en el suelo.

Tras retirarle la sábana, sor Elvira comprobó que Clermond no exageraba. El rostro del cadáver estaba verdoso e hinchado tras estar sumergido en el agua de la noria y olía a putrefacción y agua estancada, con algas del pozo colgando de sus grandes bigotes. Presentaba una fea herida en el vientre que dejaba a la vista los intestinos, con los bordes blancos y tumefactos, que había sido causada sin duda por un puñal, y que era la que le había provocado la muerte. Armándose de valor y procurando contener las náuseas, comenzó a desabrocharle la guerrera ante la mirada desaprobadora de los soldados, a los que no les hacía ninguna gracia que viniera nadie a entretenerles en su dura tarea.

—Necesito cerciorarme de que no tiene el mensaje —se justificó la monja ante la reprobación de los que la rodeaban. Le llevó un buen rato concluir su tarea, comprobando a conciencia que no tenía el mensaje sobre su cuerpo.

Desalentada, comenzó a cubrir de nuevo el cuerpo con la sábana, pero de pronto se fijó en la mano izquierda del infortunado correo, cerrada con fuerza en un puño. Observándola con atención, comprobó que del mismo asomaba un pequeño trozo de papel. Intentó abrirlo, pero el rigor mortis

había hecho su efecto y no le resultó posible. Con la ayuda de un fleje de carro, a modo de palanca, uno de los conductores de la carreta consiguió abrir el puño, fracturándole los dedos en la tarea, y del interior de la mano rescataron el fragmento de papel que pedía con insistencia la abadesa.

Sor Elvira lo miró con ansiedad, comprobando que se correspondía a la esquina arrancada de una hoja. Al parecer, el correo había retenido aquel papel, forcejeando con su agresor, hasta que logró arrebatarlo de las manos, rompiéndolo en la lucha. Para decepción de la monja, no tenía nada escrito.

Clermond también lo cogió y lo miró con interés, confirmando que ese tipo de papel era el que utilizaba el emperador en sus mensajes. Seguramente se trataba de un trozo de la carta robada. Después, se lo devolvió a sor Elvira, que lo guardó en una pequeña escarcela que llevaba en el interior del hábito.

La abadesa, desencantada porque la pista no les aportaba nada nuevo, preguntó a los guardias si habían buscado el arma con el que le habían apuñalado, a lo que le éstos, encogiéndose de hombros, le respondieron que no, y que en todo caso estaría en el fondo del pozo en el que se había encontrado al desgraciado *Moustache*.

Sor Elvira reflexionó unos instantes, recordando lo que había escuchado a los guardias en la biblioteca, y entones consultó si alguien se había hecho cargo de los efectos personales del correo. Ya que nadie supo contestarle, les señaló a los soldados que ya podían enterrar a Chazals, y volviendo sobre sus pasos decidió regresar al convento de San Pablo, a los alojamientos de los soldados, para comprobar si *Moustache* Chazals había dejado algo allí que pudiera ayudarla.

Llegó de nuevo al convento seguida de Clermond, que protestaba una vez más indicando que estaban perdiendo el tiempo y que no iban a encontrar nada de provecho porque estaba más que claro que le habían quitado el mensaje en la pelea. Cuando preguntó al encargado de los alojamientos, éste les señaló una celda, en la zona reservada a los oficiales, al final de la amplia sala común en la que dormían el resto de los soldados. En la celda, un reducido espacio en la que apenas cabía la cama presidida por un crucifijo, encontraron una pequeña alacena que hacía las veces de mesilla y armario. En su parte inferior localizaron una bolsa que mostraron al encargado, y éste confirmó que era propiedad de Chazals. Volcaron su contenido sobre la cama, comprobando que contenía ropas de cambio y un queso de buen tamaño envuelto con un trapo grasiento, pero ni rastro de documentos. Con un suspiro, sor Elvira procedió a recoger de nuevo la ropa, y al meterla en la bolsa encontró una pequeña piedra, del tamaño de una almendra, tallada en forma de escarabajo, con inscripciones a su alrededor. Se la enseñó al encargado que la miró con curiosidad, pero no supo explicarle cuál era su significado. Tampoco el secretario, que la cogió y la observó con atención durante unos instantes, pudo darle razón de por qué estaba allí. Seguramente se trataba de un recuerdo de uno de sus destinos. Con una sonrisa entre conmiseración y simpatía, se la devolvió a la monja, que la guardó bajo su hábito.

Salió desalentada sor Elvira a la gran plaza a la que daba nombre el convento. Comenzaba a oscurecer. Ocupada como estaba en el inicio de las pesquisas, no se había percatado de que había discurrido un día entero. Para aumentar su desazón, su estómago comenzó a protestar sonoramente, ya que no había probado bocado desde la mañana.

Clermond se dirigió hacia el palacio, cansado, pero con secreto alivio al ver que la monja no daba muestras de querer ir a otro sitio, mientras sor Elvira le seguía humildemente. Sin embargo, al llegar a la puerta fue informado de que su superior había decidido que se trasladara al convento de las Brígidas, pues de esta manera podría cumplir mejor su cometido de vigilar y acompañar a la monja sin los inconvenientes de tenerla en la secretaría.

Con una mirada hosca, se lo transmitió a la abadesa, que le aseguró que le prepararían el mejor de los alojamientos, mientras se dirigían con paso fatigado al portalón de la entrada.

Al llegar al convento, sor Elvira fue recibida con gritos de miedo y recriminaciones por parte de sus hermanas. No había faltado quien les fuera con el cuento de lo sucedido aquella mañana en la audiencia con Napoleón, y la débil esperanza de la abadesa de que no supieran nada se desvaneció.

Con un profundo suspiro comenzó a escuchar sus quejas y gemidos, procurando tranquilizarlas. Mientras atendía aquel torrente de lágrimas, le indicó a sor Agustina que dispusieran un acomodo para el secretario Jean Clermond. La intendenta, mirándola con cara seria, como cuando la reñía de pequeña, decidió dejar los reproches para otro momento y atender la petición de su superiora.

Más de una hora le llevó a la abadesa dar explicaciones y exhortar a las monjitas para que pusieran su fe en Dios y se fueran a dormir. Cuando acabó, se dirigió exhausta a la sala en la que la previsora sor Agustina había dispuesto algo de cena para ella y el secretario. Mientras caminaba, sintió que algo se enredaba en sus pies hasta casi hacerla caer. Miró asombrada al perrillo canelo, del que se había olvidado por completo y que se paró delante de ella cabizbajo, con la cola entre las patas, por si había sido merecedor de un castigo.

Estuvo tentada la abadesa de mandarlo arrojar a la calle. Pero agotada como estaba, le dio lástima aquella acobardada criatura que había perdido a su dueño y decidió que ya habría tiempo de pensar que hacer con él. De momento, esa noche dormiría en caliente.

Clermond, que sentía verdadera hambre, había agotado la paciencia que distingue a un hombre educado, y a la vista de los alimentos había comenzado a cenar sin aguardar la llegada de sor Elvira. Al verla llegar acompañada del perrillo, enarcó una ceja, pero no hizo comentarios, ocupado como estaba de dar cuenta de unas lentejas estofadas a las que la cocinera había logrado añadir un buen trozo de tocino con veta.

Cuando acabaron de cenar y antes de despedirse para ir a dormir, sor Elvira le preguntó a Clermond si estaba dispuesto a responderle algunas cuestiones. El secretario, apaciguado por el buen hacer de la cocinera, y saboreando un vino que no le pareció malo, se avino a responder a la abadesa. A la pregunta sobre si era normal enviar a un correo con tan poco tiempo después de llegar de una misión, sin dejarle descansar apenas, el secretario contestó que no era muy normal, pero que así lo había decidido el secretario Mèneval.

Una vez concluida la sobremesa, se retiraron a descansar. Sor Elvira, agotada por las emociones del día, se dispuso a descansar, procurando dar tregua a los pensamientos que se le agolpaban en la cabeza, razonando consigo misma que sería más productivo para las demás y ella misma si lograba dormir algo y así continuar su tarea al día siguiente. A pesar de su intranquilidad, paulatinamente logró serenarse y conciliar el sueño.

Sor Elvira entreabrió los ojos, adormilada, al ser despertada por la infatigable sor Agustina, que la zarandeaba suavemente en el hombro. Todavía en duermevela y estirándose con lentitud para desentumecer el cuerpo, la abadesa recordó lo sucedido el día anterior, y rápidamente se puso alerta y saltó del lecho.

—Disculpe, madre abadesa, que la despierte tan pronto, todavía no han aparecido las luces del alba, pero tiene visita. Me dice la hermana portera que hay un chiquillo a la puerta que dice que trae un mensaje y que sólo se lo contará a la abadesa en persona y sólo a ella.

Se vistió sor Elvira con celeridad, asombrada de haberse recuperado con tan poco descanso, y terminando de ceñirse el cingulo mientras descendían las escaleras, llegó hasta el vestíbulo, en el que se encontraba un niño, de no más de diez años, que sostenía su gorra en las manos y que aguardaba, entre ansioso y enfurruñado, a que llegase la monja.

—¿Es usted la abadesa? —preguntó el rapaz dirigiéndose a sor Agustina—. Me ha dicho mi madre que lo que tengo que decir se lo cuente sólo a ella.

Con un gesto de cabeza, la formidable intendenta le señaló a sor Elvira, que observaba al niño, vestido con una camisa blanca bastante usada y unos pantalones de paño que le venían un poco cortos, pero que aparecían remendados y limpios.

Como el chiquillo permaneció callado, sor Agustina se encogió de hombros y, cruzando una mirada con su superiora, salió del vestíbulo.

—¿Es usted sor Elvira? —volvió a preguntar el niño, desconfiado—. Mi madre me ha dicho que lo que tengo que contar se lo diga sólo a la abadesa.

Tranquilizando al chiquillo, y confirmando que ella era ciertamente la madre abadesa, sor Elvira le preguntó con dulzura que quién era y cuál era el mensaje que le traía a una hora tan temprana.

El niño le contestó que su madre le había prohibido expresamente decir quién era y que, si se arriesgaba a mandarle a él con el mensaje, era únicamente porque el párroco, don Lorenzo, había logrado conmoverla con la prédica del día anterior, en la que había prácticamente suplicado que si alguien había visto o sabía algo del crimen del francés que, por favor, lo contara, a él o a la abadesa.

—Dime, pues, lo que tu madre, a la que sabré estar agradecida, tenga que contarme —le instó la abadesa.

—El mensaje no es exactamente de mi madre, sino de un amigo suyo. —Titubeó el niño al decir esa palabra—. Este amigo le dijo que le dijera a usted que si quiere saber algo más sobre la carta se encuentre con él hoy al anochecer en la taberna de San Isidro, la que está más allá de la Puerta de Tudela, en el camino a Peñafiel. Y que acuda sola, que no quiere ver ni a un maldito soldado francés.

Y dándose la vuelta, el chiquillo salió corriendo ante la sorpresa de sor Elvira, que no pudo hacer nada por impedirlo. Cuando por fin reaccionó y salió corriendo detrás de él, ya era tarde. El rapaz había desaparecido por una de las callejuelas que conducían a la plaza.

Volvió la monja al convento, meditando sobre lo que le había dicho el niño. En el claustro la estaba aguardando sor Agustina, con la mirada de tormenta que sor Elvira conocía bien, y que sabía que era el preludio de una de sus regañinas. Esta vez se la tenía bien merecida, se confesó a sí misma.

Antes de darle tiempo a hablar, le preguntó a la formidable intendenta si conocía al muchacho o sabía de qué familia era.

—No tengo noticia, madre abadesa —le contestó—. Le preguntaré a la hermana portera por si hubiera reconocido al chaval o nos pudiera dar razón de él. Pero antes, sor Elvira, tenemos que hablar.

En ese momento entraron en el claustro en el que se encontraban un grupo de cinco oficiales, interrumpiendo la conversación. Se tambaleaban y se reían en alto. Y cuando vieron a las dos monjas en el patio, se dirigieron a ellas con palabras soeces, invitándolas a quitarse los hábitos y acompañarlas al lecho.

La abadesa se quedó rígida ante tamaña grosería, pero, para su sorpresa, sor Agustina les siguió la corriente, invitándoles a que la siguieran primero a la cocina, en la que les daría un último vaso de vino. Así lo hicieron los ebrios oficiales, cantando y parloteando contentos, pastoreados por la intendenta, y ante la asombrada abadesa se bebieron en un visto y no visto la jarra de vino que les preparó la avispada monja. En cuanto se la hubieron tomado, continuaron cantando unos instantes, cada vez con más balbuceos y bostezando ruidosamente hasta que, a una indicación de la

intendente, la siguieron dócilmente al piso de arriba tambaleándose y apoyándose los unos en los otros. La abadesa, que no quiso dejar sola a sor Agustina, fue tras ellos, y entre las dos consiguieron conducirlos a sus aposentos y que se acostaran sin que provocaran más ruidos ni alborotos.

—¿Les has puesto algo en el vino? —preguntó la abadesa, extrañada porque se hubiesen dormido tan rápido.

—Un poco de adormidera y valeriana. Van a dormir como nunca en mucho tiempo —contestó sor Agustina en voz baja.

Bajaron las escaleras en silencio, dirigiéndose de nuevo hacia el claustro. No confiaba sor Elvira en que sor Agustina hubiese olvidado el réspice que tenía que dirigirle con la escena de los oficiales y se resignó a escucharla, sabiendo que tarde o temprano tendría que enfrentarse al reproche de sus hermanas, sin escudarse en su rango de abadesa.

—Tenemos que hablar, sor Elvira. Me imagino que seréis consciente del embrollo en el que nos habéis metido. Todas las hermanas están temblando o soliviantadas. Los Sandovalés han mandado recado diciendo que no saben por cuánto tiempo más van a poder alojar a la antigua abadesa y las demás. Tienen miedo de que nuestra desgracia les arrastre y nos las querían devolver ayer mismo.

—Confío en que supieras apaciguarles —exclamó con alarma la superiora.

—Por supuesto, madre abadesa, pero costará bastante a las arcas del convento. Consintieron en seguir alojándolas, pero no se conformaron con que les perdonara la retribución anual por el alquiler de las cuadras, sino que exigieron dinero contante y sonante.

Sor Elvira suspiró al escuchar esto.

—Sí, sí, no respire, que el problema es muy gordo. No sé si logrará sacarnos de este atolladero encontrando la dichosa carta, pero, de momento, todos nuestros proveedores han venido exigiendo que les paguemos las compras que hacemos al fiado. Ya no nos fía nadie, y en peor momento no ha podido ser, porque este invierno se paga carísima la arroba de garbanzos, y tenemos la casa llena de soldados hambrientos. Las lentejas, que ayer mismo se pagaban a cuarenta maravedíes, hoy sólo nos las dan por ochenta. Apenas nos quedan quinientos reales en metálico. Con eso es imposible mantenernos.

Se quedó cariacontecida la abadesa. No había calculado las consecuencias del problema.

—No confías en que pueda conseguirlo, ¿verdad? —le preguntó a la intendenta, angustiada.

Resopló con energía sor Agustina, deteniéndose unos instantes antes de dar su respuesta.

—No confiaría mi salvación a que podamos salir de ésta —confesó sin ambages—. Sin embargo, como no podemos dar marcha atrás, sólo nos queda seguir adelante. No tiene sentido que la reprenda por lo que ya no tiene remedio. Yo me ocuparé de las hermanas, los proveedores y los franchutes y lidiaré con todos como pueda; y usted, madre abadesa, se ocupará de encontrar al asesino.

Contuvo la respiración la abadesa al escuchar las palabras de su segunda, consoladoras en la medida en que podían serlo.

—Sin embargo, necesito su permiso para una cosa —continuó muy seria la intendenta.

—Lo que sea, sor Agustina, dispón de los bienes del convento a tu conveniencia. Cierto es que tengo la cabeza ocupada con la búsqueda de la dichosa carta, que es lo que debo hacer si quiero arreglar la delicada situación en la que nos ha puesto mi lengua. Confío plenamente en ti y estoy dispuesta a presentar mi renuncia al señor vicario para poder dedicarme humildemente a buscar al asesino y expiar mis faltas.

—No será necesario, madre abadesa —le replicó la intendenta—, no tenemos tiempo ahora para esas tonterías. Pero todas las habladorías que corren por la ciudad me han dado una idea. Si

salimos de ésta, habremos enderezado las cuentas del convento, y si no es así, tampoco tendremos que preocuparnos, porque ya no tendremos que rendir cuentas.

—¿Cuáles son esas habladurías? —preguntó la abadesa, asombrada—. ¿Ya se está comentando el caso por la ciudad?

—Uy, no lo sabe usted bien, sor Elvira. El vicario se ha preocupado de ir pregonándolo por todas las esquinas. Ya cuenta con su fracaso y con disponer de este convento a su antojo. Es el tema del día por igual en iglesias y tabernas.

Frunció los puños con enojo la monja al oírlo.

—Antes le vendo el convento al usurero —dijo indignada ante la conducta de don José. Si confiaba remotamente en el apoyo de su superior, ya podía ir olvidándolo.

—Pues sí, no se habla de otra cosa en la ciudad. Incluso el ciego del Caño Argales vino ayer con la copla.

—¿Qué es eso de la copla? —preguntó la abadesa, extrañada.

Sor Agustina la entonó con su voz bien timbrada, con inflexiones monásticas imposibles de disimular, sin pasar por alto la ironía que encerraban aquellos versos.

Muera el rey francés,  
fuera el rey francés,  
y el que puso guerra  
contra nuestro rey.

A eso de la media noche  
despacharon a un francés  
que llevaba unos papeles,  
qué pena, por Dios, mesié.

Dicen que Napoleón  
ya no tiene a quién mandar,  
y para buscar sus cartas  
a una monja va a enviar.

¿Es que no tiene soldados  
que la puedan encontrar?  
Pues es que están ocupados  
por las casas a robar.

Que los franceses a España,  
¿a qué han venido?  
A comer las gallinas  
y a beber vino.

Napoleón, Pepe Botella,  
no seáis tan infelices,  
que ya la monja os va a dar  
con la carta en las narices.

Muera el rey francés,

fuera el rey francés,  
y el que puso guerra  
contra nuestro rey.

Cuando acabó de cantarla, dirigió a su superiora una mirada interrogante, como evaluando la respuesta que pudiera darle.

La abadesa se quedó rígida, asombrada por la falta de piedad del populacho que había hecho de su desgracia piedra de burla. Aquello era el colmo. Condenadas a muerte como estaban, y aun se reían de ellas. Incapaz de decir nada, fue asimilando los versos de aquella coplilla. La verdad es que ingenio no les faltaba a sus convecinos, y tuvo que reconocer que conjuraban los desastres y el horror de la guerra con chanzas ocurrentes con afán de darse ánimos, con esa sabiduría de un pueblo que aún en lo más terrible de una guerra sabía reírse de sí mismo.

Repitió los últimos versos y aun sin quererlo se echó a reír, con risa nerviosa, descargando la tensión que le habían producido la escena con los oficiales borrachos y los acontecimientos del día anterior. No pudo contenerse tampoco la intendenta y se unió en carcajadas a la abadesa.

Cuando consiguieron las dos sofocar la risa, miró sor Elvira al suelo, temerosa de romper a reír de nuevo. Al levantar la vista, se encontró con la mirada de sor Agustina, que trataba de hacer lo mismo. Sin poder contener su hilaridad, rompieron a reír otra vez, con lágrimas en los ojos, temblando por el esfuerzo de contener las carcajadas hasta que ya no pudieron más, como dos novicias alocadas, apoyándose la una en la otra, buscando aliviar la tensión por lo absurdo de la situación.

—No es eso lo único, madre abadesa. También corren apuestas por toda la ciudad. La mayoría están en nuestra contra.

—Pues sabes lo que te digo, que deberíamos apostar nosotras también —contestó sor Elvira, enjugándose las lágrimas.

—Ésa era mi idea, madre abadesa, me alegra oír que, pese a que el juego es un pecado, no encuentra inconvenientes a mi plan.

—Haz lo que creas conveniente. Tienes mi permiso —concluyó la abadesa, poniéndose seria al ver aparecer a Jean Clermond en el claustro.

—Buenos días, sor Elvira, confío en que haya descansado —le saludó Clermond, en tono amable.

—No lo suficiente —contestó ella. Con breves palabras le informó del encuentro con el chiquillo, indicando que debían aguardar a la noche para entrevistarse con su misterioso informante, pero que le incomodaba tener que permanecer inactiva tanto tiempo, con lo escasa que estaba de él.

—Así es, madre abadesa —afirmó Clermond—, deberíamos continuar de alguna forma con las pesquisas esta misma mañana.

Sonrió sor Elvira para sus adentros, al escuchar que se dirigía a ella por su título por primera vez, y sobre todo aliviada por su nueva actitud, que parecía colaborativa y sin ánimos de discutir. Sin duda, la noche de descanso le había hecho reflexionar y acatar por fin la orden de ayudarla.

—¿Por dónde sugiere, secretario Clermond, que deberíamos continuar? Ayer ya interrogamos a Blasillo y estudiamos el cuerpo de Chazals, con escasos resultados.

—Podría ser conveniente analizar quiénes son los enemigos de nuestro emperador y ver si alguno tuvo la oportunidad de robar la carta.

Afirmó con la cabeza la abadesa, sopesando la recomendación. —¿Sugiere que alguien conocía el contenido de la carta?

—No, no he dicho eso —desmintió Clermond—. Eso no sería posible, sólo conocen el



contenido de las cartas el emperador y el secretario al que se las dicta. Yo mismo desconozco el asunto de esta carta en particular porque no la escribí yo. Lo que quería decir es que los correos del emperador son un bien muy preciado, y puede haber espías que paguen por robarlos. Por eso los oficiales de estafeta deben viajar con una fuerte escolta en este condenado país de salvajes.

—Ah, ¿sí? —contestó sor Elvira, un tanto irritada por esta última afirmación—. Me preguntaba si podríamos interrogar al personal que estuviera de guardia en la plaza en el momento del asesinato. Con el emperador en palacio, sin duda estaría reforzada la seguridad.

—Sí, tenemos el permiso directo del emperador. No habrá objeciones.

Se dispusieron a marcharse, pero sor Agustina se lo impidió, recordándoles que debían comer algo. Se dejaron conducir al despacho de la abadesa para evitarles el refectorio, ya que a esa hora se había comenzado a poblar de oficiales que aguardaban su desayuno.

Sor Elvira se dio cuenta de que, a pesar de su nerviosismo, estaba hambrienta, y en pocos minutos dio buena cuenta de la leche con pan migado, las nueces y el queso que la intendenta les había hecho llegar. Acabó su desayuno incluso antes que Clermond, que miraba con recelo aquel extraño queso curado, tan distinto de los suaves quesos franceses a los que estaba acostumbrado. Canelo, el perrillo, jugueteaba a los pies de la abadesa, encantado de haberla encontrado tras buscarla por todo el convento. Sor Elvira le acarició distraídamente la cabeza, mientras aguardaba que el secretario terminara su almuerzo.

Desde el despacho aun pudieron escuchar el movimiento de los oficiales entrando y saliendo de sus aposentos, unos dirigiéndose al refectorio, otros disponiéndose a salir para cumplir sus obligaciones, y algunos otros regresando de las guardias, saludándose a voz en grito, con tonos roncros y alegres. El estrépito se colaba por todos los rincones del austero convento, habitualmente lleno de sosiego y silencio, haciendo que las hermanas se atolondrasen y sintiesen extrañas en su propia casa.

Salieron en silencio, saludando con la mano a sor Agustina, que lidiaba como podía con las protestas de las monjas que atendían el comedor. Sor Aurelia se quejaba amargamente de que uno de los oficiales le había tocado el trasero, y ella le había golpeado la mano, gesto que fue acogido con un coro de carcajadas groseras por sus compañeros.

En el zaguán de la puerta, la hermana portera les despidió hosca y desesperanzada, recordándoles que cada vez tenían más cerca el cadalso, y que ella rezaba cada minuto al Señor para que les concediera una muerte rápida y sin dolor.

El sol se levantaba ya alto sobre el horizonte mientras sor Elvira aguardaba, arrebujada en su abrigo negro, en el patio del Palacio Real. Clermond había entrado al gabinete para solicitar que localizaran a los soldados que compusieron las guardias de la noche del seis de enero, y ella esperaba una vez más en aquel claustro silencioso que contrastaba en gran manera con la barahúnda que se vivía en su casa.

Al cabo de unos minutos, uno de los guardias le informó que Clermond le había pedido que entrara en la biblioteca, ya que en esos momentos no la necesitaba el emperador y que aguardara allí si no quería morir de frío.

Sor Elvira se acercó a la chimenea y se desprendió de su abrigo, agradecida de estar de nuevo a cubierto. Observó la mesa del centro de la estancia, que permanecía repleta de mapas e informes en ordenados montones y, movida por la necesidad, venció su reticencia a curiosear, aun a expensas de ser reprendida. Austria, Italia, Portugal, España... Cada montón de informes se refería a una de las naciones sojuzgadas por Napoleón. En otra pila encontró informes referentes al papado y un poco más allá los planes del emperador referentes a Rusia. Se decidió por esto último, comprobando en una carta que el embajador ruso Kourakine se deshacía en explicaciones

a Bonaparte por el último desplante del gran duque Nicolás. Al parecer, el hermano del zar Alejandro había osado contradecir en público al general Savary, embajador plenipotenciario de Francia, por ciertos comentarios de éste respecto del equipamiento y la disciplina del ejército ruso con ocasión de una revista a las tropas, y el embajador trataba de solucionar el desastre como podía.

Otro enorme montón de escritos se desbordaba de una carpeta denominada «Gabinete». La monja la abrió con curiosidad. Bajo la inocua denominación comprobó que en ella se guardaban las comunicaciones del Ministerio de la Policía, firmadas por un tal José Fouché.

Con creciente aprensión, comprobó que algunas de las misivas, ya descifradas y numeradas, comunicaban al emperador la ejecución de varios *chouans* realistas, partidarios de la restauración de los borbones en el trono de Francia. En otras le informaban de los seguimientos que la policía secreta realizaba a ciertos conspiradores jacobinos que ansiaban la vuelta de la república, y en otra más se detallaba la captura de un peligroso espía, un tal Quintal.

Sor Elvira leía totalmente ensimismada cuando un suave crujir de tela la sacó de su concentración. Con un movimiento asustado, cerró de un golpe la carpeta, y se encontró cara a cara con la mujer más guapa que había visto en su vida.

Era una mujer joven, de cabello moreno y ensortijado, que vestía un traje de organdí de talle alto, cubierto con un echarpe bordado, con profusión de encaje de Bruselas, en lo que sor Elvira supuso que era la última moda de París.

La joven sonrió ante el azoramiento de la abadesa, y con unos preciosos ojos marrones, que miraban escrutadores, enfrentó la mirada de sor Elvira, sin decir nada, en medio de un cada vez más tenso silencio, hasta que al fin sor Elvira musitó:

—Disculpe, *madame*, no la había oído llegar. Tan sólo estaba aguardando.

—Curioseando, más bien, diría yo —le contestó la mujer, en perfecto español. Y sin decir más se dirigió hacia las carpetas, abrió con displicencia la referida a España y fue pasando perezosamente las páginas.

La monja la dejó hacer, observando asombrada a aquella exótica criatura que leía con una mueca sardónica el contenido de los documentos.

Para sor Elvira no era nuevo descubrir que detrás de las tropas viajaban, como un segundo ejército, herreros, guarnicioneros, cantineras y, en muchos de los casos, las mujeres de los soldados, por lo que supuso que la hermosa dama era la esposa de algún oficial de alto rango a la que permitían permanecer en el palacio.

La joven, como al descuido, mientras seguía ojeando las carpetas, le comentó que había oído hablar de ella, y quería conocer a la famosa abadesa que había osado desafiar a Napoleón y de la que hablaba todo el mundo.

—Pues aquí me tiene —contestó la monja, con la cabeza alta, molesta porque la estuviera observando como un mono de feria.

—No se enfade, madre abadesa, que no es mi intención molestarla ni incomodarla, al menos no por tan poca cosa. Es más, quiero ofrecerle mi ayuda. Si le puedo resultar útil de alguna manera, no tiene más que hacérmelo saber.

No pudo responder a eso la abadesa, ya que en ese momento entró Clermond en la biblioteca, interrumpiendo la conversación.

Con voz fría saludó a la mujer. —*Madame* Rosa, con su permiso, la abadesa y yo tenemos trabajo.

—No os entretendré más, sor Elvira, he tenido mucho gusto en saludaros —contestó la joven. Recogiéndose las faldas con elegancia, salió de la estancia.

—Dígame, Clermond, ¿quién es esa mujer?

—Es *madame* Rosa Aguado —respondió el secretario con brusquedad—. Es la *petite amie* del general Kellerman. Es española, como usted. Pero no perdamos más tiempo. Aquí no va a ser posible interrogar a la guardia. Napoleón está pasando revista en el Campo de Marte, y allí están congregados todos los soldados. Si queremos hablar con ellos es el mejor momento, porque estarán todos juntos.

Cuando llegaron a la puerta del campo se mezclaron entre los curiosos que contemplaban el acontecimiento. La revista a las tropas estaba siendo deslucida por las bajas temperaturas y una niebla inclemente que impedía que los oficiales luciesen sus uniformes, apagando sus brillos y poniéndoles de mal humor. Las ramas de los árboles, negras y despojadas de sus hojas, goteaban humedad en una atmósfera crispada y desapacible, en la que se mezclaba el olor de la pólvora de las salvas de ordenanza con el sudor de los caballos.

Al parecer, la parada militar estaba siendo interminable, y la mayoría de los soldados de infantería, que llevaban horas inmóviles, movían disimuladamente sus pies adormecidos por el frío, con la esperanza de que Bonaparte finalizara pronto su arenga.

Clermond llevó a sor Elvira hacia la zona donde se encontraban las autoridades, una especie de plataforma de madera a la que había que acceder por unos escalones, y le indicó que le aguardara allí sin moverse, mientras él iba a decirle al comandante de guardia que querían entrevistar a sus hombres.

La abadesa se acercó a la fila de autoridades que estaban contemplando el desfile. No faltaba nadie, pues hubiera sido impensable el que alguno pudiese excusarse. Al otro extremo de donde se encontraba pudo atisbar al vicario y a don Lorenzo, el párroco. Temiendo ser reprendida, decidió quedarse donde estaba sin llamar la atención y observar la revista como una ciudadana más, curiosa como una niña, pues era la primera vez que asistía a tal espectáculo.

Miraba enfrascada los movimientos de los dragones, que hacían resonar sus sables a lomos de sus caballos de guerra, cuando se le acercó un curioso personaje. Era un hombre entrado en carnes, con el escaso pelo que aún conservaba peinado hacia atrás. Vestía una levita oscura, con una ostentosa cadena cruzando por su vientre. Se dirigió a ella, saludándola obsequioso, indicando con un fuerte acento alemán que estaba ansioso por conocer a la atrevida monja de la que hablaba todo el mundo.

Se presentó a sí mismo como herr Hauptmann, agregado comercial de Prusia, y le deseó la mejor de las suertes en su tarea, indicando que debía hacer caso de su consejo, que no era otro que, puesto que con total seguridad habían robado la carta los ingleses, debía buscar en esa dirección. La pérfida Albión trataba de ganar con malas artes lo que no lograba en el frente de batalla.

Sudoroso, se acercó estrechamente a ella, y en voz más baja, casi susurrando, le indicó que, en caso de encontrar la carta, él estaría dispuesto a pagar cincuenta mil reales por una copia.

—Con total discreción por mi parte, por supuesto. Si me dejara ver el original y yo cotejara que es igual a la copia, el dinero sería suyo.

—Me está pidiendo que venda la piel antes de matar al oso —le contestó la abadesa, cautelosa y asombrada.

—Bueno, bueno, sabré esperar —afirmó filosóficamente el agregado comercial, frotando con complacencia su cadena. Iba a añadir algo más, pero al ver a Clermond, que regresaba a buscar a sor Elvira avanzando hacia ellos, le saludó con una reverencia y se despidió de ella.

—Nos aguardan los efectivos que estuvieron de guardia la noche pasada —le informó el secretario—. No debemos hacerles esperar, pues en cuanto acabe la parada militar deben regresar

a sus obligaciones.

Así lo hicieron, acabando la abadesa cansada y frustrada tras horas de preguntas, porque ninguno de los guardias les dio la más mínima pista a la que agarrarse. Todos habían permanecido en sus puestos, sin moverse para nada y no habían visto nada sospechoso, lo cual no era extraño con el toque de queda impuesto por la noche en la ciudad. Cualquiera que se atreviera a salir a partir de anochecido corría el riesgo de ser arrestado por la patrulla y conducido a los calabozos.

Tampoco resultó Clermond de gran ayuda para el ánimo de la abadesa, cuando se retiraban, ya iniciada la tarde, hacia el convento, afirmando que acudir a la taberna sería probablemente otra pérdida de tiempo y una locura que pretendiera acudir sin escolta. En vano la abadesa le explicó que el informante había exigido que fuese sola y que sólo hablaría ante ella. Tras una enconada discusión, consintió sor Elvira el ir acompañada por el secretario a la taberna, con una pequeña escolta formada por dos soldados, pero en ningún caso entrarían a la taberna, sino que la aguardarían fuera.

## Capítulo 4.

### *Por los caminos de la guerra.*

La ciudad se adormecía entre dos luces cuando sor Elvira y Clermond salieron del convento para dirigirse a su cita, acompañados de su exigua escolta.

Avanzaron hasta la Puerta de Tudela, donde les dio el alto la patrulla que vigilaba que se cumpliera el toque de queda decretado por Napoleón. Nadie podía entrar ni salir de la ciudad después de anochecido. Clermond enseñó su salvoconducto a los guardias, y el capitán, tras leerlo, ordenó que los dejaran pasar sin hacer comentarios, pero observando con curiosidad a la monja, que siguió en silencio al secretario.

Siguieron avanzando por el camino a Peñafiel, siendo ya noche cerrada. La niebla se había disipado y las estrellas brillaban en el cielo. La luna, casi llena, lucía difuminada por un halo blanquecino, indicio de la helada que caería sobre los campos al amanecer. Al cabo de unos veinte minutos de marcha llegaron a la taberna que se escondía detrás de la ermita de San Isidro.

La taberna apenas merecía tal calificativo. Era una casucha baja de adobe, con tejas árabes y las paredes desportilladas. En la puerta había un farol a modo de bienvenida, la única luz que se podía distinguir en los alrededores.

Se dispuso a entrar la abadesa sola, tal y como habían convenido, pero no se lo consintió el secretario. Discutieron de nuevo en voz queda, pero Clermond no dio su brazo a torcer, indicando que temía por su seguridad. La única concesión que le arrancó la monja fue que no intervendría y que estaría callado y vigilante desde una mesa próxima.

Indicando a los soldados que aguardaran fuera sin que los vieran y que estuvieran atentos a la menor señal para intervenir, Clermond abrió la puerta y cedió el paso a sor Elvira.

Entró la abadesa en una menguada estancia que olía a humo y a vino rancio. Mirando a su alrededor, observó que apenas habían cuatro mesas y al fondo vio una barra atendida por el tabernero, que charlaba tranquilamente con tres parroquianos.

Avanzó lentamente dando las buenas noches, mientras sorteaba una mesa ocupada por un borracho, que roncaba beatíficamente desplomado sobre ella.

Con calma y tratando de demostrar una seguridad que no tenía, se sentó a esperar en otra de las mesas libres, la más próxima a la chimenea.

Clermond, por su parte, esperó a que la monja entrara y se sentara para hacer su aparición. Con ceño hosco y concentrado se acomodó en otra mesa en silencio.

Por su parte, los parroquianos miraban asombrados a la monja, sin dar crédito a sus ojos, mientras el tabernero medía con la vista al francés, tratando de calibrar si ese recién llegado le iba a dar problemas.

Al cabo de unos minutos de espera, tras ver que no era atendido, Clermond se levantó y pidió un vaso de vino al tabernero, a lo que éste contestó que se sentara, que enseguida se lo llevarían a la mesa. Dicho esto, salió de detrás de la barra y se dirigió a sor Elvira.

—Bueno, señora, ¿qué va a ser? —le preguntó en tono serio.

—¿Cómo que qué va a ser? —le repitió la abadesa sin entender.

—Que digo que qué va a tomar, señora, que no tengo toda la noche.

—Ah, nada, no quiero tomar nada, tan solo estoy aguardando a que venga una persona —contestó la monja, fingiendo aplomo.

—Pues a esperar a la calle, que aquí no se sienta nadie gratis, sea monja o no —replicó enfadado el tabernero.

—Pero es que no tengo con qué pagar —contestó compungida sor Elvira. Desacostumbrada como estaba a manejar dinero, ni se le había pasado por la cabeza el que pudiera necesitarlo. Miró sin mucha esperanza dentro de su bolsa. No llevaba encima ni un maravedí.

—Eso a mí me da igual, si no tiene con qué pagar, ya se está marchando y sin dar problemas —gruñó el tabernero, en tono amenazante, mientras frotaba con energía la mesa.

—Escuche, buen hombre, no se ponga así, le doy mi palabra de que mañana mismo le hago llegar lo que gaste aquí —le ofreció la monja.

—Aquí no se fia a nadie, ni aunque fuera el Papa de Roma —negó, terco, el tabernero—. Si no tiene dinero, fuera. —Y, cogiéndola del brazo, la forzó a ponerse de pie.

—Déjela en paz —intervino entonces Clermond, molesto al ver cómo incomodaba a sor Elvira—. Yo pagaré su consumición.

—Eso ya es otra cosa. —Se calmó como por encanto el mesonero—. ¿Qué va a tomar la señora?

—Un poco de agua, si acaso —le contestó tímida.

Volvió a mirarla fastidiado el tabernero. —El agua no se cobra, señora, tendrá que ser vino.

—Pues tráigame usted un vino, haga el favor —respondió la monja, resignada.

Sin mediar más palabra, el tabernero le acercó una jarra de vino y un vaso no muy limpio que dejó sobre la mesa. Tras hacer esto volvió a la barra, frotándose las manos al mandil, y se metió al almacén.

Clermond, sentado en su mesa, pensó para sus adentros que el tabernero se había olvidado de su pedido y aguardó resignado a que llegara el informante de la abadesa.

Sin embargo, unos instantes después salió una camarera del almacén, llevando una jarra de vino que depositó encima de la mesa de Clermond, mientras sonreía al francés, lanzándole miradas provocativas. Por su parte, el francés la contempló apreciativamente, al parecer complacido por sus encantos.

Sor Elvira puso los ojos en blanco y se removió con disgusto en la silla, incómoda por la situación, volviéndose hacia otro lado para no mirar. En ese momento oyó cómo la chistaban desde la puerta, y girándose hacia ella pudo ver que alguien le indicaba por señas que saliera.

Así lo hizo la monja, y salió al quicio para encontrarse con un hombre alto y moreno, vestido con una capa de paño a la manera de los campesinos y que se quitó el sombrero respetuosamente a modo de saludo.

—Es usted sor Elvira, ¿verdad? —le preguntó en susurros.

—Así es —afirmó la abadesa con un gesto, animándole a seguir hablando—. ¿Y usted quién es?

—Mi nombre importa poco, pero puede llamarme Joaquín de Pedro. Pero no perdamos el tiempo, que esto está infectado de franchutes; y baje la voz, por favor. Le dije que viniera sola —le reconvinó.

—No he podido salir sin escolta —se excusó la mujer.

—Está bien, hablemos rápido y sin que se enteren. Tengo que deciros que la carta la tenemos los de Peñafiel, los de la partida de Juan Martín, al que llaman el Empecinado. El jefe ha pensado que no podía dejar morir a vuestra gente por un pedazo de papel y está decidido a daros noticia de ella.

—¿Fueron ustedes los que mataron al correo francés para quitarle la carta? —preguntó sor Elvira, ansiosa por la respuesta.

—No —le contestó de Pedro, vigilante, mirando a su alrededor—. No estamos tan locos. Nos

hubiera resultado más fácil quitársela en campo abierto, no delante de todo el maldito ejército de Bonaparte. Me tengo que ir. Recibirá noticias mías.

—Aguarde, una pregunta más —suplicó la abadesa—. Si no fueron ustedes, ¿cómo llegó la carta a sus manos? ¿Y cómo saben que es la carta que busco? Dígame la verdad, por favor, la vida de inocentes está en juego.

—Está bien, le contaré rápido por qué. La noche en la que entró la francesada en Valladolid, ya pasado el toque de queda, estaba yo en una de las tabernas de detrás de San Martín, no hace falta que sepa cual, cuando entró un hombre. Era extranjero, pero no puedo decirle de dónde era, porque no supe reconocer su acento. Me dijo que tenía una carta del mismísimo Napoleón y que me la vendería si le pagaba lo suficiente por ella.

—¿Y usted qué hizo? —preguntó con interés la monja.

—Pagué su precio —respondió el hombre—. Nos interesa interceptar toda la correspondencia que sea posible de los gabachos.

En ese momento, Clermond interrumpió la conversación, reprochando muy enfadado a sor Elvira que hubiera salido sin avisarle.

Calló De Pedro, mirando al francés con recelo, y Clermond le devolvió una mirada sombría. Se medían los dos hombres en hosco silencio cuando, de repente, el guerrillero se desplomó con un quejido sordo. La punta de un cuchillo sobresalía de su pecho.

Sor Elvira gritó horrorizada, mientras Clermond miraba a su alrededor desconcertado. Fuera de la luz de la puerta no se podía ver nada. El agresor había actuado muy rápido y había desaparecido tragado por la noche.

Clermond se inclinó sobre De Pedro y comprobó que era inútil hacer algo por él. El desdichado había muerto. Moviéndose con desaliento la cabeza, llamó a voces a la escolta.

Al ver que no respondían, se volvió para mirar detrás de la taberna para averiguar lo que había ocurrido con los soldados, seguido por sor Elvira, que no se atrevió a quedarse a solas con el cadáver.

Tras unos minutos de búsqueda, los encontraron tendidos en el suelo. Temiendo que estuvieran también muertos, Clermond zarandeó a uno de ellos, llamándolo por su nombre.

—Gilles, Gilles, ¿te encuentras bien?

El interpelado, grande y fuerte como un oso, contestó con un gemido. El secretario le ayudó a incorporarse.

—Me atacaron por detrás, señor secretario —contestó el soldado—. Me dieron un fuerte golpe y ya no recuerdo más —indicó, frotándose la cabeza.

—Déjeme ver si tiene alguna herida —intervino sor Elvira, que hasta entonces había permanecido muda.

—No será necesario —contestó Clermond, girándose hacia ella—, no parece nada serio. Intente mejor despertar a Lombard.

Sor Elvira sacudió varias veces al otro hombre, sin resultado. El soldado Lombard permanecía inerte. Apesadumbrado, Clermond comprobó que le habían desnucado y que no respiraba. No había sido tan afortunado como el grandote Gilles.

La abadesa se puso a temblar sin poderlo remediar, y el tabernero, que había salido alertado por las voces, la condujo de nuevo al interior, la hizo sentar delante de la chimenea y le dio un vaso de vino para que reaccionara.

Sor Elvira se lo bebió de un golpe, sintiendo que le raspaba al pasar por la garganta y comenzó a pensar frenéticamente en lo que había sucedido. Sin ser consciente apenas, cogió la jarra, se sirvió otro vaso de vino y volvió a apurarlo de un trago.

Cerró los ojos, pero en su cabeza podía ver con toda claridad los borbotones de sangre que habían brotado de la herida del guerrillero. ¿Quién le había apuñalado? ¿Quién quería que no hablara?

Era un verdadero desastre que hubieran matado a Joaquín de Pedro. Ya tenía la solución al alcance de su mano y de repente se había esfumado. Su testigo, el que podría reconocer al asesino y entregarle la carta, había muerto. ¡Pobre hombre!, ¡y qué inoportuno Clermond con su interrupción!

Pero no importaba, ya sabía quién tenía la carta, y debía ir a buscarla. Sí, iría a buscar a aquel hombre, el Empecinado le había llamado, él tenía la carta. Debía ir a buscarlo a Peñafiel sin perder tiempo. No recordaba por qué era tan importante no perder tiempo, pero era igual, tenía que salir a buscar a los guerrilleros. Se puso en pie, un poco inestable, y sintiéndose fuerte salió a la calle.

En la puerta todo era oscuridad, pero no sintió miedo. Se puso en marcha porque tenía que encontrar a aquel hombre, al Empecinado. Dudó un poco, hasta que encontró el camino. Era muy molesto el que fuera noche cerrada, apenas podía ver nada, pero no importaba, tenía que seguir.

Continuó andando hasta que oyó voces que la llamaban. Sí, era Clermond. Ese hombre era un verdadero incordio. Le gritó que la dejara en paz, que ella se iba a buscar al Empecinado.

El secretario la alcanzó, jadeando por la carrera, y la detuvo, sujetándola por los hombros.

—Sor Elvira, está borracha —afirmó asombrado.

—Se equivoca, «mesié», no he estado más lúcida en toda mi vida. Usted, en cambio, ha estado muy ocupado mirando los pechos de la camarera, así que no se preocupe por mí y siga con vuestras inclinaciones. Me las apañaré sin usted.

Se soltó de sus manos y, dándole un empujón, se puso de nuevo en marcha.

Clermond la alcanzó de nuevo y caminó junto a ella sin decir nada, seguido por Gilles, que se reía en voz baja.

—Para haber sido sorprendido y golpeado, tiene muy buen sentido del humor —le dijo sor Elvira, quisquillosa—. ¿Puede saberse de qué se ríe?

—Va en dirección contraria, señora abadesa, vuelve a la ciudad —le respondió el soldado.

Por alguna extraña razón, ese hecho no pareció importarle a sor Elvira, que continuó caminando, seguida por los dos hombres, hasta que llegaron de nuevo a la Puerta de Tudela, donde les dejaron pasar sin detenerlos.

El frío de la noche y la caminata habían enfriado bastante la euforia de sor Elvira, que se volvió aturdida hacia Clermond cuando dudó sobre la calle a la que debía dirigirse. Con un suspiro, el secretario le indicó el camino correcto, y continuaron avanzando en silencio, hasta llegar al convento, donde fueron recibidos por sor Agustina, que aguardaba preocupada el resultado de la entrevista.

Clermond le explicó en pocas palabras todo lo sucedido y le encomendó el cuidado de la abadesa, indicando que había sufrido una fuerte impresión y que lo mejor que podían hacer todos era descansar.

Al día siguiente amaneció sor Elvira con un fuerte dolor de cabeza, del que pudo recuperarse gracias a una tisana que le preparó la intendenta. Avergonzada por su comportamiento del día anterior, trató de explicarse ante sor Agustina, pero ésta le quitó importancia, indicando que no se podía perder el tiempo con lamentaciones, y que lo que apremiaba era salir ese mismo día en busca de los guerrilleros.

Sin embargo, cuando Clermond se unió a desayunar con ellas se mostró en desacuerdo con aquella disparatada idea. Según sus palabras, era una locura ir a buscar esos bandidos. La misma



sor Elvira había podido comprobar la noche anterior que la tarea no era ninguna broma y que ya había costado dos vidas. La próxima vez podían matarla a ella.

Sin desalentarse por las palabras de Clermond, la abadesa buscó argumentos para rebatirle. No podía negar el peligro que iban a correr, pero al menos podrían llevar una fuerte escolta que los protegiera. Aunque su propia vida corriera peligro, no podía permanecer quieta sin hacer nada. El secretario le respondió que él no tenía el poder necesario para autorizar dicha escolta. Deberían pedírsela al superior que le había encargado la misión, y que no era otro que Napoleón. Al ver Clermond que no podía convencerla, se puso en pie con gesto resignado e indicó a la abadesa que debían solicitar una audiencia ante el emperador.

Así lo hicieron y, tras varias discusiones con el ayuda de cámara y dos horas de larga espera, los condujeron a la presencia de Bonaparte. El corso se encontraba en la biblioteca en compañía de varios de sus generales, debatiendo con ellos sobre la campaña diplomática que tenían que desplegar con el Papa. Al verlos entrar levantó la cabeza y ordenó con un gesto que explicaran el motivo de la interrupción.

Escuchó lo que contó Clermond sobre los sucesos de la noche anterior y observó despacio a sor Elvira, que se encontraba ante él, encogida y pequeña, mirándole con intensidad. El emperador pensó por unos instantes si la *bonne soeur* no habría tenido ya suficiente castigo. Podía hacerla desistir ya, con el rabo entre las piernas, o permitir que continuara a ver hasta dónde podía llegar.

Sopesó las dos opciones un par de minutos, hasta que, mirándola con suficiencia, concluyó que le proporcionaría la escolta solicitada. Asistida por el ejército francés no correría el menor riesgo.

Clermond, por su parte, le preguntó al emperador si podía reincorporarse a sus tareas, ya que la abadesa iba a estar convenientemente escoltada. Para su decepción, Napoleón se lo negó, indicando que estaba haciendo una buena tarea hasta el momento y que debía seguir acompañando a la monja en su misión.

El secretario bajó la cabeza, halagado por las palabras de Bonaparte, pero en su fuero interno se sintió molesto por el hecho de que sor Elvira le arrastrase una vez más en su estafalaria misión.

Cuando finalizó la entrevista, la abadesa apenas podía reprimir su impaciencia, y decidió retirarse al convento a preparar sus pertrechos para el viaje, mientras Clermond se retiró a la sala de oficiales en busca del capitán de guardia para negociar los pormenores de los efectivos que les iban a asignar.

Cuando sor Agustina se enteró de la partida de su superiora no perdió el tiempo y le preparó una bolsa con unos cuantos víveres, una caja con yesca y pedernal, por si tenía que encender fuego, un saquito con hierbas medicinales y una bolsa con mil reales.

La abadesa dio un grito de asombro al ver tanto equipaje y tamaña cantidad de dinero. No quería llevarlo, pero su segunda acabó con su reticencia, indicándole que era una ingenua si pensaba que los guerrilleros le iban a dar la carta sin pagar por ella.

—Aunque podría intentarlo —le indicó con un suspiro—. En todo caso, úselo bien, porque apenas tenemos más. Quién sabe si esos guerrilleros se pudieran apiadar de nosotras, mas me temo que, aunque algunos luchan por librarnos de los franceses, otros no son más que bandidos y malandrines que han desertado del ejército. Tampoco muestre a nadie que lleva este dinero, ni siquiera a los soldados de vuestra escolta.

Aun se preocupó sor Agustina de procurarle una buena capa de abrigo de lana, guantes y calzas de repuesto, así como la yegua más dócil y resistente que tenían en los establos del convento.

Dispuesta ya la abadesa, aguardó con impaciencia a que volviera Clermond. Durante su espera,

preocupada por la cantidad de dinero que llevaba encima, decidió dividirlo en dos mitades. Tras varias vacilaciones, una de las partes continuó en la bolsa de viaje y la otra fue a parar a la escarcela, debajo del hábito.

Al cabo de un tiempo que a sor Elvira le pareció demasiado largo, apareció por fin Clermond a la puerta del convento, acompañado de seis dragones a caballo. Sin embargo, la paciencia de la monja se puso de nuevo a prueba mientras aguardaba a que el propio Clermond preparase su equipaje para el viaje.

Salió por fin la comitiva, con sor Elvira preocupada porque todos los preparativos les habían hecho perder mucho tiempo. Si hubieran estado en primavera, hubieran podido hacer el camino a Peñafiel de ida y vuelta en una jornada, pero en enero los días eran muy cortos, y la falta de luz les haría detenerse en el camino.

En poco tiempo dejaron atrás las últimas y miserables casuchas de las afueras de la ciudad y fueron entrando en campo abierto. Un frío inclemente envolvía la tierra, y los caminos eran un amasijo de barro helado y montones de nieve apartada hacia las cunetas, por lo que tenían que avanzar con precaución y tener cuidado para que no patinaran los caballos.

Pasado el camino de Traspinedo se cruzaron con tres carretas cargadas de víveres que se habían requisado por los alrededores y que avanzaban hacia Valladolid, destinados a las guarniciones francesas acantonadas. Las carretas eran conducidas por tres arrieros taciturnos y protegidas por diecinueve soldados de infantería y ocho granaderos a caballo. La abultada escolta había logrado hasta el momento que los bergantes y los campesinos hambrientos no se hicieran con la carga, e incluso habían tenido que impedir que los arrieros se llevaran las carretas a otro destino.

Aliviado al conocer que ya estaban cerca de la ciudad, el comandante de la partida les indicó que tuvieran cuidado, porque el camino era muy penoso y había bandidos apostados que le habían hecho perder varios hombres.

La comitiva de sor Elvira se apartó a los lados para dejarles pasar y después prosiguieron su camino. El sol había aparecido tras la bruma de la mañana, y resaltaba con su luz dura la crudeza del invierno en los campos de alrededor, cubiertos de una nieve sucia que empezaba a deshacerse en las zonas menos umbrías.

Al cabo de un tiempo llegaron a las proximidades de Sardón de Duero y lo que vieron dejó impresionada a la abadesa. Muchas de las casas habían sido quemadas, y otras presentaban las puertas abiertas y desvencijadas.

Los soldados avanzaron lentamente por el camino que se internaba en la población, agrupados en torno a sor Elvira y el secretario, mientras escuchaban atentos en medio de aquel silencio ominoso.

El pueblo yacía completamente abandonado, con los tejados de las casas desplomados y ennegrecidos, cubiertos de una capa de miseria y nieve. No se veía ni un alma.

Poco a poco salieron de aquel lugar asolado, dejando atrás las casas devastadas. Al sentir que estaban solos y que al parecer no había peligro, Fanzet, el normando, uno de los soldados con más apetito que había conocido Clermond, pidió permiso a su superior para registrar el pueblo, por si de casualidad encontraba algo. Se opuso sor Elvira, indicando que no podían detenerse en esos menesteres, y que corría más prisa llegar a Peñafiel, pero el secretario se encogió de hombros, indicando que se diera prisa y que volviera al grupo lo más pronto posible. Fanzet no se lo hizo repetir y se dio la vuelta, asegurando que sería rápido.

El resto del grupo continuó avanzando hasta que, a poco de la salida del pueblo, se internaron en un bosquecillo, y al volver en un recodo se encontraron con el horror. En varios árboles

descarnados encontraron a una docena de hombres ahorcados, en su mayoría desnudos de cintura para arriba, con los ojos desorbitados y las caras congeladas en una mueca grotesca, colgando desmadejados de una soga en un balanceo macabro. Por sus ropas se deducía que eran desafortunados campesinos.

Sor Elvira contempló los cadáveres y, espantada ante aquella brutalidad, se bajó del caballo santiguándose y preguntó a los hombres que la acompañaban si podían enterrar a aquellos desdichados y darles una sepultura cristiana.

El capitán y Clermond la miraron como si hubiera perdido el seso, y le replicaron con sus propias palabras, indicando que ella era la primera que tenía prisa.

Sor Elvira contempló una vez más aquellos hombres y no pudo evitar echarse a llorar, conmovida en lo más hondo por el penoso espectáculo.

Mientras los soldados la miraban incómodos, los alcanzó Fanzet, que volvía con las manos vacías de su excursión, y que observó a los ahorcados con ávida curiosidad.

Aún sobre su caballo, se aproximó al mejor vestido de aquellos desdichados, el único que conservaba una camisa sucia y desgarrada, y con movimientos rápidos registró sus bolsillos, hasta que en uno de ellos encontró una pequeña navaja.

Levantó el brazo en alto con alegría para mostrar a los demás el fruto de su rapiña, y en ese momento sonó el disparo de un trabuco que impactó de lleno en el pecho del francés. Fanzet se desplomó de su caballo con una expresión de incredulidad en su cara.

Aquello pareció ser la señal, porque comenzaron a moverse los arbustos de los alrededores, y un segundo disparo abatió a otro de los hombres.

El capitán de la guardia obligó a montar a sor Elvira a toda prisa, y azuzando los caballos avanzaron al galope, mientras el resto de la escolta cubría su retaguardia.

Sor Elvira se dejó conducir conmovida, mientras los soldados hacían avanzar las monturas lo más rápido posible, entre juramentos e imprecaciones.

Cuando pareció que habían dejado atrás el peligro, aflojaron la marcha, recuperando poco a poco la respiración hombres y bestias. Los caballos respiraban entrecortadamente a través de sus ollares, acusando la fatiga, mientras les cubría el cuerpo una fina película de sudor. Algunos de ellos incluso se detuvieron al ver que sus jinetes no les espoleaban.

—Ahora no podemos parar, o será peor para los caballos, es necesario que sigamos avanzando —indicó el capitán de la guardia. Azuzando de nuevo a sus monturas, continuaron caminando.

La comitiva prosiguió su viaje por una carretera que serpenteaba rodeando el río Duero, con los árboles de la ribera proyectando sobre ellos sombras húmedas y neblinosas.

Al cabo de varias horas alcanzaron unas casuchas. Ya muy próximos a Peñafiel, y alertas de nuevo, con todos los músculos en tensión, embocaron despacio la calle que dirigía al centro del pueblo, atentos a cualquier señal de hostilidad o agresión.

Los pocos transeúntes que caminaban por la calle los miraban con caras de pocos amigos, pero ninguno se atrevió a decir nada ni a levantar la mano contra ellos.

Habían discutido por el camino cómo dar con los guerrilleros en Peñafiel, pues el capitán decía con ironía que, si preguntaban a los paisanos, seguramente les enviarían al infierno antes de conducirles a ellos. Por su parte, sor Elvira se había propuesto buscar al párroco de alguna iglesia y explicarle su misión, confiando en que pudiera ayudarla. Para su sorpresa, su plan fue aceptado sin rechistar, incluso le indicaron que sería mejor que fuera ella la única que hablara con sus paisanos.

Guiados por la torre, llegaron hasta la puerta de Santa María de Mediavilla. La iglesia estaba abierta, pero vacía y poco iluminada. Sor Elvira se dirigió hacia el altar en busca de la entrada a

la sacristía, pero estaba cerrada. Miró a su alrededor. En uno de los altares laterales, un jarrón con flores silvestres un poco ajadas trataba de alegrar sin conseguirlo una talla de la Virgen de San Esteban.

Un poco más allá, comprobó que una mujeruca estaba barriendo el fondo de la nave, y se dirigió a ella preguntando si sabía dónde encontrar al párroco. La mujer se mostró favorable a avisarle, impresionada ante el hábito de la abadesa, y sor Elvira se dispuso a esperar frente al altar mayor.

Sentada en un banco, comenzó a rezar las oraciones que correspondían a la hora del día, pero pese a su voluntad, su cabeza volvía una y otra vez a las escalofriantes imágenes de la mañana. Nunca se había enfrentado a la muerte de aquella forma tan directa y dura. Para su congregación, la ocupación y la guerra habían sido una fuente de quebraderos de cabeza e innumerables molestias, así como un grave problema económico, pero no cuestión de vida o muerte como ahora. Sí, no podía negar que estaba impresionada por la muerte de aquellos hombres, tanto los campesinos como los franceses que habían caído acompañándola.

Un chorro de voz potente le sacó de su ensimismamiento.

—¿Quién demonios es usted y qué hace en mi iglesia?

Sor Elvira se giró confusa para mirar quién se dirigía a ella con esa falta de urbanidad. Pudo contemplar a un hombre fuerte, de estatura media, vestido con una sotana negra que presentaba brillos en las mangas y algún que otro remiendo en los bajos. Estaba tonsurado, contrastando la falta de cabello de la cabeza con una espesa barba negra.

—¿Es usted el párroco de esta iglesia? —le preguntó aparentando una serenidad que no tenía.

—Sí, así es, ¿y usted quién diantres es, que tiene la entrada infestada de malditos franchutes? —contestó de muy malos modos el enfurecido párroco.

Sor Elvira le contó en pocas palabras la misión que le había llevado hasta allí, y concluyó su explicación rogándole que avisase a la partida de aquél al que llamaban el Empecinado, pues era necesario que parlamentara con él.

—¿El Empecinado, dice? ¿Y qué le hace pensar que yo le conozca o tenga tratos con él? No pensará que me voy a tragar esa increíble historia que cuenta —le replicó el sacerdote, desconfiado—. Además, lleva un hábito muy raro, señora, no conozco su orden ni tengo por qué fiarme de usted. ¿Pero no se da cuenta, alma de cántaro, que va acompañada de una escuadrilla de franceses? De esa guisa no va a convencer a nadie de que no es una espía a sueldo de esos gabachos. Yo no puedo ayudarle.

Suspiró sor Elvira, razonando que las objeciones del sacerdote eran lógicas. Pensando en cómo podría convencerle, le preguntó si sabía de alguien que hubiera llegado de Valladolid y le pudiera dar noticias de allí.

Se paró el cura a reflexionar unos segundos y al final reparó en una idea. Preguntaría a don Eulogio, el alcalde, que acababa de llegar de la capital. Si él daba fe, pensaría en ayudarla.

Mandó recado con un chiquillo y en menos de un visto y no visto se presentó don Eulogio a la llamada del párroco. Serio y circunspecto, corroboró lo que había dicho sor Elvira, y aun la reconoció, pues había sido uno de los presentes en el discurso de Napoleón.

Más apaciguado el sacerdote, consintió en prestar ayuda con la condición de que esos malditos franceses no entraran a robar y no quitaran ni un palillo, y mucho menos atacaran a nadie.

Así lo aseguró la abadesa, que salió de la iglesia junto al sacerdote, y mientras éste se marchaba por una estrecha calleja que partía de la plaza de la iglesia, sor Elvira se dispuso a tranquilizar a Clermond y al capitán, que mostraban ya signos de que se les estaba acabando la paciencia. La monja les explicó que le había costado convencer al párroco, que no había creído su

historia hasta que no le convenció el alcalde, pero que al fin había entrado en razón y se estaba encargando de avisar al Empecinado y a sus hombres, a condición, eso sí, de que no hubiera ni robos ni violencias en su iglesia.

Se mostraron ofendidos los franceses al escuchar esto último, y replicó el capitán que ellos no eran unos salvajes, como al parecer sí eran los españoles, que atacaban cobardemente y por la espalda, ya que no eran capaces de vencer en campo abierto y luchando a la cara.

No contestó sor Elvira al capitán Moreau, pensando con buen criterio que esa discusión no llegaría a ninguna parte, y se limitó a guardar silencio, sentándose a esperar en el murete bajo que delimitaba el atrio de la iglesia.

El tiempo transcurría con monotonía mientras aguardaban con los nervios en tensión a que llegaran los guerrilleros. Se había corrido la voz de que la iglesia estaba llena de franceses y las calles estaban vacías. Temerosos, los habitantes del pueblo habían optado por permanecer escondidos en sus casas.

Por su parte, el capitán había ordenado no bajar la guardia, y había apostado estratégicamente a varios hombres a la entrada de las calles que daban a la iglesia.

Al fin, uno de los soldados hizo una señal, indicando que se acercaba alguien a la plaza.

Los franceses se replegaron hacia atrás, agrupándose en torno al capitán y Clermond.

Se adelantó unos pasos sor Elvira, única figura en medio de la explanada, aparentando una serenidad que no tenía. Escuchó el sonido de cascos de caballos al avanzar sobre el empedrado del suelo y al cabo de unos instantes vio aparecer a un puñado de hombres que se dirigían hacia ella con cautela.

Parecían campesinos vestidos con ropas recias, de cultivar los campos, y todos llevaban un pañuelo cubriéndoles el rostro, de manera que sólo dejaban los ojos al descubierto.

Observaron la zona con precaución, y como si lo hubieran ensayado, desmontaron todos a la vez sin perder de vista a los franceses, controlando sus movimientos y con la mano puesta en el arma que llevaban.

Por su parte, la escolta francesa los miraba con desconfianza, controlándoles de igual forma con la mirada, sin hacer movimientos ni gestos bruscos.

Tras unos segundos de incómodo silencio, el que parecía el jefe se dirigió a la monja, que aguardaba ansiosa, y le preguntó si era de verdad ella la monja que estaba buscando la carta para salvar su vida y la de los monjes de San Pablo.

Sor Elvira le confirmó que así era, que habían sido acusados erróneamente de haber matado a su portador, que tenía que demostrar su inocencia y por ello acudía a hablar con él.

Aquel hombre, ancho y robusto y bastante más alto que sor Elvira, se la quedó mirando de arriba a abajo, con gesto adusto y malencarado y la gritó sin poder disimular su desprecio.

—Me llamo Juan Martín, señora y permítame que le diga que si necesita nuestra ayuda ha tenido una extraña forma de demostrarlo. Cuando supimos de su condena enviamos a Joaquín de Pedro a hablar con usted y nos ha devuelto su cadáver —le acusó con rabia en la voz—. Hace falta mucha cara para presentarse aquí después de matar a uno de los nuestros.

—Le aseguro que no fuimos nosotros. Me estaba dando una importante información al decirme que le habían vendido la carta, y yo más que nadie le necesitaba vivo —se defendió asustada por las voces la abadesa—. Créame si le digo que siento muchísimo la muerte de ese hombre.

—Si estos malditos franceses no hubieran robado el trono a nuestro rey nada de esto estaría pasando. Joaquín continuaría vivo, con su familia. Sus lamentos no le sirven ya de nada —contestó el guerrillero con rencor.

Clermond, que se había acercado sin intervenir hasta entonces, replicó a Martín, diciendo que

el legítimo rey de España era José Bonaparte, a lo que el guerrillero contestó que ellos no reconocían otro rey que Fernando VII, y que por él se había levantado el pueblo en armas.

El francés respondió entonces que Fernando había renunciado voluntariamente a sus derechos reales.

—Es usted un mentiroso —acusó Martín a Clermond—. Eso que afirma no es cierto.

—El que está engañado es usted —le replicó el secretario—. Su Fernando disfruta en Valençay de una cómoda vida, rodeado de lujos, mientras ustedes se dejan matar en su nombre, en nombre de un cobarde que les ha abandonado.

No pudo contenerse el Empecinado al oír esas palabras e hizo ademán de golpear a Clermond, pero la abadesa, previendo sus intenciones, se puso delante para impedirlo, gritando desenfajada que hicieran el favor de callarse, que no estaban allí para discutir de política ni para cambiar el curso de la guerra, sino para buscar la carta robada en San Pablo.

Clermond, enfadado consigo mismo por haber perdido las formas, bajó la mirada y se disculpó ante la abadesa, que le miraba sombría.

Sor Elvira se volvió hacia el Empecinado, grande y fuerte como un oso, y se le quedó mirando desafiante, mientras golpeaba el suelo con el pie, igual que una maestra aguardando a que el alumno rebelde le contara la lección.

Así debió de sentirlo Juan Martín, porque decidió cambiar de actitud y tras unos bruscos carraspeos le informó que la carta ya no estaba en su poder, ya que había ordenado entregársela al marqués de la Romana, que estaba apoyando a los ingleses con su ejército.

—¿Y dónde se encuentra ese marqués de la Romana? —preguntó la abadesa—. Es la primera vez que escucho su nombre.

—No es de extrañar —replicó el Empecinado—. Es uno de los mejores generales con los que cuenta España. Se decía de él que estaba al servicio de los franceses, pero en realidad logró rescatar a toda su división, que se encontraba atrapada en Dinamarca. El conde de Floridablanca le ha entregado el mando de la División del Norte.

—¿Y dónde dice que se encuentra? —insistió la monja.

—No os puedo confirmar dónde está o si siquiera tiene la carta, señora, porque el hombre al que envié no ha regresado todavía. Cuanto le puedo decir es que le envié hacia Valdeorras, en Galicia, hace apenas un día. Y eso es todo. Me despido de usted deseándole suerte en su búsqueda.

Después se dirigió al capitán de la guardia, ordenando con voz brusca: —Deben aguardar aquí un tiempo prudencial a que nos hayamos alejado y después salgan de este pueblo sin causar problemas, puesto que ya han obtenido de él lo que venían a buscar. Tengo hombres apostados que cubrirán mi retirada y no dudarán en disparar contra ustedes si hacen alguna tontería.

Montó entonces en su caballo, y dirigiéndose a sor Elvira le dio su palabra de que no le harían daño ni a ella ni a su escolta si cumplían las instrucciones. También le advirtió de que no debía fiarse de nadie, porque por los campos había diversas facciones de partisanos y no todos le obedecían a él. Había distintos jefes guerrilleros deseando la sangre de los franceses.

Sor Elvira permaneció en silencio anonadada por la noticia, sentada junto a Clermond en el atrio de la iglesia, mientras aguardaban a que se alejaran los guerrilleros.

Cuando el capitán Moreau juzgó que había transcurrido un tiempo más que suficiente se volvió a sor Elvira y le preguntó que hacía donde iban a dirigirse ahora.

Sor Elvira contestó sin dudar que marcharían hacia Valdeorras, a buscar al marqués de la Romana.

El secretario la escuchó incrédulo, y la replicó que, si estaba loca, él no tenía la intención de

atravesar los malditos campos españoles en busca de un ejército de desarrapados, tan ineptos que vencerlos había sido para los franceses un juego de niños. Ya había oído al Empecinado. Los caminos estaban infestados de *brigands*. Para ir hasta Galicia necesitarían más víveres y municiones, y una escolta mayor. Era mucho mejor regresar a Valladolid y pedir refuerzos.

Dirigiéndose al capitán le dio la orden de volver hacia Valladolid, antes de que se hiciera de noche.

Pero sor Elvira no se dejó convencer por el secretario. Le miró enfadada y le replicó que la escolta la había puesto el propio Napoleón bajo su mando y que era ella la que decidía a dónde ir. No podía perder tiempo, ya que cada minuto contaba. Mandarían un mensajero para pedir refuerzos, pero ellos se dirigirían directamente a Galicia.

El capitán Moreau escuchó incómodo la discusión y, cuando vio que Clermond y la abadesa comenzaban a lanzarse reproches, informó al secretario que había recibido la orden expresa de Napoleón de escoltar a la monja, y que no podían desobedecerle. Si Clermond deseaba volver a Valladolid, debería hacerlo solo.

Clermond no era estúpido y sabía lo que podía pasarle si se aventuraba a marchar sin escolta, así que no tuvo más remedio que resignarse. Con una mueca de disgusto le replicó que era una cabezota y que iba a lograr que los matasen a todos.

Sin mediar más palabra se subieron a sus monturas, y saliendo del pueblo se dirigieron hacia el noroeste, en busca del camino hacia Galicia.

Iniciaron la marcha, y sor Elvira le preguntó al capitán Moreau cuál sería el camino más corto para llegar.

El capitán le informó de que debían marchar hacia Palencia, y después avanzar hacia Ponferrada. Hasta ahí el camino sería fácil, pues el terreno era llano y sólo tendrían que preocuparse de los bandidos, pero pasado el Bierzo habría que atravesar los Ancares en pleno invierno. Además del frío y la nieve, habría que estar prevenidos contra los ataques, ya que entre montañas sería mucho más sencillo sufrir una emboscada.

El capitán Moreau, una vez fijado el objetivo de avanzar hasta Galicia, había asumido el mando, y dirigía la expedición con mano firme, cortando todo intento de queja de sus hombres e incluso de Clermond, que discutió al principio una o dos veces sobre el camino a seguir. Pero el soldado, curtido en el ejército, no se dejó arrastrar, y armado con su mapa militar, echó por tierra cada vez los argumentos del secretario.

Caminaron sin descanso hacia el noroeste, siguiendo el camino a Palencia hasta que la noche les impidió avanzar más.

Unos soldados enviados a explorar descubrieron unas casuchas abandonadas que les sirvieron de refugio para pasar la noche.

Sor Elvira, agotada por las emociones del día, se acurrucó cerca del fuego en cuanto terminaron una cena frugal, consistente en unas gachas y un poco de queso. El capitán había ordenado racionar con rigurosidad las provisiones y fue obedecido sin rechistar, pues estaban todos demasiado cansados para discutir nada.

Se levantaron con las primeras luces del alba, ateridos porque el fuego se había apagado, y tras procurarse un desayuno un poco más fuerte que la cena anterior continuaron su camino.

Continuaron avanzando por páramos desolados y pueblos huraños y silenciosos a su paso. En algunos lugares encontraron los restos quemados e inútiles de la resistencia al francés, más desgraciados muertos en la horca e incluso los cuerpos de soldados franceses abandonados junto a las cunetas.

Poco a poco fueron dejando atrás los desolados campos de Castilla y adentrándose en las

verdes tierras de la zona berciana, mientras se cernía de nuevo la noche sobre ellos.

Esta vez no encontraron ninguna casa para refugiarse. Lo más parecido fue la entrada a una cueva que, una vez explorada, demostró estar fuera de peligros. Los soldados, taciturnos, estaban demasiado cansados para hablar, y Clermond, por su parte, seguía molesto con sor Elvira. El sueño fue lo más liberador de aquel día difícil.

A la mañana siguiente, la abadesa se despertó casi de madrugada debido al ruido sordo de la lluvia. Sus compañeros se fueron levantando también, entre juramentos e imprecaciones al maldito tiempo. Tras el desayuno continuaron caminando hacia el norte avanzando por montes y senderos cada vez más agrestes y empinados que ponían a prueba la pericia de los jinetes.

El camino, arcilloso y embarrado, era cada vez más una dura prueba para los cascos de los caballos, que relinchaban protestando. No paraba de llover, una lluvia fina y mansa que poco a poco iba empapando a los caminantes. Los franceses contaban cada uno con un capote que, puesto sobre sus cabezas, les protegía del agua y la hacía resbalar hacia el suelo, dándoles el aspecto de una procesión estafalaria. Sor Elvira, sin embargo, sólo contaba con su grueso abrigo de lana que esta vez no servía de protección. Más bien al contrario, se empapaba, le hacía guardar la humedad y le pesaba cada vez más sobre los hombros. Compadecido de ella, el capitán Moreau le entregó el capote de uno de los soldados muertos en Sardón, diciéndole con tono brusco que como continuara con ese abrigo iba a coger un enfriamiento de los pulmones. La abadesa lo aceptó agradecida, y se cambió con rapidez el empapado abrigo, conteniendo los escalofríos. De esa guisa parecía un miembro más de aquella escuadrilla fantasmal.

Continuaron avanzando en medio de la lluvia, que esta vez caía a torrentes. Soplaba el viento con fuerza, haciendo que las ráfagas de agua se movieran en varias direcciones, casi como si lloviera desde abajo.

Los caballos se volvían cada vez más remisos a avanzar, y alguno de los soldados sugirió detenerse y buscar refugio, pero no lo consintió el capitán Moreau, estando como estaban en medio de un desfiladero, desprotegidos y vulnerables. Según sus palabras, detenerse allí hubiera sido una locura.

Tras un buen trecho más arriba llegaron a un valle que se abría entre las montañas, permitiéndoles dejar el angosto camino y suspirar aliviados por no haber sufrido ningún ataque en la ratonera que terminaban de atravesar.

Estando las bestias y las personas al borde de la extenuación, Moreau reconoció que debían detenerse un poco, y desmontaron en el claro de un bosquecillo, al lado de un río donde dejaron beber a los caballos.

Se sentaron a comer la ración del día. Sor Elvira, acostumbrada a comidas más delicadas y elaboradas como correspondía a su dignidad de abadesa, había aceptado aquel rancho sin emitir una sola palabra de protesta, comiendo la parte que le correspondía y aceptando, agradecida y humilde, si le ofrecían un poco más.

Estaban terminando ya el descanso, con los soldados recogiendo los enseres, cuando a un gesto del soldado que estaba haciendo la guardia cesaron todas las conversaciones.

Permanecieron atentos, sin mediar palabra, escudriñando la espesura y los árboles que les rodeaban, hasta que escucharon un leve rumor, en la zona situada más a su izquierda.

Se acercaron con cautela hacia el origen del ruido, y descubrieron que se trataba de un grupo de campesinos, en su mayoría niños y algún anciano, que estaban escarbando en una zona embarrada, a la orilla del río, rebuscando en el cieno con las manos.

Uno de ellos advirtió a los soldados, y en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron todos entre la maleza, con la excepción de una niña de unos siete años que, absorta con la tarea, no advirtió la



señal de peligro.

A un gesto del capitán, sor Elvira se acercó a ella. Se había quitado el capote militar, y volvía a parecer una monja, con su hábito de inspiración medieval.

La niña miró a la abadesa sin respirar, nunca había visto a nadie vestido así. Después miró a su alrededor y se asustó al ver que no había nadie de los suyos.

—Tranquila, pequeña, no te vamos a hacer daño —le habló sor Elvira con dulzura—. ¿Qué estabas haciendo?

—Estamos buscando comida —le contestó la niña, un poco más apaciguada, sin perderla de vista con sus enormes ojos negros.

—¿Qué clase de comida? —se extrañó la abadesa.

—Larvas, gusanos y cosas así —le respondió la pequeña, como si fuera la cosa más natural del mundo. Mientras hablaba había continuado escarbando la tierra húmeda y negra, y de vez en cuando se apartaba una greña de pelo de la cara, sucia y churretosa.

Como confirmando lo que hacía, levantó en alto una lombriz a modo de trofeo, y dando un gritito de alegría se la zampó de un bocado.

Sor Elvira sintió una fuerte náusea en el estómago, mezcla de piedad y repugnancia. Respiró en profundidad, buscando sobreponerse, y cuando pudo hablar le preguntó que por qué hacían eso, que podrían enfermar.

—Dice la abuela que no hay otro remedio si no queremos morir de hambre —dijo la niña, mientras los ruidos de su estómago confirmaban sus palabras—. Hace unos días pasaron por aquí los soldados que hablaban raro y se llevaron todo lo que había de comer. Luego llegaron los otros, los que hablaban normal, pero que también se llevaron lo que quedaba: la ropa, las mantas, las azadas, todo.

Sor Elvira sintió una lástima devastadora. Esa criatura estaba pasando hambre y frío por culpa de esa guerra absurda. Rebuscó en su morral y encontró un trozo de pan que había reservado del último almuerzo para resistir las largas horas de cabalgada. Alargando su mano se lo dio a la niña.

La pequeña se sorbió los mocos y miró el pan con ojos desorbitados. Tras unos segundos de incredulidad, alargó sus manecitas y lo cogió mirándolo como si fuera un tesoro. En ese momento, saltó sobre ella una maraña de niños un poco más mayores que le arrebataron a golpes el mendrugo de pan, aunque ella se resistió con todas sus fuerzas, chillando como un animalillo.

La monja quiso intervenir, pero se lo impidieron Clermond y el capitán Moreau. Cogiéndola del brazo con firmeza, le obligaron a darse la media vuelta y montar en su caballo.

Sor Elvira protestó con vehemencia, diciendo que no podía consentirlo, pero su escolta se puso firme y se la llevó de allí, insistiendo que estaban en peligro, y que tenían que aprovechar para avanzar mientras la lluvia les diera una tregua y que era mejor que no se metieran en esos asuntos.

La monja permaneció callada y taciturna durante un largo trecho, reprochándose que por su intervención la niña hubiera sido duramente golpeada, hasta que las exigencias de la marcha la obligaron a concentrarse.

Prosiguieron el camino, que serpenteaba a lo largo del río, hasta que llegaron ante los restos de un puente. Trozos astillados de madera y las piedras todavía ennegrecidas atestiguaban que hacía poco que había sido volado por un ejército que cubría de este modo su retirada. El camino continuaba a la otra orilla del río, y era necesario atravesarlo. El plano indicaba además que aquél era el único paso en leguas a la redonda.

Los soldados sopesaron si podrían vadear el río sobre las ruinas del puente, pero las aguas se mostraban embravecidas y turbulentas. El capitán decidió entonces que era peligroso cruzar por

allí, y resolvió continuar por la orilla, caminando entre la maleza, en busca de una zona por la que fuera más fácil pasar.

Avanzaron un trecho en dificultosa marcha, obligados a desmontar y caminar a pie, sosteniendo los caballos de la brida y procurando no caer entre los cañaverales y junqueras que poblaban la orilla, hasta que llegaron a una zona donde las aguas parecían remansarse en una pequeña represa. Algunos soldados expresaron sus dudas al opinar que las aguas parecían profundas, pero el capitán les señaló que no podían avanzar mucho más, porque a escasa distancia se interponía la mole de una alta colina que los impedía el paso. Tras dar la orden, dos de los soldados más avezados se adentraron en el agua e hicieron avanzar sus caballos, mientras el resto les observaba con atención. Se adelantaron poco a poco, con el agua llegando al pecho de las monturas, haciéndolas tantear a cada paso la firmeza del lecho del río. Al cabo de unos minutos de angustiosa expectación, los exploradores consiguieron cruzar sin contratiempos, y al llegar a la otra orilla aseguraron a gritos que por ahí se podía vadear el río avanzando con precaución.

Sor Elvira miró preocupada la oscura y fría masa de agua. No era tan buena manejando el caballo y temía resbalar. El capitán Moreau la observó, adivinando sus dudas, y la animó diciendo que no tenían más remedio que cruzar por allí y que no tuviera miedo.

La abadesa tragó saliva y, sujetando las riendas con manos crispadas, instó a su caballo a entrar al río, siguiendo con cuidado la estela del soldado que la precedía. A cada paso del caballo contenía la respiración, y cuando veía que el paso era firme, le animaba con suavidad en el costado para dar el siguiente paso, procurando no distanciarse de los demás.

Ya había vadeado más de la mitad de la distancia cuando su montura tropezó con un obstáculo en el lecho del río y trastabilló, arrastrando a la monja en su caída.

Sor Elvira se giró, tratando de zafarse de la montura, pero su rápida reacción no le sirvió para evitar caer al agua, tan gélida que le cortó la respiración. Arrastrada por el peso de sus hábitos se hundió hasta el fondo, mientras todo se volvía negro a su alrededor. Luchando por no perder la conciencia apoyó sus pies con todas sus fuerzas contra el fondo del río, revolviendo la arena con sus movimientos. Tras unos penosos segundos logró sacar la cabeza a la superficie, inspirando con ansiedad una bocanada de aire precioso. Con los ojos cegados por el agua se agarró instintivamente a algo que supuso que era su caballo, pero lo sintió viscoso y resbaladizo. Cuando consiguió abrir los ojos dio un grito aterrador que sobresaltó a los soldados que avanzaban en su ayuda. En su lucha por llegar a la superficie, la monja se había aferrado a un cadáver que yacía en el fondo del agua y al que había soltado de su tumba de arena.

Incapaz de soltarlo, con los brazos agarrotados por el terror y el frío, sor Elvira continuó gritando abrazada a los despojos, hasta que sus acompañantes lograron arrastrarla hasta la orilla.

Al verse en tierra, la abadesa soltó su tabla de salvación, que resultó ser el cuerpo de una desgraciada mujer, semidesnuda de cintura para abajo, con el pecho desgarrado por una herida de cuchillo y signos evidentes de haber sido violada salvajemente.

Girándose hacia la orilla, la abadesa vomitó con violencia y comenzó a sacudirse, presa de fuertes escalofríos. La gran angustia que había sufrido y el agua helada que empapaba sus ropas le hacían castañetear los dientes tiritando sin remedio, mientras su cara se volvía lívida y sus labios morados.

El capitán Moreau, preocupado, mandó encender inmediatamente un fuego, y después ordenó a la abadesa que se despojara de sus ropas. Sabía por amarga experiencia, ya que había perdido a varios hombres de aquella forma, que todos los que hubieran sufrido los rigores de una caída en agua helada podían llegar a morir si no se les hacía entrar pronto en calor.

La abadesa se negó, ofendida y pudorosa, con palabras entrecortadas por el frío. Nunca nadie,

en toda su existencia, había podido contemplarla en ropa interior.

Ni el capitán Moreau ni Clermond atendieron sus protestas. La acercaron al fuego, que crepitaba humeando en amorosa invitación, y la obligaron a abrir los brazos que cruzaba con firmeza sobre el pecho con una negativa obstinada. Le quitaron la toca y la cofia blanca que envolvía su cabeza y la despojaron del cíngulo y el hábito. Le obligaron también a quitarse los zapatos y las medias y colgaron todas las prendas próximas a la hoguera para que se secaran.

## Capítulo 5.

### *En busca de los ingleses.*

Vestida únicamente con sus enaguas, que dejaban sus hombros al descubierto, la ofendida sor Elvira se sentó junto al fuego, mientras se sacudía en escalofríos espasmódicos. Poco a poco fue recuperando el control de sus miembros que despertaban en medio de pinchazos dolorosos. El dolor fue creciendo a medida que se restablecía la circulación por sus extremidades entumecidas y la monja comenzó a revolverse para intentar aliviarlo.

Cayó entonces en la cuenta de que todos los hombres tenían sus ojos fijos en ella, observándola de una manera extraña, como si tuvieran hambre. Le llevó unos instantes a la abadesa, protegida y segura durante toda su vida, descifrar el significado de aquellas miradas y entonces se quedó inmóvil, sintiéndose miserable y pequeña. Bajando la vista, se retorció las manos en un gesto de confusión y asombro.

Clermond, preso de un singular malhumor, se acercó a la abadesa, le puso su capote sobre los hombros, y giró a su alrededor desafiante, retando con su mirada al que hiciera el menor gesto.

Bajaron todos los ojos y volvieron a sus asuntos, murmurando en voz baja alguna chanza. Incluso el capitán Moreau se dio la vuelta, sin poder impedir la sonrisa divertida que cubrió su boca durante un instante, antes de que Clermond le fulminara con la mirada.

Un repentino crujido que escuchó a su lado le borró bruscamente el buen humor. Sin que lo advirtieran, habían sido rodeados por una patrulla de granaderos españoles que les apuntaban con sus fusiles. Los franceses los miraron asombrados. En verdad no parecían formar parte de los desarraigados ejércitos con los que habían venido luchando. Sus uniformes parecían nuevos, con blancos correajes relucientes sobre sus casacas azules y llamativas borlas rojas rematando sus altos gorros con visera de charol negro.

—¿Sabéis lo que hacemos aquí a los que incomodan a las mujeres? —les gritó el teniente que los dirigía con aire amenazador. Cerrando el cerco a su alrededor, les obligaron a agruparse en círculo.

—Señorita, espero que esté agradecida —dijo el teniente, mirando apreciativamente la pequeña figura de sor Elvira—. Oímos unos gritos y me felicito por haber llegado a tiempo.

—En realidad, no me están incomodando. Estos hombres son mi escolta —contestó la abadesa con toda la dignidad que pudo, apretando lo más posible el capote alrededor de sus hombros—. He caído al agua y estaba recuperando las fuerzas. De todas formas, es posible que nuestro encuentro sea afortunado. Estamos buscando al marqués de la Romana.

El teniente la contempló enarcando las cejas, y adoptó una mirada burlona.

—Así que buscando al marqués de la Romana. ¿Y quién pregunta por él?

—Soy la reverenda madre abadesa del convento de Santa Brígida —le contestó sor Elvira.

—¿Una abadesa? —respondió el teniente con ironía—, ¿en paños menores delante de todos estos hombres? No es lo más virtuoso que haya visto, señora.

No le respondió la monja, mortificada en lo más profundo y consciente a la vez de la necesidad de contener la lengua. Se limitó a sostenerle la mirada con dureza y aguardó a que siguiera hablando.

—De todas las maneras, se va a cumplir su deseo. Ahora son ustedes nuestros prisioneros y los llevaremos al campamento. El marqués decidirá qué hacer. Dese prisa, señora, tiene un minuto

para vestirse.

Indicó la abadesa con gesto desafiante que se dieran todos la vuelta para concederle un espacio de intimidad en lo que se ponía de nuevo sus ropas. En cuanto comprobó que estaban todos de espaldas, entre murmullos y risitas socarronas, incluidos los franceses, sor Elvira se cubrió de nuevo con sus ropas, dando un suspiro de alivio al comprobar que ya estaban lo suficientemente secas. Se ciñó de nuevo la cofia y la toca y se ató el cíngulo, sintiéndose de nuevo ella misma y recuperando en parte la confianza.

—Ya estoy preparada. Podemos partir cuando dispongáis —le ordenó al teniente.

El aludido se volvió a mirarla, con intención de reprenderla, y parpadeó sorprendido al ver el cambio. Con aquellos ropajes, la cabeza bien alta y su mirada de frente, la abadesa aparecía revestida de toda su dignidad. Un tanto desconcertado, se acercó a sor Elvira y le retiró un alga burlona que reposaba sobre su toca. Farfulló una disculpa y recuperando su voz les indicó que montaran en sus caballos, porque partían inmediatamente.

Les despojaron de sus armas y les obligaron a avanzar en medio de la formación, con varios soldados cubriendo todos los flancos para impedir que escaparan.

En mitad de la marcha sor Elvira se acordó de su bolsa de viaje y recordó consternada que se había hundido en el río, junto con la mitad de su dinero. Casi abrió la boca para pedir retroceder a buscarla, pero entonces tocó su escarcela, que había permanecido entre sus ropas, y decidió no decir nada. Tendría que salir de apuros con lo que le quedaba.

Llegaron al campamento entre dos luces, observando cómo la infantería se agrupaba en varias hogueras dispuestas en torno al campamento, situado a las afueras de Valdeorras.

El capitán Moreau se echó las manos a la cabeza al ver aquello. Los españoles eran sin duda unos ineptos. Aquellos fuegos, visibles en leguas a la redonda, delatarían su posición. Si algún ejército francés estaba cerca, las luces de las hogueras les indicarían con total exactitud dónde atacar.

El teniente atravesó el campamento, sin hacer caso de los comentarios despectivos del francés, y condujo a sor Elvira, Clermond y al capitán ante la presencia del marqués de la Romana, que los recibió a la entrada de su tienda.

Pedro Caro, marqués de la Romana, vestía el uniforme de general, con una casaca azul rematada en puños carmesíes adornados de brocado dorado que contrastaban con el fondo blanco de sus pantalones. Sus ojos de un color marrón profundo miraron inquisitivos al grupo que le presentaron.

Sor Elvira explicó con detalle los hechos que les habían conducido hasta allí y le rogó al marqués que le entregara la carta.

Guardó silencio durante un buen rato el marqués de la Romana. Hombre reflexivo y cauteloso al tomar decisiones, le contestó a sor Elvira que, dada la situación de guerra en la que se encontraban, y aún lejos de su ánimo poner en duda sus palabras, no podía confiar sin más en las palabras de una desconocida, así que debía someterla a unas preguntas. En su calidad de madre abadesa, sabría contestar acertadamente a sus cuestiones, demostrando ser quien decía ser. Sólo entonces le daría noticia de la carta que buscaba.

Sor Elvira se mostró de acuerdo en ser interrogada y fue conducida junto con Clermond y el capitán Moreau al interior de la tienda donde se reunía el cuerpo de mando. En ella permanecían de guardia dos oficiales que fueron requeridos a actuar como testigos de las cuestiones que se iban a plantear.

Sentados alrededor de la mesa de campaña, el marqués de la Romana le dirigió la primera pregunta.

—Dígame, reverenda madre, ¿cuál es la regla de su orden?

—Pertenezco a la Orden de las Madres Brígidas Recoletas, general, de la Regla de San Agustín.

Asintió con la cabeza el marqués, y continuó con la siguiente pregunta.

—Siendo su regla la de San Agustín, ¿podría decirme y explicarme las principales obras de ese venerado doctor de la Iglesia?

—Por supuesto. Además de nuestra regla —comenzó sor Elvira, aliviada ante la sencilla pregunta—, san Agustín escribió las *Confesiones* y también la *Ciudad de Dios*, en la que contesta a los paganos que atribuían la caída de Roma en el siglo quinto a la debilidad de los romanos por haber suprimido los cultos a sus antiguos dioses...

—Suficiente, reverenda madre —le cortó el marqués—. ¿La obra de algún agustino conocido?

—El beato Tomás de Kempis escribió la *Imitación de Cristo*, un libro de devoción obligado —respondió la abadesa.

—Ya, ya, ¿y algún agustino español?

—Pues... fray Luis de León, cuya traducción del *Cantar de los Cantares* le costó la cárcel.

—Veo que estáis versada en los textos religiosos. Pero, sin duda, una abadesa de vuestra categoría conocerá más obras, aunque sean profanas.

—¿*Don Quijote de la Mancha*, el *Cantar de mio Cid*? —contestó la abadesa, dubitativa.

—¿Sería posible que recitara algunos versos del poema de Mio Cid? —preguntó el marqués con un curioso brillo en los ojos—. No es necesario que sean los del principio, los que más le agraden.

—Si así lo desea... —contestó la abadesa—: Cid, en nuestro mal vos no ganáis nada, más el Criador os valga con todas sus virtudes santas...—recitó con sentimiento.

—Eso es, me asombra, madre abadesa —respondió satisfecho y sonriente el marqués. Una última pregunta, ¿sería capaz de nombrar alguna obra del padre Isla?

Sor Elvira guardó silencio, turbada. Al cabo de unos instantes respondió: —General, me estáis preguntando por un autor prohibido por la Inquisición. Demostraros conocimiento de su obra puede ponerme en aprietos ante mis superiores.

—Usted decide —indicó el marqués de la Romana, súbitamente serio— cuál es el peor de sus problemas ahora.

—Tiene razón, señor marqués —razonó la abadesa—. A mi juicio, su obra más famosa es *Fray Gerundio de Campazas*.

—Y, dígame, madre, ¿qué le pareció? —continuó demandando el marqués.

—Sólo puedo confesar que me reí a carcajadas. Es una crítica mordaz y certera. En verdad es una obra peligrosa para los religiosos que no sepan reírse de sí mismos.

El general miró fijamente a sor Elvira y la abadesa le sostuvo la mirada con un destello de complicidad.

—Madre abadesa —concluyó al fin—, me ha convencido. Os diré que ha sido de la carta.

Todos le miraron expectantes, un tanto confusos ante las extrañas preguntas que le había dirigido a la monja, pero aliviados al ver que la abadesa había logrado acertar.

—Lamento decirle que ya no está en mi poder. Me la hicieron llegar hace menos de un día, pero apenas la leí, se la mandé entregar a *sir* John Moore, nuestro aliado inglés, porque me han ordenado ponerme a sus órdenes.

—¿Y qué contenía la dichosa carta? —preguntó decepcionada la abadesa al ver que una vez más la carta se le había esfumado de las manos.

—No me corresponde a mí decírselo —le explicó el general—. No obstante, y dado que me ha

hecho creer en sus palabras, escribiré una nota a *sir* John para que se la entregue.

Tomó la pluma y, con un rasgueo enérgico, escribió unas líneas en un papel que selló y entregó a la monja. La abadesa no quiso darse por despedida sin antes satisfacer su curiosidad.

—Dígame, señor marqués, ¿por qué me ha hecho tan desconcertante interrogatorio?

—Verá, señora, no hace poco, yo mismo tuve que dar muestra de mi lealtad. Hasta hace unos meses estaba en Dinamarca, enviado por el rey Carlos para dar apoyo a los ejércitos franceses, sin conocer los terribles sucesos de España. Sucesos que el príncipe Bernadotte se cuidó muy bien de ocultarme. El poema del Cid fue la clave que usaron para ponerse en contacto conmigo los ingleses y convencerse de que yo no era un traidor, antes de explicarme la vergonzosa invasión de España. Le he sometido a usted a una prueba parecida y me ha demostrado conocer los textos religiosos lo suficiente como para convencerme de que es la famosa monja de la que se habla.

—¿Y los textos profanos?

—Me han atestado que conoce usted nuestra literatura, y ha recitado el poema con emoción verdadera, no ha fingido. No traicionaré a su patria.

—¿Y fray Gerundio?

—Fray Gerundio fue la última comprobación. Me ha demostrado que es usted prudente, pero con espíritu crítico, sabrá utilizar bien la carta.

Después ordenó a diez hombres que se pusieran a su servicio para servirles de escolta y controlarles y les despidió diciendo que debían apresurarse, que los ingleses habían abandonado ya Lugo en dirección a Betanzos, y si no llegaban a tiempo los encontrarían embarcados, pues huían de los franceses que les triplicaban en número.

Sor Elvira no se lo hizo repetir. Aceptó agradecida caballos de refresco y vituallas para el camino, e indicó a sus compañeros que proseguían el camino, pese a que era todavía noche cerrada. En su marcha los franceses observaron con asombro que también los españoles partían a esa extraña hora, puesto que habían desmontado el campamento dejando tras de sí las dichas hogueras que habían sido el blanco de sus burlas. Sólo entonces se dieron cuenta de que en realidad eran una estratagema. Si el ejército francés perseguidor contemplaba a lo lejos el fuego concluiría que el enemigo pasaba allí la noche, y agotados ellos también, se detendrían a su vez a descansar, permitiéndoles de este modo aumentar la distancia.

Se dirigieron hacia Lugo, y en pocas horas dejaron atrás al Ejército del Norte, que se movía más despacio.

Al principio la expedición avanzó sin problemas, pero pronto la marcha se vio dificultada por las rencillas entre los soldados franceses y españoles. Sor Elvira no podría asegurar quién había comenzado las disputas, pero tuvo que intervenir varias veces, junto con el capitán Moreau y el teniente Gálvez, para poner orden.

Poco a poco fueron disminuyendo las ganas de pelear. La dureza del camino, las ráfagas de lluvia y, sobre todo, el rastro de cadáveres de soldados ingleses, que no habían podido soportar la dureza de la marcha y habían muerto, desfallecidos y congelados a lo largo del camino, les hicieron perder el espíritu camorrista.

Cabalgaron en silencio, recogiendo si acaso los españoles algún arma antes de que la tocaran los franceses. Un mutismo hostil se instaló en el grupo.

Al cabo de una jornada de marcha lograron reducir la distancia que los separaba de la fuerza de choque de *sir* John Moore. El teniente Gálvez se identificó ante uno de los oficiales como enviado en misión especial del marqués de la Romana y, mostrando sus credenciales, solicitó que les condujeran ante su excelencia.

Fueron cumplidamente informados de que si deseaban mantener la entrevista con él, ésta

debería celebrarse en marcha y a caballo, porque, aun lamentando las molestias, se dirigían sin poder detenerse hacia la bahía donde les aguardaban sus naves, y no podían frenar su retirada.

Espoleando sus monturas, se dirigieron a la cabecera de la expedición, hasta conseguir alcanzar a *sir* John Moore, el general en jefe de las tropas británicas en la Península.

Avisado por sus hombres, el general les saludó con displicencia, comentando que sus espías le habían informado de que había una monja loca recorriendo los campos de batalla escoltada por un puñado de franceses tan locos como ella, pero no había dado crédito a la historia.

Sor Elvira repitió los hechos, señalando que estaba tratando de salvar la vida de sus compañeras.

*Sir* John leyó con flema y parsimonia el mensaje que le dirigía el marqués de la Romana, refrenando levemente la marcha del caballo.

Cuando finalizó se quejó con acritud de que los españoles no eran los mejores aliados, que exigían mucho y aportaban poco. De momento, no estaban cumpliendo su promesa de proteger su retirada, lo que les obligaba a huir poco menos que en desbandada.

La abadesa escuchó el rapapolvo sin abrir la boca, y cortó a su vez la réplica del teniente Gálvez, que alzaba ya encolerizado la voz para protestar.

Cuando *sir* John finalizó su reprimenda, aguardó la explosiva reacción de los orgullosos españoles, pero en su interior se sintió decepcionado al ver que no respondían a la provocación, sino que esperaban con mansedumbre la respuesta a su petición.

Dio unas instrucciones a su ayuda de cámara, y cuando éste volvió y le entregó una cartera con documentos, detuvo unos instantes su montura para buscar en su interior. Cuando encontró lo que buscaba, murmuró una expresión satisfecha. Mostró la carta en alto y la leyó despacio para sus adentros. Después le preguntó cuánto estaba dispuesta a pagar por ella. Una cosa era que pudiera desprenderse de ese escrito de Napoleón en concreto, pero, por supuesto, no lo haría cambio de nada.

Sor Elvira le entregó los quinientos reales que le quedaban, confiando en que fueran suficientes.

El inglés cogió la bolsa, la sopesó unos instantes y se la guardó inexpresivamente. Después le entregó la carta a sor Elvira.

La abadesa alargó su brazo, mientras su corazón latía con fuerza. Por fin, la carta. Cuando la cogió con una mano temblorosa, la leyó con avidez:

*Valladolid, 6 de enero de 1809.*

*Recibo vuestra carta del 26 de diciembre. Me entero con placer de que el llamado Quintal, bribón del oeste, que venía de Inglaterra, ha sido arrestado. Es necesario presentarle ante una comisión militar y hacerle ahorcar.*

Sor Elvira se quedó extrañamente decepcionada. Tanto esfuerzo, tanto sufrimiento para ese texto tan escueto. Se la entregó a Clermond para que éste atestiguara si era ésa la carta buscada. El secretario la leyó rápidamente, y cuando acabó, la dobló con meticulosidad, haciendo coincidir las esquinas y se la guardó sin mediar palabra.

La abadesa le preguntó si era ésa la carta desaparecida, pero Clermond no contestó a la pregunta, indicando que no diría una palabra en medio del enemigo.

Sor Elvira le rogó que confirmara la autenticidad de la carta, que era fundamental que indicara si era ésa la que buscaban, pero el secretario se negó a confirmar tal extremo diciendo que si hacía eso incurría en traición y podría ser castigado por ello. La monja le dijo exasperada que a esas alturas eso no tenía importancia, pues lord Moore había podido mandar copias de la carta a media Europa. Lo que necesitaban en ese instante era confirmar que ésa era la carta y descubrir



quién era el extranjero que la había robado. El inglés observó divertido su rifirrafe, hasta que con aire displicente les interrumpió, diciendo que él no había ordenado la sustracción de aquella carta en concreto, que se la habían entregado los españoles por su propia voluntad. Sólo podía confirmar que se la había enviado el marqués de la Romana y que había llegado esa misma mañana.

Si no tenían ninguna petición más, se veía obligado a despedirse, pues debía, con su permiso, organizar la retirada de sus tropas. Por supuesto, la escolta francesa estaba en la obligación de quedarse allí, en calidad de prisioneros, y los españoles también, en calidad de aliados.

—Supongo que sabrán perdonarme este pequeño inconveniente —se disculpó con una consternación a todas luces falsa—. Tampoco les aconsejo que se dirijan a nuestra retaguardia. Mis hombres podrían dispararles por equivocación. Por otro lado, y como elemental medida de protección, estamos volando los puentes, así que les aconsejo de todo corazón que elijan otro camino.

Por último, se acercó a sor Elvira, cogió su mano y depositó un beso sobre ella, felicitándola por su valentía. La abadesa le dio las gracias, un tanto turbada, mientras Clermond los miraba sombrío.

Se les permitió despedirse del capitán Moreau y de sus hombres, que se habían tomado con filosofía el haber sido retenidos como prisioneros; también del teniente Gálvez y sus soldados, que recibieron la orden de partir en busca de ayuda.

Se alejaron junto a ellos del ejército inglés, barajando la posibilidad de retroceder a las posiciones de las tropas españolas y solicitar una escolta al marqués de la Romana, pero la abadesa desechó la idea. No podían permitirse el lujo de perder ese precioso tiempo. El emperador les había dejado clara su intención de abandonar Valladolid lo más pronto posible, en cuanto recibiera las noticias que aguardaba de Europa.

Clermond acabó resignándose. Tanta dificultad entrañaba una ruta u otra. En todas encontrarían peligros, pero también era posible que alcanzaran las posiciones de otra división del ejército francés, la del general Bessières, cuyas noticias eran que avanzaba desde Astorga.

De nuevo en camino, se detuvieron a registrar los cadáveres de dos soldados ingleses que habían muerto de agotamiento, y les quitaron sus fusiles, tarea de la que no habían podido preocuparse los propios ingleses, que habían recibido la orden de no detenerse por nada, ni siquiera para auxiliar a sus compañeros caídos.

Sor Elvira cogió el arma que le entregó Clermond con una mezcla de repugnancia y curiosidad. Era la primera vez que tomaba un arma y el secretario tuvo que agacharse un par de veces, entre gritos de exasperación, al ver que la abadesa apuntaba directamente hacia él mientras buscaba cómo sujetar el arma. Con explicaciones secas y precisas, el francés le explicó cómo hacer funcionar el fusil.

Primero se rasgaba el cartucho que contenía la bala y pólvora negra, directamente con los dientes, y la pólvora se echaba en la cazoleta, situada encima del gatillo. Después se cargaba la bala por el cañón del fusil, junto con la pólvora restante, y a continuación se retacaba con ayuda de la baqueta, un palo largo que servía para empujar hacia el fondo del cañón.

Sor Elvira siguió las instrucciones lo mejor que pudo y disparó con decisión en cuanto tuvo cargada el arma, con el ánimo de probar su puntería contra un árbol.

Para su sorpresa, Clermond la reconvino con dureza, pues llevada por su entusiasmo, había olvidado retirar la baqueta, que se perdió en la distancia. El secretario le indicó enfadado que disparar así era perder inútilmente la munición y un tiempo precioso.

La abadesa recogió con la cabeza baja los morrales que contenían los cartuchos y baquetas,

entregó uno a Clermond, y subió a su caballo para continuar la marcha.

## Capítulo 6.

### *Intrigas en palacio.*

Valladolid, 14 de enero de 1809.

Tras cabalgar dos días y dos noches lograron llegar casi agotados a la capital del Pisuerga. Ya a las puertas de la ciudad, mientras aguardaban en la cola del control de entrada del Puente Mayor, Clermond le indicó a la abadesa que estaba deseando asearse y cambiarse de ropa, a lo que sor Elvira, respondió ansiosa que lo primero que debían hacer era cerciorarse de que el emperador continuaba en la ciudad.

El secretario preguntó a los soldados que guardaban el puente, los cuales confirmaron que el emperador seguía en Valladolid mientras comprobaban sus documentos, pero se rumoreaba que estaba a punto de partir.

En cuanto pudieron cruzar se dirigieron al Palacio Real y solicitaron audiencia. Se les indicó que el emperador estaba revisando a las tropas en el Campo de Marte, y que en cuanto volviera le transmitirían su petición.

Sor Elvira y Clermond comprobaron que no se veían signos ni movimientos en palacio de que estuvieran recogiendo para partir y suspiraron casi al unísono, aliviados porque se les concedía una pequeña tregua. Espoleando sus monturas, se dirigieron al galope hacia el convento.

Fueron recibidos por sor Agustina, que los vio llegar, desastrados y muertos de cansancio, y con su habitual sentido práctico decidió dejar las preguntas para más tarde. Ordenó prepararles un baño y ropas limpias, y cuando hubieron finalizado se unió en la mesa con ellos.

Clermond y la abadesa parecían haber perdido sus modales, comiendo como si les fuera la vida en ello. Sólo cuando finalizaron un segundo cuenco de sopa levantaron la vista del plato y fueron capaces de entablar conversación.

Contestaron a todas las preguntas de sor Agustina, que quiso conocer todas las incidencias del viaje, narrándole los encuentros con el Empecinado, el marqués de la Romana y el extraño examen al que sometió a sor Elvira, y por último la entrevista con *sir* John Moore, que les había entregado la carta que guardaba celosamente Clermond. La intendenta felicitó con efusión al secretario, agradeciéndole todas las molestias que había sufrido por ayudarlas.

Clermond se relajó satisfecho por la comida y las lisonjeras palabras de sor Agustina. Como sabía que les avisarían en cuanto regresase el emperador a palacio, solicitó a las monjas permiso para retirarse a descansar, ansiando dormir en una cama limpia.

La abadesa le miró con cierta envidia cuando salió del comedor, porque conocía de sobras a su intendenta y ella no tendría tan fácil retirarse a descansar.

En cuanto se quedaron solas, sor Agustina le preguntó con ansiedad si había descubierto ya quién era el asesino, a lo que su superiora le contestó que por desgracia no y que debía emplear el tiempo que les quedaba en seguir buscando indicios.

Suspiró entonces la intendenta y le dijo que no debía importunarla con los problemas que acuciaban al convento, pero que debía saber que cada vez estaban más empeñadas, porque dar de comer a los oficiales que alojaban estaba siendo una tarea cada vez más cara y complicada. Odiaba tener que recurrir al usurero, que se frotaba las manos con su desgracia, pero no tendría más remedio que volver a verle pronto.

—No te apures, sor Agustina —le contestó su superiora, tratando de infundirle un poco de

ánimo—, lograremos salir de ésta.

No respondió la intendenta. Se limitó a mirarle a los ojos, y la abadesa le devolvió la mirada con sus ojos francos y marcados de ojeras. Poniéndose en pie, abrazó a su segunda, feliz de encontrarse en casa, tratando de transmitir algo de seguridad y esperanza a su compañera. No había llegado tan lejos para dejar su tarea sin concluir.

Sor Agustina no logró reprimir unas lágrimas, mezcla de tristeza y resignación.

—Sor Agustina, te está preocupando algo más —se sorprendió la abadesa, al verla temblar en sus brazos—, eres una mujer fuerte y no te echas atrás ante cualquier cosa. ¡Dime qué más pasa!

—Tiene razón, madre abadesa, tenemos otro problema. Se trata de la novicia Isabel de Reoyo. La descubrieron en la cama de uno de los oficiales y alguien la denunció al obispado.

—Oh, Dios mío, una de las cosas que más me temía. ¿Fue forzada? ¿Dónde está ahora?

—El vicario ha ordenado llevarla a la Casa de Arrepentidas, como si fuera una recogida más, una prostituta —respondió sor Agustina, con tono de rabia, enseñándole el mandato.

Sor Elvira leyó el papel que le tendió. En él se indicaba que, por el mal comportamiento probado de la novicia, ésta debería abandonar el noviciado de la Orden de Santa Brígida e ingresar como hermana lega en la Casa Pía de la Aprobación, donde tendría que someterse a las pruebas de contrición. Su dote quedaba confiscada y el convento de Santa Brígida, por faltar al correcto decoro y a su deber de vigilancia, debería pagar los gastos de ingreso y abonar una multa.

La abadesa arrugó con rabia el papel. La pobre Isabel, una de sus novicias más jóvenes y de la familia de los Reoyo, nada menos. Sus familiares podrían el grito en el cielo. ¿Cómo había sucedido? Era una de las novicias alojadas en casa de los Sandoval.

Sor Agustina le explicó que, durante la ausencia de la abadesa, la hicieron volver al convento para entregar un mensaje. El oficial en cuestión la vio aguardando en el patio, mientras aguardaba la respuesta, y al parecer, se prendó de ella. Sin que nos percatáramos, la acompañó de vuelta a la casa Sandoval, y ése fue el origen del problema. Comenzaron a quedar a escondidas, hasta que una de las doncellas les descubrió.

—¡Cuidado que son necios estos Sandoval! ¡Cómo no haber previsto una cosa así! ¿Y la niña Isabel, cómo está? ¿Has conseguido hablar con ella?

—En mi opinión, madre abadesa, Isabel se ha enamorado del soldado. Sí, hablé con ella, pero no se muestra muy afligida. Su vida en las Arrepentidas va a ser una dura prueba para ella.

Sin detenerse a descansar, salió la abadesa del convento acompañada de su intendenta, amparadas por la dispensa que les había proporcionado el vicario. Tenían que resolver también el aprieto de la novicia y, para ello, sor Elvira quería hablar con ella.

Se dirigieron al campillo de San Nicolás y entraron en la Casa Pía de la Aprobación, donde solicitaron ver a la madre superiora y a la nueva hermana lega. Se entrevistaron con la madre Magdalena que, aunque no lo mostró, estaba impresionada por ver en su casa a la reverenda madre abadesa del convento de Santa Brígida, dignidad que no se había producido en todos los años de historia de aquella institución. Con aire solícito mandó llamar a la hermana lega Isabel, que acudió a su llamada, con los ojos bajos y las manos enrojecidas de fregar los patios.

Cuando vio a sor Elvira se echó a llorar, hasta que su superiora la cogió amorosamente en sus brazos y le preguntó que cómo estaba y qué había pasado por su cabeza para hacer esta locura.

La hermana Isabel se limpió las lágrimas y le confirmó lo que se temía. Se había enamorado de François, y él de ella. Habían planeado casarse, pero la habían encerrado allí y no había forma de ponerse en contacto con él. Hincándose de rodillas, suplicó a la abadesa que la ayudase.

Sor Elvira la hizo levantar, y le preguntó si sabía los riesgos que podría correr, que tendría que

abandonar el convento y el país e irse a vivir con su esposo, como otra más de las mujeres de los soldados, siguiendo a su marido por los campos de batalla.

Isabel le contestó que no le importaba y que eso era infinitamente mejor que el castigo que le habían impuesto. Estaba condenada a las tareas más duras, y su familia estaba ofendida con ella porque había puesto su nombre en la picota. Tampoco podría esperar ayuda de su parte.

Sor Elvira escuchó sus razones y le prometió que haría cuanto estuviera en su mano para hacerle salir de allí. Tras preguntar por el apellido del seductor y confortar con otro abrazo a la desventurada joven, se despidió y salió de nuevo hacia su convento, confiando en no haber sido convocados todavía a la entrevista con Napoleón.

Ya de vuelta en el convento, la abadesa encomendó a sor Agustina la tarea de buscar al tal François Brèzet y enviarlo a su presencia, pues necesitaba conocer cuáles eran sus intenciones con respecto a Isabel.

Se sentó a esperar en su despacho y poco a poco se fue acomodando en el sillón, dando vueltas a las tareas que le quedaba por hacer, con los músculos doloridos por los esfuerzos del viaje, hasta que cayó en un sueño ligero. Una llamada a la puerta la despertó de su duermevela y le hizo abrir los ojos con sorpresa.

Se encontró frente a frente con un oficial de los dragones de la emperatriz, alto y bastante agraciado, que se dirigió a ella con seriedad.

—Soy el capitán Brèzet, y al parecer me está buscando.

—Sí, así es. No tengo más remedio que preguntaros si conocéis a la novicia Isabel de Reoyo y si habéis estado con ella —le señaló la monja, aguardando su reacción.

—Isabel, mi niña... Dígame, ¿dónde está, qué sabe de ella? —respondió con ansiedad el soldado—. Llevo días buscándola y no la encuentro. En la casa donde vive no me dejan hablar con ella.

—No ha contestado a mi pregunta. ¿Es cierto que la ha arruinado?

—Bajó la vista unos instantes el capitán Brèzet y después miró fijamente a la abadesa.

—No lo entiende, yo la quiero.

—El que no lo entiende es usted. Ha arruinado a una novicia de esta santa casa. Les damos alojamiento y les alimentamos, y lo paga destrozando la vida de una de nosotras —le respondió airada sor Elvira—. Con su fechoría la ha expulsado de aquí, su familia la ha repudiado y la ha condenado a una vida de trabajo y miseria.

—Yo no lo sabía —se defendió el oficial—, de verdad que no quería hacerle daño.

—Demasiado tarde, ya se lo ha hecho. ¿Estaría dispuesto a enmendar el error?

—¿Casarme con ella? Sí, lo estoy —contestó sin dudar—, pero no veo cómo. ¿Podría ayudarme?

—Entiendo que es la mejor solución. Usted lo desea al igual que ella, así que haré todo lo posible por ayudarles.

Se despidió el oficial, agradecido, y sor Elvira se dispuso a descansar, pero no pudo hacerlo mucho tiempo porque se presentó un mensajero de palacio, indicando que el emperador había regresado y preguntaba por ellos.

Clermond se unió a la abadesa y se dirigieron al Palacio Real, donde los guardias de la puerta les indicaron que debían esperar en la biblioteca.

Sor Elvira, impaciente, se paseaba arriba y abajo por la estancia cuando se abrió la puerta y apareció Fain, el secretario superior. Saludó con un gesto de cabeza a la abadesa y se dirigió a Clermond extendiendo los brazos.

Se abrazaron con alegría, exclamando Fain que se alegraba de verle vivo y que esperaba que

sus aventuras en el campo enemigo no hicieran que el trabajo de secretaría le pareciera aburrido. Le tranquilizó Clermond indicando que por esa parte no habría problema, porque estaba deseoso de volver al trabajo.

Le contó a grandes rasgos los sucesos del viaje, concluyendo que traían la carta de vuelta. Se la enseñó a su superior, que la leyó y se la devolvió comentando que esa maldita carta les había dado problemas desde el principio.

—Primero se olvidó usted de ella, ¿recuerda Clermond? Había entregado usted al correo la siguiente carta en su lugar. Menos mal que la numeración me hizo darme cuenta del error, y ordené entregársela al correo —comentó el secretario Fain—. Sobre esta carta parece pesar un hechizo.

Clermond bajó los ojos, humillado ante el velado reproche, y cambió de tema indicando que se alegraba de volver de nuevo al servicio, preguntando sobre los asuntos de palacio, y si había aumentado en esos días la correspondencia del emperador.

Fain se despachó a gusto, indicando que, durante sus días de inactividad en Valladolid, Bonaparte no había hecho otra cosa que dictar cartas. Menos mal que la revista a las tropas y las reuniones de Estado Mayor con los mariscales le habían permitido poner los textos en limpio y descansar un poco. —Créame, está siendo agotador. Me alegro de verdad de que haya vuelto.

En ese instante entró Napoleón en la biblioteca, finalizando la conversación.

Buenos días, señores —saludó—. Espero que me traigan las mejores noticias.

—Sire —contestó la abadesa—, os traemos la carta robada.

Napoleón la cogió con impaciencia de las manos de sor Elvira, y la leyó en silencio, moviendo levemente la cabeza. Cuando acabó, exclamó en voz alta:

—¡Sí que está causando molestias el tal Quintal! Le castigaré como merece en cuanto llegue a París. Secretario Clermond, ¿es ésta realmente la carta que quitaron al correo? —preguntó.

—Sí, mi emperador, ésta es —respondió el aludido, haciendo un resumen de las peripecias que habían corrido para recuperar el mensaje.

—Excelente, excelente —confirmó Bonaparte, mientras rompía la carta en varios pedazos—. Confío en que me digáis también el nombre del asesino.

—Por desgracia, sire, todavía no hemos dado con él —respondió sor Elvira—. La persona que nos iba a informar fue apuñalada ante nuestros ojos sin que le diera tiempo a decirnos quién le había entregado la carta.

Frunció el ceño Bonaparte al oír esto. Recordó que su idea inicial era castigar a la monja por su atrevimiento, y su medio fracaso al no entregarle al asesino lo podría justificar.

—Sí, sí, la carta está muy bien, pero no ha terminado el trabajo que le encomendé, pues no me entrega también al asesino. Deme una razón para no enviarla al cadalso ahora mismo —indicó con tono amenazante.

—Sire —respondió sor Elvira con voz insegura, mientras su cerebro trabajaba a toda velocidad—, cierto es que no puedo decirnos todavía quién ha sido, pero, por lo que he visto, vuestra correspondencia se compra y se paga como una mercancía valiosa. Eso me lleva a preguntarme por qué ese mensaje es tan importante como para arriesgarse a matar al portador en nuestra presencia, hay algo más en este asunto que deberíais averiguar. Además, el tiempo que me distéis para la tarea todavía no se ha agotado. Me dijisteis que tenía tiempo hasta el instante en que partierais de Valladolid.

—Así es, eso dije —concedió el emperador, sopesando la respuesta—. Mi buen Fain, ¿a usted qué le parecen las razones de la abadesa?

—Sire, a mi entender su esfuerzo no va a llegar a ninguna parte. Si estáis preocupado por el asunto, mandad llamar a un hombre de Fouché que busque en condiciones.

—Y usted, Clermond, ¿qué opina?

—Sire —respondió el secretario—, creo que esta mujer se ha portado con gran tesón y valentía y se ha ganado el derecho a contar con ese tiempo.

Se volvió entonces Napoleón a mirar a la abadesa y tras unos instantes de reflexión le confió lo siguiente:

—Verá, señora, no piense que no estoy admirado de su esfuerzo, lo que me sucede es que hoy estoy de un raro humor. Sí, decididamente, de un raro humor. Déjeme que le explique, y si consigue ayudarme, le concederé ese tiempo que me pide. Se trata del capitán Lassalle, ese loco imprudente al que acabo de honrar con el título de conde del Imperio. La cuestión es que anoche dimos una pequeña fiesta para celebrar los nuevos ascensos y condecoraciones, y el capitán Lassalle me propuso un acertijo, un juego de niños, lo llamó. Había bebido mucho, claro está y no era consciente de sus palabras, porque llegó a insinuar que ni el propio emperador sería capaz de resolverlo. Como comprenderá, no le he podido dedicar a ese asunto ni un minuto. Estoy ocupado gobernando un imperio, pero me picó el amor propio y me gustaría dar con la solución.

—Haré lo posible por ayudaros —respondió sor Elvira, resignada ante la nueva prueba.

—El capitán Lassalle afirma que tiene dos bolsas con doblones de oro, y una tiene exactamente el doble que la otra y entre las dos suman cien doblones, ¿cómo es posible, si todos los doblones están enteros y no hay, pues, ninguna moneda partida?

Sor Elvira comenzó a razonar en voz alta.

—En buena lógica, el doble en una bolsa que en otra. Serían treinta y tres y sesenta y seis, pero faltaría una moneda por colocar, que me indicáis que no se puede partir.

—Eso es —respondió Napoleón—. Hasta ahí he pensado yo. Tiene que haber algo, alguna idea simple para resolverlo, pero no doy con ello. Tendría que hacer saber al capitán Lassalle que me dedico a dirigir los designios de Francia, y no puedo entretenerme con esas minucias, pero me molesta que un fanfarrón como él tenga la última palabra. Es un soldado admirable, con un arrojo que raya en lo temerario, y por eso ya le he dejado pasar algunas faltas, pero debería saber que todo tiene un límite.

Sor Elvira escuchó las reflexiones de Bonaparte, mientras palpaba nerviosa su propia bolsa, como si ésta fuera a darle la solución, tanteando con los dedos a través del cuero.

Napoleón continuaba disertando sobre los problemas de disciplina del capitán Lassalle, hasta que fue interrumpido por la abadesa, que exclamó a voz en grito:

—Ya lo tengo, podréis dar vuestra respuesta al capitán.

Clermond y Fain miraron a la monja, el primero con asombro y el segundo con un cierto escepticismo.

—¿Es cierto, señora? Suéltelo ya, que no tengo todo el día —le gritó a su vez Napoleón.

—Sire, ambas bolsas contienen la misma cantidad, exactamente cincuenta doblones, pero, además, una está dentro de la otra.

—Pero... —se paró a pensar el emperador—. Tiene razón, sí que encaja. Así explicado en verdad sí es un juego de niños. Menuda tontería —exclamó satisfecho—. Madre abadesa, me ha ayudado y me siento agradecido. Puede seguir buscando a su asesino.

—Gracias, sire, respondió sor Elvira. ¿Tengo vuestro permiso para interrogar a vuestros hombres?

—A quien estime oportuno.

—¿Y para consultar vuestros documentos? Puedo encontrar valiosas pistas en ellos.

—Eso ya es otra cosa, sor Elvira —dijo Bonaparte—. En mis documentos hay información confidencial y secretos de Estado. Revelar cualquiera de ellos es alta traición.

—Así lo imagino, sire, pero tenéis mi palabra de que vuestros secretos están a salvo conmigo. Sólo me interesa dar con el asesino.

—Está bien, acepto su palabra. Le impongo la condición de no decir absolutamente a nadie los contenidos de esos documentos y sólo me confiará a mí los resultados de sus pesquisas. Puede seguir contando con la ayuda de Clermond. ¿Necesitará algo más?

—En realidad, sí, sire, necesito otra cosa más de vos. Se trata de una de mis novicias. Ha sido mancillada por uno de vuestros oficiales.

—¡No me lo puedo creer, las mujeres no paran de pedir nunca! ¿Está segura de lo que afirma?

—Por desgracia, sire, así es. El vicario ha ordenado sacarla de mi casa y llevarla a las Arrepentidas. Su vida está arruinada sin remedio si no hacemos algo.

—¿Y qué quiere que haga yo? —preguntó el emperador.

—He hablado con ambos y están de acuerdo en casarse.

—Pues si es así, ¿para qué me molesta? ¡Las mujeres y sus preocupaciones! —exclamó en tono de fastidio.

—Temo la oposición del vicario. Castiga con mano dura todo incumplimiento de las normas morales y no dará su consentimiento.

—El vicario tendrá que hacer lo que yo diga —concluyó airado Bonaparte—. Si a mí me parece bien, ¿Quién es él para oponerse? Fain, redacta una nota ahora mismo ordenando ese matrimonio.

—Gracias por todo, sire, haré lo posible por descubrir al asesino —respondió la abadesa.

Salió Bonaparte de la biblioteca, acompañado por Fain, y quedaron de nuevo solos Clermond y sor Elvira.

—Debo darle las gracias por su ayuda —dijo la abadesa.

—Ha sido justo reconocer su esfuerzo —respondió el secretario.

Sor Elvira vio los trozos de carta que había arrojado al suelo Napoleón y sintió que su corazón se encogía. Toda la incertidumbre y el esfuerzo realizado habían quedado reducidos a ese pequeño montón de papeles.

Sin pensarlo dos veces, se agachó y los recogió, guardándolos en su bolsa, la misma bolsa humilde y ajada que le había servido para superar el acertijo.

—¿Por dónde le parece ahora que deberíamos continuar? —preguntó Clermond, mientras ojeaba las últimas gacetas acumuladas sobre la mesa.

—Debemos centrarnos en la búsqueda de un asesino que no es español, pues creo en las palabras del Empecinado. Y si hacemos caso de *sir* John Moore, tampoco es un espía inglés. Por tanto, puede ser un espía austriaco, o del papado, o podría ser incluso francés. Puede que estuvieran buscando esta carta en concreto, pero todavía no conozco el porqué.

Clermond se indignó ante la posibilidad de que el espía fuese francés, a lo que la abadesa respondió que no estaba en situación de descartar a nadie.

—¡Nadie puede espiar a Napoleón!

Continuaban la disputa cuando les sorprendió el mismísimo emperador, que regresó sin aviso a la biblioteca.

—No sea necio, Clermond, la monja tiene razón. No podemos dar nada por sentado. Puede haber traidores incluso en nuestras propias filas. Es posible que aquí haya algo más y no hayan interceptado este mensaje al azar, como supuse al principio. Sigán pues indagando en el asunto.

Se retiró Bonaparte con los informes que había venido a buscar, y les dejó de nuevo solos en la gran sala. Clermond se sintió reprendido por las palabras de Napoleón. Nunca había sido merecedor de un insulto por su parte, y estaba humillado y dolido.



—Busque de aquí lo que estime conveniente, se lo ha dicho el mismísimo emperador —le dijo a la abadesa con amargura—. Por mi parte, sigo convencido de que el ladrón de la carta no puede ser francés. La acompañaré leyendo los pasquines confiscados a los bandidos. A lo mejor me entero de algo.

Clermond se sentó en un extremo de la mesa con el montón de pasquines y se puso a estudiarlos, con cara seria y reconcentrada.

Por su parte, sor Elvira suspiró aliviada por la tregua que acababa de conseguir. El tiempo se le echaba encima y apenas tenía indicios por los que seguir. Se acercó a la mesa y, siguiendo una corazonada, preguntó a Clermond por la hoja de servicios del correo Chazals.

Acostumbrado a trabajar entre aquellos papeles, en apenas unos minutos de búsqueda Clermond fue capaz de localizar el documento, y se lo tendió en silencio a la abadesa.

Sor Elvira lo leyó con atención. No había duda de que el correo había tenido un servicio muy intenso al servicio de Bonaparte desde que era un oscuro general. Le había acompañado en Marengo y Austerlitz y en su aventura egipcia. Tomó nota de las fechas y los lugares principales, un poco decepcionada. Aquellos datos por sí solos no le decían nada. Tendría que averiguar algo más.

Se le ocurrió entonces leer las copias de las últimas cartas dictadas por Napoleón. Dirigidas al ministro de la Guerra, al jefe del Estado Mayor del Ejército, al embajador en el Piamonte, al emperador de Rusia, sor Elvira leyó y releyó abrumada por la densidad de datos y nombres. Movimientos de tropas, órdenes a sus ministros, cortesía con los reyes, incluso un borrador de una carta a su mujer, Josefina.

La abadesa anotó lo que le pareció más relevante, tratando de encontrar alguna relación, pero tuvo que rendirse a la evidencia. No encontró nada que pudiera servirle de pista.

Decidiendo buscar en otro lado, se levantó para dirigirse a la carpeta que guardaba los papeles del gabinete y al hacerlo se dio cuenta de que Clermond se había quedado dormido. Echado hacia atrás en el sillón, su cabeza reposaba contra el respaldo y respiraba profundamente, emitiendo un ligero ronquido.

Sor Elvira le miró con repentina ternura, refrenando el impulso de acariciarle la frente. A través de los ventanales escuchó el ruido de la lluvia cayendo con fuerza. La biblioteca, con su gran chimenea encendida, daba calor y una sensación de paz y tranquilidad casi doméstica. Por primera vez en su vida se permitió preguntarse cómo podría ser estar casada. Si hubiera podido compartir con un esposo aquella novedosa sensación de intimidad hogareña, el deseo de disfrutar del amor de un hombre, cómo sería tener hijos con él. Sintió que el aire se le detenía en el pecho. Esos pensamientos le causaron un dolor casi físico. No podía permitirse debilidades ni distracciones mientras su tiempo se agotaba, cayendo inexorable, grano tras grano, en el reloj de arena.

Valoró unos instantes si despertar a Clermond, pero lo descartó, contemplándolo un poco más en anhelante silencio.

Con un suspiro de resignación se volvió a la carpeta referente a los asuntos del Ministerio de la Policía, en la que buscó hasta encontrar un listado de espías que había enviado Fouché a su emperador. Con su letra pulcra, el jefe de la Policía enumeraba una serie de nombres, entre los que descubrió a Quintal. Se le aceleró el pulso al reconocer el nombre del bandido que mencionaba la carta. Tomó nota en un papel para no olvidarlo y prosiguió rebuscando entre aquellos papeles, estremecida al darse cuenta de que la mayoría determinaban la muerte para las personas que en ellos se detallaban.

En otro de esos documentos encontró una mención a herr Kauptmann, que concluía que era un comerciante de Pomerania, que buscaba abrir contactos comerciales en las cortes europeas y del

que se sospechaba que en realidad era un espía prusiano, pero al que todavía no se le podía probar nada.

Estaba terminando sor Elvira de anotar estas indagaciones en su papel cuando irrumpió en la biblioteca el secretario de Cartera Mèneval.

Al ver a Clermond dormido, movió la cabeza con un gesto desaprobatorio y se dirigió a voz en grito al desprevenido secretario.

—Es una vergüenza, parece que está usted durmiendo la mona en una taberna, en lugar de respetar el palacio del emperador. Haga el favor de ponerse en pie y saludar a su superior.

Así lo hizo Clermond, levantándose con precipitación del sillón y dirigiendo un movimiento de cabeza al secretario jefe.

Mèneval, apaciguado, archivó en sus carpetas los despachos que traía en la mano y se marchó.

Cuando salió de la sala, Clermond, frotándose los ojos, reprendió a la monja por no haberle despertado.

—¿Por qué me ha dejado dormir así? —dijo gruñendo mientras se frotaba los ojos—. He vuelto a llevarme otra reprimenda, esta vez del secretario.

—No vi ningún inconveniente en dejaros descansar —contestó sor Elvira, contrita—. No pensé que eso sería una falta. De todos modos —prosiguió con entusiasmo—, las palabras de vuestro superior me han dado una idea. No se me había ocurrido que podemos preguntar en las tabernas de San Martín. Puede que alguien recuerde algo.

Clermond ocultó un bostezo con la mano y permaneció callado. Sor Elvira lo miró, sin saber si estaba reflexionando sobre su propuesta o tratando de espabilarse del todo.

Al cabo de unos instantes asintió en silencio y señalando la puerta le invitó a salir.

Se dirigieron con presteza hacia la calle de San Martín. Pese que la hora era un poco temprana, la mayoría de las tabernas ya estaban abiertas. Entraron en la primera de la calle, que aguardaba vacía la llegada de clientes, pero el tabernero no le supo dar razón, mirando asombrado el hábito de la abadesa y las ropas francesas de su acompañante.

Interpretando las miradas que les dirigían, Clermond le dijo a la abadesa que nadie le diría nada si la veían acompañada de un francés. Sor Elvira no tuvo más remedio que reconocerlo y le rogó a Clermond que le aguardara fuera en lo que ella hacía preguntas.

El secretario suspiró, resignándose a esperar a la puerta de los tugurios, y le indicó que aguardaría atento a la puerta.

No tuvo sor Elvira más suerte en las tascas siguientes. Los cantineros miraban con desconfianza a aquella desvergonzada monja que no mostraba respeto por sus hábitos, y negaban saber absolutamente nada de ningún extranjero.

La abadesa se dirigió desalentada hacia la salida de la última de las tabernas. El tabernero se había mostrado especialmente grosero con ella, indicando que no había visto nada, que en su negocio nunca nadie veía nada, que una monja haciendo preguntas sobre cartas y extranjeros era malo para el negocio, y la echó del establecimiento con cajas destempladas, gritando que no se le ocurriera volver por allí.

Tan abochornada estaba por el trato recibido que tropezó con la mujer que limpiaba las mesas y que se cruzó en su camino justo en el momento en que ella salía.

Ambas cayeron al suelo, en un amasijo de brazos, piernas y trapos de fregar. Apoyándose la una en la otra consiguieron ponerse en pie, entre las carcajadas de los pocos parroquianos que habían comenzado a llegar y del propio tabernero, al que le hizo mucha gracia la caída.

La mujer susurró unas palabras que sor Elvira no logró oír. Al ver en su cara que no la había entendido, la mujer se inclinó de nuevo sobre ella, como si se tambaleara, y le indicó en voz baja

que fuera a la iglesia y que la aguardara allí.

Sor Elvira le dirigió un mudo asentimiento de cabeza, mientras simulaba colocarse bien los hábitos, y salió de la sombría tasca con el eco de las risas retumbando en su cabeza.

A la puerta le aguardaba Clermond, que le preguntó preocupado si estaba bien, ya que había oído las risotadas de los hombres. Sor Elvira le tranquilizó diciendo que no había sufrido ningún daño, pero que tampoco había averiguado nada en ese tugurio.

El secretario la miró con pesimismo. —Ya no nos quedan más tabernas que mirar y no hemos encontrado ningún indicio. Lo mejor será regresar al convento y pensar otra cosa.

—No, Clermond, antes tenemos que entrar en la iglesia —dijo sor Elvira señalando hacia la torre de San Martín. Es posible...

—Ah, no, eso sí que no —le interrumpió Clermond, indignado—. Me ha arrastrado por caminos infectados de bandidos, hemos perdido el aliento detrás de esos malditos ingleses, me ha traído a estas tabernas nauseabundas, pero hasta ahí hemos llegado. No conseguirá de mí que entre en una iglesia.

—Pero Clermond, déjeme explicarle... —dijo la abadesa.

—No hay nada que explicar —se obstinó el secretario. Si quiere entrar a sus rezos, la aguardaré fuera, en la taberna del pato. Pero ya puede apresurarse, porque estamos cerca del toque de queda. Si cuando den el primer aviso no me ha buscado, me marcharé sin usted.

No respondió sor Elvira, atónita por el estallido antirreligioso de Clermond, y se dirigió hacia la iglesia, pensando en que haría bien en no perder el tiempo. Ya le daría luego las explicaciones.

Entró la abadesa en la iglesia parroquial, apenas iluminada por unas pocas velas que ardían cerca del altar. Cuando acostumbó sus ojos a la semipenumbra del interior, comprobó que no había nadie en el recinto, con la excepción de tres mujerucas arrugadas que rezaban el rosario entre murmullos en el primer banco.

Avanzó a lo largo de la nave, pasando por delante de las capillas laterales, y comprobó que estaban todas vacías. Resignándose a esperar, se sentó en la capilla de la Piedad, a los pies de la talla de la Virgen castellana, mudo grito de dolor.

Sor Elvira la contempló en silencio, observándola por primera vez, admirada por la habilidad del artista que había sido capaz de insuflar a la madera aquella vida y expresividad. Con los ojos puestos en ella, le dirigió una plegaria, rogando por las compañeras encomendadas a su cuidado y le suplicó que le iluminara y le concediera su ayuda para encontrar las respuestas que necesitaba. Luego bajó los ojos avergonzada, temiendo que la Madre leyera los secretos que se agolpaban en su corazón.

Un rumor de pasos a su espalda la distrajo de su oración. Girándose un poco vio cómo se acercaba una mujer que acabó sentándose junto a ella.

—Es sor Elvira, ¿no es así? —preguntó la mujer, la misma que se había tropezado con ella.

—Sí, así es, ¿Y quién es usted?

—Soy la mujer del tabernero. No he querido decirle nada en la taberna porque esa mala bestia me hubiera dado una buena tunda. Es un bellaco que vendería su alma por unos reales —contestó con rencor—. Antes de contarle nada, debe darme unas monedas. Mi marido me matará si no vuelvo con dinero. No le importa, malaventurada sea su alma, de dónde lo saque o qué tenga que hacer para conseguirlo, pero me da unas palizas de muerte si no le llevo algo.

No dijo nada sor Elvira y abrió la faltriquera, de la que sacó diez reales y se los entregó. —Con esto será suficiente —le dijo a la tabernera—. Por favor, dígame lo que sepa.

La mujer cogió con ansia las monedas, las dividió en montones y se los guardó en los bolsillos, diciéndose satisfecha que con eso no tendría que salir en varios días. Cuando acabó, tomó de

nuevo la palabra y le explicó a la abadesa:

—Debe saber que conocía a Joaquín de Pedro porque venía con frecuencia a la taberna y era de los pocos que se portaba bien conmigo. Era amable, sin empujarme ni darme gritos ni pellizcos. La noche en que llegó la francesada, lo recuerdo bien porque mi marido, que se había hecho ilusiones pensando que se le iba a llenar la taberna de franceses, estaba de un humor de perros. Tantos soldados como decían que venían y en nuestra taberna no entraba ni uno. Joaquín llegó a tiempo para librarme de su enfado diciéndole que no se impacientara, que seguro que el pequeño Napoleón no les había dado permiso para salir el primer día, pero que acabarían viniendo y entonces se hartaría de gabachos.

Sor Elvira escuchó con atención, reprimiendo el impulso de pedirle que fuera al grano, mientras la mujer seguía explicándose.

—En ésas estábamos cuando se dignó a entrar un francés en la taberna. Estoy segura de que no era un soldado. No llevaba uniforme. Lo curioso fue que dio el santo y seña y entonces Curro le señaló a Joaquín, que estaba sentado en una de las mesas de la esquina. Se acercó a él y estuvieron charlando un rato. Cuando acabaron se levantó sin tomar nada y se fue. A mi marido se le llevaban los demonios porque no se había dejado los cuartos, pero Joaquín estaba muy contento, tanto que pidió otro vino y le enseñó a Curro la carta que acababa de comprar, al parecer, del mismísimo Napoleón. Por lo visto, el franchute necesitaba dinero para comprar regalos a su pequeña amiga, una de ésas a las que les gustan las cosas bonitas.

—¿Está segura de que era francés? —preguntó la abadesa con ansiedad.

—Sí, lo estoy. Han venido los suficientes por la taberna para que sepa distinguirlos. Si me apura puedo decirle hasta de que qué región son, por lo que gruñen cuando se desfogan —añadió con una mueca sarcástica.

—¿Y dice que no era un soldado? ¿Recordáis cómo iba vestido?

—Pues sí, no llevaba los pantalones blancos de los soldados gabachos, sino que llevaba una chaqueta negra con cuello de terciopelo y botones dorados.

La abadesa sintió que de pronto le faltaba el aire y cómo su corazón se ponía a palpitar con violentos latidos.

—¿Y cómo era, me puede contar algo más de él? ¿Era rubio o moreno, alto o bajo? —logró preguntar con desazón.

—Ni alto ni bajo, y con el pelo castaño. No pude fijarme mucho más porque Curro me envió abajo a la bodega a por más vino para quitarme del medio. Seguro que pensó que el francés era de ésos. Y eso es lo que tengo que contarle. Espero que le sirva para atrapar a los miserables que mataron a Joaquín.

Sin dar tiempo a más preguntas, la mujer se levantó con rapidez y desapareció en las sombras.

Sor Elvira permaneció sentada unos instantes más, jadeando de la impresión, con las palabras de la mujer martilleándole la cabeza. Según ella, el que había vendido la carta era un francés, así que el emperador tenía un traidor en sus filas. Y su uniforme no era de soldado, era negro, como el del personal administrativo, como el... de Clermond.

## Capítulo 7.

### *Un descubrimiento amargo.*

No podía ser Clermond, era imposible. Clermond no. Sin poder reprimirlo, se echó a llorar. Por fuerza tenía que ser otro. Había muchos hombres en palacio llevando ese uniforme. Sí, tenía que ser otra persona. Tenía que averiguar quién.

Se secó los ojos con las mangas del hábito y salió despacio de la iglesia, dirigiéndose hacia la taberna del Pato, minutos antes del toque de queda. En la puerta le esperaba Clermond, dando signos de impaciencia. Cuando llegó a su altura, el secretario echó a andar impaciente, diciendo que menos mal que ya había acabado con sus rezos, porque debían marcharse de inmediato.

Sor Elvira caminaba callada, cavilando si contar al secretario las palabras de la tabernera. Se le imaginó indignado ante la terrible acusación, negando que fuera uno de los suyos, exigiendo ver a la mujer para que se retractase de sus palabras. De pronto, se le ocurrió la idea. Podría disponer de alguna manera que la tabernera señalase quién era el hombre. Debía...

—Sor Elvira, ¿se encuentra bien? —preguntó Clermond cuando llegaron al convento—. La veo demasiado callada y está pálida. ¿Tiene miedo de no saber por dónde buscar?

—No, Clermond, no es eso —respondió la abadesa—. Es cierto que estoy cansada, pero sí sé por dónde seguir. Ya es de noche y conviene que descansemos. Mañana será otro día y traerá su afán.

Se despidió de él dándole las buenas noches. El secretario permaneció inmóvil unos segundos, desconcertado y confuso ante las palabras de sor Elvira, viéndola subir las escaleras.

La abadesa trató de conciliar el sueño en el dormitorio común. La mayoría de las monjas dormían ya con ronquidos acompasados, agotadas por el trabajo del día, pero un par de ellas sollozaban en voz baja. Sor Elvira se mantuvo en duermevela, tentada de levantarse y consolarlas, pero se obligó a permanecer en la cama, reflexionando sobre lo que tendría que hacer al día siguiente. Las ideas se agolpaban en su cabeza. Tendría que averiguar quiénes eran con exactitud los componentes del personal administrativo, todos los que hubiera en palacio y si hubiera más alojados en otra parte.

En ésas estaba cuando escuchó el sonido de unos pasos crujiendo sobre las escaleras que conducían a la buhardilla. Su cuerpo se puso en tensión, asustada ante la perspectiva de que fueran soldados borrachos. Permaneció atenta, agarrando con fuerza la manta que la cubría, hasta que escuchó que la llamaban en voz baja desde la puerta. Se levantó con rapidez de su cama y se dirigió a la salida del dormitorio, rogando para que la tenue llamada no hubiera despertado a nadie más. Observó al pasar a sor Agustina, acurrucada sobre sí misma, dormida profundamente.

Salió al corredor y se encontró cara a cara con Clermond. Observó que no llevaba su uniforme, sino una camisola de dormir que le cubría parte de los pantalones. El secretario la miró a su vez, contemplando su pelo suelto y su camión de algodón basto ceñido en el cuello y que le llegaba hasta los tobillos. Ninguno de los dos dijo nada. Se limitaron a mirarse a los ojos intensamente en silencio, durante lo que pareció una eternidad, hasta que la abadesa bajó la vista confundida y le preguntó con un ligero titubeo qué era lo que sucedía para que se presentara en mitad de la noche.

Clermond suspiró y le dijo que estaba intentando dormir, pero que no dejaba de darle vueltas a sus últimas palabras. Pensaba que habían llegado a trabar amistad, y le dolía que no se confiase a él. Sabía que pasaba algo porque había visto el dolor en sus ojos aquella noche. Comprendía su

miedo y su angustia, pero él la ayudaría. Hablaría con el emperador, no cejaría hasta convencerle de que conmutase su pena.

Sor Elvira miró a Clermond con gratitud y levantó la mano para acariciarle el rostro, conmovida por sus palabras.

—Valoro mucho su inquietud, Jean —dijo, pronunciando su nombre de pila por primera vez—, es cierto que tengo miedo al fracaso y a la muerte, pero todavía conservo la esperanza, todavía no se nos ha agotado el tiempo.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Clermond, cogiendo sus manos entre las suyas.

Sor Elvira enrojeció, pero no las retiró hasta pasados unos instantes.

—Es posible que haya alguien que pueda ayudarme a reconocer al asesino —confesó al fin.

—Un golpe de buena suerte —dijo Clermond—. ¿Cómo ha sido?

—Ya os lo contaré mañana —gruñó la voz de sor Agustina detrás de ellos—. Éstas no son horas de hablar ni de pelar la pava como un par de enamorados. Sor Elvira, esperaba más de usted. Dado su rango de superiora debe mantener la dignidad de esta casa. Clermond, vuelva a sus aposentos. Mañana podrá hablar con la abadesa.

El secretario aguantó el réspice sin contestar. Con un asentimiento de cabeza se despidió de ambas y bajó por las escaleras.

Sor Agustina miró a la abadesa, que bajó la cabeza como una niña pillada en falta.

—No quiero que pienses que esto ha sido culpa mía —comenzó a excusarse.

—Ya lo sé, lo he escuchado todo —le informó la intendenta, guiñándole un ojo—. He preferido interrumpirla antes de que la descubriera cualquiera de las hermanas. ¡Imagínese lo que hubiera podido decir sor Clotilde si la hubiera descubierto hablando de noche con un hombre en paños menores!

—Así dicho suena terrible —reconoció sor Elvira, tranquilizada por su sonrisa.

—No sea ingenua, sor Elvira —le respondió su segunda, poniéndose seria—. Eso es lo de menos. Me preocupa otra cosa. El secretario no ha venido hasta aquí para consolarla, como trataba de hacerle creer. Yo creo que buscaba otra cosa.

—¿Y cómo estás tan segura? —preguntó sor Elvira, puesta en guardia.

—La miraba a usted como si fuera un bocado apetitoso, como si deseara comerla, pero no había dulzura, sino dureza en sus ojos. Además, se puso rígido cuando le habló del testigo.

La abadesa, de vuelta en su cama, reflexionó sobre las palabras de la intendenta. Había estado a punto de contarle a Clermond lo de la tabernera. Sólo lo había evitado la oportuna interrupción de sor Agustina. ¿Serían ciertas sus sospechas? Hasta que no lo descartara como sospechoso, era preferible no darle información. La euforia que había sentido al escuchar sus palabras se había disuelto en una amarga sombra de duda.

Sor Elvira se despertó pronto por la mañana. Sor Agustina la encontró sola en el refectorio, sin apenas tocar el desayuno. Sombras de ojeras se marcaban en su rostro, delatando la falta de sueño y la preocupación.

—Ha pasado mala noche, sor Elvira —afirmó la intendenta al verla.

—Así es. Estoy preocupada, sor Agustina. Necesito tiempo para averiguar quién es el culpable y no sé cómo eludir a Clermond. No sé si seré capaz de ocultarle mis sospechas —dijo la abadesa en voz baja, sintiéndose culpable.

Sor Agustina la miró con ternura. No en vano había escuchado sus confidencias desde que era niña. Sabía que estaba luchando entre la confianza que había depositado en el francés y la incertidumbre. Sin embargo, no podía permitir que la vacilación de su superiora le nublará el seso. Tendría que tomar cartas en el asunto.

—No se preocupe, reverenda madre abadesa, yo me ocuparé del secretario durante unas horas, pero usted utilice bien su tiempo.

—Pero ¿qué vas a hacer? —preguntó la abadesa escamada. Sabía por experiencia que cuando su intendenta se dirigía a ella por su título y con ese tono podía esperarse cualquier cosa.

—No lo sé todavía, pero ya me las ingeniaré. Usted, a lo suyo —dijo, empujándola con energía hacia la puerta.

Sor Elvira salió del convento y se dirigió hacia el Palacio Real. Los guardias de la puerta se habían acostumbrado ya a ella y la dejaron pasar sin hacer preguntas.

—¿Dónde se ha dejado a su sombra? le preguntó con sorna Mèneval cuando la vio entrar en la biblioteca donde estaba trabajando.

—Se ha sentido indispuerto esta mañana —contestó titubeando y poniéndose colorada—. *Monsieur* secretario de Cartera, necesito una lista con todo el personal administrativo que trabaja en palacio, y conocer si hay más personal que trabaje en otros lugares.

—¿Por qué me solicita eso? ¿Y por qué no se lo ha pedido ya a Clermond? Un momento, ¿no estará sospechando del personal de palacio? ¡Eso es inaudito, se ha vuelto loca! Mis hombres están fuera de toda duda. Debería estar buscando a uno de sus sucios bandidos, en lugar de sembrar sospechas infundadas.

Mèneval había ido subiendo el tono con indignación, elevándose en toda su estatura contra la pequeña figura de la monja, hasta que llamó la atención de Bonaparte, que leía unos despachos arrellanado en un sofá al fondo de la sala. El emperador se puso en pie e, interesándose en la conversación, preguntó por el motivo de tales voces.

Sor Elvira se explicó en presencia de los dos hombres, informándoles de que un testigo había visto vender la carta a un francés que vestía el uniforme negro del personal administrativo.

Napoleón frunció la boca en gesto de desprecio. ¡Cómo se atrevía a hacer semejantes acusaciones! Se la quedó mirando con gesto enojado, pero la abadesa le devolvió la mirada con sus ojos francos.

Una señal de alarma se encendió en el cerebro del corso. ¿Qué sabía una monja que había pasado su vida encerrada en un convento de las intrigas que emponzoñaban la corte? No, aquella mujer no le estaba mintiendo, ¡le iba la vida en ello! Además, sus ojos le recordaban a los de Paulina, su hermana, y tenía la misma mirada confiada con la que esperaba que él, su adorado hermano mayor, le sacara de algún apuro.

Revivió la sensación de terror que experimentó en el atentado en la ópera años atrás, cuando era el primer cónsul. Debía su vida a que el cochero se había emborrachado y había hecho salir a los caballos a una velocidad mayor de la necesaria. El súbito arranque en estampida le libró de la muerte, porque instantes más tarde estalló un carruaje apostado detrás del suyo, dejando la calle sembrada de muertos y heridos. No, no se podía fiar de nadie. En cualquier lado podía haber un traidor realista.

—Den a esta mujer todos los datos que solicite y atiendan sus peticiones como si fuesen las mías —concluyó a voz en grito.

Sor Elvira suspiró con alivio, hasta que le llegaron las siguientes palabras de Napoleón.

—¡Continúe indagando, monja impertinente, pero como no encuentre resultados que sostengan sus acusaciones, ya puede irse despidiendo de su cuello!

Solicitó de nuevo la abadesa el nombre de los hombres que vistieran el uniforme. El secretario le informó con aspereza de que no había más que los que se encontraban al servicio directo del emperador y que todos se alojaban junto a él en el palacio. Después redactó la lista, rechinando los dientes al escribir su propio nombre.

Sor Elvira la tomó en sus manos, leyéndola despacio. Para su sorpresa, era muy corta, pues contenía sólo cuatro nombres con sus cargos, ordenados por escalafón. El propio secretario de Cartera Claude Mèneval, el archivero Agathon Fain, el ayudante de secretario Jean Clermond y Édouard Mounier, del servicio de traductores.

Aprovechando que lo tenía delante, preguntó por sus movimientos al secretario de Cartera, que se removió ofendido en la silla, gruñendo que era una enorme afrenta la que se le hacía, que su rango era equivalente al de ministro, y que se arrepentiría. Con voz tirante le refirió que nada más llegar a Valladolid aquella tarde se había sentido indispuerto con retortijones y una fiebre alta que le habían obligado a permanecer en cama, sin poderse mover más que para evacuar. El médico personal de Napoleón, el cirujano Iván, podría corroborar sus palabras, porque le estuvo atendiendo.

Cuando acabó con el secretario pidió ver a Fain, y mientras aguardaba se preguntó cómo se la habría apañado sor Agustina para retener a Clermond en el convento. ¿Habría usado alguna de sus pociones?

No tuvo tiempo de pensar en nada más. En ese momento entró el archivero, un tanto amedrentado por las voces con las que Mèneval le había ordenado entrar en la biblioteca y contestar las preguntas de la condenada monja.

Dirigiéndose a él, le preguntó dónde se encontraba y qué hizo la víspera de Reyes.

Sin hacerse de rogar, Fain le explicó que su tarea normal consistía en pasar a limpio los borradores, copiar las minutas y numerar y archivar toda la correspondencia del emperador. Pero esa noche, como Mèneval estaba indispuerto, había tenido que asumir su trabajo, teniendo que atender el dictado del emperador y además organizar el envío de las cartas entregándoselas a los correos. Para su fortuna, Bonaparte había llegado del frente muy cansado y apenas tuvo ánimos para dictar cinco escritos. El trabajo se dispuso de tal modo que, en cuanto el emperador terminaba de dictar una carta, Fain se la entregaba a Clermond para que la numerara e hiciera la copia de archivo, y éste a su vez, una vez que acababa, se la entregaba a Mounier para que la codificara en cifra.

Fain indicó también que estuvo todo el tiempo en los aposentos del emperador, ya que cuando acababa una carta no se movía de allí, sino que se la entregaba al edecán y era éste el que la llevaba a la biblioteca donde trabajaban Clermond y Mounier. Cuando el emperador se dispuso a acostarse, él se retiró al gabinete contiguo, donde tendría que permanecer de guardia dormitando, por si el emperador se despertaba a media noche y disponía dictar alguna cosa, cosa que ocurría con relativa frecuencia. El propio emperador podría dar fe de que estuvo en su presencia hasta bien pasada la media noche, y si no, el edecán con el que compartió gabinete.

—¿No mantuvo una discusión con Clermond a propósito de una carta confundida? ¿Cuándo fue eso? —preguntó sor Elvira recordando aquella conversación.

—Bueno, sí, es cierto —respondió el interpelado, sorprendido por la pregunta—. Fue esa misma noche. La verdad es que, después de pasar un buen rato escuchando los ronquidos del emperador, juzgué que no se iba a despertar al menos en un buen rato y me acerqué a la biblioteca a ver cómo iban las cosas. Y menos mal que lo hice, porque Clermond se había confundido al entregar una carta. Ésa es una tarea que corresponde a Mèneval y es más difícil de lo que parece. Clermond le dio a Chazals la primera carta dictada, con la intención de ayudar, naturalmente, pero era más urgente la segunda, dirigida al ministro de la Policía. —Carraspeó un poco y esperó, viendo que sor Elvira tomaba notas.

»Por suerte, llegué a tiempo y encontré a Chazals justo después de que le hubieran entregado la carta confundida, e hice que le dieran la buena. Después de reconvenir a Clermond y, viendo que



estaban cansados y cometían errores, decidí mandarles a la cama.

—¿A qué hora fue eso?

—Sobre las once de la noche. Estábamos todos exhaustos y Mounier aceptó agradecido la orden y se marchó, pero Clermond, que es un buen muchacho, se mostró avergonzado por su error y decidió enmendarlo terminando esa misma noche su trabajo. El pobre se quedó escribiendo toda la noche en la biblioteca y a la mañana siguiente le encontramos dormido sobre sus papeles.

—¿Dice entonces que Clermond no salió de la biblioteca en toda la noche? —preguntó sor Elvira, sintiendo como si se hubiese liberado de golpe de una gran opresión y volviera respirar con libertad.

—Así es, los guardias de Cartera pueden corroborarlo. Tienen la obligación de vigilar la biblioteca día y noche, no puede entrar nadie sin permiso en el lugar donde se guarda la correspondencia del emperador. Estuvieron escuchando toda la conversación, incluso se permitieron una chanza sobre Clermond que no le hizo ninguna gracia. Después de aquello, yo me volví al gabinete del emperador y logré descansar unas horas. El edecán podrá dar fe de todo lo que le digo.

Sor Elvira inspiró despacio. Tres de los secretarios tenían una coartada sólida, y uno de ellos era Clermond. Un enorme alivio le hizo temblar, tanto que tuvo que sentarse y cerrar los ojos mientras en su interior crecía la euforia.

—Muchas gracias, *monsieur* Fain —concluyó con una sonrisa en la cara—. Si es tan amable, haga pasar a *monsieur* Mounier y avise a los guardias de Cartera para que entren y estén preparados. Avise también al edecán y, si es posible, que alguien localice al secretario Clermond en el convento.

Édouard Mounier entró en la sala seguido de los guardias, presentándose con paso firme ante la abadesa.

—Se me ha ordenado presentarme ante usted y responder a sus preguntas —informó con sequedad.

—Así es. Necesito saber cuáles fueron sus movimientos la noche del asesinato.

Mounier se quedó mirando a sor Elvira, eligiendo sus palabras.

—Una vez que llegamos a palacio y se nos asignaron alojamientos, me incorporé a la biblioteca, a descifrar unos correos —afirmó rotundo.

—¿A qué hora fue eso?

—Comencé a trabajar después de la cena, a las ocho de la tarde. Habíamos viajado durante todo el día, y el emperador esperaba con urgencia el descifrado de unos mensajes.

—¿Se movió o estuvo solo en algún momento?

—No, Jean Clermond estuvo conmigo en la biblioteca todo el tiempo.

—¿Sucedió algo anormal aquella noche? —siguió preguntando sor Elvira.

—Depende de lo que llame usted anormal —contestó Mounier—. Yo creo que no. Esa noche estábamos desbordados por la ausencia de Mèneval, pero nada más. El archivero Fain tuvo que sustituirle ante el emperador, cosa que no le envidio. Tampoco había nadie para tratar con los correos, por eso se presentó Chazals, cosa que, aunque rara, yo no llamaría excepcional —informó.

Sor Elvira le animó a seguir explicándose.

—Nosotros no tratamos con los correos, esa es tarea del secretario Mèneval —explicó—. Sólo él sabe qué persona lleva cada carta.

—¿Entonces... no sucedió nada extraño?

—Bueno, sí, sucedió algo, pero yo no lo llamaría extraño. Resulta que Clermond y Chazals se

conocían. Cuando Chazals vio a Clermond le dio un abrazo de oso, diciéndole que se alegraba mucho de encontrarle vivo y que le había dado por muerto. Clermond le respondió un tanto envarado, creo que porque le resultó embarazoso que le abrazaran de esa manera y más estando de servicio. Pero enseguida se le pasó la tontería y acompañó al correo hasta la puerta, donde estuvieron charlando unos minutos, hasta que llegó Fain.

El archivero se enojó con Clermond cuando vio que le había dado una carta equivocada, pero Chazals se rio a carcajadas y le quitó importancia. Le dio una palmada en la espalda y se fue.

Después de aquello, Fain decidió que nos fuéramos todos a descansar. Como estaba agotado, me despedí de ellos, que se quedaron hablando un poco más, y me retiré a mis aposentos, sobre las once de la noche. Estuve durmiendo desde entonces hasta el día siguiente.

—¿Hay alguien que pueda atestiguar que estuvo en sus aposentos descansando?

—No, no lo hay —contestó con cierta duda.

—Tengo que pedirle que espere fuera, con los guardias, hasta que haya terminado de preguntar a todos.

—¿Qué está diciendo? ¿Acaso tiene algo contra mí?

—No tiene a nadie que confirme vuestra versión. Debe esperar a que saque mis conclusiones.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se supone que he podido matar al mensajero? —le gritó Mounier ofendido y asustado—. ¡Yo no salí de palacio aquella noche! ¿Tiene algún testigo contra mí?

—Ya le digo que debe aguardar a que siga indagando —le explicó con impaciencia sor Elvira. Dirigiéndose a los guardias, les indicó que Mounier podía proseguir con sus ocupaciones, pero que no debía abandonar el palacio.

Salió el traductor de la biblioteca, acompañado de los guardias, gritando imprecaciones contra ella, pero sor Elvira no se dio por enterada e hizo pasar al edecán del emperador, que confirmó punto por punto las palabras del archivero Fain.

Cuando despidió al edecán, se desplazó al ala del palacio que habían dispuesto como enfermería, en busca del cirujano Iván. Encontró al médico, que tenía que atender a varios enfermos, luchando contra la gangrena de uno de ellos. Le estaba practicando una cura que hacía que aquel desgraciado diera gritos de dolor desgarradores.

Sor Elvira dejó hacer al cirujano, esperando a que acabara, abrumada por la escena. En aquel lugar terrible olía a sangre putrefacta y desesperación.

—No se quede ahí como un pasmarote —le espetó a sor Elvira—. Mire a ver si consigue agua limpia en esa jofaina de allí.

La abadesa obedeció sin preguntar. Como no viera ningún depósito por los alrededores, se acercó al pozo del claustro, sacó un cubo de agua y llenó con él la jofaina. Después volvió a la enfermería y, atendiendo a las indicaciones del cirujano, fue vertiendo el agua poco a poco sobre el muñón sanguinolento del soldado, que no había podido soportar el dolor y se había desmayado.

Cuando acabó, el médico se lavó las manos con los restos de agua, y mientras se las secaba en un paño no muy limpio, preguntó a la abadesa qué se le ofrecía por allí.

Respondió a las cuestiones de sor Elvira confirmando que Claude Mèneval había permanecido en cama desde que logró poner el pie en Valladolid, pues había cabalgado durante muchas horas con una fiebre muy alta. Por fortuna para él, era duro como una mula y se había recuperado pronto. Pero esa noche le hubiera resultado imposible salir de palacio, y mucho menos matar a un hombre. Estaba débil como un gatito.

La abadesa le dio las gracias, y se dirigió en busca de los guardias de Cartera, los cuales confirmaron que Clermond había pasado la noche en la biblioteca. Recordaron riendo que tuvieron que sacudirle para que se despertara, un poco aturdido y con el uniforme arrugado.

Sor Elvira volvió a la biblioteca a repasar las declaraciones. Sólo Mounier estaba sin coartada. Había negado con vehemencia todas las acusaciones y no tenía forma de corroborar su historia. La abadesa reflexionó unos instantes. No estaba satisfecha, sentía que faltaba algo. No tenía modo de mantener la acusación más que por exclusión.

Se sentó pensativa, consultando sus notas. Parecía claro que había sido Mounier, pero se le escapaba el motivo. ¿Para qué querría robar una carta que había traducido minutos antes? Necesitaba algo más de lo que tenía si quería sostener una acusación ante Napoleón.

Revisó las primeras cuestiones que realizó a los guardias. Les había preguntado si habían visto algo extraño, y su respuesta había sido negativa, no habían visto nada raro ni fuera de lo común. ¿Y si lo que hubieran visto entrara en la normalidad? Sor Elvira cayó en la cuenta de que había planteado mal la pregunta. Para un guardia de puerta podría ser habitual dejar pasar a personal de palacio, eso no sería extraño para él.

Se dirigió en busca del capitán de la guardia para interrogarle, pero su respuesta fue decepcionante. Aquella noche no entró ni salió nadie de palacio. Con el emperador recién llegado tenían toque de queda y todos los permisos se habían suspendido.

—Nadie pudo pasar por las puertas que custodiaban mis hombres —concluyó el capitán Tarseau, mientras retorció altivo su bigote.

—¿Sería posible que alguien saliera a hurtadillas?

Imposible —negó rotundo—. En presencia del emperador se dobla la guardia y las rondas de vigilancia. No se hubiera movido una hoja en palacio sin que lo supiéramos.

Se despidió sor Elvira del capitán, agradeciéndole su tiempo, y se dirigió al claustro. Necesitaba aire fresco para desprenderse del olor a sangre y sufrimiento. Aquello era desconcertante. Si no entró ni salió nadie del palacio, ¿cómo era posible que fuera uno de los secretarios?

Sentada en un banco contra la pared, ensimismada en sus pensamientos, no reparó en la persona que se acercaba por un lateral hasta que ésta carraspeó para llamar su atención. *Madame Rosa* se detuvo ante ella con un crujir de tafetán de su lujoso vestido, diseñado para realzar su figura.

—Madre abadesa —le dirigió con ironía—, me han dicho que anda dando vueltas por palacio, importunando a todo el mundo con sus preguntas. Al parecer, ha dado con alguien que no puede defender su inocencia.

—Sor Elvira contempló a la hermosa joven sin decir nada, aguardando a que siguiera hablando. Cuando el silencio se hizo incómodo entre ellas, *madame Rosa* tomó de nuevo la palabra:

—Se confunde con Édouard. Él no es el asesino. Deberá buscar en otro lado.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Hace demasiadas preguntas, abadesa. Debe bastarle mi palabra.

Sor Elvira enarcó las cejas al escuchar la afirmación de la mujer.

—Lo siento, *madame Rosa*, pero es una cuestión de vida o muerte para mí, necesito algo más que una afirmación suya para creerla.

Sopesó su respuesta la mujer, hasta que al final contestó:

—Lo que voy a contarle no puede repetirlo. También es cuestión de vida o muerte, pero no solamente para mí. Pondría en peligro a muchos de nuestros compatriotas. ¿Tengo su palabra?

Sor Elvira se dio cuenta de que aquella joven era algo más de lo que aparentaba: frivolidad y lujo.

—¿Es la amante del general Kellerman y está tratando de decirme que también se veía con Mounier? —reflexionó en voz alta—. ¡Es una espía, buscaba los códigos de cifrado! ¿Está al servicio de los ingleses?

—Su palabra, madre abadesa —exigió con dureza *madame* Rosa.

—¿Por qué ha acudido a mí? Perderá vuestra posición si yo la acuso.

—Porque también queremos saber quién está detrás de esto, y está tomando un camino equivocado —dijo, mirándola con intensidad.

Aquella joven había acudido a ella por voluntad propia y también se estaba jugando mucho, razonó la abadesa.

—Tiene mi palabra —concluyó al fin.

*Madame* Rosa emitió un suspiro casi imperceptible y, mirando a los ojos a su interlocutora, continuó hablando:

—Ya os digo que Mounier no ha sido, pasé la noche en su alcoba. Es usted perspicaz, sor Elvira, ha adivinado el motivo. Pero no piense mal de mí. Bástele saber que estoy al servicio de nuestro verdadero rey, Fernando. Siga investigando, abadesa, y llegue al fondo de este asunto.

Sin mediar una palabra más, la mujer se alejó, caminando con gracia sobre sus escarpines, dejando tras de sí una suave fragancia a limón y azahar.

Sor Elvira permaneció sentada en el banco, sumida en sus pensamientos. Así que el último de los secretarios también había logrado probar dónde se encontraba la noche de autos. No era posible que todos tuviesen testigos. Por fuerza, alguna coartada tenía que fallar. Alguien mentía, pero ¿quién? Volvió sus reflexiones hacia la posadera. ¿Sería posible que le hubiera mentado aquella mujer? ¿Por dinero?

La abadesa se tapó los ojos apesadumbrada. Su mente se desbocó de nuevo, hundiéndola en la incertidumbre. La esperanza de encontrar al asesino se debilitaba ante sus ojos, disipándose como niebla, pendiente de una testigo que podría no ser fiable.

Respiró profundamente, buscando tranquilizarse. Tendría que volver a hablar con la posadera y enfrentarla para ver si le había dicho la verdad. Incluso podía encararla a los secretarios para ver si reconocía a alguno y era capaz de sostener su acusación.

—*Madame* abadesa, no está en posición de echarse la siesta al sol —rugió una voz. Napoleón la contemplaba entre divertido y molesto, acompañado de sus ayudantes.

—¡Los españoles aprovechan cualquier excusa para dormir! Si tan descansada está, espero que haya prendido ya al asesino.

—Disculpad, sire —contestó la abadesa—. Me preguntaba si podríais enviar a vuestros hombres a buscar a los posaderos de la taberna de la campana, en San Martín y traerlos ante mí. Necesito averiguar quién ha mentado.

—Dígame, abadesa —le invitó Napoleón con curiosidad—, ¿por qué necesita eso de mí?

Sor Elvira le explicó los avances realizados en la investigación, empezando por el asesinato del guerrillero en la taberna de San Isidro y las pesquisas que habían realizado.

—Sí, sí, eso ya lo sabemos —le espetó con impaciencia—. Cíñase a los hechos, señora, que no tengo todo el día.

En ese momento se presentó ante él un ordenanza que le entregó una carta. Esto no era inusual, pues, estando el emperador inmovilizado contra su voluntad en aquel oscuro rincón del mundo, había dado orden de que llevaran ante su presencia cualquier carta, cualquier escrito, por ínfimo que fuera, desde el mismo instante en que fuera descifrado.

Comenzó a leer el documento que le había hecho llegar el secretario Mèneval, y su rostro se fue oscureciendo por momentos.

—Esto no puede ser —reaccionó leyendo a voz en grito—. ¡Escuche lo que me cuenta mi hermana Paulina!

*Querido hermano, como ya sabréis he vuelto a París cansada ya del palacio Borghese y de*

*mi marido. Hace unos días acudí a una de las famosas soirées de la rue Saint-Florentin, en la mansión de monsieur de Tayllerand. Resultó una magnífica fiesta, con música y baile y muchos cotilleos entre los funcionarios y los embajadores extranjeros. Me divertí mucho, charlando con unos oficiales guapísimos a los que les sentaba muy bien el uniforme...*

Calló de repente el emperador, con la cara enrojecida ante las palabras de su hermana, hasta que volvió a tomar la palabra y continuó la lectura.

*... Se hizo un silencio en la sala, el baile se interrumpió y los invitados nos agrupamos asombrados al ver entrar al más feroz enemigo de Tayllerand, el ministro de Policía Fouché, que jamás había puesto un pie en esa casa. Lo inaudito fue que el mismísimo Tayllerand fue a recibirlo, afable y con extremada cortesía, y se encerraron solos a hablar durante al menos media hora en un gabinete. Se despertó una curiosidad enorme entre todos los asistentes, que no dejaban de susurrar, e incluso alguno se atrevió a interrumpir mi conversación para preguntarme si sabía por qué se habían reunido el ministro de Asuntos Extranjeros y el de la Policía tan en público, con esa deferencia y etiqueta, sabiendo todos que se odian, y si era cierto que había una nueva conspiración, con el emperador fuera del país.*

Napoleón se quedó demudado ante la noticia. Sabía muy bien que los hombres de Estado se estaban sintiendo desplazados y en inferioridad frente a mariscales y generales, y que él se había servido de ambos en su ascenso al poder. Conocía como nadie el carácter artero y poco de fiar de Fouché, y sabía que Tayllerand siempre había sabido nadar entre dos aguas. No podía descartar otra conspiración jacobina que intentase destronarle y alejarle del poder.

—Ha sido un error permanecer tanto tiempo en España —concluyó con rabia Bonaparte—. A saber qué estarán tramando esos dos. Soult asumirá el mando. Vuelvo inmediatamente a París.

—Sire —le respondió Constant, su ayuda de cámara—, me permito recordaros que continuamos aguardando noticias de Austria y que los correos tienen órdenes expresas de buscaros en Valladolid.

—Tenéis razón, Constant, debemos esperar esas cartas. Esos malditos ingleses están llevando a los austriacos a la sublevación y pueden llegar a romper su alianza con nosotros. ¡Pero es frustrante aguardar inactivo cuando esa amenaza se cierne sobre nosotros! ¡Que los soldados vayan formando la parada militar en la plaza de San Pablo, saldré a revisar las tropas en unos minutos!

Volviéndose de nuevo hacia sor Elvira, la instó a que continuara explicándose, y cuando ésta concluyó, reflexionó unos instantes. Las razones de la monja le estaban convenciendo. El uniforme de los secretarios no era habitual fuera de palacio. Sólo alguien que lo hubiera visto antes podría describirlo.

—Tiene razón, sor Elvira, alguien ha mentido —dijo Bonaparte—. Haga traer a los posaderos y a todos los secretarios y yo mismo los interrogaré. —Señaló a su edecán—. Disponedlo todo para cuando vuelva de pasar revista.

Cuando el emperador se marchó, la abadesa se dirigió nerviosa a esperar en la biblioteca. Se puso a caminar de un lado a otro por la enorme sala, preguntándose dónde se habría metido Clermond. Hacía tiempo que había mandado recado al convento para que lo buscaran. Deseaba con todas sus fuerzas estar segura de que él no había sido, pero la duda turbaba su espíritu como una insidiosa sombra. Necesitaba que la tranquilizara, que le asegurara que era inocente antes de afrontar el interrogatorio del emperador. Casi podía imaginarlo, ofendido e indignado por haberse atrevido a sospechar de él. Por otro lado, el emperador estaba cada vez más inquieto, deseando

marcharse. El tiempo se le agotaba.

Cada vez era más grande su desasosiego, así que buscando ocupar su cabeza en otra cosa, sacó de su escarcela los trozos de la carta y con paciencia la fue recomponiendo.

Cuando la tuvo de nuevo reintegrada ante sus ojos, cayó en la cuenta de que un trozo no casaba bien. ¿Cómo era posible? Había un cambio sutil en la tonalidad del papel y además sus bordes no encajaban correctamente, delatando que no pertenecía a esa hoja. La abadesa miró perpleja el pequeño fragmento hasta que recordó que era el que había encontrado en manos de Chazals.

Se preguntó qué podría significar aquello, observándolo con atención. En ese momento, el fragmento salió volando como si tuviera vida propia, aterrizando un poco más allá de sus pies. Sor Elvira se agachó a por él y, al incorporarse, comprobó que el resto de las piezas de la carta también se habían movido sobre la mesa.

Sorprendida, trató de tranquilizarse. No era posible que fuera cosa de espíritus. Al fin y al cabo, venían del Siglo de las Luces y la razón estaba sobre todas las cosas.

Girándose a su alrededor, descubrió que la razón de los extraños movimientos era un soplo de aire que provenía de la chimenea situada a su espalda. Sorprendía que no estuviera encendida en uno de los eneros más fríos que se recordaban, y era posible que aquellas corrientes fueran la razón. Si estaba mal construida y provocaba molestos revocos de humo, quizá fuera preferible dejarla apagada. Entonces recordó las huellas de barro que había visto en ella la primera vez que entró en la biblioteca, y una estrafalaria idea fue tomando forma en su cabeza.

Se volvió a la chimenea y buscó con atención en el suelo del hogar. Ya estaban medio borradas, pero todavía podían distinguirse las manchas de las pisadas. Sor Elvira sintió como su corazón se ponía a latir desbocado. Una de esas huellas estaba impresa solo a medias, interrumpida bruscamente por la pared del fondo de la chimenea, como si alguien hubiera entrado por allí y después el muro hubiese vuelto a su sitio.

Sor Elvira deslizó los dedos por los laterales de la pared, descubriendo una rendija casi imperceptible y sus sospechas se confirmaron. Aquella chimenea tenía una cavidad oculta.

Buscó y rebuscó durante un buen rato, en busca de un resorte que le permitiera mover el muro. Empujó con fuerza todos los ladrillos, por si estuviera escondido en ellos algún mecanismo, pero fue en balde. Frustrada, estaba a punto de darse por vencida cuando miró hacia arriba, y en la parte superior de la pared encontró un tirador de los que se disponen para ajustar el tiro. Poniéndose de puntillas, lo hizo girar sobre sí mismo, pero no ocurrió nada. Enfadada, tiró de él con todas sus fuerzas y entonces se obró el milagro. El fondo de la chimenea comenzó a deslizarse hacia un lado, abriendo paso a una oscuridad.

Sor Elvira miró asombrada aquella negra cavidad. ¡Había descubierto una salida oculta! Permaneció indecisa unos segundos, atisbando hacia el hueco, mientras reunía el valor suficiente para entrar, hasta que el mecanismo delató con un crujido que había llegado al final de su recorrido. Siguiendo el camino inverso, el muro comenzó a cerrarse y la abadesa no pudo pensarlo más. Dio un salto y entró en el hueco mientras la pared se cerraba a sus espaldas, sumergiéndola en la oscuridad.

La abadesa se encontró en lo que parecía un pasadizo. No veía nada, así que se tuvo que fiar de su mano derecha, con la que palpaba la pared, y de sus pies, con los que tanteaba el suelo, avanzando con una lentitud exasperante. El suelo era arcilloso y olía a humedad, pero era firme. Poco a poco se fue confiando y comenzó a caminar un poco más rápido. Al cabo de un tiempo fue notando un cambio en la negrura que la rodeaba; ya no le parecía tan oscura y podía llegar a entrever las formas de la pared. Continuó avanzando hasta que distinguió una puerta, por cuyas grietas se filtraban tenues rayos de luz.

Por fortuna, la puerta no estaba trabada y pudo abrirla con facilidad. La abadesa suspiró aliviada. No hubiera podido decir cuánto tiempo había tardado en recorrer el pasadizo. Cuando traspasó el umbral se encontró en una reducida estancia de piedra cuya única salida eran unas escaleras ascendentes. La monja subió por ellas hasta dar con una pequeña puerta que pudo abrir sin resistencia. El contraste con la luz que inundaba aquel lugar la hizo parpadear. Cuando abrió los ojos se encontró con que estaba en una iglesia, y mirando a su alrededor fascinada cayó en la cuenta de que había llegado a la capilla real de la iglesia de San Pablo. Había usado el olvidado camino que utilizaban los reyes para desplazarse a la iglesia cuando no querían ser importunados.

Se sorprendió al ver la iglesia vacía, sin monjes rezando sus oraciones, hasta que recordó que estaban detenidos por orden de Napoleón. Se dirigió hacia la nave central y se acercó al altar mayor, donde todavía estaban dispuestos el cáliz y la patena. El arresto fue tan repentino que a los monjes no les había dado tiempo a guardar los ornamentos litúrgicos. Los objetos del culto reposaban sobre el ara, cubiertos ya de una fina capa de polvo. No se atrevió a tocarlos sor Elvira, frenada por un temor reverencial. Había algo de asfixiante y angustioso en aquella soledad.

Se dio la vuelta despacio y se sentó en un banco. Las conjeturas se agolpaban en su mente. Había un pasadizo secreto y alguien lo había usado para salir de palacio sin ser visto. ¿Habría sido Clermond? Sor Elvira se resistía a creerlo. ¿Cómo conocía Clermond la existencia del pasadizo? ¿No sería posible que algún otro hubiera usado la salida secreta, aprovechando que el secretario se había dormido?

De repente, unos ruidos procedentes de la capilla real la sobresaltaron, poniéndola en alerta. En medio del opresivo silencio pudo distinguir el murmullo quedo de una conversación.

—¿Dónde se ha metido esa maldita monja? ¿Está seguro de que ha descubierto el paso de la chimenea? —gruñó una voz desconocida.

—¿Qué crees? Según los guardias estaba en la biblioteca y viste, al igual que yo, los trozos de carta en la biblioteca. Esta mujer es una condenada entrometida. Tengo que hacerla callar antes de que me descubra.

—¿Pero no la había seducido ya?

—Estuve a punto, pero esa bruja guardiana suya me lo impidió. Además, no creo que hubiera servido de nada. ¡Guarda silencio!

Para su inmenso dolor, sor Elvira reconoció la voz de Clermond. Sus sospechas se convirtieron en desgarradora certidumbre. Se quedó inmóvil unos instantes, paralizada como un ratón ante una serpiente, hasta que su instinto de supervivencia le hizo reaccionar. ¡Tenía que huir!

Se dirigió corriendo hacia la salida del templo, dando gracias al cielo de que su calzado le permitía hacerlo sin ruido. Al llegar a la puerta tiró de ella, comprobando para su desazón que no podía abrirla. Miró a su alrededor asustada, en busca de un escondite.

El secretario irrumpió en la iglesia, acompañado del enorme Gilles. A un gesto de Clermond, el soldado se dirigió a la puerta, cerciorándose de que estaba cerrada.

—No ha podido salir, tiene que estar en la iglesia —informó el soldado a su superior.

Los dos hombres registraron la iglesia, atentos a cualquier ruido, mirando en las capillas laterales una por una. Gilles abrió con brusquedad el confesionario y miró en su interior, pero estaba vacío. Se dirigieron al altar y buscaron en su parte trasera pero no la hallaron. Volvieron a indagar en las capillas, comprobando entre los espacios de las tumbas, pero sin resultado.

Al cabo de unos minutos de búsqueda infructuosa, los dos hombres se dieron por vencidos.

—Aquí no está, esa maldita mujer se nos ha escapado —afirmó Gilles.

—Habrà vuelto por el pasadizo, pero no podrá ir muy lejos —replicó Clermond con rabia—.

Volveré a palacio y la buscaré. Tú ocúpate del otro problema.

—Muy bien, así lo haré, puesto que me paga por ello. Pero tengo curiosidad, y quiero que me responda primero alguna pregunta —respondió Gilles—. ¿Cómo conocía el pasadizo?

—Ya había estado antes en Valladolid, cuando vinimos a España por lo del Tratado de Fontainebleau. Me enseñó el pasadizo un viejo criado de palacio a cambio de que le salvara de una situación comprometida. Fue una lástima que no pudiera hacer nada por él.

—Si la monja era un peligro, ¿por qué no se ha ocupado antes de ella? Ha tenido muchas oportunidades.

—No pienses que tengo afición a matar a inocentes —confesó el secretario—. Además, hubiera sido peligroso quitarla del medio sin despertar sospechas. No olvidéis que el propio emperador me la encomendó y no quería que pensara que soy un inepto. Pero es cierto que la he subestimado. No pensé que se acercara tanto.

Con un gesto de impaciencia, se despidió del soldado. Después se volvió hacia la capilla real y desapareció en busca del pasadizo.

Tras ver marchar al secretario, el soldado Gilles se dirigió a la salida del templo. Cuando llegó a la puerta propinó con violencia varias patadas a la cerradura hasta que ésta cedió y pudo abandonar la iglesia.

Volvió de nuevo el silencio a la nave. Durante unos largos minutos no sucedió nada. Ningún sonido turbó el abandonado santuario, sin oraciones, ni velas que alumbraran los retablos barrocos ni las policromadas tallas. La luz se derramaba con generosidad por los vitrales, iluminando las partículas de polvo que flotaban en el aire y que poco a poco se iban depositando sobre las figuras, como una pátina de aflicción y melancolía.

De repente, uno de los retablos pareció despertar. Fue una suerte que no hubiera testigos en la capilla del duque de Lerma, porque de haberlos habido hubieran jurado que era cosa del maligno el que una de las tallas que lloraban a Cristo al pie de la cruz de pronto cobrara vida y se tornara en humana. Sor Elvira se aferró a la columna barroca que le había servido de escalera, y con cuidado de no soltarse descendió por ella hasta el suelo.

Tenía la cara demudada y los nudillos agarrotados por el esfuerzo de agarrarse a la madera durante aquellos interminables minutos. Cualquier movimiento hubiera supuesto su perdición. Le temblaban las piernas por la tensión y el corazón le palpitaba desacompañado.

Se sentó a recuperar el aire en el último banco, notando la boca amarga de resentimiento y desengaño. Ya no podía negar la última evidencia, el culpable era Clermond. Lo había escuchado de sus propios labios.

La abadesa sintió cómo crecía la rabia en su interior, haciendo cuentas de todo aquel temor e incertidumbre. Los llantos de sus hermanas, la injusta acusación de Blasillo, su propio sentimiento de culpa y turbación, todo por causa de aquel hombre.

Poco a poco sor Elvira sorbió sus lágrimas. No tenía sentido llorar por él. En el fondo debería estar contenta, pues había logrado su objetivo, había descubierto al asesino. Poco importaba el que hubiera perdido el corazón en el proceso. Con un rictus de inusitada dureza, se recompuso los hábitos y puso derecha su cofia. No podía perder más tiempo. Tenía que hablar de inmediato con Napoleón.

Cruzó con decisión la desvencijada puerta de la iglesia, y al salir al exterior descubrió con estupor que estaba inmersa en medio de una parada militar.

Toda la plaza de San Pablo estaba ocupada por las tropas francesas en perfecta formación, según sus respectivos batallones. Las armas refulgían al sol y los uniformes lucían brillantes en una mañana sin nubes. Los vallisoletanos, curiosos, se habían dispuesto en grandes grupos en los



alrededores de la plaza, pues no podían resistirse a la visión de un desfile, y desde que se encontraba el emperador en la ciudad podían disfrutar a diario de aquellos espectáculos.

Los regimientos de Granaderos de la Guardia Imperial habían abierto sus filas para dejar pasar a Napoleón, mientras éste pasaba revista montado a lomos de su caballo Marengo. Los soldados guardaban un silencio respetuoso, roto únicamente por las palabras de su emperador.

Sor Elvira aguardó unos instantes y, en medio de un arranque de valor, se acercó hasta la mitad de la plaza, situándose en las escaleras de la picota que en forma de cruz presidía aquel espacio, con la audaz intención de hacerse ver por Bonaparte.

Sin embargo, no fue ella la que llamó la atención del corso. Entre las apretadas filas de soldados el emperador se percató de la presencia del general Legendre, uno de los perdedores de Bailén, y presa de un súbito mal humor comenzó a reprenderle.

—Tenéis mucha osadía para mostraros ante mí —rugió el emperador. Con la voz de trueno, a fin de que pudiera escuchársele hasta en el último rincón de la plaza, le hizo separarse de la fila y comenzó a gritarle:

—¿Cómo os atrevéis a presentaros así?, cuando vuestra vergüenza lo cubre todo, con vuestro deshonor escrito en la frente. ¿Dónde se ha visto a un ejército rendirse en el campo de batalla? En un campo de batalla se lucha, señor, y cuando en vez de luchar uno se rinde, merece entonces ser fusilado. Ha quedado como una ignominia para la historia el que dieciocho mil hombres, dieciocho mil franceses, se hayan rendido y hayan pasado por las horcas caudinas en Bailén. Quien no sabe morir no debe prostituir el uniforme ni las armas de sus soldados.

El general balbuceó una disculpa que causó el efecto contrario en Bonaparte. Con los ojos echando fuego, continuó su perorata, moviendo nervioso su caballo entre el desdichado Legendre y el resto de las tropas.

—Si hubieseis mantenido juntas vuestras tropas en lugar de dividir las, habríais vencido a los españoles y hubierais podido cubrir vuestra retirada, de modo que no hubiéramos tenido que evacuar Madrid. La insurrección de España no se hubiera exaltado por tan inaudito suceso e Inglaterra no hubiese desembarcado su ejército en la Península. ¡Qué diferentes hubieran sido los acontecimientos del futuro del mundo! Después de este fracaso, cualquier ejército se verá capaz de enfrentarse con la moral alta a nuestras tropas. ¡Si hemos sido derrotados por los españoles! Y usted, señor, usted es uno de los culpables. ¡Fuera de mi vista!

Con un gesto desdeñoso, Bonaparte hizo girar a su caballo, dando la espalda al abochornado general, que rompió la fila. Caminando despacio en medio de un silencio denso en el que se palpaba el desprecio, el degradado Legendre abandonó la parada.

El emperador se dirigió después al centro de la plaza y dio una orden con la cabeza, de manera que comenzó el redoble de tambores. Las tropas rompieron filas y marcharon a paso de carga.

Apenas vio pasar al primer pelotón cuando se dio cuenta de la presencia de sor Elvira, que lo miraba desde la cruz. Como no estaba de humor para escuchar ruegos ni lamentos, dio media vuelta con su caballo, pero fue sorprendido por la reacción de la monja. Sor Elvira, plantándose delante del enorme alazán, le gritó para hacerse oír.

—Sire, ya conozco quién es vuestro asesino.

Enarcó las cejas intrigado el emperador y, señalándole las puertas del palacio, le instó a que se adelantara, mientras concluía el desfile.

Así lo hizo la abadesa, aguardando al pie de la puerta. Sabiendo lo que sabía, por su propia seguridad, no debía alejarse de Bonaparte hasta que Clermond y su secuaz fueran detenidos.

No estaba del todo satisfecha sor Elvira. Sabía quién era el culpable, sí, pero se le escapaba el motivo. ¿Por qué había asesinado Clermond al mensajero? No había nada honroso en apuñalar a

un hombre hasta la muerte. No podría responder al emperador si le planteaba esa pregunta.

Miró con impaciencia hacia Napoleón, que continuaba despidiendo a las tropas, mientras los soldados rompían la formación y salían por las calles que confluían en la plaza hacia sus respectivos alojamientos. Un grupo de dragones se acercó hacia las puertas del palacio y la abadesa se tuvo que hacer a un lado para dejarlos pasar. En medio del movimiento notó cómo alguien la sujetaba por detrás y sintió un pinchazo a la altura de los riñones.

—Sor Elvira, le aconsejo que no grite si no quiere morir ahora mismo.

Trató de volverse la abadesa, pero se lo impidió Clermond con un empujón, instándola a avanzar.

—Clermond..., Jean —tartamudeó asustada—. ¿Qué está haciendo?

—Camine en silencio, condenada monja —contestó el secretario, mientras sostenía un cuchillo contra su cuerpo—. Camine si no quiere que le atraviese. Ha sido lista, demasiado lista. ¿Cómo logró que me acusara el posadero si me cuidé muy mucho de que no me viera con usted?

—Fue usted el que se quitó del medio y no quiso acompañarme a la iglesia de San Martín. Allí me informaron sobre un francés con el uniforme de secretario. Hasta ese momento no había tenido la menor sospecha contra usted. ¿Qué pretende hacer conmigo?

El secretario no contestó a la pregunta. La empujó con más fuerza mientras la dirigía hacia la otra punta de la plaza, alejándola del palacio. Con un movimiento audaz la hizo avanzar entre los curiosos que se agolpaban en los alrededores, en dirección a la iglesia.

La abadesa se dio cuenta de las intenciones de Clermond. Notaba un dolor palpitante en su costado izquierdo, donde tenía apoyado el cuchillo. Acabaría con ella en cuanto se alejaran de la vista de la gente si conseguía meterla en la iglesia. Un sudor frío comenzó a brotarle en las palmas de las manos. Si dejaba que Clermond la condujera hasta el pasadizo, jamás darían con su cuerpo.

Sor Elvira miró a su alrededor, aterrada. Si no reaccionaba, moriría. Cada vez se acercaban más a la puerta.

El emperador continuaba en el centro de la plaza, en medio del redoble de tambores, rodeado de su guardia. Si lograra zafarse del secretario, podría llegar hasta él, pero Clermond aferraba su brazo como una garra, no podría liberarse, aunque tirara con todas sus fuerzas.

Tenía que conseguir llamar la atención de Napoleón, tenía que hacer algo antes de que la obligara a entrar por aquella puerta, abierta y negra como las fauces de una bestia primigenia para devorarla hasta la muerte.

Los tambores callaron por un instante sus ritmos marciales, y sor Elvira no lo pensó más, no podía permitírselo. Con un timbre de voz imposible para su pequeño cuerpo, gritó con todas sus fuerzas el nombre de Bonaparte. Su llamada resonó en la plaza, consiguiendo que el interés del corso y de los hombres que le rodeaban se fijase en su persona.

El brazo de Clermond se tensó aún más sobre su hombro. —¿Qué cree que hace, bruja?— le gritó enfadado.

Sor Elvira no contestó, suspirando con enorme alivio al ver que Bonaparte se acercaba hacia ellos a lomos de su caballo, seguido de la guardia.

—Madre abadesa, ¿a qué ha venido ese grito impropio? Le dije que me esperara en palacio. Si lo que dijo antes era un truco, lo lamentaré. Clermond, acompaña a la biblioteca y que aguarde allí.

Permaneció mirándola con gesto reprobatorio, mientras la monja se abría paso hacia el palacio con Clermond a su lado.

El secretario había escondido con rapidez el cuchillo, y había vuelto a tomar el brazo de sor Elvira, en falso gesto de apoyo.

—No piense que se ha salido con la suya —musitó entre dientes—. Como diga una palabra contra mí, no volverá a ver a sus monjas ni el convento.

—¿Y cómo piensa impedirlo? No creerá que puede matarme ahora, a la vista de todo el mundo.

—No, no puedo matarla ahora, pero todavía tengo un as en la manga. Ya puede inventarse algo para inculpar a otro, porque si no, a un gesto mío, arderá todo su convento con las monjas dentro. Cuando supe que me había descubierto, puse en marcha un pequeño plan.

—¿Cómo ha averiguado que le he descubierto? —preguntó abrumada ante la nueva amenaza.

—La verdad es que fue una agradable sorpresa encontrarme esta madrugada con una mujer en mi cama para variar. Era muy guapa y complaciente. Una buena jugada de vuestra parte y casi os sale bien. Me retuvo en el lecho buena parte de la mañana, hasta que caí en la cuenta de que esa belleza no había acudido a mí por casualidad, sino que me la habían enviado para tenerme entretenido. ¿Qué sucedió, no se atrevió a venir usted misma?

—Yo no le he enviado a nadie —resopló irritada sor Elvira—. ¡Una prostituta! ¿No se le había ocurrido nada mejor a su intendenta?

—Sí, ya imagino que hubiera preferido venir usted misma a mi lecho, pero entonces no hubiera podido meter sus pequeñas narices entrometidas en asuntos que no le conciernen. ¡Créame si le digo que para usted hubiera sido mejor retozar conmigo en la cama! Cuando comprendí lo que estaba haciendo, hice algunas preguntas, y me dijeron que sus sospechas se centraban en los secretarios y que había mandado buscar a los posaderos. Después fui a buscarla a la biblioteca y no la hallé, pero en cambio encontré la carta recompuesta. No la hubiera dejado allí sin un motivo, así que era fácil deducir que había descubierto el pasadizo.

—El trozo de papel que encontramos en la mano de Chazals no pertenecía a la carta robada y usted lo sabía —le acusó la abadesa—. Le quitó otro documento al correo y le mató por ello, ¿por qué, Clermond?

—Es demasiado curiosa, mi querida sor Elvira, demasiado curiosa y demasiado lista. Se está acercando peligrosamente a la verdad.

—Dígame por qué, Clermond —le gritó la abadesa, indignada—. Hemos recorrido un país en guerra sorteando disparos, casi me ahogo en un río abrazada a un cadáver, mi convento sigue amenazado por usted, ¡y es todo mentira, la maldita carta es una jodida mentira!

—Cálmese, sor Elvira —respondió con sorna el secretario—, las palabras malsonantes no cuadran en absoluto con su hábito. La miró unos instantes y la replicó con dureza: —Yo también he cruzado con usted este maldito país dejado de la mano de Dios, yo también he tenido que pasar hambre y frío por su culpa. Si se hubiese mantenido calladita, nada de eso hubiera sucedido. La muerte de Chazals se hubiera anotado como otra más en la cuenta de los bandidos.

Llegaron a la puerta de la biblioteca y los guardias de Cartera les franquearon la entrada.

En ella estaban reunidos ya los otros tres secretarios, que la miraron enfadados mientras Clermond la conducía hacia una de las mesas, sujetándola por el brazo.

Con un taimado gesto le indicó una silla, mientras le murmuraba en voz baja: —Siéntese ahí y no abra la boca. Recuerde que, si me delata, a un gesto mío arderá su convento por los cuatro costados. Y en cuanto a sus hermanas, esta mañana las encerré a todas en la buhardilla, de modo que no podrán escapar a las llamas.

—Cómo piensa librarse si le señalan los taberneros? —preguntó la abadesa también en voz baja—. El mismísimo emperador dio la orden de ir a buscarlos. No hará falta que yo diga nada, bastará con que ellos le acusen.

—No confíe su acusación a su testimonio —dijo Clermond en un susurro.

En ese momento Fain se dirigió hacia ellos e interrumpió la conversación, preguntando enojado

si sabían por qué se les había ordenado que aguardaran allí toda la mañana, sin explicación alguna.

Clermond se encogió de hombros y respondió que lo ignoraba, pero que confiaba en que el emperador les sacase pronto de dudas.

Instantes más tarde se abrieron las puertas y entró Bonaparte, acompañado de su guardia de dragones. A un gesto suyo apareció otra patrulla de granaderos que se dispuso rodeando la sala, en claro gesto de amenaza. Entre ellos sor Elvira reconoció a Gilles y su cerebro se puso a trabajar a toda velocidad.

—Buenos días a todos —saludó Bonaparte sin mayor ceremonia—. Les he ordenado venir porque la reverenda madre abadesa me ha informado de que ya conoce la identidad del asesino, y que es uno de ustedes cuatro. Ahora deberán enfrentarse a la verdad.

Los señalados emitieron varias frases de incredulidad y protesta que fueron acalladas con un gesto de fastidio del emperador.

—Para confirmar su acusación, he mandado llamar a los posaderos de la taberna de la campana de San Martín. ¿Dónde se encuentran? Que den un paso al frente.

Nadie respondió a estas palabras. El emperador se volvió a su alrededor impaciente y molesto porque le hicieran perder el tiempo y comprobó que los posaderos no se encontraban en la sala.

A una orden, seca como un ladrido, salió uno de sus dragones de la biblioteca y volvió al cabo de unos minutos, acompañado de un par de soldados. El que parecía el superior informó a su emperador con tono de disculpa:

—Sire, los posaderos han sido hallados muertos en la taberna. Ambos degollados.

Enmudeció exasperado Bonaparte al oírlo. La cosa era mucho más grave de lo que pensaba. La orden de ir a buscar a los posaderos había salido de sus propios labios y eran muy pocos los que la habían escuchado. No podía seguir acusando a los *brigands*. La traición acechaba en su propio palacio.

La abadesa se retorció las manos, horrorizada ante la noticia. Por eso Clermond estaba tan confiado. ¡Había mandado matar a los taberneros para que no le delataran!

—Díganos, sor Elvira, ¿quién es el culpable? ¿Quién de estos hombres asesinó a Chazals para robarle la carta? —insistió Bonaparte.

La abadesa se puso en pie ante la pregunta y miró con ansiedad a los secretarios. ¡No podía hablar! Si decía la verdad, sus hermanas morirían; y si mentía enviaría a la horca a un hombre inocente. Tenía que inventarse algo y rápido, aunque todo su cuerpo se revelara contra la mentira.

—Sire, no creo que quisiera la carta, el asesino buscaba otra cosa —informó tartamudeando.

—¿Cómo dice, abadesa? ¿Está segura de eso? No importa, hable claro y díganos de una vez quién mató a mi correo. Ahora que los testigos han muerto, doy más fe a su palabra. Díganos quién es el asesino para entregarlo al tribunal.

Sor Elvira se volvió a su alrededor, como si el tiempo se hubiera congelado. Los ojos de todos los presentes estaban fijos en ella. Mèneval se secaba unas gotas de sudor que corrían por su frente, Mounier examinaba el suelo, tratando inútilmente de pasar desapercibido, Fain la contemplaba indignado y Clermond clavó en ella una mirada de advertencia. Sintió su amenaza electrizando el aire entre ellos, paralizándola con una mordaza de angustia y miedo.

Gilles también la observaba con ojos fríos y retadores. Con una estrategia calculada había logrado situarse al lado de la puerta sin llamar la atención y vigilaba atento los gestos de Clermond.

El emperador se impacientaba. —Vamos, abadesa, que no es tan difícil. ¿A quién acusa?

Sor Elvira vio la solución como un relámpago. ¡Clermond no tenía más cómplice que el enorme

soldado! ¡Era él el que ejecutaría la orden de incendiar el convento!

—Sire, el culpable es Gilles —gritó señalándolo con el dedo—. ¡Que no escape!

Todos miraron hacia el soldado que, sorprendido por el grito de la mujer, no fue lo bastante rápido. Varios de sus compañeros cerraron la puerta impidiéndole huir y le apresaron.

—Abadesa, ¿el soldado Gilles? —chilló Napoleón, acercándose incrédulo hacia la monja mientras hacía aspavientos con los brazos.

—Él es el cómplice, sire. El asesino es Jean Clermond.

—Miente —respondió el aludido, tratando de conservar la sangre fría—. Fain, usted vio que me quedé dormido en la biblioteca. Por favor, explíquesele al emperador y a esta mujer estúpida, cuente todo lo que sucedió aquella noche.

—Sí, así lo haré —dijo Fain, aliviado por poder explicarse por fin ante el emperador—. Sire, no pudo ser Clermond, ni tampoco el señor Mèneval, que estaba enfermo...

Mientras Fain hablaba, el secretario aprovechó que todos tenían la atención puesta en el archivero y se acercó sin hacer ruido a la chimenea, tirando del mecanismo, que comenzó a abrirse.

Sólo sor Elvira se dio cuenta de que Clermond intentaba escapar y dio la voz de alarma.

Al verse descubierto, Clermond dudó un instante si continuar su desesperada fuga por el pasadizo, pero lo descartó porque le cazarían como a una rata. Había perdido la última apuesta.

Preso de la rabia, se abalanzó hacia la monja empuñando el cuchillo. Con los nervios en tensión, sor Elvira trató instintivamente de apartarse, pero tropezó con Bonaparte y ambos cayeron al suelo en medio de la estupefacción de los presentes.

Llevado por la ira, Clermond se inclinó para apuñalar a la mujer en el corazón, pero los dragones de la guardia, viendo a su emperador en peligro, reaccionaron disparando al unísono con las carabinas. Dos de los disparos impactaron de lleno en el secretario y otro desvió la trayectoria del puñal, que al final fue a clavarse sin fuerza en el hombro de sor Elvira, desgarrándole el hábito.

Napoleón se puso en pie, pálido e impresionado por el súbito ataque. Nadie se atrevió a moverse en medio del humo, y el olor a pólvora que había cubierto la sala.

Sor Elvira aceptó la mano de un soldado para ponerse en pie y se acercó a Clermond, que yacía desplomado en el suelo, con la sangre brotando a borbotones de los terribles desgarros en el pecho. Quería gritarle y golpearle por todo el terror que le había hecho pasar, mientras le temblaban las piernas por el enorme alivio de sentirse viva, hasta que se dio cuenta de que el secretario agonizaba. Todo el miedo y el rencor que sentía contra él se disiparon como el humo del salón. Ya no sentía rabia ni quería venganza, sólo buscaba respuestas.

—¿Por qué, Jean? —le preguntó, agachada junto a él.

—Quintal... Pregunta a Brèvis... París... —murmuró agitado. La miró unos instantes con una mueca de dolor, hasta que se desplomó hacia atrás, doblando la cabeza y sumiéndose en la oscuridad.

Sor Elvira se puso en pie sobrecogida y anonadada. Clermond había muerto.

Los ojos se le arrasaron en lágrimas.

El emperador se acercó a ellos y con una mueca de repugnancia ordenó que sacaran de allí el cuerpo del secretario.

—Denle a esta mujer una copa de coñac. Está pálida como la mismísima muerte. Ea, señora, tranquilícese, ha dado con el traidor y os estoy agradecido. Váyase a recuperarse de la impresión, ya hablaremos mañana.

## Capítulo 8.

### *Un trabajo inacabado.*

Sor Elvira salió del palacio abrumada por lo sucedido. Caminó como una sonámbula el corto trecho que la condujo hacia el convento, pero al llegar a la puerta salió de su estupor. Estaba cerrada y nadie respondía a sus llamadas. Temiéndose lo peor, pidió ayuda, y a sus voces de auxilio acudieron varios vecinos que fueron capaces entre todos de echar la puerta abajo.

La abadesa voló escaleras arriba, temiendo acongojada que Clermond hubiera cumplido su amenaza. Cuando llegó a la buhardilla, la puerta estaba cerrada y la ausencia de ruido alguno le hizo presagiar el desastre.

Empujó con prevención la puerta, con el corazón encogido por la zozobra, y entró en la habitación para descubrir con alivio que sus hermanas estaban vivas. Atadas y amordazadas, pero vivas.

Liberó de sus mordazas a sor Agustina y a las demás, y fue soltando los nudos que las retenían atadas de pies y manos.

Los lloros y los gritos de alborozo se sucedieron en alegre mezclanza, de una parte, por el júbilo de verse liberadas; por otra, la tensión, el miedo y los calambres de los miembros entumecidos por haber estado inmóviles durante largas horas.

Sor Elvira enjugó llantos y acompañó risas, informando que desecharan los temores y respiraran tranquilas porque había acabado todo, y las hizo dirigirse al refectorio para reponer fuerzas con una improvisada comida.

Como un gesto excepcional, sor Elvira consintió en servir unas jarras del mejor vino, del que se reservaba para la solemne festividad de Santa Brígida y el día de Navidad. Cuando todas las hermanas tuvieron los estómagos en calma y estuvieron más o menos repuestas, la abadesa tomó la palabra y les refirió todo lo sucedido. Tuvo que responder a todas sus preguntas y contar la historia varias veces, pues las monjas, curiosas como niñas, quisieron que les explicara todo con el mayor lujo de detalles. Por su parte, tuvo que escuchar de cada una de ellas el relato de cómo el malvado Clermond las había engañado, haciéndolas subir una a una a la buhardilla, donde las había ido maniatando y amordazando.

Tras la larga sobremesa, la normalidad volvió al convento. La necesidad de ocuparse de los soldados se impuso a las quejas, y pese al cansancio, todas las hermanas tuvieron que volver a sus tareas.

La abadesa se quedó sola en el refectorio. Necesitaba retirarse a descansar, pero el hilo de sus pensamientos volvía una y otra vez a las dudas que le atormentaban. ¿Qué había querido decir Clermond con sus últimas palabras ¿Quintal? ¿Brèvis en París? ¿Por qué?, ¿por qué Clermond quería evitar a toda costa que aquella carta que nombraba a Quintal llegara a manos de su destinatario, llegando incluso a matar al mensajero? Pero ¿y si no era la carta? No debía olvidar el trozo de papel atrapado en el puño de Chazals. Habían luchado y Clermond se lo había arrebatado. ¿Qué contendría aquel papel y dónde lo habría ocultado el secretario? ¿Estaría relacionado con la carta de algún modo? Necesitaba encontrar ese papel. ¿Se encontraría aún entre sus pertenencias? Si así fuera, ¿podría llegar a entender sus razones?

Hizo ademán de levantarse de su asiento, sumida en sus reflexiones, pero en ese instante le fue anunciada la visita del vicario, que exigía hablar con ella.

Sin esperar su conformidad, don José irrumpió como un ciclón en el refectorio, acompañado de don Lorenzo, mostrándose éste inusualmente serio. Los dos clérigos se acercaron al estrado donde estaba sentada la abadesa, y el vicario se apostó delante de ella con los brazos cruzados en señal de descontento.

Tras ellos entró en la sala sor Agustina, avisada por la hermana portera. De un rápido vistazo observó cómo el vicario se enfrentaba ceñudo a la abadesa, mientras el párroco miraba incómodo sus zapatos necesitados de betún. Temiéndose una reprimenda, decidió intervenir.

Se dirigió a ellos con rebuscada cordialidad y sin darles tiempo a abrir la boca comenzó a hablar.

—Su ilustrísima el vicario y el reverendo párroco, sean bienvenidos a esta humilde casa. ¡No saben cuánto les agradecemos que vengan a consolarnos e interesarse por nosotras por haber pasado este horrible trance! ¡Ha sido angustioso! Gracias a Dios, nuestra abadesa intervino oportunamente para salvarnos.

—No sea fastidiosa, sor Agustina. Por supuesto que nos alegramos de que estén todas bien —respondió con brusquedad el vicario—. Pero ahora no hemos venido a eso. Venimos a hablar con vuestra superiora. Estamos muy enfadados por una noticia que ha llegado a nuestros oídos.

—¿Pero no vienen a felicitarla por haber resuelto la prueba que le impuso Napoleón? La reverendísima madre abadesa ha logrado averiguar quién es el asesino, un hombre de la peor calaña que cuando se vio perdido atentó incluso contra el emperador. Sor Elvira trató de impedirlo, aun a riesgo de su vida...

—Sí, sí, todo eso está muy bien, es lo menos que podía hacer después de meternos en ese terrible embrollo —murmuró don José, restando importancia a la actuación de la monja—, pero hemos venido por una noticia nefasta, un hecho pecaminoso que pone en peligro la pureza y el buen nombre de este convento, un hecho intolerable que no se puede permitir, y por ser ella la responsable venimos a pedirle cuentas.

Se miraron las dos monjas extrañadas por las palabras del vicario, corroboradas con tristes cabeceos por don Lorenzo, sin saber a qué se referían. Sin osar interrumpirle, dejaron que se explicara.

—Ha llegado a mis oídos que la responsable de este convento ha osado trasgredir uno de los más sagrados mandatos de nuestra Santa Madre Iglesia, que prohíbe el juego como un pecado. Ha osado realizar una deleznable apuesta, a su propio favor. Y lo que es más inaudito, ¡ha ganado! El juego es la perdición de los incautos, lacra de los hombres honestos, y yo, como vicario de esta diócesis, no puedo permitirlo. ¿Cómo puede justificar haber pecado así?

—Ilustrísimo señor vicario —respondió alterada sor Agustina—, no sea tan duro con nosotras. Cierto es que hemos cruzado una apuesta, pero nos ha llevado a ello la desesperación. Se nos acababan los dineros y nadie nos prestaba a fiado. No tuvimos más remedio que empeñar las obras de arte y el convento para poder alimentar a toda la tropa de soldados que nos encomendó. La apuesta fue la única manera que se nos ocurrió para intentar salir de la penuria.

—Todo lo que cuenta no son más que excusas —vociferó el vicario—. Está decidido. Los dineros que habéis obtenido de la apuesta quedan confiscados.

—Pero don José —se atrevió a replicar la abadesa—, sin ese dinero no podremos devolver el préstamo al usurero, no podremos alojar a los soldados y nos veremos en la calle.

—Debería haberlo pensado antes de tomar el mal camino —sentenció el vicario con dureza—. Primero puso en peligro las propias vidas de las monjas con su lengua desatada, y ahora se envilece con el juego. No es digna de ser la abadesa de esta santa casa. A partir de mañana, usted y su intendenta, que le ha secundado en todo, ingresarán en las Arrepentidas.

Las dos monjas se miraron demudadas. Toda su alegría por haber logrado salvar el convento se disipó en amargura por el inesperado castigo.

—¿Pero usted que hubiera hecho en nuestro lugar? —gritó desencajada sor Agustina—. No teníamos otro modo de obtener dinero, nadie nos prestaba ya —siguió diciendo—. En cuanto a la apuesta, no debe ser un pecado tan grave cuando otros clérigos lo practican sin reproche alguno por su parte. De todos es conocido que algunos párrocos participan en las famosas partidas de cartas de la marquesa de Valverde, donde despluman a los incautos —dijo mirando significativamente a don Lorenzo.

—Ya basta —dijo encolerizado don José—, lo que hagan los párrocos o dejen de hacer eso a usted no le importa. Mañana mismo ingresarán en las Arrepentidas.

—Pero no es justo —replicó sor Agustina—, ¿por qué nos castiga tan arbitrariamente? ¿Por qué no castiga a los que hacen del juego una costumbre?

En ese momento la discusión fue interrumpida por un mensajero de palacio, que exigía la presencia de la abadesa ante Bonaparte, así que debía dejar lo que tuviera entre manos y acompañarle.

La atribulada abadesa siguió dócilmente al soldado, demudada por las palabras del vicario, olvidando pedirle permiso para abandonar el convento. Don José apuntó la falta a la lista de agravios, y salió tras ellos envolviéndose con gesto altanero en su gruesa capa. No estaba dispuesto a perdonar a la abadesa. Por alguna razón absurda, la hazaña de la monja encontrando al asesino estaba ya en boca de todos, y los ciudadanos empezaban a considerarla una heroína.

No, definitivamente, no podía dejarlo pasar. Además, ese dinero le venía de perlas para tapar los agujeros que estaban dejando los malditos franceses en sus arcas. En cuanto Napoleón la despachara, la mandaría directa a las Arrepentidas.

Cuando sor Elvira llegó a presencia del emperador, conducida sin espera a sus aposentos, lo hizo acompañada de una extraña comitiva, formada por el vicario, que había exigido con soberbia que le dejaran pasar, el párroco don Lorenzo y sor Agustina, que no estaba dispuesta a aceptar dócilmente el destino que la aguardaba.

—¡Ah, sor Elvira, ya está aquí! —exclamó Napoleón cuando la vio entrar en la recámara. Señaló una silla y la invitó a sentarse, cortesía que no hizo extensiva al resto de sus acompañantes y que hizo que el vicario se molestase todavía más.

—Permítame felicitarla por su actuación de ayer. Desenmascaró al traidor y evitó un atentado contra mi vida. Espero que se haya recuperado ya de la conmoción.

—Muchas gracias, sire, así es —contestó la abadesa con humildad.

—Sí, sí, estoy muy satisfecho —continuó Bonaparte—. Me devolvió la carta y estoy contento con usted. Estoy pensando en recompensarla con un título honorífico, algo así como abadesa emperatriz...

—Os lo agradezco mucho, sire —respondió la monja sin mostrar la alegría que esperaba el corso—, pero no es necesario. Me conformo con que liberéis a los frailes de San Pablo y los restituyáis a su convento.

—Está bien, está bien —resolvió Napoleón con tono magnánimo—, saldrán de sus celdas este mismo día, pues ése fue el trato; aunque, como comprenderéis, el convento ya ha sido inventariado en los bienes del imperio, no se puede devolver así como así. Haré que los acojan otros frailes de su orden.

—Sor Elvira miró con tristeza al emperador. Había salvado sus vidas, pero no podría evitar que les echaran de lo que había sido su casa. Se sintió cansada y sin ánimos para oponerse. También ella debería dejar atrás su hogar, y resignarse a las tareas más humildes, como partir leña



y fregar los suelos.

Bonaparte le devolvió la mirada, un tanto extrañado por su falta de entusiasmo.

En ese instante don José no pudo contenerse más e intervino en la conversación.

—Debería mostrar más regocijo y respeto por el favor que le hace el emperador —reconvino a la abadesa—, aunque al lugar donde va a ir no le hará falta ningún título —continuó con rencor.

—¿Qué quiere decir el vicario? —preguntó el emperador con curiosidad.

—Que, como premio por haber salvado el convento, el vicario degrada a sor Elvira. Ya no es abadesa —respondió sor Agustina con amargura—, y nos traslada a las Arrepentidas.

—¿Es eso cierto?

—Sí, por desgracia no he tenido más remedio que ordenarlo así —respondió don José—. Se saltó las normas y ése es el castigo.

—Pues es una lástima —suspiró el emperador—, pero me temo que no me compete, sor Elvira. Le deseo suerte en su nuevo destino.

Las palabras de Bonaparte cayeron como un jarro de agua fría sobre la intendenta. Sor Agustina pensaba que la hazaña de la monja recibiría un mejor pago del emperador francés, y viendo que se acababa la entrevista sin que mejorara su situación le gritó a sor Elvira con tono de urgencia y desesperación.

—Diga algo, por Dios, lo que sea, proteste.

Sor Elvira cerró los ojos para no sentir la indignación de su fiel intendenta. Ella podría aceptar para sí la mezquindad del vicario con resignación, pero sor Agustina no. Sor Agustina se revolvería y lucharía y para ella sería mucho más duro. Sólo pensar en los castigos que le impondrían por su rebeldía le revolvía el estómago. A pesar de eso, se notaba sin fuerzas. Sentía que había caído en la apatía tras la muerte de Clermond y que sus ánimos la habían abandonado. Quería dejar de luchar y desentenderse, ya no le importaba nada.

Tras unos segundos de silencio y estupor, sor Elvira pareció despertar de un encantamiento. Sí le importaba sor Agustina, sí le importaban sus hermanas, sí le importaba la injusticia del vicario, pero, sobre todo, sí le importaban los porqués. ¿Por qué había actuado así Clermond? ¿Qué era lo que le había arrastrado hacia la muerte?

—Disculpad, sire, que no haya mostrado el debido entusiasmo —dijo entonces la abadesa—, pero me retrae el temor de no haber cumplido del todo mi cometido. Cierto es que os entregué al asesino, pero me temo que tengo más preguntas que respuestas. No puedo explicaros por qué actué así, ni si se trata de una conspiración contra vos ni si tiene más cómplices.

—Una vez más tiene razón, sor Elvira —respondió Bonaparte asintiendo—. No conocemos los motivos de Clermond.

Permaneció callado unos instantes el emperador, mientras daba grandes zancadas por la habitación. Por su cabeza cruzaron los temores a una nueva conspiración realista; pero podía ser incluso peor, el secretario podía estar pagado por los enemigos de Francia. Tampoco podía descartar una conjura jacobita. Recordó la carta de Paulina, con Talleyrand y Fouché en los mejores términos. No, definitivamente no podía dejarlo estar.

Con el ánimo ensombrecido, mandó llamar a Mèneval, y a voz en grito le ordenó que revisaran todos los papeles de Clermond. Después se dirigió a sor Elvira y la ordenó que acompañara al ministro de Cartera para seguir investigando.

—Señor, no puedo ayudaros esta vez, la angustia de mi nuevo destino y saber a mi hermana sor Agustina fuera de su hogar me impiden hilar un solo pensamiento.

Bonaparte la miró exasperado.

—Si le garantizo que seguiré siendo abadesa y que nadie le tocará un pelo, ni a usted ni a

ninguna de sus malditas monjas, ¿consentirá en seguir colaborando?

—En ese caso, sire, no tendría inconveniente —respondió la monja conteniendo un suspiro de alivio.

—Si eso es todo, lo tendrá, madre abadesa —dijo Napoleón. Se volvió hacia el vicario y añadió—: Ya habéis oído, don José. Estas monjas y su convento están bajo mi especial protección. ¿Os ha quedado claro?

—Completamente claro, señor —contestó don José, con una falsa sonrisa que trataba de ser apaciguadora—. Revisaré el procedimiento. Estoy seguro de que habrá algo que podamos hacer.

—Yo también estoy seguro, señor vicario. Asegúrese de que estas monjas no sean molestadas.

Salió sor Elvira del aposento imperial con sensación de vértigo por el nuevo giro. Sor Agustina sonreía a su lado, satisfecha con el resultado de la reunión, pero apenas habían atravesado el umbral de la puerta cuando el vicario les hizo señales de que se acercaran para hablar.

Cuando estuvieron junto a él les dijo que no soñaran con que el litigio había acabado. En cuanto el emperador se marchase de Valladolid, se olvidaría de ellas, y hasta entonces él estaría aguardando.

Les interrumpió Mèneval, que se dirigió a la abadesa y le pidió que le acompañase al gabinete a cumplir las órdenes del corso, si es que no le venía mal y podía dejar para otro momento su animada conversación.

Despidió entonces la abadesa a su segunda, indicándole que no se preocupara, que se ocupara de la casa en su ausencia y que procurara no incomodar más al vicario. Sor Agustina resopló al oír la orden, pero no objetó nada, y se alejó hacia la puerta, mientras sor Elvira siguió dócilmente al secretario por los pasillos del palacio.

Cuando llegaron a la sala del gabinete, Mèneval le señaló la mesa de Clermond y la dejó sola, señalando que tenía mucho trabajo.

La superficie del mueble estaba insultantemente desnuda. Ni un papel, ni una bandeja con los más elementales objetos de escritorio, ni tinta ni plumines. Sor Elvira suspiró y abrió el cajón que cubría el frente. Allí encontró un revoltijo de utensilios, pero nada que le pudiera ser de utilidad.

Decepcionada, rebuscó por el cajón en busca de papeles. Incluso vació su contenido sobre la mesa y pasó la mano por dentro hasta el fondo, recordando que a veces los papeles quedan atrapados entre los cajones y la tabla trasera, pero sus dedos no notaron nada extraño.

Con los ojos cerrados, rememoró a Clermond trabajando en aquel pupitre rodeado de papeles, mientras fingía estar concentrado en su tarea. Sin duda, alguien había vaciado la mesa, alguien se le había adelantado en aquel extraño juego. Podía haber sido Rosa Aguado o aquel extraño hombrecillo que intentó comprarle la carta.

Cerró el cajón con un gesto de rabia, aplicándole más energía de la necesaria, y entonces un ruido, o más bien la ausencia del golpe seco que esperaba, la puso en alerta.

Sacó completamente el cajón de sus guías y le dio la vuelta para comprobar su frente trasero. Mirándolo con perplejidad, se cercioró de que allí tampoco había nada. Y entonces lo vio. Pegado a la parte trasera del frontal había un sobre que el cajón había ocultado.

Se agachó debajo de la mesa y tirando de él logró despegar el sobre, haciéndole un pequeño desgarrón.

Miró expectante el contenido que consistía en dos documentos que desplegó sobre el escritorio. El corazón le comenzó a latir con rapidez al observar que a uno de ellos le faltaba un pedazo. Sacó de su escarcela el fragmento hallado en el puño de Chazals, guardado como una reliquia, y con manos temblorosas lo acercó al papel. Coincidió con exactitud. Ése era el documento que le habían arrebatado al correo aquella noche. Lo leyó con atención, pero su contenido la dejó

perpleja. Era una especie de recibo.

*Contra este documento, Etienne Brèvis entregará la clave segunda de tres.*

Leyó entonces el segundo:

*Contra este documento, Etienne Brèvis entregará la clave tercera de tres.*

Recordó las palabras del moribundo Clermond. Así que Brèvis era un tal Etienne Brèvis. Tendría que hablar con él, pero para ello debería averiguar dónde encontrarle.

Sor Elvira se sentó en el escritorio, sintiéndose extraña al ocupar la silla del secretario. Doblando con cuidado los recibos, los guardó en el sobre y a continuación en su escarcela, de la que sacó sus notas. Debía anotar las palabras de Clermond, no porque temiese olvidarlas, estaba segura de que martillearían su cabeza de por vida, sino porque al hacerlo se obligaba a reflexionar, era su forma de concentrarse.

Apuntó a conciencia la palabra Quintal, subrayándolo dos veces, y al hacerlo rememoró la carta, aquella condenada carta que suponía la muerte de un hombre. Quintal, el bribón del oeste, había sido detenido y mandado ahorcar. Suspiró la monja y cerró los ojos acongojada. Otro muerto más en la cuenta de aquellas cruentas luchas.

Una señal de urgencia palpitó en su cabeza. Quintal. Clermond le había nombrado antes de morir por algo, Brèvis y Quintal. Tenía que hablar con ellos, ellos sabrían, tenía que encontrarles.

El pánico y la desesperación volvieron a atenazarla. Era inútil, Quintal estaba muerto. En su carta, Bonaparte ordenaba ahorcarlo.

Pero, en realidad, la orden no llegó a enviarse, pensó febril. Rememoró a Bonaparte rompiendo la carta en pedazos mientras exclamaba que ya se ocuparía de Quintal cuando volviese a París.

¿Por eso cambió la carta Clermond? ¿Quería evitar que ahorcaran a Quintal? ¿Era ése el motivo? Pero no, no podía ser solo eso. Clermond y Chazals se conocían, y tenía que ser por algo relacionado con el recibo. Clermond le había apuñalado para arrebatárselo.

—Aquí no voy a encontrar nada más. Tengo más preguntas que respuestas. Necesito hablar con el emperador —le confió a Fain, que acababa de entrar en la habitación sonriendo.

—Pues ya se puede dar prisa —le contestó el archivero—. Acaba de llegar un correo y Mounier está terminando de descifrarlo, pero por lo visto trae las peores noticias. Los austriacos han roto su alianza y el emperador necesita evitar la guerra. En cuanto lea el mensaje volveremos a París.

Voló sor Elvira por las escaleras hacia los aposentos de Bonaparte para solicitar una audiencia. Al parecer, estaba ganando en el aprecio del corso, porque el ayuda de cámara no le hizo ninguna objeción, sino que le indicó una silla con deferencia y a continuación entró al gabinete privado.

—Sire, aquí ya no voy a encontrar nada más. Necesito vuestro permiso para hablar con uno de vuestros prisioneros en París —dijo la abadesa en cuanto vio aparecer al emperador.

—Lo tendrá, sor Elvira. ¿Con quién necesita hablar?

La abadesa no tuvo tiempo de responder, porque Costant irrumpió en la habitación entregando un despacho a Bonaparte. El emperador hizo un gesto de silencio y leyó el papel murmurando.

—¡No puede ser, ¡aquí está!, estos malditos austriacos han roto su pacto y se han sublevado. ¡Debo volver de inmediato a París!

Girándose hacia su ayuda de cámara, le gritó: —Costant, prepárelo todo.

—Como le decía, sire, debo ir a París... —continuó la monja.

—Bien, bien, sor Elvira —murmuró Napoleón, distraído, pensando en las implicaciones del

mensaje—, podrá acompañarnos. Se dirigirá a Fouché, que le ayudará en lo que necesite, pero dese prisa. Deberá estar preparada en media hora.

—Sire, necesito algo más de vos, necesito garantizar que nadie tocará a mis hermanas, y hay que disponer que sor Agustina se haga cargo en mi ausencia —se atrevió a pedir la abadesa.

—Está bien, está bien —suspiró el emperador—. Fain le redactará un escrito en el que dejaré instrucciones precisas al vicario. Vaya a dictárselo y yo lo firmaré. Le repito, media hora o partiremos sin usted.

## *Capítulo 9.*

### *Hacia París.*

Sor Elvira avanzaba como podía detrás de Bonaparte y su escolta. Apenas habían salido de palacio, en medio de una densa niebla, cuando el corso espoleó con rabia su caballo y arrancó la marcha a galope tendido, en una desenfrenada carrera hacia la ciudad de Burgos.

El resto de soldados siguió con prontitud la estela del emperador, sin preocuparse lo más mínimo por la monja, que azuzaba a su montura todo lo que podía, pero a la que se le hacía imposible seguir aquel ritmo endiablado.

En poco tiempo, la abadesa se quedó descolgada, caminando sola por los caminos cubiertos de un barro negro y helado, con cada vez menos esperanzas de poder alcanzarles.

Sor Elvira no tuvo más remedio que continuar la marcha en soledad. El tiempo estaba empeorando y el panorama que tenía por delante era desolador. Recorrió páramos infinitos de tierra yerma congelados y cubiertos de nieve, con el viento golpeándole la cara, hasta que su montura mostró los primeros síntomas de agotamiento.

La abadesa refrenó el ritmo, temerosa de que su caballo se desplomara en mitad del camino. Se ciñó aún más el abrigo, tiritando más de miedo que de frío, y continuó andando a un paso más sosegado. Caminó hora tras hora, pensando en todo lo sucedido, reflexionando si no habría sido una locura lanzarse a tamaña aventura, cabalgando hacia un país enemigo, con tan débiles pistas y sin conocer ni poder confiarse a nadie.

Tras un traspie infortunado del caballo, que estuvo a punto de arrojarla a tierra, detuvo la montura, a punto de desfallecer. Sopesó si darse la vuelta y volver al convento, volver a un fuego oloroso, caliente y reconfortante. Al olor a azúcar y canela, al olor a especias que inundaba el convento la víspera de Navidad, antes de la guerra. Deseó tener el poder de volver a tornar las cosas al pasado, sin temor, segura en su puesto y en su mundo.

La tentación de volver se fue haciendo cada vez más fuerte y sor Elvira se descubrió luchando contra ella. Conteniendo las ganas de llorar, logró convencerse a sí misma de que había dado su palabra y regresar sin completar su tarea no arreglaría nada, tan solo las condenaría a una vida de miseria.

Continuó avanzando, sumida en sus pensamientos, mientras descendía la niebla sobre los campos. Una niebla blanca y densa que ahogaba la luz y los sonidos como una mortaja y que la obligaba a extremar la precaución para no salirse de las lindes del camino.

En medio de aquella soledad blanca y descarnada, oyó de repente un crujido y todos sus sentidos se pusieron en guardia. No se había engañado. El ruido, aunque tenue, era innegable. Escrutando con atención a poca distancia entrevió la silueta de un jinete.

La abadesa detuvo con cuidado su montura. No sabía si el recién llegado sería amigo o enemigo, por lo que toda prudencia era poca. Se mantuvo inmóvil unos instantes, deseando que aquella aparición no reparara en ella y pasara de largo cuanto antes. El resuello del caballo le indicaba que el desconocido estaba cada vez más próximo, y ella permaneció quieta, sin atreverse apenas a respirar.

—Sor Elvira, ¿está ahí? —gritó un hombre en medio de esa nada blanca—. Soy el capitán Marbot, y vengo en su búsqueda.

Con un suspiro de alivio, la abadesa le devolvió la llamada y se aproximó hacia él.

—Estamos ya muy cerca de Burgos —le informó el capitán—. Hace ya tiempo que el emperador llegó a la ciudad y se retiró a descansar. Yo estaba ya intranquilo por usted. ¿Cómo ha tardado tanto? ¿Ha tenido algún contratiempo?

—No, no —contestó la monja—. Solamente que no soy una jinete avezada como los soldados de sus ejércitos. Me resultó imposible seguir el ritmo y me quedé rezagada.

—Por suerte para usted no se ha cruzado con ningún grupo de *brigands*. Pero no retenga su caballo, debemos apresurarnos para llegar antes de que anochezca, el emperador ha decretado un toque de queda estricto.

Fustigaron a sus caballos, y al poco tiempo sor Elvira recuperó el ánimo al alcanzar a ver los pináculos de las torres de la catedral de la orgullosa ciudad castellana.

Al entrar por los arrabales, contempló las calles, curiosa como una niña, pero los desastres de la guerra habían sumido en la miseria a la otrora floreciente capital de Castilla. Observó muchas casas destruidas y varios edificios de piedra, desvencijados y cerrados a cal y canto. Apenas vieron un alma mientras se dirigían hacia el cerro del castillo, adentrándose en el barrio de San Esteban.

Sor Elvira cabalgaba en silencio, impresionada por la dolorosa estampa, pero no pudo reprimir un grito de admiración, maravillada al contemplar por primera vez la delicada factura de piedra de las agujas de la catedral, a la derecha en su camino por la calle del buen conde Fernán González.

Ensimismada en la contemplación de la ciudad vacía de gentes, se sorprendió cuando, al llegar al Arco de San Esteban, el capitán Marbot detuvo su caballo y le indicó que debía despedirse de ella porque, sintiéndolo mucho, no era posible que se alojara con los soldados acantonados en el castillo, ni tampoco podía quedarse con el caballo, pero que debía estar lista para partir al día siguiente, cuando despuntara la mañana y que la esperaría allí.

La abadesa contempló cómo el capitán subía por el cerro del castillo, llevándose con él a su montura, agradecida a la buena bestia porque había sido capaz de aguantar con ella los rigores del camino. Al menos el caballo tendría comida y un lugar caliente donde dormir.

Volviendo sobre sus pasos, deambuló con aprensión entre las casuchas que apenas se tenían en pie, apretujadas contra las faldas de la ladera del castillo, y se dirigió hacia la catedral, con la intención de preguntar si habría algún convento de su orden en la ciudad donde pudieran alojarla.

Se desanimó un tanto al encontrar las puertas principales cerradas, pero, sin duda, encontraría alguna puerta menor todavía abierta. No fue así. Tras dos vueltas al imponente edificio, tuvo que convencerse de que el templo estaba cerrado. Su decepción fue grande. Le hubiera encantado echar un vistazo al interior de aquella grandiosa basílica que prometía ser tan bella por dentro como por fuera.

Buscó alguna persona por los alrededores de la gran plaza para preguntar, pero no vio a nadie, así que continuó caminando, con la esperanza de encontrar a alguien que pudiera indicarle.

A la vuelta de la calle de la Paloma, en una de las casas adosadas al claustro de la catedral, a través de la ventana vio un signo de vida en el rescoldo de un fuego y llamó con energía.

Tras insistir varias veces logró que le entreabriese la puerta un viejo malencarado que contestó a sus preguntas diciendo que la catedral llevaba cerrada desde que se marchó el excelentísimo y reverendísimo señor obispo, días antes de la entrada de los franceses, y que había dado estrictas órdenes de que permaneciera cerrada. También le indicó que no había ningún monasterio de la orden Brígida en la ciudad, y que no tenía ni idea de dónde podría encontrar alojamiento. Como colofón a sus palabras, dio un sonoro portazo que hizo retumbar la desvencijada puerta.

Sor Elvira se fue de allí contrariada por los rudos modales del anciano, sin saber muy bien qué

hacer. Recordó entonces la iglesia por la que habían pasado en su camino hacia el castillo, de la que el francés le había dicho que estaba dedicada a san Nicolás, y se encaminó hacia ella.

Cuando llegó a sus puertas vio salir a un par de mujeres vestidas de riguroso luto, y alcanzándolas les preguntó:

—Disculpen, señoras, ¿saben si se encuentra en la iglesia el señor párroco?

Las mujeres vieron ante sí a una monja con los hábitos descolocados y sucios de barro, y temerosas dieron un paso hacia atrás.

—Calle, hermana, y no importune en su pena a mi ama pidiendo limosna —le replicó la mayor de ellas.

—Déjalo, Tomasa, y atendamos la pregunta de la hermana. El dolor no es excusa para ser grosera.

—Muchas gracias, señora. Es preciso que hable con el párroco. Acabo de llegar a la ciudad y necesito que me indique un convento en el que pueda pasar la noche.

—Lo siento, hermana, pero el párroco ya no está. Me costó gran esfuerzo y una considerable limosna que diera una misa hoy por el eterno descanso del alma de mi hija, y me temo que me he entretenido en mis oraciones. Don Francisco habrá partido ya hace rato.

Según hablaban, el sacristán corroboró con sus acciones las palabras de la mujer. Cerró las puertas de la iglesia en un santiamén y desapareció antes de que sor Elvira tuviera tiempo de abordarle.

La abadesa suspiró desalentada, y dando las gracias se despidió de las mujeres, mientras la tal Tomasa indicaba a su señora que no debían entretenerse y sí apresurarse, pues estaba atardeciendo,

Sor Elvira se dirigió calle abajo caminando con los pies doloridos por el desigual empedrado, hasta que recorrido un trecho fue alcanzada por la criada, que le avisó huraña de que su señora quería hablar con ella.

—No encontrará sitio ya, avanzado como está el atardecer —le dijo la mujer cuando la monja llegó a su altura—, antes acabará detenida por el toque de queda. Permítame ofrecerle la hospitalidad de mi casa.

Sor Elvira la miró con gratitud, observando bajo aquella toca de mujer principal un rostro surcado con prematuras arrugas que le sonreía bondadoso.

—Disculpe por no presentarme antes. Me llamo Consuelo de Saldaña y vivo a poca distancia.

—Es muy bondadosa y amable, doña Consuelo. Le agradezco mucho que me permita dormir hoy en su casa. Confiaba encontrar asilo en algún convento, pero veo que todas las casas de esta ciudad están cerradas a cal y canto.

—No es de extrañar. Todos los que son alguien en la ciudad han huido ante la francesada. Yo misma me he retirado a una finca que poseo allende el río para evitar poner en riesgo mi vida. Solo hoy he vuelto para honrar la memoria de mi hija en el aniversario de su muerte, por eso he acudido a la iglesia que frecuentábamos juntas.

Mientras hablaban, llegaron a una severa casona solariega, con la fachada de piedra de sillería y un imponente blasón de piedra, medio borradas ya sus tallas por la erosión del tiempo, rematado con una corona de cuatro florones, que evocaba tiempos de leyendas y linajes antiguos.

Al entrar en la casa sor Elvira sintió una atmósfera de abandono y desolación. El zaguán estaba vacío y olía a cerrado. Su mirada recorrió apreciativa la enorme sala donde la condujo su anfitriona, desprovista de todo mueble y adorno.

Doña Consuelo le señaló la chimenea en la que ardía un fuego acogedor, a la que habían arrimado dos sillones, y con un gesto le invitó a sentarse.

La abadesa no se lo hizo repetir, suspirando con alivio al estirar sus doloridos músculos ante el calor de la lumbre.

—Disculpe mi comentario, hermana, pero parece un gato mojado al que le han dejado un sitio al fuego —le dijo la mujer sonriendo mientras se acomodaba a su lado.

—Exactamente así me siento, doña Consuelo, como una gata vieja, cansada y aterida tras un largo viaje, y no tengo palabras para agradecerle su bondad.

—Me temo que tendrá que perdonar la escasez de viandas que puedo ofrecerle y lo austero del alojamiento. Lo cierto es que esta casa lleva cerrada ya dos largos años. No pude soportar el recuerdo de mi hija entre estas paredes ni el eco de sus risas persiguiéndome por sus rincones, y me retiré al campo. Lo cual he de decir que demostró ser un acierto, porque al poco entraron los franceses en la ciudad, arrasando con todo. Poco pudieron confiscar aquí, pues me llevé conmigo los muebles y enseres de valor. La casa sigue intacta gracias a los buenos oficios de mi fiel Antonio y de Tomasa, su mujer. Ellos se ocupan de ella en mi ausencia y mantienen a raya a los ladrones y a los franceses, aunque esto último me cueste mis buenos reales.

—No tiene nada que reprocharse, doña Consuelo, un lugar caliente donde pasar la noche y un mendrugo de pan hacen que su casa me parezca el paraíso.

—Es una exagerada y una zalamera, niña —le contestó la mujer, con una mirada entre divertida y nostálgica—. Disculpe que le trate así, pero es que en sus desmesurados halagos me recuerda a mi hija. Después guardó silencio, contemplando ensimismada algún punto invisible por encima del hogar, transportada a un tiempo pretérito.

No se atrevió a replicar sor Elvira, respetando el dolor y la añoranza de la dama, y permaneció callada, esperando que ésta retomara la conversación.

Al cabo de unos minutos, la mujer pareció volver en sí, y un poco azorada le pidió que le excusara de sus malos modales y le preguntó por su nombre y el motivo que le había obligado a emprender un viaje en medio de los rigores de aquella guerra.

Mientras la monja se explicaba, les fue ofrecida la cena: una humeante sopa de ajo, acompañada de unas morcillas negras elaboradas a la manera de Burgos, que habían dado justa fama a ciudad, y que hicieron las delicias de la abadesa, que nunca las había probado y a la que le parecieron un manjar.

Una vez que saciaron su apetito, sor Elvira tuvo pendiente de sus palabras a su anfitriona, contándole los sucesos que le habían llevado allí, hasta que, agotada, no pudo disimular un bostezo. La mujer se dio cuenta y con una cariñosa sonrisa dio por finalizada la tertulia y acompañó a la abadesa a su dormitorio, instándola a dormir.

Sin hacérselo decir dos veces, sor Elvira entró en la habitación y se metió en la cama. Con un suspiro de alivio dio las gracias mentalmente a Tomasa por haber tenido la precaución de calentar las sábanas con un calentacamas de bronce que reposaba sobre los rescoldos de la pequeña chimenea, y que mantenía templada la habitación.

La abadesa estiró sus miembros doloridos entre aquellas limpias sábanas de hilo, que olían a flores de espliego. Al parecer, en esa bienaventurada casa se seguía la costumbre de guardar la lencería con plantas aromáticas para protegerlas de los insectos. Suspirando una vez más, cerró los ojos y en un instante se quedó dormida.

Al día siguiente, la luz que entraba en la habitación hizo que sor Elvira se despertara. Abrió los ojos, todavía en duermevela, y miró a su alrededor extrañando la habitación, aunque al cabo de un instante recordó. Estaba en Burgos, en casa de doña Consuelo, descansando en una cama cómoda y caliente, aunque no podría disfrutar de ella mucho más, pues debía continuar su viaje.

Al pensar esto último se puso en pie de un salto, y comenzó a vestirse a toda prisa, pues la luz



que bañaba la estancia informaba bien a las claras que había amanecido hace rato.

Recogió todas sus cosas y salió al pasillo, tratando de buscar a Tomasa o algún otro criado para que se despidiera en su nombre de doña Consuelo, pero no lo encontró. Se dirigió entonces a la puerta de la calle, que estaba abierta, y titubeó unos instantes por la descortesía y falta de educación que suponía marcharse sin dedicar unas palabras a la mujer que le había alojado con tanta amabilidad. Pero se impuso la urgencia y salió corriendo por el irregular empedrado de la calle.

Llegó sin aliento a la Puerta de San Esteban y, tras cruzar el arco, miró a su alrededor en busca del capitán Marbot, pero en la polvorienta explanada no había rastro de los franceses, tan solo dos desocupados que parecían matar el tiempo mirando a las musarañas.

Desalentada, sor Elvira inició el camino hacia el castillo, con la intención de preguntar allí, cuando uno de los desocupados se dirigió a ella.

—¿Es sor Elvira? —preguntó.

La monja afirmó con la cabeza.

—En ese caso, un tal capitán Marbot me ha encargado que le diera un mensaje —exclamó el hombre con parsimonia, mientras la miraba de arriba a abajo quitándose un palillo de la boca.

La abadesa le instó a que hablara, mientras el hombre se lo tomaba con calma, como si pensara que la moneda que le había entregado Marbot no era suficiente para mantener su atención en el asunto.

—Ha dicho que no podía esperarla más porque el emperador partió con las primeras luces del alba, que debe buscar el modo de ir a París por sus medios y que cuando llegue, si necesita algo, pregunte por él en el número cinco de la calle Mouffetard.

Sor Elvira le dio las gracias y se volvió cabizbaja, atravesando el arco de nuevo, mientras el hombre la miraba ofendido, pues esperaba otra moneda por el tiempo que había perdido esperándola. Lo último que oyó de él fueron unos gritos soeces sobre las mujeres que pierden el tiempo en la cama.

Sin hacer aprecio ni responder a aquellas groseras palabras, se dirigió hacia la casona de los Saldaña, pensando en despedirse ya sin prisas y agradecer su bondad a su dueña. Después ya vería el modo de comprar un caballo y retomar el camino.

Cuando llamó, le abrió la puerta Tomasa, franqueándole el paso al zaguán con cara de pocos amigos.

—Bonito modo de agradecer la hospitalidad —le gruñó la mujer—, marcharse sin despedirse de nadie.

—Tomasa, ésas no son formas de dirigirse a la madre abadesa —le reconvino doña Consuelo, que había acudido también al oír la llamada—. Seguro que sor Elvira tiene alguna explicación por habernos dejado así, sin mediar palabra —dijo con expresión seria.

—Tiene razón, doña Consuelo, lejos de mi intención haberla ofendido y le pido perdón por ello. Sí, le comenté que debía dejarla por la mañana para continuar viaje junto con la escolta del emperador, y se exigió de mí que estuviera lista al amanecer, pero por desgracia, la fatiga me ha podido y no me he levantado a tiempo.

—Así es —afirmó entonces la dueña de la casa—, di órdenes a Tomasa de que no se le avisara y no le molestara bajo ningún concepto.

La abadesa miró a la mujer confundida, ¿le había dejado dormir ex profeso?

—No me mire así, sor Elvira. Venga, vayamos a desayunar y le contaré la pequeña idea que tengo para ayudarla.

Se sentaron a la mesa, donde había ya dispuestos dos tazones de leche fresca, y Tomasa les

servió un bizcocho recién horneado, con una miga fragante y esponjosa, mientras comentaba con acidez el esfuerzo que suponía conseguir leche en aquella desdichada ciudad tomada por los franceses.

—Doña Consuelo desayunó sin prisas, paladeando tanto el alimento como la expectación que adivinaba en la abadesa. Cuando al fin terminó, comenzó a hablar:

—Verá, sor Elvira, por lo que me ha contado, tiene usted una tarea complicada por delante. Encontrar las razones de un asesino que, además, está muerto y al que no puede preguntar, se me antoja hartó difícil. Necesita ser sutil e indagar sin despertar suspicacias en un país que no es el suyo. Además, su cargo y vestimenta no le van a resultar de ayuda, más bien lo contrario. En la Francia revolucionaria no estaban precisamente bien vistos los religiosos. Sabe usted igual que yo que prohibieron los cultos católicos y apresaron y encarcelaron a muchos sacerdotes.

La abadesa se miró los hábitos, a los que el cepillo de Tomasa había desprendido del barro del camino y que presentaban un aspecto si no limpio, al menos decoroso.

—Dice bien, doña Consuelo, pero el emperador ha vuelto a restablecer las relaciones con la Iglesia.

—Sí, así es, pero usted no tratará sólo con Bonaparte, tendrá que hablar con mucha más gente. Me ha contado que en Valladolid le resultó difícil que respondieran a sus preguntas, y que la miraban como a un bicho raro; pues imagínese eso mismo en Francia.

No contestó la abadesa, consciente de que la mujer tenía razón.

—Déjeme ayudarla, por favor. Como ya le he dicho, su aspecto y su juventud me recuerdan a mi querida hija y he estado pensando en sus ropas. Llevan ya dos largos años guardadas en sus armarios, me resultaba demasiado doloroso donarlas a la caridad, pero lo cierto es que guardar sus atavíos no me la va a devolver. Y usted necesita un guardarropa, no puede ir a París con esos hábitos de abadesa, dicho sea, con todos los respetos. Es verdad que estarán un poco anticuadas, pero Marcela, la doncella que se ocupaba de mi hija, tiene buen gusto, y sabrá coser una cinta aquí y añadir un lazo allá, y los pondrá a la moda en un periquete. La pobre languidece en la finca. Haré que la acompañe y...

—Pero doña Consuelo, ¿qué está diciendo? Soy una religiosa y no puedo desprenderme de mis hábitos, así como así. No tengo licencia para ello.

—Zarandajas, sor Elvira, eso son excusas y usted lo sabe. Es mucho más conveniente para su misión que adopte otra personalidad, otro nombre que le permita tratar con la gente sin despertar sospechas, y para eso tiene que vestirse de una forma más conveniente.

—No puede ser, doña Consuelo, lo que dice es imposible. Además, el emperador y varios de sus asistentes me conocen perfectamente, no podría mantener con ellos la impostura.

—Eso habría que verlo. Por mi experiencia, los hombres no ven más allá de sus narices. Si la han visto con sus hábitos no la habrán mirado dos veces. Ea, niña, no proteste más y vamos a probarle esos vestidos.

—Está bien, sólo por darle contento, y para que vea que es una idea disparatada, consentiré en probarme uno —suspiró la abadesa.

Un buen rato después doña Consuelo paseaba arriba y abajo por el salón, sin disimular su impaciencia, aguardando a que Tomasa terminara de ajustar corpiño, enaguas, sobrefaldas y demás prendas que debía llevar toda dama a la moda, hasta que por fin apareció sor Elvira.

La joven entró en la sala ataviada con un vestido de talle alto, de un suave color azul celeste, con mangas abullonadas y un escote cuadrado que dejaba casi al descubierto sus hombros. Un lazo de seda dorado le ceñía el talle, casi de niña, y la falda se iba abriendo a modo de campana hacia los tobillos para finalizar en unos pliegues bordados con delicadas flores amarillas.

Doña Consuelo la miró boquiabierta. La transformación era increíble. Sor Elvira, con sus cabellos castaños recogidos en un moño bajo y unos sencillos pendientes en forma de aro, parecía mucho más joven, mostrando una belleza serena.

Tomasa, que entró en el salón detrás de ella, se había olvidado por unos instantes de sus ácidos comentarios y guardó silencio, pendiente de la reacción de su señora.

Sometida al escrutinio de ambas mujeres, sor Elvira estrechaba insegura un chal de encaje sobre su escote, asustada, ya que nunca en su vida había mostrado a nadie tanta superficie de piel.

La señora se puso en pie y la contempló intensamente, con la boca temblando de emoción, entre gruesas lágrimas que se le escaparon sin que lo pudiera evitar.

—No llore usted, doña Consuelo, por Dios, no llore, que no quería yo disgustarla. ¿Ve cómo no era una buena idea? Vuelvo ahora mismo a cambiarme.

—No, mi niña, no, quédese aquí y no se mueva. Disculpe la emoción de esta vieja tonta. Es que he vuelto a ver a mi Elisa. Se le parece usted mucho, y con esas ropas podría pasar por ella.

Se sentó la mujer, ahogada por el impacto. No había previsto que le afectara tanto la visión de la joven monja. Sentía una congoja, un dolor físico en el pecho entremezclado con una alegría loca, como si todo su cuerpo tuviera ganas de saltar de júbilo al ver a su hija viva.

Le llevó unos minutos serenarse de nuevo, y cuando pudo hablar, dijo con tono enérgico.

—Está decidido. Se llevará las ropas de mi hija a París. Le sientan como un guante, apenas hay que tocarlas. Además, no puede imaginar hasta qué punto me ha alegrado el alma, sor Elvira. Me está obligando a despertar de mi letargo y debe ayudarme a mí a dejar atrás mi negra pena, déjeme convertirla en mi proyecto. ¡No acepto un no por respuesta! Irá a París convertida en mi hija, irá a París como Elisa de Saldaña.

## Capítulo 10.

### *Elisa de Saldaña.*

París, 24 de enero de 1809.

Un carruaje se acercaba a los alrededores de París. En su interior, doña Elisa de Saldaña no disimulaba su impaciencia, mirando por la ventana mientras se adentraban en las primeras casuchas, algo más que chabolas, donde se hacinaban los más pobres y desarrapados, mientras pensaba que la propia Francia no se había librado de las miserias de la guerra.

Sor Elvira había intentado oponerse a la extravagante idea de encarnar a la hija de doña Consuelo, pero sus razones se habían disuelto como azucarillos, presionada por la urgencia de llegar a París. Tras una larga discusión había acabado cediendo ante las ventajas que suponía la idea de ser Elisa. Así y todo, había tenido que esperar dos largos días a que acudiera Marcela, que la acompañaría en su aventura parisina. Según doña Consuelo era inconcebible que una joven soltera viajara sola, y aun en el aspecto práctico, la monja necesitaría toda la ayuda que pudiera brindarle la doncella.

La generosidad de doña Consuelo se había extendido a brindarle su propio carruaje, una berlina tirada por cuatro caballos, junto con un cochero que además le serviría de escolta, lo que le había permitido continuar el viaje en unas condiciones de comodidad con las que jamás habría soñado. Y su dadivosidad no había parado allí, sino que también le había consignado una cantidad de dinero suficiente para poder vivir dignamente en París durante varios meses.

Sor Elvira se repetía a sí misma que cuando llevara esas ropas, tan distintas de los hábitos a los que estaba acostumbrada, debía pensar y actuar como Elisa, creerse otra persona. Así lo había hablado con doña Consuelo, y ésta se había mostrado de acuerdo, indicándole cuáles eran las palabras y modales que debía adoptar en una sociedad tan distinta como la suya.

Marcela, por su parte, que acompañaba a su nueva señora en el interior del carruaje, la había ido instruyendo en los usos y costumbres de la capital francesa, materia en la que todos la consideraban una entendida, por haber tenido una prima que en sus mejores tiempos había servido allí.

Después de tres días de viaje, ambas habían agotado los temas de conversación, y establecida la confianza por la convivencia forzada en tan poco espacio, habían dejado de mostrarse incómodas con los silencios y cada una podía mantener la línea de sus pensamientos.

La berlina se fue adentrando en las edificaciones de la ciudad, y pronto dejó atrás los barrios más miserables, hasta llegar a la orilla derecha del Sena, dirigiéndose hacia el este de la ciudad, hacia el *Faubourg Saint Germain*, el respetable vecindario en el que debía buscar alojamiento.

Jacobo, el cochero, un montañés del norte de Burgos grande como un toro, dejó a las mujeres en una pequeña taberna que juzgó digna de confianza y se despidió de ellas decidido a encontrar un buen lugar para alquilar.

Sentadas en la mesa del bullicioso café, Marcela no podía evitar soltar exclamaciones de asombro ante las vestimentas de las personas que tenía a su alrededor. Se quedó embobada contemplando a un joven vestido con unos pantalones de nanquín y unos cuellos en la camisa tan extremadamente grandes y absurdos que le impedían mover la cabeza. Después se entretuvo en admirar el corte del vestido de una dama, que parecía estar diseñado para atraer todas las miradas.

Pero no pudo resistir mucho tiempo más la inactividad, y en cuanto consumieron el refrigerio que les habían servido, insistió a su dueña para ir a ver los escaparates y las tiendas que habían atisbado desde el carruaje. Doña Elisa cedió sin gran resistencia, movida también por la curiosidad de observar aquella ciudad bulliciosa y llena de vida.

Al cabo de dos horas volvieron a la taberna, exhaustas pero felices, después de que Marcela la hubiera arrastrado por todas las tiendas de la *rue* de Napoleón, en las que habían visto vestidos, medias, zapatos y sombreros, y, sobre todo, la infatigable Marcela había rogado que le comprara unas revistas que mostraban las últimas modas para estudiarlas y adaptar su vestuario.

Jacobo las aguardaba ya, satisfecho tras haber encontrado una pequeña casita en alquiler que se acomodaba a lo que buscaba, con habitaciones para las damas, una cochera espaciosa que le serviría también a él de alojamiento y un pequeño jardín. El cochero, una vez cumplida la tarea de buscar acomodo, se había dirigido a la taberna y permanecía tranquilo sentado en una mesa, esperando a que las señoras hicieran su aparición, confiado en que la pequeña casa que había encontrado sería de su agrado y entreteniéndose en observar con ojo atento lo que sucedía a su alrededor.

Cuando por fin se presentaron, se hizo cargo de los paquetes que llevaban y las condujo hacia la casa, donde había guardado el carruaje aún cargado en la cochera, a la espera de que doña Elisa dijera la última palabra.

«Doña Elisa». El cochero Jacobo todavía recordaba perplejo las palabras de su dueña doña Consuelo, ordenándole que debía atenderla en todo, como si respondiera directamente ante ella, y que debía protegerlas, a ella y a Marcela, con su vida si era necesario. No era hombre de dobleces y no le gustaban este tipo de misterios, pero, al fin y al cabo, eran los deseos de su señora y no iba a venir él a oponerse a ellos. Se encogió de hombros filosóficamente. La nueva doña Elisa le caía bien, era amable y gentil. Había escuchado su historia, murmurada entre susurros por la servidumbre, y aunque no sabía a qué, debía venir a París para hacer algo importante.

La exclamación de placer de doña Elisa al ver la casa le hizo sentirse orgulloso. Al parecer había dado en el clavo. La casita, además del jardín y la cochera, tenía la cualidad de estar un poco aislada entre las casas colindantes, lo cual era una ventaja si por el motivo que fuera hubiera que establecer vigilancia. Un frondoso castaño proporcionaba sombra en el patio que daba a la parte trasera y Jacobo había comprobado que podía utilizarse como discreta atalaya. Satisfecho, pues, por la aprobación de la señora, descargó las maletas y baúles, disponiéndolos en las habitaciones. Cuando acabó se dirigió a comprar leña para alimentar las chimeneas y algunos víveres.

Una vez que estuvieron instaladas, Marcela instó a doña Elisa a descansar del largo viaje, pues tenía que tener el cuerpo dolorido de los traqueteos del viaje y del primer paseo por la ciudad.

Sin embargo, no era ésta la idea de doña Elisa, que quería comenzar su tarea sin pérdida de tiempo. Se vistió con sus hábitos de monja, y de nuevo sor Elvira, quiso salir en busca del capitán Marbot para informarle de que había llegado a París, agradecida de que se preocupara por ella y también para preguntarle cómo mantener una entrevista con el señor Fouché. Marcela comenzó a refunfuñar y poner objeciones, y sólo se quedó conforme cuando convinieron que Jacobo le seguiría como escolta sin dejarse ver.

Sor Elvira se sumergió de nuevo en las calles de la ciudad, que fueron cambiando de aspecto según se adentraba en el poco recomendable barrio de la Madeleine, con sus calles estrechas y repletas de variopintos personajes. La abadesa observaba sus vestimentas llena de asombro, mientras que algunos le devolvían miradas recelosas o directamente hostiles. Apretando el paso,

al final de una larga caminata llegó al número cinco de la calle Mouffetard y preguntó a una anciana que cosía a la puerta si podía avisar al capitán Marbot, puesto que deseaba verle.

La mujer se levantó de su silla con una exclamación de dolor, maldiciendo entre dientes a aquella maldita monja que se atrevía a molestarla. Sin dirigirle la palabra, se internó en el portal de la casa, y desde la parte baja de la escalera le gritó al capitán que dejara de zanganear y que hiciera el favor de bajar porque tenía visita.

El capitán descendió los escalones apresuradamente, ajustándose la guerrera.

—Dios bendito, sor Elvira, ¿se ha presentado usted con esos hábitos en esta parte de la ciudad? Vamos, vamos, apresúrese, que iremos a algún lugar más seguro para hablar. ¿No le ha informado nadie que desde la revolución los religiosos están muy mal vistos?

—Sí, pero confiaba que el acuerdo firmado por el emperador con el papa hubiese calmado ya la situación.

—Eso es sobre el papel. En este barrio viven todavía viejos jacobinos y revolucionarios radicales que no tendrían ningún problema en destriparla por llevar esas ropas.

La condujo andando deprisa a lo largo de algunas calles, y las miradas de odio que le dirigieron varios transeúntes con los que se cruzaron confirmaron que el militar no exageraba.

El capitán Marbot pareció suspirar de alivio al llegar a la calle en la que se ubicaba el Ministerio de la Policía, dirigido por el todopoderoso Fouché, en un palacete de la *Île de la Cité*.

Sor Elvira miró defraudada la puerta del palacio, situado al lado de la prisión de la *Conciergerie*. Se esperaba algo más grandioso, a tenor con la majestuosidad que había visto en algunos edificios cercanos. En contraste, aquella construcción le pareció bastante anodina, con sus severas piedras grises, uniformes y monótonas.

El capitán se detuvo a la puerta, remiso a entrar en su interior y, haciendo además de despedirse, carraspeó como si le costase encontrar las palabras. Al fin se decidió a hablar.

—Sor Elvira, me cae usted bien y no me gustaría que le pasase nada. Ahora que nos despedimos le daré un consejo de amigo, pero antes me gustaría asegurarme de que no le contará a nadie lo que voy a confiarle.

—Tiene mi palabra, capitán —afirmó con seriedad la monja.

—No se fie del ministro de Policía, y procure recabar su ayuda explicándole lo menos posible. Es un maestro en el arte de la ocultación, y muy hábil para utilizar cualquier información a su favor. No tiene amo ni palabra. Primero fue cura, pero en la revolución se mostró como un terrible jacobita que hizo matar a muchos religiosos. A pesar del tiempo que ha pasado todavía se le conoce como «el carnicero de Lyon», aunque por ahora es leal a Bonaparte. Estoy convencido de que sabe navegar a favor del viento que mejor sople. Le ruego, madre abadesa, que tenga mucho cuidado. Me despido de usted, pues me han ordenado ponerme al servicio del mariscal Lannes y parto en breves días de París. Por favor, sea cautelosa con ese hombre.

El capitán terminó de hablar bruscamente, como si pensara que había contado demasiado. Observó hacia los lados en busca de algún mirón y, más tranquilo al no ver a nadie, se quitó el sombrero despidiéndose de sor Elvira con una inclinación y se marchó a grandes zancadas.

La mujer movió la cabeza preocupada. Así que el señor Fouché no era de fiar. No pudo razonar por qué, pero la afirmación del capitán no le resultó extraña. Recogiéndose los hábitos, entró en el sombrío ministerio y se dirigió resuelta a la garita del conserje, informándole de que era una enviada del emperador y que deseaba hablar con el ministro Fouché.

El asombrado conserje miró estupefacto su atuendo y tras unos segundos le indicó que tendría que subir a la tercera planta e informar al ujier de la sala de espera. Así lo hizo sor Elvira, y después se sentó a esperar en uno de los pocos huecos que quedaban libres en los desgastados

bancos de madera que constituían el único mobiliario de la sala.

La monja miró con curiosidad a su alrededor. La habitación estaba atestada de gente. Había varias señoras de edad madura, vestidas con suntuosos trajes, acompañadas de sus criadas, así como caballeros elegantes. Otras personas vestidas con menos ostentación esperaban su turno resignadas. Algunas mujeres aprovechaban el tiempo cosiendo, y la mayoría de ellos se entretenía conversando, en una mezcla de protestas y suspiros esperanzados.

La abadesa pudo enterarse de que algunos aguardaban para pedir clemencia por algún pariente caído en desgracia por realista, otros para enterarse del paradero de un familiar encerrado por conjurarse con los jacobinos y otros para verter historias en los oídos del ministro, denuncias que serían recompensadas en función de su valía. Sor Elvira comprobó que no era ningún secreto que el jefe de Policía tenía una intrincada red de espías, como una telaraña brutal y despiadada, y que cualquier ciudadano podía delatar a otro a cambio de unas monedas.

Había momentos en los que el calor y el olor a sudor en la sala se hacían sofocantes y alguien abría la ventana, lo que era acogido con alivio por algunos y con protestas por el frío por otros. El uso de la ventana se convertía así en una especie de ritual. Cuando los murmullos subían de tono, se abría o se cerraba, según lo que tocara en el momento. Este entretenimiento servía además para aliviar la tensión y la angustia de la espera, ya que nadie sabía a ciencia cierta si sería recibido ese mismo día o si el ministro daría antes por terminada la audiencia.

También se alborotaba el ambiente cuando al fin salía alguno de los peticionarios y el siguiente se disponía a entrar. Todos miraban el rostro del saliente para averiguar si había tenido suerte en su demanda, elucubrando sobre el humor del ministro.

Si el que salía había tenido la fortuna de obtener el favor a su petición, el triunfo parecía hacerse extensivo a los demás, y la atmósfera se tornaba optimista y festiva. Si por el contrario no había clemencia, se producía un silencio sombrío.

La abadesa aguardó con paciencia hasta que llegó su turno y fue introducida a la presencia del ministro.

El gabinete que ocupaba José Fouché era muy amplio, con las paredes revestidas de severos armarios de caoba. En la pared principal destacaba un gran retrato de Bonaparte en traje de gala tocado con el laurel de emperador. Sentado delante, sin que al parecer le importara dar la espalda a la imagen del corso, se encontraba el ministro, escribiendo en una espaciosa mesa de despacho, con patas doradas torneadas en forma de animal.

Sor Elvira fue anunciada por el secretario, que se quedó en el gabinete aguardando las indicaciones de su superior.

José Fouché levantó la cabeza, y al ver a la monja enarcó levemente las cejas en una breve muestra de sorpresa, que se apresuró a ocultar. Con un gesto de la mano despidió al secretario, que salió de la estancia cerrando la puerta tras de sí.

La abadesa se acercó a la mesa, en la que no había una silla de cortesía para sentarse, así que permaneció de pie, mientras el ministro no hacía el menor gesto de levantarse. Ambos se miraron durante unos segundos. La abadesa observó a ese hombre, de rostro enjuto y delgado, vestido con una sobria chaqueta negra similar a las de Clermond, y la imagen de este último volvió a su cabeza.

Sor Elvira fue consciente de su vulnerabilidad. La advertencia contra el jefe de la Policía, y la sospecha de que el malogrado secretario fuera también uno de sus agentes, hicieron que permaneciera en silencio.

Fouché, por su parte, analizó a sus anchas la vestimenta de la mujer, tratando de averiguar a qué orden religiosa pertenecía. Después aguardó a que hiciera su petición, pero viendo que ella no se

decidía a abrir la boca, lo cual era una verdadera rareza, trató de romper el hielo.

—Sor Elvira, ¿verdad? ¿De la Orden Ursulina? No... déjeme pensar..., ¿es usted una monja brigidina?

—Sí, así es, señor ministro.

—Pero no de Francia, ¿verdad?, ya que esa orden fue suprimida en 1792, como todas las demás, por las leyes de la Revolución.

—No, señor ministro, vengo de España.

—Y bien, sor Elvira de España, ¿cuál es su petición? ¿Viene a rogar por la vida de alguna de sus hermanas francesas, si es que alguna sobrevive?

—No, señor ministro, vengo a interesarme por un tal Quintal, que está prisionero, y solicito una entrevista con él.

Fouché cambió de tono por entero, olvidando su anterior amabilidad. Miró con prevención a la mujer y la informó con sequedad:

—Me temo que eso no va a ser posible, señora. Quintal es un preso traidor a Francia y como tal se ha dictado sentencia.

—Pero no ha sido guillotinado, ¿verdad? —preguntó con angustia la abadesa.

—No, por supuesto que no, ya no utilizamos esos métodos tan inhumanos.

Suspiró de alivio sor Elvira.

—El traidor Quintal será ahorcado pasado mañana —afirmó Fouché sin rastro de ironía en su voz.

—Pero necesito verle —indicó la monja con urgencia en la voz, tratando de parecer firme.

—¿Cuál es el motivo, señora?

—Tengo órdenes directas del emperador, señor ministro, debo hablar con él. Debo averiguar su relación con un hombre que atentó contra su majestad imperial hace unos días en Valladolid.

—Ése es mi trabajo —replicó ofendido Fouché—. No va a venir ahora una papista española a decirme cómo hacerlo.

—No es mi intención molestarle, señor, yo sólo sigo las instrucciones del emperador.

—Pero no las mías. No puedo darle mi consentimiento. El traidor Quintal fue apresado hará más de un mes en una playa de Bretaña, cuando pretendía traer mensajes de los cobardes realistas refugiados en Londres, y desde entonces está incomunicado en prisión. Como ve, señora, difícilmente podría saber algo de lo sucedido en su agujero español.

—¿Y las órdenes del emperador? —replicó la mujer.

—El emperador se encuentra demasiado ocupado tratando de pactar con el emperador ruso y buscando contener a los austriacos. Él no se molesta con el trabajo sucio, ése lo deja en mis manos. Se quedará tranquilo sabiendo que lo investigo yo. Haría usted bien en retirarse, señora, y dejar ese trabajo para mi policía. De lo contrario haré que la detengan.

Y con aquella amenaza Fouché dio por finalizada la entrevista. Volviendo la cabeza a su mesa, abrió una carpeta que tenía a su derecha y se ensimismó en sus documentos.

La abadesa permaneció en su sitio, mirando al ministro con antipatía, pero al cabo de dos larguísimos minutos en esa incómoda situación, no tuvo más remedio que ceder y abandonar el despacho.

Fouché levantó la cabeza en el momento en que intuyó que la monja desistía. Tenía una enorme experiencia en domeñar a pedigüños de todo tipo, y aquella mujer, con sus extraños hábitos medievales, no iba a ser una excepción. La vio alejarse hacia la puerta, y reflexionó con rapidez sobre lo leído instantes antes en el expediente que le había entregado su eficiente secretario en el momento en que hizo entrar a la mujer.



Así que se trataba del secretario Clermond. Era él el que había atentado contra Bonaparte. Fouché se rascó la mejilla con cierto desasosiego. Clermond era, efectivamente, uno de sus agentes, uno de los más próximos a aquel *generalucho* obstinado que se iba endiosando cada vez más. Y no era un hombre que se precipitara, sino que, como él, sabía nadar y guardar la ropa. No sintió lástima por su hombre, sólo era una pieza más que debería reponer. Sin embargo, quizá merecería la pena averiguar algo más de aquel asunto.

Sor Elvira atravesó la sala de espera cabizbaja, mientras los que aguardaban se daban codazos y cuchicheaban entre sí. Algunos avispados habían incluso apostado sobre la entrevista de la monja, y se pudo ver cómo algunas monedas cambiaban de mano ante el rostro triste de la mujer.

De repente, los murmullos y las risas cesaron por completo. El ministro Fouché en persona se había dirigido a la sala, y ante su presencia se hizo el silencio más absoluto.

—Hoy no habrá más audiencias. Este último asunto del traidor Quintal ha hecho que me enoje, y no estoy en situación de aguantar más peticiones fastidiosas. Si alguno de los que hay aquí quiere visitar a algún pariente en prisión, que indique al ujier su nombre y relación con el preso, y se le concederá un permiso excepcional para mañana. El resto de peticiones, para otro día.

Los presentes se miraron unos a otros sin atreverse a romper el silencio. Sólo cuando se retiró el ministro se desataron las lenguas en coros de protestas y, mientras, otros cuantos se dirigieron en busca del ujier a la carrera, obligando a la abadesa a cederles el paso apartándose de la puerta.

Sor Elvira reflexionó unos instantes sobre la posibilidad de pedir un permiso de visita como pariente. Sin embargo, la clara amenaza de Fouché aún resonaba en su cabeza. ¿Y si se trataba de una trampa?

La abadesa miró sus hábitos con desespero. Con otras ropas quizá podría haberse hecho pasar por familiar de Quintal, pero vestida así no tenía la más mínima oportunidad.

Por otro lado, no había tiempo de pensar en otros planes, pues la sentencia contra Quintal estaba muy próxima a cumplirse, así que, decidida a arriesgarse, salió a la calle en busca de Jacobo.

El cochero la aguardaba observando la puerta con sigilo desde una esquina próxima, y al ver a la mujer, se le acercó presuroso. Sor Elvira le explicó sus instrucciones, y en unos minutos, que a la monja se le hicieron eternos, la recogió con el carruaje para conducirla a un ritmo endiablado por las calles de París.

Marcela recibió la orden de vestirla con sencillez sin perder un solo instante. La mujer le buscó una falda larga y simple, de tonos marrones, y una blusa del mismo tono, completando el atuendo con una cofia blanca almidonada y un chal cruzado por el pecho, tal y como había visto en algunas campesinas que venían a vender sus productos al mercado. Para distorsionarle el rostro en lo posible, le hizo masticar unos granos de café que mancharon sus dientes.

De vuelta al ministerio, subió las escaleras con precipitación, temiendo que hubiera acabado el turno de apuntarse, pero respiró aliviada al comprobar que aún quedaban varias personas aguardando en la cola.

Cuando llegó su vez, pidió el pase para visitar a Quintal como su prima Adèle de Saint-Malo. El ujier apuntó los datos con indiferencia y entregó el pase, indicando que ese prisionero se encontraba en la *Concergèrie*. Después, en tono seco, dio paso al siguiente.

Sor Elvira salió del edificio sujetando el papel como si fuese un tesoro, y ya en la calle salió a su encuentro Jacobo. Los dos se dirigieron a la prisión, caminando por el paseo que bordeaba el Palacio de Justicia a las orillas del Sena, mientras la mujer le explicaba al cochero que ahora respondía al nombre de Adèle de Saint-Malo, y que estuviera atento por si escuchara que la llamaran así.

Entraron en el tético palacio, y se disponían a cruzar el patio de armas cuando Jacobo señaló en voz baja que alguien les venía siguiendo desde que salió del ministerio.

Sin darle tiempo a reaccionar, tiró de ella y ambos se ocultaron detrás de una de las puertas que se abrían al patio.

Esperaron en su escondrijo unos instantes, sin atreverse apenas a respirar, mientras escuchaban unos pasos acelerados que se dirigían hacia ellos.

Cuando el sonido llegaba hasta su altura, Jacobo dio un salto de repente, interponiéndose en mitad del corredor. Ante su súbita aparición, chocó contra él una mujer que, reponiéndose del susto, le gritó enfadada que se quitara del medio.

—¿Quién es usted y por qué nos sigue? —preguntó sin disimulos el cochero.

—Soy yo la que quiere preguntar quién es esta mujer —gritó, señalando a Adèle con el dedo—, y por qué quiere ver a mi marido Pierrick Quintal.

—No es necesario que grite —repuso la monja—. Me llamo Adèle y soy su prima de la Bretaña, vengo de Saint-Malo.

—¡Miente! —afirmó enfurecida la mujer—. Pierrick no tiene ninguna prima llamada Adèle, yo lo sabría.

De repente, se echó a llorar angustiada. —Miren, no sé quiénes son ustedes, pero se han llevado el pase.

Los dos pusieron cara de no entenderla, así que la mujer, que dijo llamarse Kamille, les explicó que estaba en la cola justo detrás de Adèle cuando la escuchó pedir el permiso.

—Sólo conceden uno por preso, así que era inútil esperar. Tenía que hablar con usted —dijo con desesperación—. Deben darme su pase, por favor, es la última oportunidad que tengo de ver a mi marido antes de que lo cuelguen.

—Pero yo necesito también hablar con él, debo preguntarle algo —contestó la supuesta Adèle.

Las dos mujeres se miraron con tensión, tratando de mantener una calma que no tenían. Al final, la abadesa propuso que podían ir las dos, pero Kamille se opuso, diciendo que sólo dejaban entrar a un único visitante, que era observado y registrado meticulosamente para evitar que llevara armas o que se hiciera pasar por el prisionero.

—¿Qué es lo que necesita averiguar? —preguntó ansiosa—. Yo podría preguntárselo a Pierrick y después venir a contárselo, así las dos conseguiríamos nuestro propósito.

—¿Me asegura que haría eso por mí y que su marido me contará la verdad?

—Le doy mi palabra —exclamó Kamille, rotunda—. Dígame lo que necesita saber.

La abadesa decidió confiar en ella y le contó la existencia de la carta robada que suponía la condena de su marido, y le enseñó también uno de los justificantes firmados por Etiènne Brèvis.

Tras entregarle el permiso, la vio desaparecer en el estrecho pasadizo que conducía a la prisión, y se dispuso a aguardar, esperando no haberse equivocado al confiar en ella.

Se sentó en el suelo sin perder de vista la entrada, sobresaltándose de vez en cuando al ver pasar junto a ella a personas que llevaban algo de comida y ropa a sus desdichados parientes. Aquél que no tuviera la suerte de contar con ayuda externa, pronto moriría de hambre o enfermedad entre aquellos sombríos muros que rezumaban la humedad sucia del río.

Al cabo de varias horas, cuando ya se estaba consumiendo de impaciencia, vio salir a Kamille, sofocada y con los ojos hinchados, como si hubiese estado llorando.

—¿Y bien? —le preguntó en voz baja, tomándola del brazo.

—Déjenme salir de este lugar terrible y les contaré todo lo que me ha dicho —gimió.

Salieron al exterior, y ninguna de las dos pudo evitar tomar una bocanada del aire fresco de la tarde que poco a poco iba cediendo el paso a la noche.

La mujer se secó el rostro y se sonó la nariz con un pañuelo prestado por Adèle, y cuando por fin estuvo en condiciones de hablar les dijo que sería mejor que conociesen todo desde el principio y comenzó a hablar.

—Pierrick y yo nos conocemos desde que éramos niños. Su madre era una desdichada mujer que lo tuvo sin estar casada, y que hacía los trabajos duros en la casa de mis padres. Cuando crecimos, nos enamoramos y nos casamos, pese a la oposición de mi padre, que quería alguien mejor para mí, alguien que pudiera continuar con su negocio familiar.

»A pesar de mi familia, fuimos felices unos meses, hasta que Pierrick fue llamado a filas y obligado a enrolarse en el ejército de Egipto. Cuando regresó dos años más tarde, vino cambiado, diciéndome que pronto seríamos ricos, y comenzó a enfrentarse abiertamente a mi padre. Sin embargo, sus promesas de riqueza se quedaron en nada, y su carácter comenzó a agriarse.

»Pero lo peor estaba por venir. Por aquella época, llegó una carta del conde de Dreux, uno de los pocos nobles de Saint-Malo que había logrado huir de la Revolución, exiliándose a Inglaterra en cuanto llegaron los primeros rumores de las revueltas. Pues bien, en esa carta le contaba a Pierrick que era hijo natural suyo, y que le necesitaba a su servicio. Y mi marido, en vez de echarle en cara su silencio durante todos esos años, se creyó la historia y se hizo realista, orgulloso de ser hijo de noble, él, que había sido un ferviente revolucionario y había luchado bajo las órdenes de Bonaparte.

»Tras acatar las órdenes de su supuesto padre, se dedicó a cruzar el canal de la Mancha innumerables veces, portando mensajes de los realistas y al servicio de los ingleses, sin hacer caso de mis consejos ni de mis súplicas, hasta que hace un par de meses le capturaron cuando desembarcaba en la costa bretona y le condenaron a muerte por alta traición.

—¿Y respecto a la pregunta que debía hacerle?

—Respecto a eso me ha contado una rocambolesca historia, sobre un tesoro de oro y piedras preciosas que encontró en Egipto, junto con dos compañeros de división, llamados Chazals y Clermond. Los tres juraron guardar el secreto, y ante la imposibilidad de llevarlo consigo, confiaron el tesoro a un científico llamado Brèvis que se ocuparía de hacerlo llegar a Francia. El tal profesor Brèvis le entregó a cada uno el recibo de su parte bajo la solemne promesa de que sólo entregaría el tesoro si se le presentaban los tres recibos juntos.

»Tras la marcha de Bonaparte de Egipto, los tres se separaron, y Pierrick permaneció luchando bajo las órdenes del general Klèber, hasta que pudo regresar. Una vez en Francia, se dedicó a buscar a sus compañeros, pero no pudo averiguar la suerte que habían corrido. Lo último que supo de ellos es que seguían en el ejército. Se dirigió entonces a París, donde encontró a Brèvis, pero éste fue inflexible. Había jurado que sólo entregaría el tesoro si se le presentaban los tres recibos, así que Pierrick volvió a Saint-Malo con las manos vacías.

»Fue entonces cuando se despertó su mal humor y amargura —rememoró la mujer— al verse obligado a trabajar otra vez de sol a sol.

Sor Elvira la escuchó asombrada. ¡Un tesoro! Era ésa la causa del comportamiento de Clermond. ¡Por ese tesoro se había convertido en un asesino! ¡Pues claro! A la luz de las declaraciones de Kamille, la monja fue uniendo los sucesos como piezas de un rompecabezas. Por un lado, el secretario había intentado retener la carta en la que condenaban a Quintal, y por otro había apuñalado a su compañero Chazals para arrebatarle su recibo.

La monja guardó silencio unos instantes, en los que asimilaba la enormidad de su descubrimiento. ¡Ése era el porqué! ¡Podría explicar algo más al emperador! ¡Podría entregarle los dos recibos e indicarle que el tercero está en poder de Quintal! Sin embargo, desechó esa idea casi en el instante en que vino a su mente. Bonaparte se había marchado de París para domeñar la

rebelión de los austriacos y no podía contar con la ayuda de Fouché. Muy al contrario, éste le había dejado claro que la haría detener si seguía investigando.

Tendría que seguir adelante por su cuenta, convenciendo a Quintal de que le entregase su recibo.

Con un gran suspiro, la abadesa preguntó a Kamille si su marido conservaba el recibo.

—Sí, por supuesto que lo guarda —afirmó la mujer—, e incluso está dispuesto a entregárselo, pero con una condición. Se lo dará a cambio de que lo saque de esta prisión y nos ayude a huir a los dos a Inglaterra.

Sor Elvira la escuchó anonada. ¡Liberar a un prisionero de la *Concergerie*!, ¡Esa mujer estaba loca!

—Mi marido ya no tiene nada que perder, señora —insistió Kamille con rabia—. No sabe cuándo, pero pronto será ahorcado. Tiene que comprenderlo, usted se ha convertido en nuestra última esperanza. Si quiere el recibo, tendrá que ayudarnos.

La abadesa permaneció callada durante un par de minutos, sumida en una profunda reflexión. Tenía que tomar una decisión. O esperar a hablar con el emperador, dando por concluidas sus pesquisas o, por el contrario, buscar el tesoro por su cuenta y riesgo, enfrentándose al todopoderoso Fouché.

—Dígame dónde la puedo encontrar. En unas horas le haré saber lo que he decidido —le dijo por fin a Kamille.

Ésta no se lo hizo repetir dos veces y dio su dirección, abrigando un destello de optimismo.

Sor Elvira volvió a su casa de la *rue* de Poitiers, donde encontró a Marcela preocupada por todo lo que había tardado. La abadesa se sentó a comer, pero antes les rogó a Jacobo y a la doncella que la acompañaran en la mesa porque necesitaba su ayuda para la insensata tarea que se disponía a realizar.

Los dos la escucharon atentos y asombrados. Con gran alivio para ella, ninguno dudó de su juicio ni preguntó el porqué. Jacobo apenas vaciló, indicando con voz grave que estaba dispuesto a hacer lo que se le ordenara.

Marcela, por su parte, miró a sor Elvira y también confirmó que ayudaría, pero necesitarían trazar un buen plan para burlar a los carceleros.

Permanecieron reflexionando un buen rato, hasta que Marcela exclamó:

—¡Tengo una idea!

## Capítulo 11.

### *Un enemigo peligroso.*

París, febrero de 1809. Prisión de la *Concergerie*.

Fouché miró por la ventana con impaciencia, observando la estructura siniestra de la horca que se erigía en el patio. Dentro de unos minutos se iba a cumplir la condena contra Quintal.

Había hecho doblar la guardia por si a la condenada monja se le ocurría la idea disparatada de intentar liberarle, pero ya era casi la hora y sus hombres no habían detectado nada fuera de lo normal.

La monja. El informe de puño y letra del propio Mèneval no dejaba lugar a dudas. Contra todo pronóstico había logrado averiguar quién era el asesino de Chazals, así que sin duda era bastante más avispada de lo que las apariencias daban a entender.

De momento, no había caído en la pequeña trampa que le había tendido, ya que el bretón no había recibido otra visita en la cárcel que la de su mujer. Los vigilantes de la prisión, que la conocían de verla suplicar, le habían jurado que ciertamente se trataba de su mujer y no de otra persona. Y los vigilantes tenían motivos para no mentir, conocían a la perfección el destino de aquéllos que le habían ido con un embuste.

Fouché se removió incómodo. Por su parte, seguía sin conocer los motivos de Clermond para realizar el crimen. El interrogatorio a Quintal no había dado resultado. Sus hombres habían sido expeditivos y le habían golpeado hasta dejarle casi inconsciente, pero el muy arrogante no había soltado palabra. No importaba, ya lo averiguaría. Él siempre lo averiguaba.

Bajó por las escaleras hacia el patio del patíbulo. Había mandado revisar la horca y sus hombres le aseguraron que el mecanismo funcionaba a la perfección. Fouché sonrió entre dientes. Tenía hombres apostados por los tejados y vigilantes en estado de alerta en todas las garitas. Podrían defenderse, aunque les atacara el mismísimo ejército del emperador.

Fouché se estrechó el abrigo contra el pecho. Era una mañana heladora y sintió el frío como una presencia amenazadora. Deseó volver cuanto antes a la seguridad de su despacho, donde todo era más aséptico, pero debía estar presente. Quería comprobar en persona que se cumplía la sentencia.

—¡Ya es la hora! —indicó con tono seco—. ¡Qué venga el reo!

Tres guardias de la prisión condujeron al prisionero hacia el cadalso. Como consecuencia de los interrogatorios, Pierrick Quintal apenas se tenía en pie y tuvieron que ayudarle a subir las escaleras. Cuando llegó a lo alto, miró hacia el suelo y sólo vio al ministro de la Policía, escoltado por los guardias que le habían conducido hasta allí.

En la soledad de la plataforma, el silencio era aterrador. Nadie le iba a ayudar, iba a morir solo e ignorado.

El verdugo entró en el patio calándose la capucha, cubierto por un enorme mandil de cuero negro que le llegaba hasta los pies. Cuando llegó hasta la horca, ordenó a Quintal que se arrodillara y se tomó su tiempo para prepararle y colocarle la soga.

Fouché se impacientaba, consultando su reloj de bolsillo, pasando con nerviosismo los dedos por la leontina.

—¡Acabe de una vez, que no tengo todo el día!

El verdugo emitió un gruñido por respuesta, tirando del prisionero para que se pusiera en pie

sobre la trampilla.

A una señal irritada del ministro, accionó la palanca y con un crujido macabro se abrió el suelo bajo los pies del prisionero.

Éste apenas pataleó, quedándose inmóvil en cuestión de segundos.

El verdugo, con una rapidez que contrastaba con su calma anterior, se subió con agilidad a la horca y cortó la soga, haciendo que el desdichado Quintal se desplomara sobre las bastas tablas de madera.

El ministro Fouché subió a la plataforma para contemplar el cadáver.

—Ya está muerto, ¿verdad?

El verdugo le mostró el cuerpo, completamente inmóvil, y le señaló las violentas marcas moradas de la cuerda en la garganta.

Fouché miró con desprecio aquel bulto inerte y dándole una patada gritó:

—¡Llévese de aquí esta carroña. Y que no se le ocurra a nadie dárselo a la familia, quiero que vaya a la fosa común!

El jefe de la Policía se dirigió hacia la puerta a grandes zancadas. Quería salir de allí cuanto antes. Quería volver al ministerio. En su despacho, dictaminar la muerte consistía en tachar un nombre de una lista, poco más que un trámite burocrático. Pero en aquella prisión no era nada agradable, tenía algo de brutal.

Ya en la puerta, tuvo que ceder el paso y refrenar el impulso de quitarse el sombrero ante la carreta que se llevaba el cuerpo. Fouché la miró alejarse hacia el puente *du Change*, sobre el Sena, y fue relajando su marcha por el *quai de l'Horloge*, dándose un paseo de camino hacia la prefectura.

No estaba satisfecho del todo. En el fondo se sentía un poco decepcionado al ver que la monjita no había hecho ningún movimiento. Le hubiera gustado atraparla, quien sabe si la hubiera podido utilizar como moneda de cambio. Pero, en fin, no se había atrevido y ya había acabado todo.

Subió las escaleras y se sentó en su despacho, un tanto aliviado al ver la familiar pila de expedientes que le estaba esperando.

De repente, se abrió la puerta y entró su secretario. Ante su mirada colérica le dijo consternado:

—Disculpe que le interrumpa, señor ministro, sé que ha dado órdenes de que no se le moleste, pero es que acaba de llegar un mensaje de la *Conciergerie*. Han encontrado al verdugo maniatado y amordazado en una de las celdas.

El ministro se puso en pie con brusquedad, tirando en su movimiento el contenido de la mesa.

—También han encontrado esto bajo el cadalso —informó el secretario, preocupado, entregándole un curioso objeto.

Fouché lo dio un par de vueltas entre sus manos para comprobar qué era. Se trataba de un collarín de hierro que presentaba en su parte más ancha unos salientes con el espacio suficiente para ocultar una soga, y forrado por las dos caras de una lana teñida que imitaba la piel humana y pintada de modo que simulaba los verdugones de la cuerda.

—¡Maldita sea! —gritó desencajado—. ¡Nos han burlado! ¡Quiero que los busquen de inmediato, no podrán ir muy lejos!

Jacobo mantuvo el paso lento de la carreta hasta que perdió de vista al ministro. Apenas terminó de cruzar el puente, se salió del camino principal y se detuvo con brusquedad en la primera bocacalle, donde aguardaba preparado un carruaje con cuatro caballos. Al verle llegar descendió de él la abadesa, que seguía adoptando el papel de supuesta campesina, y detrás de ella, casi empujándola, bajó Kamille, vestida con ropa de viaje.

—¡Pierrick, Pierrick —gritó angustiada, al ver a su marido inmóvil.

—No grite, señora, no es conveniente llamar la atención —dijo Jacobo—. Ayúdeme a moverle con cuidado; está muy castigado, pero está vivo. Dese prisa, tenemos que salir de París ahora mismo.

Kamille estrechó a Pierrick entre sus brazos, echándose a llorar y a reír al mismo tiempo, al escuchar el quejumbroso saludo de su esposo, que protestaba por la fuerza del abrazo. Le acomodó entre besos en el asiento, cubriéndole con una manta. Cuando acabó, se volvió hacia sor Elvira.

—Muchas gracias, Adèle, si es que se llama así. Nunca, nunca olvidaremos lo que ha hecho por nosotros. Y al decir esto, le entregó el manoseado recibo que había conservado Quintal casi a costa de su vida.

—Muchas gracias por el resguardo, les deseo lo mejor. Jacobo los llevará a Saint-Malo, mientras usted procura atender sus heridas, pero deben apresurarse. En cualquier momento pueden descubrirnos.

Kamille le dio un último abrazo impulsivo a la mujer y subió al carruaje, que arrancó con celeridad hacia el norte.

Adèle los vio alejarse, aliviada al ver que el plan había resultado bien. Cuando los hubo perdido de vista, se dirigió caminando con calma hacia su casa.

Al llegar a la altura del *Pont au Change* se detuvo a observar con interés los tenderetes de los cambistas que le habían dado nombre, dispuestos en ordenadas filas en la explanada que se extendía a sus pies.

Se disponía a marcharse, una vez satisfecha su curiosidad, cuando vio llegar una patrulla de guardias a caballo, que refrenaron su marcha para preguntar a dos viandantes en qué dirección había pasado la carreta del verdugo.

Los interpelados se encogieron de hombros, contestando que no se habían fijado, ocupados como estaban en sus asuntos. Adèle se giró entonces sobre sus pasos, informándoles de había visto girar la carreta hacia el este nada más pasar el puente, hacia el cementerio nuevo, ese que llamaban del *Père Lachaise*.

Los guardias, sin motivos para desconfiar de una simple campesina, siguieron sus indicaciones y azuzaron los caballos en esa dirección, dejando tras de sí una nube de polvo.

La campesina también se apresuró a abandonar el puente, dirigiéndose a la mayor velocidad que le permitieron sus piernas hacia la *rue* de Poitiers, mirando hacia atrás de vez en cuando por si veía de nuevo a los soldados.

Cuando llegó a la casa sin mayores contratiempos, Marcela le abrió la puerta con rapidez. Sor Elvira apenas tuvo ocasión de refrescarse, respondiendo como pudo a las mil preguntas que le hizo la ansiosa doncella. Le confirmó que Quintal había sobrevivido al ahorcamiento gracias al ingenioso artefacto que había pergeñado y que ahora se encontraba junto con su mujer camino de Bretaña en el carruaje conducido por Jacobo. También le contó que la ventaja con la que contaban era muy pequeña, y le explicó lo sucedido en el puente.

Marcela suspiró acongojada pensando en el montañés, y le preguntó con inquietud si serían capaces de burlar a la policía. La abadesa la tranquilizó fingiendo más seguridad de la que en realidad tenía. Jacobo era un hombre perspicaz, sabría ingeniárselas. Kamille le había asegurado que en cuanto llegaran a Saint Malo contarían con la ayuda de su familia para esconderlos y que con ello finalizaría su misión. Por su parte, ella le había ordenado a Jacobo que vendiera el carruaje en cuanto pudiera, pues era demasiado grande y ostentoso para pasar desapercibido, y le había pedido que volviera a París con discreción a caballo.

La abadesa se mantuvo despierta hasta tarde cotejando los tres recibos a la luz del quinqué y reflexionando sobre los siguientes pasos a dar. En su interior se sentía exultante y con ganas de compartir la alegría de haber logrado conseguir los tres recibos y salvar además una vida. Sin embargo, estaba preocupada por Jacobo y le conmovió la angustia que mostraba Marcela por la suerte del cochero. Cuando se acostó, la extraña mezcla de entusiasmo y zozobra le impidieron conciliar el sueño. Estaba en París, en aquella encantadora casita, con sus ruidos y olores tan diferentes, y, sin embargo, tan familiares. Poco a poco, la venció el sueño.

Elisa de Saldaña se levantó pasadas las diez. Una distraída Marcela, a la que de vez en cuando se le escapaba un suspiro, le sirvió el desayuno. Su dueña la miró con afecto. Tampoco ella mostraba cara de haber descansado bien. Por fortuna, tenían tareas por hacer, lo que sin duda la distraería de la melancolía.

Cuando acabó se dispusieron a trazar un plan para localizar a Etiènne Brèvis. No conocían a nadie en París, así que la búsqueda se presentaba difícil en aquella enorme ciudad. Además, también debían hacerlo con discreción para no llamar la atención de Fouché y sus espías. No podía usar el disfraz de Adèle, por lo que tendrían que pensar en otra cosa.

Debatió con Marcela sobre cómo iniciar las indagaciones y, tras algunas dudas, concluyeron que lo mejor que podían hacer era acercarse a la Universidad de la Sorbona, cuya fama trascendía fronteras, con la esperanza de que alguien les diera noticias sobre el profesor.

Las dos mujeres caminaban por la calle, vestidas de riguroso luto, encarnando a un par de exuberantes viudas. No contentas con el color negro que las convertía en ciudadanas anónimas, habían modificado su porte con rellenos en los trajes y alzas en los zapatos, de manera que para cualquiera que las conociera hubiera sido imposible reconocerlas.

Marcela, a la que Elisa dejó mostrar su habilidad en el arte del disfraz, había ido más allá, modificando sus rostros con rellenos en las mejillas, ocultando además los ojos de su dueña tras unas gafas.

De esa guisa, mientras Elisa protestaba porque le costaba hablar con aquellos molestos trozos de algodón en la boca, llegaron a una acera en la que encontraron unas mesas dispuestas en plena calle, y en las que, pese al frío, había muchas personas sentadas disfrutando de bebidas calientes.

Las viudas observaron asombradas aquel lugar, una especie de taberna al aire libre, pero mucho más elegante. Marcela señaló el rótulo, donde se podía leer: «Café de Procopé», y propuso a su señora que entraran allí a preguntar.

Las mujeres se adentraron en el café y observaron con curiosidad el suntuoso mobiliario, seducidas por el apetitoso aroma a café y pastas recién horneadas. Venciendo la tentación de acomodarse en uno de los sitios libres, se dirigieron a los ocupantes de una mesa cercana a la ventana, unos jóvenes que por sus ropas parecían estudiantes y les preguntaron si se encontraba muy lejos la universidad y si conocían al profesor Brèvis.

Uno de ellos, el más desaliñado, les informó con voz fatua que ya no había universidad en París, la universidad había caído como símbolo del antiguo régimen opresor y la había sustituido la Academia.

Otro de los estudiantes, un poco más moderado, les confirmó que no conocían al tal profesor Brèvis, y que, en todo caso, debían buscar la academia en la que diera clases.

—¿Qué materia da? —preguntó con timidez.

—No lo sabemos —contestó con pesar una de las viudas—. Sólo sabemos de él que fue con Bonaparte a Egipto.

—Ah, entonces es uno de los sabios de la expedición egipcia —reconoció el estudiante desaliñado—. Lo siento, pero fueron muchos y de todas las ramas, no podemos ayudarlas.



—Pregunten en la Escuela Politécnica del monte Sainte-Geneviève —les dijo el otro estudiante—. La mayoría de los sabios de la expedición eran científicos, matemáticos y demás, a lo mejor le pueden encontrar allí.

Siguiendo el consejo del estudiante, se acercaron hasta la puerta de la institución académica y preguntaron al ujier dónde podían encontrar al profesor Brèvis.

El ujier, un joven de cabellos rojos, les dijo que llevaba poco tiempo en el puesto y que no conocía a ningún profesor con ese nombre. Sin embargo, se levantó de su mostrador y las invitó a pasar con educación. Después las condujo hasta la sala de profesores de los estudios de Ciencias, por si alguno les podía dar razón.

Las dos mujeres entraron en la estancia, una habitación amplia, con grandes ventanales por los que entraba la luz del sol iluminando una mesa enorme, con sillas vacías dispuestas a su alrededor.

El único ocupante era un atareado personaje, completamente calvo y muy delgado, que escribía con trazo enérgico una serie de fórmulas sobre unas cuartillas. Completamente ensimismado en su trabajo, no pareció darse cuenta de la presencia de las viudas, hasta que Marcela carraspeó con fuerza.

El hombrecillo levantó la cabeza, molesto por la interrupción, pero al ver cuál era la causa, se puso en pie trastabillando y se inclinó ante ellas, preguntando qué podía hacer por aquellas encantadoras damas, mientras demoraba la vista un poco más de lo necesario en el engañoso busto de Marcela.

Sor Elvira le preguntó entonces por el profesor Brèvis, y el hombre, que se presentó como el catedrático Toussaint, de Ciencias Químicas, le dijo con pesar que no lo conocía.

Marcela suspiró y le preguntó entornando los ojos con coquetería si no sería posible que les ayudara a buscarlo.

—Sí, sí, señora, encantado —contestó Toussaint, embelesado por la mirada que le dirigió la viuda—. Ahora mismo consulto en el directorio.

Se dirigió entonces hacia la estantería que tenía detrás, ocupando todo un lienzo de pared, y extrajo de ella un tomo enorme encuadernado en piel caoba y lo puso sobre la mesa.

—Brèvis... Brèvis... Sí, ajá, aquí está. Brèvis, Etiènne, Geología y Mineralogía... Ah, lo siento, señoras, ya no está en la escuela. Aquí dice que está colaborando en la redacción de *La descripción de Egipto*, en la Comisión de las Ciencias y de las Artes de Oriente.

—¿Y dónde se encuentra esa comisión?

—La verdad es que no lo sé muy bien. Sólo sé que el emperador ha comprado hace poco el *Hôtel Rohan* para alojar allí la imprenta imperial. Quiere celebrar el décimo aniversario de su llegada al poder publicando *La descripción de Egipto*, como compendio de todo el saber que los científicos descubrieron en la expedición a Oriente. Hasta en eso es grande nuestro emperador. Otros hubieran celebrado fiestas y desfiles, mientras que él...

—Sí, sí, eso está muy bien —le interrumpió Marcela—. ¿Cree entonces que podríamos encontrar al profesor Brèvis en esa imprenta imperial?

—Sin duda, sin duda —confirmó el catedrático Toussaint—. Van con retraso sobre la fecha prevista, y me imagino que allí estarán todos los redactores, haciendo las correcciones de última hora.

—¿Y no conocerá por casualidad la dirección de esa imprenta?

—Por supuesto, por supuesto, es el antiguo palacio del cardenal Rohan, en el barrio del Marais, en la *rue vieille du Temple* —dijo el hombre, comiéndosela con los ojos.

—Muchas gracias, señor catedrático Toussaint, nos ha resultado usted de mucha ayuda —

contestó ésta última con una sonrisa dulce, mientras le daba la mano a modo de despedida.

El catedrático depositó un beso en su palma y la invitó a que pasara más tarde a buscarle, y entonces la llevaría a tomar una copa de esa novedosa bebida llamada *absenta* que estaba cobrando fama en los *bistrós*.

Marcela, con una sonrisa frívola, le dijo que lo pensaría, y salió de la sala junto con su dueña, en un frufú de faldas.

Las dos mujeres salieron entonces del edificio y se encaminaron a la dirección que les había dado Toussaint, animadas porque al fin habían dado con una pista. A sor Elvira le brillaban los ojos de entusiasmo, pensando en que estaba cada vez más cerca de su objetivo. Pronto podrían regresar a casa, con la misión cumplida. Casi se le humedecieron los ojos al pensar en su hogar, su convento. Deseó con todas sus fuerzas que fuera todo bien con sor Agustina y que ésta hubiera podido superar las dificultades. No estaba tranquila con las amenazas del vicario, así que cuanto antes pudiera regresar, mejor sería para todas.

Tratando de librarse de su melancolía, se dirigió a Marcela:

—Veo que has hecho una conquista, el catedrático Toussaint casi se deshace en tus manos.

—Creo que el larguirucho ese se llevaría una desilusión si lograra poner las manos sobre mis encantos —dijo Marcela guiñando un ojo con picardía—, pero una abadesa no debería tener tales temas de conversación.

Las dos se echaron a reír.

—No olvides que ahora no soy la abadesa, sino la desconsolada viuda Mathilde de Clermond, y tú eres Sabine Chazals —dijo sor Elvira, poniéndose seria—. Creo que es la mejor forma de justificar que tenemos los recibos. Del tercero podemos decir que nos lo dio la mujer de Quintal y no estaríamos faltando a la verdad.

Mientras tanto llegaron a la *rue Vieille-du-Temple*, y cuando preguntaron les señalaron lo que parecía una descuidada entrada trasera, poco más que un paso de carruajes.

Entraron al interior, y se asombraron al encontrarse en un amplio patio ajardinado, presidido por la desfigurada estatua del cardenal de Rohan. Tras él se elevaba un majestuoso palacio. Las dos miraron a su alrededor, admiradas por la grandiosidad de la construcción, verdadero estandarte de la riqueza de sus antiguos propietarios, que se ocultaba de miradas indiscretas tras una anodina entrada.

Tras varios titubeos, se decidieron a entrar en el edificio principal, al que se accedía por una escalinata.

Una vez dentro, le preguntaron a un empleado que cruzaba acelerado el vestíbulo con unos documentos en la mano, y éste, casi sin detenerse, les dijo que buscaran al ordenanza para que avisara al encargado Bosset, señalando con el dedo hacia el interior de una de las salas.

El ordenanza, un hombre de aspecto avinagrado, no pareció querer cumplir el recado de buen grado.

—Al ingeniero no le gusta que le interrumpan —dijo, escupiendo las palabras entre los dientes—. ¿Quién pregunta por él?

Una vez que se presentaron como las viudas de Clermond y de Chazals, el conserje les ordenó en tono seco que aguardaran allí sin moverse y salió de la sala rezongando.

Tuvieron que esperar un poco, pero al final se les acercó un hombre alto, correctamente vestido pero un tanto sudoroso, que protegía las mangas de su traje bien cortado con unos manguitos que se cerraban en sus muñecas.

—Buenos días, soy el ingeniero Bosset —se presentó—. Díganme, señoras, qué puedo hacer por ustedes.

—Buenos días, *monsieur* Bosset, gracias por atendernos. Estamos buscando al profesor Brèvis, el geólogo. Necesitamos hablar con él.

—Pues van a tener un problema, señoras —les contestó, dubitativo, el ingeniero, rascándose la cabeza.

—Nos han dicho que trabaja aquí. ¿O acaso es que la información no es cierta? —preguntó la viuda Clermond.

—Sí, sí, Brèvis trabajaba aquí, pero verán, señoras, hace cosa de seis meses le dio una calentura cerebral, de la que pensamos que se moría. Para serles sincero, más le valdría haber muerto, porque, aunque está vivo, se le ha paralizado la mitad de cara y lo poco que puede hablar son incoherencias, ha perdido la razón. En esas condiciones ya no puede trabajar y se le envió de vuelta a su casa.

A la viuda Clermond se le cayó el alma a los pies.

—¿Pero se le puede visitar? —preguntó con un hilo de voz.

—No le veo inconveniente —dijo Bosset, indiferente—. Si aguardan un momento, les daré apuntada su dirección.

Las mujeres salieron del edificio con la dirección de Brèvis en la mano, desalentadas por lo que les habían contado.

Se dirigieron a un viandante, preguntando por la *Porte de Clichy*, y éste les contestó que sería mejor que alquilaran un coche de caballos, ya que estaba bastante lejos.

Marcela propuso entonces descansar un poco, o incluso dejarlo para el día siguiente, pero su dueña se negó con un inusitado tono de rabia, indicando que no se podía permitir el lujo de descansar. Con un gesto enérgico paró un coche de punto y le indicó la dirección.

No exageraba el viandante en sus afirmaciones. La calle se encontraba en las afueras de París, en lo que parecía más un pueblo. Estaba sin adoquinar, y la lluvia que había caído la noche antes la había convertido en un lodazal.

Cuando llegaron, el cochero las detuvo en la misma puerta. Sor Elvira le pagó y le prometió el doble si las aguardaba durante un rato. El hombre se encogió de hombros y dudó unos instantes, pero al final accedió a esperar en una taberna que había en la esquina.

Las dos mujeres se acercaron a la casa, sencilla y sin pretensiones, con un pequeño jardín delantero. Parecía haber estado bien cuidado en otro tiempo, pero los hierbajos estaban comenzando a apoderarse de él con fecundidad maligna.

Llamaron a la puerta, pero no contestó nadie, así que entraron hasta el salón, en el que descubrieron una butaca, de espaldas a la puerta, arrimada a la chimenea en la que humeaba un tronco solitario.

La abadesa contempló a su ocupante y sintió una punzada de asombro y lástima en el estómago. Se esperaba una persona mayor, casi anciana, y en su lugar se encontró con un ejemplar perfecto de masculinidad. De unos cuarenta años, con el cabello rubio un tanto desgreñado y unos ojos de color azul clarísimo, aquel hombre debió ser muy guapo, y todavía lo era, pero los estragos de la enfermedad le habían deformado el rostro, torciéndole la boca en una mueca grotesca.

Reponiéndose de la impresión, le preguntó si era el profesor Brèvis, pero el enfermo pareció no entenderla y se limitó a mirarla fijamente sin reaccionar.

Se lo volvió a preguntar de nuevo, sin ningún resultado. Mientras tanto, Marcela, que curioseaba por la habitación, encontró un libro en la estantería con el nombre de Brèvis en el lomo y se lo acercó. El hombre se agitó tratando de cogerlo, balbuceando. Sor Elvira se lo puso entonces en sus brazos, y pareció tranquilizarse un tanto, pero le siguió mirando desconfiado.

—Profesor Brèvis —dijo despacio la abadesa—, hemos venido con estos resguardos para

recoger el tesoro de Chazals, Quintal y Clermond.

Le puso los tres recibos en la mano, y Brèvis los leyó con atención con el único ojo que podía mover.

*Contra este documento, Etienne Brèvis entregará la clave tercera de tres.*

Al cabo de unos instantes de incertidumbre, el profesor pareció despertar de su aturdimiento y señaló una caja de madera que reposaba en la parte más alta de una alacena.

Marcela se aproximó y la cogió, poniéndola sobre la mesa delante de él.

Brèvis le indicó con un gesto torpe que la abriera y, cuando lo hizo, encontró dentro una baraja de naipes.

El profesor intentó penosamente coger las cartas, pero se le cayeron de su única mano buena, resbalándose hasta el suelo.

La abadesa las recogió, colocándolas sobre la mesa, y cuando acabó le miró interrogante.

Brèvis las separó con lentitud. Cuando por fin las tuvo diseminadas por el tablero, seleccionó tres y se las entregó.

Sor Elvira las tomó en su mano y las miró con curiosidad. No se trataba de naipes, como había supuesto, sino que tenían unas curiosas ilustraciones.

La primera presentaba el dibujo del arco de una ventana, desde el que se veía a una monja de toca blanca y hábito marrón cruzando un puente sobre un río en el que nadaba un animal fantástico, con cabeza de gallo y cuerpo de caballo. El camino sobre el puente estaba orientado al Este, en dirección a unas montañas en el horizonte.

La segunda carta contenía la imagen de un montañero que tiraba de unos bueyes cargados montaña arriba, mientras que por detrás de la cumbre más próxima se veían los rayos de luz del amanecer.

En la tercera se veía un arco de piedra y ladrillo, con una clave en la que había tallada una hoja de hiedra, y a través del cual se veía un muro en el que estaba posado un halcón.

—¿Qué quieren decir estas cartas? —preguntó desconcertada.

Brèvis se la quedó mirando con intensidad. La abadesa intuyó que estaba tratando de explicarse, pero que su cerebro dañado no le permitía hablar. Le miró a los ojos y observó lucidez. Ese pobre hombre no estaba loco, sino atrapado en un cuerpo enfermo.

Al final, tras un enorme esfuerzo, consiguió pronunciar:

—Agua, por favor.

Marcela no se lo hizo repetir dos veces y salió de la estancia en busca de la cocina.

Al ver que tardaba, sor Elvira se guardó las tres imágenes y salió tras la doncella. La joven estaba en el patio, manipulando con torpeza la palanca de una bomba de agua.

Aquel dichoso artefacto se encontraba agarrotado, le dijo a su señora. Entre las dos consiguieron accionarlo con mucho esfuerzo y pudieron llenar un cubo.

Entraron con él a la cocina, con la intención de buscar un vaso, pero se detuvieron en seco al oír una voz de hombre.

—¿Han venido dos viudas a preguntarte algo? —gritó alguien en el interior de la sala.

La abadesa le hizo un gesto a Marcela para que permaneciera callada. Las dos se asomaron con precaución procurando no ser vistas.

Reconocieron al ordenanza de la imprenta imperial, que estaba zarandeando sin contemplaciones al profesor.

Junto a él, la abadesa observó consternada al ministro de Policía.

Fouché miraba desdeñoso al enfermo, que comenzó a toser, en un patético esfuerzo por

explicarse.

Su acompañante, impaciente, le golpeó con saña, y Brèvis comenzó a gemir, cubriéndose como podía con un único brazo, mientras las lágrimas resbalaban del único ojo que podía mover.

Sor Elvira quiso intervenir, pero la detuvo Marcela cogiéndola del brazo, mientras la reñía en susurros.

—Ni se le ocurra enfrentarse a esos hombres. Es mejor que se esconda hasta que veamos que se han ido.

La cogió con firmeza por los hombros y la metió en un armario de la cocina. Después se ocultó detrás de la puerta, atisbando por el resquicio de las bisagras lo que pasaba en la sala.

—Es inútil —concluyó Fouché tras varios minutos de paliza—. Este idiota no quiere hablar. Deshazte de él, no quiero que lo encuentren las viudas. Además, poned vigilancia a la casa inmediatamente. Si vienen esas dos brujas, quiero que sean detenidas. Estoy seguro que se trata de esa condenada monja.

El ordenanza sacó una cuerda del bolsillo, la puso alrededor del cuello del infortunado profesor y, apretando con fuerza, cumplió la orden con frialdad.

Fouché apartó la mirada del rostro amoratado y entonces vio el libro y las cartas sobre la mesa. Observó los objetos con curiosidad durante unos instantes, hasta que decidió recogerlos. Se echó las cartas al bolsillo y con el libro bajo el brazo dio la orden de marchar, llevándose consigo al ordenanza.

En cuanto los sintió salir, Marcela liberó a sor Elvira del armario, y ésta corrió a auxiliar a Brèvis. Horrorizada, encontró su cadáver sentado en el sillón, con el ojo abierto y tumefacto. Se lo cerró en un gesto triste de piedad, mientras Marcela le insistía que tenían que irse de allí de inmediato, antes de que pusieran la guardia.

La abadesa echó un último vistazo a la habitación y se dio cuenta de que el resto de las cartas habían desaparecido. Sobrecogidas, abandonaron la casa a toda prisa.

## Capítulo 12.

### *Descifrando a Brèvis.*

Elisa de Saldaña contempló admirada las paredes recubiertas de cuadros del Salón de París. Había pinturas por todas partes, por encima de las puertas, rodeando las ventanas e incluso por el techo, creando una sensación de aturdimiento.

Había pasado varios días dando vueltas al significado de las tarjetas que le entregara Brèvis, dando gracias a Dios por el impulso que la llevó a guardarlas antes de salir de la sala porque, si no, hubieran desaparecido junto con las demás. Tras estudiarlas varias veces, no les había encontrado ninguna lógica.

Desesperanzada, había decidido buscar ayuda, alguien que pudiera orientarle sobre aquel extraño acertijo y resolvió indagar por los ambientes artísticos a ver si alguien conocía al ilustrador de los naipes de Brèvis.

De pie delante de los lienzos, sentía una especie de vértigo, abrumada por las distintas manifestaciones de arte. El salón de aquel año se había entregado a la glorificación del emperador. La exposición recibía a los visitantes con *La coronación de Napoleón*, firmada por David, cuadro que había sido el de mayor éxito de crítica y público. Pudo escuchar cómo algunos visitantes murmuraban entre dientes que, sin negar el indudable mérito de la obra, hubiera sido impensable un comentario negativo a la figura del corso.

En otro lugar principal destacaba *Napoleón en su trono imperial*, de Dominique Ingres. Elisa escuchó a un entendido explicar a su nada entusiasmada acompañante la simbología del lienzo, a medio camino entre el romanticismo y el arte neoclásico.

Asustada por su ignorancia, optó por dejarles el campo libre y se dirigió a otra parte, en la que se mostraba *El campo de batalla de Eylau*, pintado por el barón Gros.

El cuadro representaba al emperador a caballo, rodeado de sus oficiales del Estado Mayor, en un campo helado sembrado de cadáveres y soldados moribundos, mientras pasaba revista a las tropas supervivientes.

Elisa observó cómo el artista había plasmado los gestos de dolor de los vencidos, en contraste con el rostro de Bonaparte, que se mostraba impassible. La joven no vio gloria ni honor en aquella pintura, tan solo muerte y humo negro, nieve sucia y desesperación.

Se apartó de allí tratando de quitar de su cabeza los horrores de la guerra, intentando imitar a los parisinos, que parecían olvidar por conveniencia las levas forzosas, las familias separadas y las hostilidades permanentes con media Europa.

Un revuelo de gente elegante que se arremolinaba cerca de unos cuadros llamó su atención. Se dirigió a ellos y observó que representaban un mismo paisaje, pero desde distintos ángulos, formando la ilusión de una vista panorámica. *Vista de París desde las Tullerías*, leyó en el cartel. Respiró aliviada. Era un tema más amable, sobre el que sin duda podría entablar conversación.

—Es interesante, ¿verdad? —le preguntó alguien por detrás.

Elisa se dio la vuelta y vio a un hombre vestido con el uniforme de gala de los dragones de la emperatriz. Dio un respingo al reconocer al capitán François Brèzet. Cogida de su brazo iba su esposa Isabel.

—Sí, sí lo es —logró articular.

—La cuestión, *mademoiselle*, es que ha llamado usted nuestra atención. Mi esposa insiste en

que le resulta familiar.

—Pues no, no creo tener el gusto de conocerlos —negó con inquietud.

—No se asuste, *mademoiselle*, no quería alarmarla. Soy el capitán Brèzet. Permítame presentarle a mi mujer, *madame* Brèzet, Isabel para los amigos.

—Isabel, qué bello nombre —musitó mientras estrechaba la mano de su antigua novicia con más fuerza de lo que dictaba la elegancia.

*Madame* Brèzet abrió los ojos con un brillo de alegría al reconocer a la abadesa, pero el gesto de la mano no le pasó inadvertido.

—Disculpe, *mademoiselle*, me siento avergonzada. La he confundido con otra persona.

—No debe usted preocuparse. Es para mí un gran placer saludarles. Me llamo Elisa de Saldaña, y acabo de llegar a París desde España.

—¡Qué casualidad, mi esposa es española! —intervino alegremente el capitán—. Le ruego que nos acompañe a tomar un refrigerio. Por favor, permítame invitarla, no acepto un no por respuesta.

Isabel estrechó sus manos, confirmando las palabras de su marido.

—Sí, por favor, doña Elisa, venga con nosotros. Seguro que no conoce las galerías del *Palais Royal*. Déjeme mostrárselas, le van a encantar.

La joven accedió a acompañarlos, sorprendida con el encuentro con Isabel y complacida a la vez porque, al parecer, a su antigua pupila no le iban las cosas mal.

Se acercaron paseando hasta los jardines del *Palais Royal*, que estaban rodeados de unas amplias galerías embellecidas con artesonados de madera. En ellas se alojaban tiendas y *boutiques* a la moda que llamaban la atención de los viandantes con anuncios y maniqués, a cuál más fascinante.

—Mire esos sombreros, doña Elisa —exclamaba de vez en cuando *madame* Brèzet—. ¡Oh, esos vestidos de allí son extraordinarios!

Elisa se dejó arrastrar, contagiada por el entusiasmo de Isabel, hasta que al final se dejaron caer en las sillas del elegante Café de Foy.

—Pediremos limonada —afirmó Isabel—, es la mejor de la ciudad, está deliciosa. François, querido, si consiguieras alguno de esos fantásticos *macarons* para que los pruebe doña Elisa, sería estupendo.

En cuanto vio la espalda de su marido desaparecer en busca de los manjares solicitados, Isabel no pudo contenerse más.

—Madre abadesa, no me engañe, que sé que es usted. ¿Qué está haciendo en París? ¿Están todas bien? ¿Sabe algo de mis padres?

—Está bien, está bien, las preguntas de una en una. Muchas gracias, de verdad, por no haberme descubierto. Hay un buen motivo, pero cuando te lo cuente deberás mantener el secreto, incluso con tu marido. Si no, mi vida estará en juego. ¿Serás capaz?

—Por supuesto, madre abadesa, ¿por quién me toma?

—Bien, pues no olvides en ningún momento que soy Elisa de Saldaña, la hija de una rica familia burgalesa —le dijo Elisa—, y dame un abrazo, querida mía, que me has tenido muy preocupada.

Se estrecharon profundamente durante unos instantes y, tras ello, la abadesa la puso al día de todo lo sucedido tras su marcha y el porqué de su presencia en París. Por último, abrió su bolso y la enseñó con precaución uno de los naipes.

Isabel estudió el dibujo con atención y lo identificó como una de las imágenes empleadas en el tarot. Le contó que la quiromancia era la última moda en París y que todos, tanto ricos como pobres, acudían a los adivinos. La moda la había impuesto la emperatriz Josefina, criolla de la

Martinica que, según se decía, creía en la clarividencia y por eso se aceptaba como una de las costumbres más elegantes. Iba a explicar algo más, pero, viendo volver a su marido, se apresuró a devolver la carta, haciendo como que se alisaba la falda.

Cuando el capitán Brèzet regresó a la mesa, Isabel le informó con entusiasmo sobre la visita que estaban planeando hacer juntas. Al parecer, habían descubierto que a ambas les atraía la adivinación, y como ella estaba deseando asistir a una de las lecturas de cartas de la famosísima vidente Lenormand, había logrado convencer a su nueva conocida para que la acompañara.

Su marido abrió los ojos con sorpresa. Nunca había hecho mucho caso a las historias sobre augures y nigromantes; es más, le parecían cuentos para timar a los incautos. Sin embargo, deseoso de darle todos los caprichos a su mujer, no vio inconveniente en su propósito.

—Me parece muy bien, querida mía, que busques entretenimiento junto con doña Elisa, y me alegro de que frecuentes su compañía. Ya sabes que, para mi desgracia, no puedo acompañarte tanto como desearía, porque me reclaman mis obligaciones. Será una distracción inofensiva siempre y cuando no os toméis muy en serio esas tonterías.

El carraspeo del camarero, que traía las bebidas solicitadas, interrumpió la charla. Los planes para el día siguiente fueron olvidados entre exclamaciones de placer ante las delicias desplegadas sobre la mesa.

A la mañana siguiente, Marcela estuvo ocupada durante varias horas planificando el atuendo de su señora. Revisó varias veces los vestidos, los zapatos y los sombreros, hasta decidir cuáles eran los más apropiados para la visita. No era cuestión de llevar los más elegantes, pues no se trataba de una gran *soirée*, pero sí necesitaba dar una imagen distinguida y sofisticada.

Elisa miró asombrada su reflejo en el espejo; apenas se reconocía. El vestido, de raso de seda blanco salpicado de pequeñas rosas bordadas, y el peinado, un recogido bajo con un par de mechones sueltos enmarcándole la cara, le daban un aspecto sencillo y juvenil, muy alejado de la severidad de su hábito. Después, Marcela la obligó a practicar con los tacones y a mover la cabeza con gracia, pues debía olvidarse que ya no llevaba su pesada toca.

Ya por la tarde, el capitán Brèzet y su señora pasaron a recogerla a la puerta de su casa, en un coche descubierto de caballos. Isabel admiró el vestido de talle alto y apreció convenientemente los complementos de doña Elisa, desde el bolsito de satén hasta el elegante chal de tafetán color *soupir étouffé*, el nombre que la última moda parisina otorgaba al verde pálido.

El capitán pidió al coche que se detuviera delante del número cinco de la calle Tournon y las ayudó a bajar con galantería. Cuando acabaran podrían acercarse al *boulevard* de los Capuchinos y esperarle allí dando un paseo.

Las jóvenes se llevaron una sorpresa al ver un letrero colgado sobre la puerta en el que se leía: «Mlle. Lenormand. Librería». Al parecer, no era de buen tono anunciar a los cuatro vientos cuál era el verdadero negocio de la adivina.

Subieron al primer piso y una criada les abrió la puerta, haciéndolas pasar a una salita de buenas dimensiones, decorada con estanterías repletas de libros y una mesa grande, así como varias sillas dispuestas a su alrededor. En la ventana que daba a la calle había un tiesto con pensamientos azules, enmarcado por un visillo de muselina. La habitación tenía un aire doméstico muy agradable y convencional, sin bolas de cristal ni signos cabalísticos que impresionaran a los supersticiosos. No parecía tener nada que ver con el gabinete de una clarividente.

Antes de sentarse fueron debidamente informadas de que *mademoiselle* estaba atendiendo ya a un invitado y que además esperaban de un momento a otro a una de sus visitantes más asiduas, una personalidad que no necesitaba cita, pero que en un gesto de enorme amabilidad les había anunciado que se presentaría esa tarde. Cuando esa persona acabara, *mademoiselle* las atendería



si estaban dispuestas a esperar.

Isabel desplegó con parsimonia un periódico que había sobre la mesa y se entretuvo en su lectura. Mientras tanto, Elisa repasó los distintos volúmenes que cubrían las estanterías. Había variedad de temas, desde arte a guías de viaje, aunque la gran mayoría se ocupaban del ocultismo, la cábala y la adivinación. Había incluso un par de libros firmados por la propia *mademoiselle* Lenormand. Cuando acabó de curiosear, se dedicó a mirar al cielo por la ventana. En su fuero interno estaba preocupada. Tenía muy presente que la Iglesia consideraba que visitar a los adivinos era un acto de idolatría, pero se dio ánimo pensando que no buscaba que le predijeran el futuro, sino que estaba investigando y sólo quería que le aclarara el significado de las cartas.

Un revuelo en la puerta les anunció que se había presentado la enigmática visitante.

La criada quiso hacerla pasar a un gabinete privado, pero ésta no se lo permitió, indicando que se encontraba de un humor caprichoso y que prefería compañía. Sin mayor ceremonia, irrumpió en la sala.

Era una mujer no muy alta, con cabellos castaños que le caían en abundantes rizos sobre la frente. Llevaba un vestido de terciopelo color oro con mangas abullonadas y lucía una gran profusión de joyas. En el cuello exhibía un largo collar de gruesas perlas redondas, entre las que destacaban tres más grandes con forma de lágrima, a juego con los pendientes. Llevaba también pulseras de oro y diamantes en ambas muñecas. En conjunto, la mujer parecía brillar con un aspecto suntuoso y recargado.

Isabel se levantó de su silla con precipitación y le hizo una profunda reverencia. Elisa, tras unos segundos de estupor, imitó a su acompañante.

—Su majestad imperial —dijo Isabel con timidez—, es un honor saludarla.

Elisa, por su parte, se limitó a repetir la inclinación, sin abrir la boca. Se encontraban en presencia de la mismísima Josefina de Beauharnais, la esposa de Bonaparte.

La emperatriz tomó asiento en la silla que había dejado libre Isabel, junto a la mesa, mientras las dos jóvenes permanecían de pie, sin atreverse a sentarse.

—Acompañenme, por favor —les indicó señalando las sillas con un gracioso gesto—. Necesito consultar con urgencia a Marie Anne, confío en que podrán perdonarme si les hago esperar un poco más.

—No, no, señora, no tiene que disculparse, no es ninguna molestia —afirmó Isabel—. Muy al contrario, para nosotras es una gran alegría haber coincidido con su majestad imperial.

Las dos se sentaron enfrente de ella y permanecieron calladas, observando cómo la mujer tomaba el periódico entre sus manos y pasaba la vista por los titulares.

Al cabo de unos minutos, arrojó el diario sobre la mesa con una mueca de disgusto.

—Estos periodicuchos no hacen otra cosa que escarbar en mi vida privada —dijo con amargura—. Éste afirma, sin ningún tipo de rubor, que el emperador está buscando otra esposa más joven, más de su gusto, que le dé un heredero. Pues se van a enterar, mañana mismo haré que deje de publicarse.

Se puso en pie con brusquedad y comenzó a deambular por la habitación, mientras pensaba en voz alta:

—Ya no puedo vivir así, la incertidumbre me está consumiendo. Tengo que saber sus verdaderas intenciones.

Las dos jóvenes la miraron asombradas y se pusieron en pie, imitándola.

—No dejaré que me abandone por una austriaca descolorida, lo impediré con todas las armas a mi alcance —dijo, volviendo a sentarse.

Tras unos instantes de titubeo, las dos mujeres volvieron a tomar asiento. Elisa observó en

silencio a la emperatriz. Detrás de las joyas y la ropa de lujo se escondía una mujer asustada.

Josefina jugaba con sus anillos, haciéndolos girar en sus dedos. Les daba vueltas en un sentido y en otro, se los quitaba y se los volvía a poner, concentrada en su tarea, como si ésta se tratara de un ritual exótico y pagano. Las dos jóvenes la contemplaban hacer fascinadas. Los anillos, tachonados de brillantes de diseño exquisito, dibujaban al moverse juegos de luces en el techo de la sala.

Al cabo de unos incómodos minutos en silencio, Josefina pareció volver de su estupor y, dirigiéndose a ellas, les preguntó por su nombre, pues no tenía el gusto de conocerlas.

Isabel tomó la palabra por ser una mujer casada, y por tanto de mayor rango a los ojos de la sociedad parisina y se presentó a sí misma y a Elisa de Saldaña como una querida amiga que había venido a acompañarla.

Elisa rompió el hielo hablando sobre lo encantadores que le habían parecido los bordados de los bajos de las faldas parisinas y coincidió con la emperatriz en que ya era hora de abandonar las grecas romanas y los laureles y atreverse con algo más simbólico, una abeja, quizás, o una letra, la «N» de Napoleón bordada en hilo de oro que contrastara sobre la batista blanca.

A Josefina pareció aliviarla un tanto la charla intrascendente, llegando a afirmar que le parecía muy acertada la idea, e incluso que se mandaría hacer un vestido así. Las mujeres continuaron hablando un buen rato sobre las últimas modas que se habían visto en los escaparates de París, los nuevos y lujosos carruajes y cuáles eran las cafeterías en las que se podía degustar el más exquisito chocolate, tratando de aligerar el tedio de la espera.

Unos murmullos de despedida, que se escucharon desde el gabinete de la pitonisa, hicieron que cesara la charla.

El visitante salió hacia la puerta, pero movido al parecer por su curiosidad, desoyó las indicaciones de la sirvienta y retrocedió hacia la sala de espera.

—Veo que no me he equivocado al reconocer vuestra voz —dijo el hombre, inclinándose ante ella con estudiada ceremonia—. Su majestad imperial, su más atento servidor.

Isabel observó el cambio en la cara de Elisa, que le cogió de la mano con fuerza y se puso rígida. Pero lo que le dejó atónita fue que la emperatriz reaccionó de igual manera, encogiéndose en su asiento. ¿Quién era aquel hombre que había asustado de semejante forma a las dos mujeres?

—Señor Fouché —logró reponerse Josefina—, debo felicitarle por su reciente nombramiento como duque de Otranto.

—Muy agradecido a su majestad —le contestó el ministro—, pero he de confesarle que me asombra encontrarla aquí después de que el emperador haya dejado claro que no ve con buenos ojos que se consulte a los oráculos.

A Josefina le comenzó a temblar la barbilla de indignación. ¿Quién era aquel miserable hombrecillo para decirle a ella, la emperatriz de Francia, lo que tenía que hacer? No obstante, tenía que tomarse muy en serio sus palabras. No debía olvidar que no hace mucho había aceptado su dinero a cambio de información sobre Bonaparte, y por otro lado cada vez estaba menos segura de su ascendiente sobre su esposo. No podía permitirse el lujo de desairar a Fouché en público, pero mucho menos de que se enterase del verdadero motivo de su visita a Lenormand.

—Señor duque —dijo, con una encantadora sonrisa—, he de confesaros que no he venido para mí misma. Sabe usted que hubiera bastado con que convocara a Marie Anne al castillo de Saint Claud, sino que vengo de acompañante de mi muy querida amiga *madame* Brèzet y de *mademoiselle* de Saldaña. Las dos tenían mucha curiosidad por los vaticinios, pero no se atrevían a dar el paso hasta que yo las convencí de que no debían tener miedo, que no es más que un juego, un simple entretenimiento.

Fouché las observó durante unos instantes. No conocía a esas mujeres. Parecían ser quienes decían, amigas de la emperatriz dispuestas a concederle todos sus caprichos a cambio de ascender por la escala social. Pero bien podían ser otra cosa. Por su propia conveniencia, debía estar al tanto de quién se movía cerca de Josefina.

Tras esa reflexión, contestó con helada cortesía:

—En ese caso, su majestad imperial, no soy nadie para oponerme a los deseos de tan bellas damas. Majestad, *madame, mademoiselle*, deben ustedes permitirme que las acompañe, así me aseguraré de que no sufren temor alguno.

Josefina no pudo encontrar ningún argumento para oponerse, y como ni Isabel ni Elisa osaron decir palabra, la sirvienta les hizo entrar a los cuatro en el gabinete privado de la adivina.

Las jóvenes abrieron los ojos con asombro. A la luz de dos pequeños candelabros las paredes aparecían llenas hasta el techo de pinturas y grabados. Había paisajes de playas y reproducciones de castillos, pero también un sin fin de retratos de extraños personajes y un cuadro de la propia pitonisa firmado por Isabey. Había estanterías pobladas de libros, botes que contenían salamandras y lagartos, tarros de cristal llenos de líquidos viscosos de color oscuro, un búho disecado y varios animales de peluche. En los pocos huecos libres, jarrones con enormes flores de papel, y en un rincón, apartada un poco de todo lo demás, una mano momificada reposaba en una hornacina de cristal sobre una peana de madera oscura.

Elisa parpadeó varias veces, buscando adaptarse a la falta de luz y a la sensación de agobio. El abigarramiento de la sala parecía estar concebido a propósito para crear un ambiente de asombro y misterio.

Al fondo, sentada ante un escritorio de madera de arce, se encontraba *mademoiselle Marie Anne Lenormand*, vestida con una túnica de colores brillantes orlada en oro y un turbante de piel de oso, del que escapaban algunos rizos castaños. Su rostro todavía era joven, pero parecía hinchado por su gusto por los dulces.

Si tenía curiosidad al ver entrar de nuevo a Fouché, no lo demostró. En cambio, se levantó ante Josefina, una cortesía que solía conceder en muy contadas ocasiones, echando de paso un vistazo apreciativo a la vestimenta de las dos jóvenes.

La emperatriz le presentó a sus acompañantes y le informó de que ambas querían conocer su buena ventura. Se mandaron traer más sillas, y los invitados tomaron asiento.

La sibila se dirigió entonces a Isabel, preguntándole si deseaba una tirada de cartas corta o larga, pero ésta no tuvo tiempo de contestar porque intervino Josefina afirmando que querían la lectura especial y que no debían preocuparse por el coste, ya que, con total seguridad, el duque de Otranto, que en su galantería había insistido en acompañarlas, se ofrecería a abonar los cuatrocientos francos a los que ascendía la consulta.

Fouché tragó saliva sorprendido y miró adusto a la emperatriz durante apenas unos instantes, hasta que cambió su gesto por una sonrisa tan amplia como falsa.

—Sin duda, los deseos de su majestad imperial —dijo, recalcando el título—, son órdenes para mí.

La adivina sacó entonces un mazo de cartas del cajón de la mesa, seleccionó una, con la imagen de una dama, y la colocó descubierta sobre la mesa. Después ordenó las demás hasta que estuvieron perfectamente cuadradas y las barajó tres veces. Después se las ofreció a Isabel, indicando que cortara con la mano izquierda. Así lo hizo la mujer, un poco abrumada porque los demás la estaban mirando.

Lenormand cogió de nuevo las cartas, colocándolas en orden y boca abajo alrededor de la carta de la dama en cuatro filas de ocho cartas. Situó después las cuatro últimas en una fila inferior, de

manera que todas sumaban treinta y seis. Cuando acabó le preguntó cuál era su fecha de nacimiento y su color favorito.

Aparentemente satisfecha con la respuesta, le pidió que localizara a la dama y que colocara su mano izquierda sobre ella. Entonces fue retirando con cuidado las cartas que había dispuesto antes, dejando únicamente las cuatro que rodeaban la tapada por Isabel.

Cuando acabó, le rogó que retirara la mano. En la mesa habían quedado únicamente cinco cartas, dispuestas en forma de cruz.

Destapó lentamente la carta de la izquierda y en un silencio expectante se dispuso a interpretar el arcano de su significado:

—El diez de tréboles, el oso. Bien. Esta carta representa parte de su pasado. Es positiva e indica que tiene fuerza y resistencia. Indica también que proviene usted de una familia rica y poderosa.

Unas risitas de conformidad por parte de las jóvenes animaron a seguir a la pitonisa. Descubrió entonces la carta inferior y dijo:

—El presente ha mostrado para usted el diez de picas, el parque. También es buen resultado, pues muestra lo social, las reuniones que va a mantener con diversos grupos de personas y le indica que en breve va a tener nuevas y buenas compañías. Está usted en una etapa en la que encontrará muchos contactos sociales.

De nuevo murmullos y aplausos de asentimiento, mientras Fouché esbozaba una leve sonrisa desdeñosa. Aquello era una pérdida de tiempo y de su preciado dinero. Esas mujeres no eran más que las dos bobas que parecían.

La adivina cogió entre sus manos un tercer naipe, situado encima de la dama, e indicó que éste era uno de los más importantes, el que señalaría su destino. Se hizo de nuevo el silencio, hasta que la mujer le dio la vuelta:

—El futuro le depara el siete de picas, la carta. Esto quiere decir que su porvenir está por escribir, no depende de usted, sino de una noticia que debe aguardar en un tiempo próximo. Por lo general, esto es positivo, pero no es suficiente; debe complementarse. Veamos que dice la última carta. Ésta será la definitiva, la que explicará la verdad de su presencia aquí.

Aguardó unos instantes, mirándolos a todos con intensidad, y cuando les tuvo pendientes de sus palabras dio la vuelta a la última carta con un movimiento sobrecogedor.

—Ah, es el diez de diamantes, el libro. Esta carta es muy misteriosa, contiene un aviso, nos habla de algo oscuro, de secretos que aún no han sido revelados, de un proyecto que debe ser ocultado. Representa a una persona fascinante y muy inteligente que tiene usted cerca.

La emperatriz tragó saliva, sintiéndose observada por el duque de Otranto, mientras Lenormand continuaba hablando con tono dramático:

—El oráculo dice que es el momento de desvelar las intrigas de esa persona, de sacar a la luz sus más oscuros secretos.

A Josefina le comenzaron a sudar las manos. No había duda de que la persona misteriosa y fascinante era ella, pensó intranquila. Pero Marie Anne, con la que guardaba la mayor confianza, no se atrevería a desvelar sus confidencias, no cometería esa insensatez.

Por su parte, Elisa miró alarmada a la sibila. Esas palabras parecían claramente dirigidas a ella. Esa mujer era ciertamente muy peligrosa, debía intervenir antes de que dijera cualquier tontería que pusiera en guardia al ministro de la Policía.

A su vez, el propio Fouché se había puesto pálido. Carraspeó un par de veces, tratando de ganar tiempo. Aquella pitonisa era un demonio. Ante cualquiera que le preguntara, afirmaría sin vacilar que las cábalas y las adivinaciones eran cuentos de viejas, pero muy en su interior sentía

un temor supersticioso por las artes negras. No podía arriesgarse a que aquella bruja vertiese palabras indiscretas sobre él delante de Josefina. Ésta podía repetirlo ante el emperador y ponerle sobre aviso.

El duque de Otranto sacó del bolsillo su reloj, consultándolo con ostentación, y se puso en pie interrumpiendo la lectura.

—Disculpen, señoras, pero había olvidado una cita previa y con gran pesar por mi parte debo ausentarme. Espero que su majestad imperial pueda perdonarme —dijo, inclinándose ante ella.

—Por supuesto, señor duque, no se preocupe, entendemos perfectamente que sus obligaciones deban apartarle de nuestra presencia —le contestó Josefina con una sonrisa genuina.

—Hasta luego, señoras, me despido de ustedes —dijo, plasmando un beso en la mano de la emperatriz. Después tomó la de *mademoiselle* Lenormand y, reteniéndola unos instantes entre las suyas, le confió en voz baja:

—Ha sido un agradable pasatiempo escuchar cómo entretenía a estas jóvenes, un encantador e interesante esparcimiento. Me apenaría enterarme de que estas reuniones fuesen algo más, porque si averiguara que cuenta usted en ellas charadas o calumnias sobre cualquiera, me vería obligado, muy a mi pesar, a ordenar que la encerrasen en un calabozo —dijo, mirándola a los ojos con furia.

Después dejó caer sobre la mesa una bolsa con monedas y salió de la sala.

—Vaya, vaya —dijo la pitonisa cuando comprobó que se había marchado—. Al señor duque no le ha gustado nada mi pequeña broma. Debe tener muchos secretos que guardar.

—Muchas gracias, Marie Anne, has logrado librarnos de ese pelmazo —dijo Josefina.

—Sin duda, su majestad, un pelmazo, pero muy peligroso —contestó.

La emperatriz les rogó entonces que le permitieran tener una entrevista a solas con la adivina, agradeciéndoles su gran amabilidad y las despidió diciendo que confiaba en verlas de nuevo en palacio, pues ambas recibirían una invitación a su próxima fiesta.

Se volvieron a sentar en la sala de espera, Isabel un tanto perpleja por todo lo sucedido, mientras Elisa respiraba aliviada.

Aguardaron un buen rato, hasta que al fin la criada les hizo pasar de nuevo al gabinete.

Elisa observó la cara cansada y seria de la vidente, y esto, junto al hecho de que la emperatriz se hubiera marchado sin despedirse, le hizo pensar que su consulta no había tenido buena respuesta. Al parecer, a la ambición del emperador ya no le bastaba la mujer que tenía a su lado.

La adivina cogió las cartas y las barajó, disponiéndose a colocarlas sobre la mesa.

—No, no —le interrumpió Elisa—. No deseo que me lea las cartas. Sólo quiero que me interprete el significado de éstas que traigo. Son una especie de mensaje.

Sacándolas de su bolso, las colocó sobre la mesa. Lenormand las cogió entre sus manos y las estudió con atención.

—El cruce de caminos, la montaña y las lechuzas. Esto es muy interesante, verdaderamente intrigante. Me encantaría ayudarlas. Sin embargo, puesto que acabo de ser amenazada por el mismísimo jefe de la Policía para que no muestre mis habilidades, no puedo decirles nada a menos que me garanticen que no repetirán nada de lo que oigan y que nieguen que lo han escuchado de mi boca.

—Por supuesto, tiene usted nuestra palabra —confirmó con seriedad Elisa.

—Encuentro fascinante que la consulta del señor ministro se haya referido también a estas mismas cartas, para ser exactos, al resto del juego. Considerando que recibí orden de informarle sobre cualquiera que preguntara por este juego de cartas en particular, tienen ustedes mucha suerte de que el señor Fouché no me resulte simpático.

Elisa e Isabel contuvieron el aliento, pero no osaron interrumpirla.

—Les puedo decir lo mismo que le he contado a él. No son unos naipes que se puedan encontrar en cualquier sitio, sino que son únicos y muy caros, Fíjese, están pintados por el maestro Carle Vernet, aquí puede ver usted su firma. Quien los haya mandado hacer es alguien muy versado en las artes adivinatorias y el tarot egipcio.

—Sí, pero ¿qué quieren decir? —preguntó Elisa.

—Este primer naipe simboliza el camino. Me atrevería a decir que tienen ustedes que iniciar un viaje, pues esta monja de toca blanca, que significa pureza y rectitud, da la impresión de representarla a usted.

Elisa pasó por alto esa alusión y preguntó cuál sería el destino.

—Este puente está sin duda en París. Fíjense en el gallo, es el símbolo de Francia, y este caballo no puede ser otro que la estatua ecuestre de Enrique IV, sobre el Pont Neuf. Por otro lado, la caminante va hacia su derecha, por lo que veo claramente que deben dirigirse hacia el este.

—¿Y la montaña? —preguntó Isabel.

—Me atrevería a afirmar que deben dirigirse ustedes a una zona montañosa que esté situada al este de París —confirmó la pitonisa—. Sin embargo, me desconcierta esta montaña. Mírela bien, está rematada en una pirámide.

Elisa revisó la carta, observando que la adivina tenía razón. El pico de la montaña acababa rematado en lo que parecían bloques de piedra.

—¿Y el halcón?

—Es el símbolo que más me desconcierta porque no es el correcto, pero no hay duda de que está representado mal con un propósito. En mis naipes, las aves son lechuzas, y suelo asociarlas con el mal agüero. Con sinceridad, no sé lo que quiere representar en este contexto. Posiblemente señale un lugar, pero no sé decirles cuál. Deben buscar ustedes más ciencia que la mía. Les sugiero que investiguen a la persona dueña de estas cartas, pues mi experiencia me ha enseñado que cuando alguien oculta algo suele emplear lugares que conozca.

Se despidieron de Mademoiselle Lenormand, asegurando que les había sido de mucha ayuda y que podía confiar en su silencio. Esta última les deseo suerte y las acompañó a la salida, recomendándoles prudencia, pues el oráculo afirmaba que su búsqueda no estaba libre de peligros.

## Capítulo 13.

### *La fiesta de Josefina.*

El catedrático Toussaint miró a derecha e izquierda al entrar en el local. Ya casi anoecía, se había desatado una llovizna desapacible y hacía frío, pero él parecía no notarlo. Aquella mañana, al salir de su clase, un pilluelo le había entregado una nota que hizo que se le pusieran coloradas las orejas de expectación. La viuda Chazals le esperaba a tomar café esa misma tarde en *Le Joyeux Lapin*.

Tras pensarlo con detenimiento, Elisa había decidido que tenían que indagar en la vida del profesor por separado para que no pudieran relacionarlas, evitando ponerse en peligro. Ella trataría de averiguar a dónde habían ido a parar los bienes del profesor y, descartada la idea de preguntar en la imprenta imperial, Marcela aceptaría la invitación del catedrático por si pudiera sonsacarle algo más.

El bar estaba casi desierto y a Toussaint le fue fácil descubrir a la joven en una mesa próxima a la chimenea. Casi no la reconoció porque se había quitado las ropas de luto. Le pareció más joven, más delgada... distinta. Pero el cambio no le disgustó, al contrario. No estaba muy acostumbrado a atraer la atención de las mujeres, así que no podía poner muchos remilgos. Además, la ausencia del luto era una buena señal que indicaba que la reunión podría desarrollarse por temas menos serios y más mundanos. Con una sonrisa brillante, saludó a la mujer y se dispuso a disfrutar de su compañía.

Marcela regresó a la casa con los ojos encendidos de entusiasmo.

—París es una ciudad maravillosa —exclamó con alborozo al entrar en el salón—. Toussaint me ha llevado al mejor café de la ciudad y he probado la absenta. Es un licor prodigioso, no me extraña que le llamen «el hada verde».

—Veo que vuelves animada —le contestó Elisa—. Espero que también te alegres de ver que Jacobo ha regresado. —Y señaló al cochero, que se encontraba al otro lado de la estancia, calentándose las manos delante de la chimenea.

—Jacobo, ¡qué bien que hayas vuelto! —chilló la muchacha al verle. Y sin hacer caso de su gesto adusto, se lanzó hacia él y lo envolvió en un abrazo.

El montañés se removió envarado, bastante incómodo ante el arrebato de Marcela. No le habían hecho ninguna gracia las palabras de la joven, y además ésta le abrazaba sin pudor alguno delante del ama.

Elisa comenzó a reír con suavidad, interpretando con acierto la irritación del joven.

—La verdad es que esta noche me tenéis que contar muchas cosas los dos. Marcela, harías bien en preparar una buena cena. Después Jacobo nos informará de su viaje y tú nos contarás todo lo que hayas averiguado.

Un buen rato más tarde, después de haberse aseado y una vez lleno el estómago con el guiso de Marcela, Jacobo pareció recobrar el buen humor y explicó a las dos mujeres los pormenores de su aventura.

Les detalló cómo habían logrado llegar hasta Saint Malo gracias a la velocidad del magnífico carruaje, a pesar de que les pisaban los talones. En cuanto llegaron a la costa, se aseguró de que Quintal y su mujer embarcaran en un buque que se dirigía a Plymouth, en la costa inglesa.

En el momento que vio desaparecer las velas en el horizonte, salió disparado hacia el puerto de

Le Havre, procurando con toda intención que se le viera en el camino para confundir a sus perseguidores. Una vez allí vendió la berlina, lo cual era una verdadera lástima, y compró un caballo de la zona, un potro normando que no estaba nada mal. Después aguardó unos días hasta que le llegó un aviso de los parientes de Quintal, informándole de que los fugitivos habían logrado llegar a Inglaterra, y entonces emprendió el camino de regreso.

Marcela escuchó el relato con atención, intercalando preguntas de vez en cuando, y se mostró impresionada cuando escuchó que les habían disparado. Cuando el cochero acabó de hablar, se levantó de la silla con admiración y le premió con un beso en la mejilla, exclamando que había sido un valiente y que a pesar de los guardias de Fouché había logrado realizar la tarea con éxito.

El montañés se puso colorado y se frotó sorprendido la mejilla, mirando con timidez a la doncella.

Elisa se sumó a las felicitaciones, indicando que tenía que estar orgulloso por haber salvado una vida.

Después le rogó a Marcela que les contara lo que había averiguado.

La joven no se hizo de rogar y, sin detenerse mucho en el modo con el que había logrado sonsacar información al catedrático, les relató que tras varios vasos de absenta Toussaint le había explicado que Brèvis era un hombre bastante reservado y nadie sabía mucho de su vida privada. Había sido muy bueno en su campo y había escrito varios tratados de geología que se conservaban en la Politécnica, pero en lo personal era receloso y suspicaz, quizá por su ascendencia italiana, y no tenía muchos amigos. Además, era bastante extravagante y sus manías se agudizaron después de volver de la campaña egipcia. Comenzó a desconfiar aún más de todo el mundo y descuidó la geología para interesarse únicamente en los misterios de Egipto. Cada vez estaba más chiflado y nadie se extrañó de que al final se le recalentara la cabeza y se volviera loco.

—Pues tendremos que conseguir esos libros —dijo Elisa—. Es la única pista que nos queda de Brèvis. Ya sabéis que esta mañana me acerqué hasta su casa con discreción, por si Fouché hubiera retirado la guardia, y la encontré calcinada. Uno de los vecinos me dijo que, a los dos días de ver a la policía por allí, la casa había ardido por los cuatro costados. Se ve que el señor ministro se cansó de esperar y no quiso dejarnos ningún indicio.

Dos días más tarde, Antoine de Saint-Hubert, un joven vestido a la moda *incroyable*, se afanaba por buscar libros de geología en las abarrotadas librerías de la biblioteca de la Escuela Politécnica.

Elisa se sentía ridícula con aquellos ropajes masculinos, pero tenía que reconocer que esta vez Marcela se había superado a sí misma. Unos pantalones finos que se le ceñían por todas partes, una camisa con volantes, un redingote de solapas exageradas y, como toque magistral, el bigote. Una línea de vello, apenas esbozada sobre el labio superior, la había vuelto irreconocible. De hecho, Jacobo no había sido capaz de distinguirla, protestando malhumorado por tener que hacer de niñera de un lechuguino de París. Las carcajadas de Marcela le sacaron de su error, y aunque reconoció que el disfraz era magnífico, le dio un par de consejos sobre la voz. El más importante, que procurara abrir la boca lo menos posible.

El montañés acompañó al petimetre a la taberna más cercana a la Escuela Politécnica y, tras invitar a un par de rondas a los estudiantes, consiguió que dos de ellos estuvieran dispuestos a jurar ante el bibliotecario que el tímido Antoine de Sainthubert era compañero suyo. El anciano, con fama de malhumorado, le había franqueado la entrada sin pedir mayores explicaciones.

El fingido Sainthubert leía exasperado los títulos de los libros. Las obras estaban colocadas en las estanterías sin un orden lógico. Los tomos de física se mezclaban con los de matemáticas y botánica. Había manuales de mecánica junto a los de química del calor. Tardaría horas en



localizar lo que buscaba.

Elisa se quitó el aparatoso sombrero que llevaba, una especie de chistera dos veces más alta de lo normal, depositándolo sobre una mesa que había al fondo de la sala. No le extrañaba que los parisinos usaran el sarcasmo para llamar «increíbles» a los aristócratas que se atrevían a vestir de aquella forma.

Siguió mirando libros, estantería tras estantería. Se encontraba incómoda. La sala estaba fría y polvorienta y le picaba el bigote. Se agachó desalentada hacia la última balda de uno de los estantes y, de repente, advirtió un tomo con la palabra Brèvis en el lomo.

Lo cogió ansiosa. Era un tratado sobre la geología de los Alpes marítimos firmado por el profesor y fechado en 1803. Esperanzada por el descubrimiento, siguió buscando en la misma zona, pero no encontró nada más. Al cabo de un rato escuchó la voz del bibliotecario, indicando que ya era muy tarde y que tenía que cerrar.

Antoine de Sainthubert se despidió de él lanzándole una moneda. El anciano la recibió serio, sin muestra de agradecimiento.

A Elisa le sudaban las manos según iba avanzando por el largo pasillo, sabiéndose observada por el viejo. Ya a la entrada le había advertido de que no se podían sacar libros del recinto, así que se vio obligada a esconder entre sus ropas el único volumen que había encontrado, puesto que necesitaba leerlo con detenimiento.

El grueso tomo, alojado entre los pantalones, se le clavaba en la espalda, y la mujer no estaba segura de que el abrigo lo disimulara del todo. Siguió caminando ante el ojo escrutador del bibliotecario, procurando no hacerlo con demasiada prisa, hasta que por fin logró salir a la calle.

En la puerta le aguardaba Jacobo con un coche de alquiler. Al verlo dio un suspiro de alivio y se disponía a montar, cuando de pronto escuchó unas voces que le llamaban a gritos. Al darse la vuelta descubrió al bibliotecario corriendo afanoso detrás de ella.

—Joven, joven, aguarde —gritaba el hombre, medio asfixiado.

A Elisa le empezó a latir atropelladamente el corazón. Le parecía imposible, pero aquel astuto anciano había descubierto el robo del libro. Se volvió pálida hacia él, mientras Jacobo descendía del coche, con ánimo de hacerle frente.

—Se ha dejado el sombrero —dijo, devolviéndoselo y mostrando su mano abierta.

Sainthubert depositó en ella otra moneda y subió al carruaje aliviado.

—Menudo susto me ha dado ese hombre —comentó Elisa al cochero, según avanzaban a paso rápido—. Por un instante pensé que me había pillado.

—No quiero alarmarla, doña Elisa —le contestó éste—, pero según arrancábamos se acercó alguien a hablar con él y me parece que nos están siguiendo.

Tras varias vueltas por toda la ciudad, y cuando estuvo seguro de haber despistado a sus perseguidores, Jacobo condujo de vuelta a la joven hasta la casa.

Elisa se desprendió de sus ropas preocupada. No podían permitirse el lujo de bajar la guardia, o la red de espías del jefe de la Policía podría llegar a dar con ellos.

Se sentó en un sillón delante de la chimenea, con el libro entre sus manos, pero la lectura distaba de ser plácida. El profesor explicaba en un tono docto y soporífero la morfología y los pliegues de la cadena montañosa de los Alpes marítimos, en el sudoeste, en la zona fronteriza entre Francia e Italia.

Al cabo de un buen rato, dejó caer el manual al suelo, desencantada. En esa primera lectura no encontró marcas ni pasajes subrayados, nada que le pudiera servir de pista.

Marcela la obligó a comer algo y retirarse a la cama. De nada les serviría si caía enferma por la fatiga.

Se despertó de madrugada a la mañana siguiente. En el calor del duermevela tuvo la sensación de que pasaba algo por alto, de que había algo en el libro a lo que no le había prestado la suficiente atención.

Tras un frugal desayuno se volvió a concentrar en el estudio, pero esta vez comenzó por el apéndice. Brèvis citaba en él los lugares donde había realizado excavaciones, y la joven observó que la frase «*les arènes de Cimiez*», en Niza, aparecía subrayado con lápiz negro.

Elisa localizó ese capítulo, leyéndolo despacio hasta que al cabo de un rato una frase en el texto le hizo dar una exclamación de alegría:

*En la ladera sudeste del monte Chauvé, cerca de la ciudad de Niza, se halla la única pirámide localizada hasta ahora en suelo francés. La pirámide, situada en el lugar llamado Falicón, el halcón, parece ocultar una oquedad natural...*

—Lo he encontrado, lo he encontrado, sé dónde hay que buscar —gritó, bajando a la carrera las escaleras en busca de Marcela—. Tenemos que empaquetar y ponernos en marcha.

—Pues tendrá que ser después de la fiesta —le contestó Isabel en el vestíbulo, mientras entregaba su abrigo a la doncella y le alargaba a su antigua superiora la carta que tenía en la mano—. Josefina nos ha invitado esta noche a una velada en el palacio de Saint Cloud.

—No podría excusarme, ¿verdad? —dijo Elisa, desalentada.

—Me temo que no —le contestó su amiga—, eso sería inconcebible. Nadie le dice que no a la emperatriz.

El salón, adornado con centros de rosas blancas, brillaba a la luz de cientos de candelabros. Después del concierto ofrecido por Spontini, y mientras los invitados disfrutaban de un pequeño refrigerio, se habían retirado las sillas, y con la entrada de Josefina, pasada ya la media noche, había dado comienzo el baile. Estaban presentes los embajadores y los altos funcionarios, los generales y la nueva nobleza, en lo que se consideraba la parte más animada de la fiesta, cuando todos podían mirar y dejarse ver.

Tanto Elisa como Isabel contemplaban fascinadas la magnificencia que las rodeaba. Habían convenido saludar cuanto pudieran a la emperatriz y retirarse pronto, pero la empresa era más fácil de decir que de hacer. Decididas a no aceptar muchos bailes, permanecían sentadas en la zona más alejada de la orquesta, observando con asombro los más maravillosos vestidos. Los satenes y los tules resplandecían ante el más leve movimiento de sus dueñas, que buscaban despertar la admiración con los giros más sugerentes y las danzas más seductoras.

Un conocido de su esposo, *monsieur* Marc de Saint-Hilaire, se acercó para solicitar bailar el cotillón a Isabel, y como no podía negarse porque se consideraría descortés, *madame* Brèzet no tuvo más remedio que dejar sola a su amiga.

Elisa permaneció sentada contemplando con calma a los bailarines durante un buen rato, pero entonces vio a lo lejos al ministro de Policía. Se quedó paralizada y encogida de temor en su asiento durante unos instantes, hasta que respiró hondo y decidió que lo mejor que podría hacer era escabullirse sin llamar mucho la atención.

Se acercó con discreción hasta Isabel y, pidiendo disculpas a su pareja de baile por interrumpirles, le suplicó que le permitiera acompañarla, pues sufría un terrible dolor de cabeza y quería marcharse tan pronto como fuera posible.

*Madame* Brèzet le rogó que las dispensara y fuera tan amable de escoltarlas a presentar sus respetos a la emperatriz.

El hombre las vio alejarse una vez que se despidieron de Josefina, medio divertido y medio esperanzado. La mujer de Brèzet parecía haber llegado alto entablando amistad con la esposa de Bonaparte. Esperaba cruzarse con ella en la próxima fiesta, seguro que no escapaba tan

fácilmente.

Se dio la vuelta y se le borró la sonrisa al ver que se dirigía a él el mismísimo ministro de Policía.

—Mi querido Saint-Hilarie, cuánto tiempo sin coincidir. Le he visto a usted bailar con una dama muy atractiva.

—Así es, señor ministro. Es la mujer de mi amigo, el capitán Brèzet.

—Me parece que no la conozco.

—No es extraño, señor duque, no la conocía nadie. François ha vuelto de Valladolid casado con ella. Es una joven encantadora.

¿Dice usted que es española? —le contestó Fouché mirándole con los ojos entornados—. ¿De Valladolid? ¡Vaya, vaya, mi querido amigo, encuentro fascinante y muy loable el gusto del capitán Brèzet!

## Capítulo 14.

### *Dentro de la pirámide.*

Falicón, Niza. Marzo de 1809.

Elisa se secó el sudor de la frente tras subir a lo alto de la colina. La vista desde allí arriba era magnífica, se llegaba a ver incluso el glorioso azul profundo del mar Mediterráneo, pero la joven no estaba de muy buen humor. Llevaban buscando más de una semana y todavía no habían sido capaces de encontrar nada.

Tanto Jacobo como ella habían consultado a varios habitantes de la zona, pero ninguno les había podido dar razón. Los lugareños de Falicón se encogían de hombros con indiferencia, preguntándose si esos forasteros estaban realmente en sus cabales al andar buscando por allí una extraña pirámide. Unos les habían dicho que buscaran hacia Saint André de la Roche, otros les habían señalado el viejo camino de la abadía, pero todas las rutas indicadas les habían llevado a un punto muerto.

Aquella mañana se presentaba por lo menos con el cielo despejado y lucía el sol. En el día anterior les había sorprendido un aguacero subiendo lo que resultó ser el monte Alban. Había durado poco tiempo, pero había sido muy intenso, y a la vuelta habían tenido que caminar un par de horas con las ropas empapadas. Como consecuencia de todo ello, Marcela había cogido un fuerte resfriado que le había obligado a guardar cama.

Con la única compañía de Jacobo, Elisa echaba de menos la conversación. El burgalés era un hombre fuerte y eficiente, pero también muy callado. Llevaban toda la mañana marchando completamente en silencio, sin intercambiar más que las palabras imprescindibles.

Isabel había querido sumarse a la aventura, pero el permiso de François fue cancelado sin previo aviso y, aunque debía haberse prolongado al menos durante un mes más, el capitán tuvo que incorporarse inmediatamente a su nuevo destino en el Pas de Calais, llevándose con él a su mujer.

Las dos mujeres se separaron llorando, con Isabel protestando indignada porque decía que no era nada justo que a su marido le hubieran enviado a tan remoto lugar.

Elisa recordó con pena la despedida, pues sabía que Isabel sufriría en aquel exilio forzoso, y se preguntó si no habría nadie detrás del cambio de fortuna de la familia Brèzet.

Sumida en sus pensamientos, se sentó a descansar en una roca elevada, pues ya le dolían un poco los pies. El aire había dejado de soplar y de frente al sol la brisa no era del todo desapacible, dispersando en el ambiente el olor de unos pinos cercanos.

Al comienzo de la jornada se habían acercado hasta la abadía de las monjas de Santa María, y el jardinero, un anciano sonriente de gesto amable, les comentó que las gentes del pueblo les estaban tomando el pelo, pensando que era divertido enviarles por los caminos equivocados. Sin dejar de mover su azada, les señaló un sendero que ascendía zigzagueando por una colina cercana, afirmando que ésa era la ruta hacia el verdadero monte Chauvé.

Elisa confió en que esta vez sí les hubieran dicho la verdad y escrutó la zona a su alrededor. A pesar de la nota verde de los pinos, tenía delante un desolado paisaje de invierno. Las varas de las retamas aparecían desnudas y la falta de vegetación permitía ver la base de las grandes rocas blancas. Observando con atención hacia abajo, le pareció ver una extraña formación hacia el lado sur de la colina.

Avisó con una voz a Jacobo, que se había alejado buscando hacia arriba, y cuando estuvieron

juntos descendieron con cuidado.

Se aproximaron a lo que parecía un montículo, y al acercarse más comprobaron con alegría que no era una formación natural, sino una construcción de piedras hecha por el hombre. Elisa se quedó un poco decepcionada, pues se esperaba algo más grandioso. La pirámide en realidad no era muy grande. La base no tendría más allá de cinco metros de lado. Si la hubieran buscado en otra época del año, hubiera sido imposible de distinguir entre la vegetación.

Dieron una vuelta a su alrededor comprobando que en realidad ocultaba la entrada a una cueva. Mientras Elisa temblaba de expectación, Jacobo se ató una cuerda a la cintura y, tras atarla con firmeza a un tronco cercano, se deslizó por la abertura.

Al cabo de un minuto le gritó que podía entrar, que era seguro, pero que tuviera cuidado para no tropezarse con unos escalones que aparecían tallados en la piedra.

—Será mejor que vaya a buscar un par de quinqués, no soy capaz de ver nada. Usted, doña Elisa, quédese en esta entrada porque no tardaré, pero no se aventure dentro de la cueva. Podría ser peligroso.

La mujer le vio marchar deseando que se diera prisa, pues estaba impaciente por explorar la cueva.

Sentada en el suelo, poco a poco se fue acostumbrando a la oscuridad y se dedicó a observar lo que había a su alrededor. Se encontraba en una cavidad no muy grande, con las paredes formadas por piedra y arcilla, y que se alargaba el interior, desembocando en un hueco del tamaño de una puerta. Contó varias veces los escalones, que resultaron ser siete. Cada vez más impaciente se puso en pie y caminó de aquí a allá hasta que en un hueco en la pared acertó a encontrar medio escondida una lámpara con aceite, una piedra de pedernal y otra de eslabón.

Realizó muchos intentos hasta que al final consiguió encender la mecha. Muerta de curiosidad, se internó en la gruta, tanteando con cuidado que no cediera el suelo bajo sus pies.

El suelo seguía descendiendo hacia el interior de la montaña, y avanzando un poco más se encontró en el interior de una segunda cámara. Levantó la luz de la lámpara y vio que ese segundo espacio era bastante más grande que el anterior, pero también más resbaladizo. En el suelo había un hilillo de agua que nacía en una de las paredes de la roca y que se escurría hacia la negrura del interior de un pozo primitivo. Unas piedras dispuestas en círculo marcaban el brocal. Para su decepción, ese lugar también se encontraba vacío.

La mujer se aventuró hacia un paso estrecho situado frente al pozo, iluminándose con la lámpara. De repente, dio un grito de espanto al verse envuelta en una masa negra y chirriante. Al mover la luz había asustado a una colonia de murciélagos que huyeron despavoridos. Aterrorizada, se protegió la cara y apartó a manotazos a varios ejemplares que se habían enredado contra su ropa en un vuelo enloquecido. En ese movimiento sin control dio un traspié y cayó al interior de la cavidad.

Respiró hondo y cuando consiguió tranquilizarse tuvo que buscar a tientas la lámpara en medio de la negrura más absoluta, pues con el susto la había soltado y se había apagado en la caída.

Por fortuna, al estar caliente le resultó más fácil volverla a encender. Cuando logró prenderla iluminó el lugar y se encontró en una sala enorme, con el techo en forma de bóveda sostenido por una gran columna central.

Elisa sintió frío y se apoderó de ella un temor reverencial. El lugar tenía algo especial, parecía un lugar de culto pagano y ancestral. No le costó evocar la imagen de inmemoriales druidas realizando rituales en honor a dioses olvidados y desconocidos.

A la luz de la lámpara descubrió algo que parecía confirmar su pensamiento. Una piedra grande y rectangular, situada en la parte más ancha de la estancia, conformaba lo que sin duda era un altar,

con extrañas marcas y dibujos labrados en su superficie.

Pero lo que le hizo dar una exclamación de júbilo fue lo que encontró detrás.

Medio oculto por las sombras descubrió un nuevo espacio, en lo que parecía una capilla lateral de aquella extraordinaria catedral natural. En ese hueco reposaban una gran cantidad de cajas y arcones de madera.

Realizando un gran esfuerzo, logró levantar la tapa de uno de ellos, y cuando iluminó su interior descubrió que estaba lleno de monedas de oro, con la efigie de antiguos emperadores romanos. Deslumbrada, descubrió otra de las cajas y la encontró llena de las joyas más extraordinarias que había visto en su vida. Collares, brazaletes y pectorales de oro labrado y adornados con diseños de águilas y serpientes. La joven cogió para admirarla una diadema que representaba al dios Horus con la cabeza de halcón y las alas desplegadas. Los asombrosos colores de los esmaltes parecían vivos.

El corazón le palpitaba con fuerza y le temblaban las manos. Allí había una verdadera fortuna, el tesoro egipcio, el motivo por el que Clermond había engañado y asesinado.

Para ella, sin embargo, aquellos objetos representaban la llave que le permitiría recuperar su antigua vida. Ahora ya podía volver a casa con la cabeza bien alta, había cumplido su tarea, había averiguado el cómo y el porqué.

Rememoró su pequeño claustro, con las rosas meciéndose en el jardín. Sor Agustina, sor Laura, sor Inés y todas las demás. La imagen casi le dolió físicamente. Lo había conseguido, había logrado salvar las vidas de sus hermanas.

Sin embargo, todavía no había acabado. Debía presentarse ante el emperador y explicarle los hechos. Quizá le permitiera conservar algo del tesoro. Lo suficiente para librar al convento de las deudas.

Elisa salió de la cámara con impaciencia. ¿Cómo es posible que ese hombre tardara tanto en regresar?

De pronto, vio un resplandor reflejado en las paredes laterales.

—Jacobó, menos mal que has llegado. Estaba ya nerviosa de esperar. Ven a ver lo que he encontrado.

—Me parece excelente, doña Elisa, o, mejor dicho, sor Elvira, que haya descubierto algo. Espero que no le importe tener que mostrármelo a mí.

Para espanto de la mujer, el ministro Fouché la estaba apuntando con una pistola de pedernal, mientras la sonreía con una mueca sardónica.

—¿Señor ministro!, ¿cómo ha llegado hasta aquí? ¿Dónde está Jacobo?

—No se preocupe por su hombre, está atado y amordazado, pero vivo. Eso sí, es posible que le duela un poco la cabeza por el golpe. En cuanto a cómo la he localizado, parece usted olvidar, querida, que soy el jefe de la Policía. He de reconocer que me despistó un poco su disfraz, pero sólo por un tiempo. Debería saber que es difícil engañarme. Pero basta de cháchara, lléveme hasta el tesoro.

—¿Cómo sabe usted que había un tesoro?

—Porque lo leí en el diario de Brévis, donde lo explicaba todo, excepto las claves para encontrarlo. Decidí permitir que lo buscaran ustedes. Les hemos estado siguiendo desde que salieron de París.

—¿Y envió fuera a mi amiga Isabel!

—Pues sí —dijo con una risa áspera—. Siempre hay que procurar debilitar al enemigo. Siendo amiga de la emperatriz, esa mujer podía convertirse en un estorbo. Con un poco de suerte a su marido lo matarán en la primera revuelta y enviudará pronto. Y eso me recuerda que usted

tampoco saldrá viva de aquí.

—¡Es usted un miserable!

—Ésa es una palabra muy fuerte, querida amiga, ya le advertí que no se inmiscuyera. ¡Ahora lléveme a ver ese maldito tesoro!

—No tan rápido —gritó una voz con tono desagradable—. Ese tesoro es mío.

Fouché se giró con un estremecimiento al notar en la espalda el cañón de un arma. Un hombre enorme, desaliñado y con barba de varios días, le empujó con una escopeta, le quitó la pistola de la mano y le obligó a situarse al lado de la mujer.

—¡Gilles! —gritó asombrada Elisa—. ¿Cómo es posible que haya llegado hasta aquí? ¿No estaba detenido?

—Me escapé de aquella inmundicia prisión de su ciudad, señora, no me resultó difícil estrangular al carcelero para quitarle las llaves. Clermond me había prometido parte del tesoro por ayudarme, así que vengo a recuperar lo que es mío. Me dijo que tenía que buscar a Brèvis, pero justo cuando llegué a su casa un par de mujeres muy curiosas entraron a visitarle y las seguí desde entonces. Estaba usted muy graciosa vestida de hombre en la biblioteca.

—Así que era usted el que nos seguía —musitó Elisa.

—¡Ya está bien de charla! Adentro delante de mí y sin hacer tonterías —les gritó, apuntándoles con el arma.

—No se atreverá usted a matarme —afirmó Fouché con desprecio—, se le echará encima toda la policía.

—Eso sería si encontraran su cuerpo y, créame, en este agujero lo veo muy difícil.

—¡Será mejor que no se muevan, están rodeados por los dragones de la emperatriz, les estamos apuntando! —rugió alguien de repente—. Salgan todos con las manos en alto.

Sorprendido por la espalda, Gilles fue obligado a dejar su arma y a subir por los escalones junto a los demás.

Elisa cerró los ojos deslumbrada por la luz del sol.

¡Pero bueno, si esto parece una fiesta! —dijo con risa nerviosa—. ¡Sólo falta que se presente el emperador!

—No exactamente, querida, también estoy aquí —dijo Bonaparte con voz de trueno—. Espero que me aclaren todo esto.

—Sire —dijo la mujer inclinándose delante de él—, ¿cómo me ha encontrado?

—Josefina me contó que había conocido a dos mujeres españolas encantadoras, pero que estaba contrariada porque ambas habían tenido que marcharse, una siguiendo a su marido y la otra a Niza. Después me enteré que el señor Fouché también había decidido ausentarse hacia el mismo lugar y sumé dos más dos. Pero ya está bien de dar explicaciones. Voy a ver lo que han encontrado. ¡Me muero de curiosidad!

Elisa tuvo que aguardar sentada entre Fouché y Gilles, pues, al igual que ellos, estaba retenida por los soldados.

Cuando salió de la gruta, Napoleón se dirigió con satisfacción hacia ella.

—Sor Elvira, ¿o debo llamarla ahora doña Elisa?, estoy muy complacido con usted. Ha resuelto a mi entera satisfacción todo el enigma. ¡Así que *Moustache* Chazals y los demás encontraron este tesoro y se lo guardaron para ellos!

—Pues yo exijo mi derecho sobre él, su majestad imperial. Clermond me prometió una parte —gritó Gilles.

—De eso nada —le contestó Fouché con irritación—, ese tesoro me pertenece por derecho de descubrimiento legal.

—Me temo que ambos no pueden tener razón —dijo entonces el emperador con un curioso buen humor—. Señora, ¿usted qué opina de esto?

—Estos dos caballeros no tienen ningún derecho, sire, he sido yo quien lo ha encontrado. Tan sólo querían aprovecharse de mi labor.

—En eso tiene razón, *mademoiselle*, pero tengo que confesar que yo mismo me encuentro deslumbrado por el tesoro, es magnífico. No sé muy bien cómo hacer para que haya justicia. Quizá pudiera repartirlo entre los cuatro.

—No se le ocurra darle nada a esta sabandija, sire —dijo Fouché refiriéndose a Gilles—. Se lo jugaría a las cartas en un instante.

De repente, el emperador soltó una carcajada.

—Eso, es amigo Fouché. Como siempre, das el consejo más acertado. ¡Qué buena idea, nos lo jugaremos a la baraja!

—Pero eso es una temeridad, majestad —dijo el ministro alarmado—. Usted es muy diestro con las cartas y yo estoy por supuesto por debajo en habilidad, pero ese bergante seguro que ha echado los dientes en las tabernas, nos ganaría con los ojos cerrados.

—Pues si es así, será justicia poética —le contestó Bonaparte en tono que no admitía réplica—. No podrán decir de mí que no les doy a todos una oportunidad. Usted, sor Elvira, ¿sabe jugar al *bouillotte*?

La mujer confesó que había aprendido a jugar en su periplo en busca de la carta. Por las noches era el único entretenimiento que había podido compartir con los soldados.

—Perfecto entonces. Dispónganlo todo para que podamos echar una partida. El que gane se lo lleva todo.

En la taberna del pueblo no habían recibido nunca a personas de tal alta alcurnia. Ante la petición de los soldados, les despejaron una sala que fue rápidamente acondicionada con una mesa y cuatro sillas, en las que se acomodaron los jugadores. El emperador permanecía escoltado por lo más granado de su guardia: tres dragones silenciosos que recibieron la orden de vigilar la partida, no fuera que a alguno se le ocurriera hacer trampas.

Una asustada moza, azuzada por el dueño de la taberna, se había presentado con una jarra de vino tosco, pero la ordenaron que la dejara allí y que saliera sin distraer a los jugadores.

Bonaparte tomó el mazo de cartas, y de los cincuenta y dos naipes separó las figuras, los ochos y los nueves. Ganaría el que hiciera el mejor *brelan*, el trío de cartas con la puntuación más alta.

Echaron a suertes a quién le correspondería abrir el juego, y Fouché torció el gesto cuando Gilles sacó la pajita más corta, pero como era el mismísimo emperador quien las había sostenido en la mano, no se atrevió a protestar.

El exconvicto tomó las cartas, las barajó con lentitud y las repartió hacia su derecha, repartiendo tres cartas de una en una al ministro, a sor Elvira y, por último, a Napoleón. Después descubrió la primera carta del mazo, que resultó ser un diamante. En esa primera ronda hicieron sus apuestas con prudencia, midiendo el juego de los contrarios. No apareció ningún *brelan* y el que obtuvo más puntos fue Fouché.

Le tocó entonces el turno al ministro, que repartió con un poco más de confianza, pero sin bajar la guardia. Desde luego, Gilles no tenía nada fácil sacarse un as de la manga, pero tampoco era imposible. Con una mirada astuta contempló a sus compañeros de juego. Una vez levantada la carta, esta vez un trébol, el ganador de la mano fue el soldado, que lo celebró con una risotada.

Varias jugadas poco afortunadas por parte de sor Elvira hicieron que su montón de fichas bajara peligrosamente. En alguna ocasión había decidido pasar cuando podía haber ganado y en otras quedarse sin atreverse a envidar, perdiendo así poco a poco.



Cuando le tocó repartir al emperador de nuevo, sor Elvira no pudo evitar coger las cartas con manos temblorosas. Fouché y Gilles la miraban con abierto regocijo. Le quedaba una sola ficha, de modo que, si no apostaba, no pasaría de esa mano. La monja era una presa fácil.

—Sor Elvira, ¿qué va a hacer esta vez? —le preguntó Fouché con tono de superioridad—. Le aconsejo sinceramente que apueste.

—Así es, señor ministro. No tengo más remedio que apostar mi última ficha. Envído.

Gilles le contestó con grosería que veía su maldita apuesta.

Fouché también afirmó altivamente que la aceptaba. Ordenaba ya dar la vuelta a las cartas cuando fue interrumpido por Bonaparte.

—Señor ministro, parece usted haber olvidado que también estoy en la mesa. Sor Elvira, acepto su envite, pero confío en que me perdone porque les he desplumado. Tengo *brelan* de nueves. La partida ha terminado.

Y, disponiendo las cartas sobre la mesa, mostró el trío a los dos hombres, que lo observaron consternados.

—Pues mucho me temo, su majestad imperial, que mi trío supera al suyo. *Brelan* de reinas.

Sor Elvira fue enseñando las cartas ante el resto de jugadores, que la contemplaban atónitos. Aquello era inaudito. Con un último gesto destapó a Atenea, la reina de picas.

—Su majestad, esta maldita monja ha debido jugar sucio. No es posible que nos haya vencido una mujer. Ha debido hacer trampas.

—Señor Fouché, mida usted sus palabras —dijo Bonaparte con tono serio, poniéndose en pie—. Me está acusando a mí de estar conchabado con ella, o lo que es peor, está diciendo que soy un inepto que no sé contar las cartas. Le recuerdo que la última mano la he repartido yo y garantizo la limpieza de la jugada.

—Disculpe, sire —dijo Fouché tembloroso—. No tenía la más mínima intención de ofenderle.

—Ha sido portentoso, extraordinario —intervino uno de los dragones—. Una jugada maestra.

—Sor Elvira, la felicito —dijo entonces el emperador—. Tengo que reconocer que me han sorprendido sus habilidades. Ha ganado usted el tesoro en buena lid. Puede retirarse tranquila a su casa.

## Capítulo 15.

### *Todo está perdido.*

Valladolid, abril de 1809.

Sor Agustina lloraba extenuada sentada en el suelo del claustro de las Brígidas.

Hacía dos días que los soldados habían abandonado el alojamiento llevándose todo lo que supusiera para ellos algún valor. Habían arrancado los marcos de las puertas y ventanas, habían quemado los libros de culto e incluso los ricos artesonados del techo habían sucumbido a los fuegos que encendían para darse calor.

Malhumorados por la falta de comida, los franceses habían saqueado la despensa y las bodegas, llevándose sábanas, mantas y vajillas, y hasta las cacerolas de cobre.

El convento estaba desvalijado y parecía tan golpeado y dolorido como el cuerpo de la mujer. La intendenta tenía en el ojo un feo golpe que le propinó un soldado al intentar defender la talla de la Virgen de la capilla, tan fuerte que cayó desmayada. Todavía le dolía mucho, pero no podía procurarse alivio porque no le quedaban ni vendas ni medicinas.

Con todo, lo peor no era el dolor físico. La mujer lloraba de rabia y de impotencia por no haber podido defender su casa.

Después de la marcha de sor Elvira las cosas habían ido de mal en peor. Los soldados, quizá por la inactividad forzosa, se habían vuelto más exigentes y crueles, hasta el punto de tener que esconder a todas las monjas en casas amigas para proteger su integridad física. Eso la había obligado a tener que atenderles ella sola, contando con la única ayuda de la formidable hermana María y del bueno de Blasillo.

Una vez que liberaron al tonto del calabozo, éste no quiso abandonarlas, procurando prestar toda la ayuda que le permitía su menguado intelecto.

Más de una vez había recibido una paliza dirigida a ella de algún soldado enfurecido porque en aquel maldito agujero faltaba el pan y faltaba de todo.

Sor Agustina le rogaba que se fuera, que no tenía por qué aguantarlo, pero el tonto Blasillo le contestaba que él estaba más acostumbrado que ella a los malos tratos y que mientras le pegaran a él, ella no sería importunada.

Esa misma mañana había tenido que echarle para que no se muriera de hambre. Su cara de dolor y desconcierto le habían roto el corazón.

La maldita guerra lo había destrozado todo: su vida, su convento, el candor de los inocentes y su maldita fe. Ella creía en el Señor y en su superiora, y ambos la habían abandonado.

El primer mes habían sobrevivido porque había empeñado el convento y el usurero les fiaba con intereses exorbitantes, pero, en los últimos tiempos, decían las malas lenguas que por las amenazas del vicario, el usurero había cerrado el grifó. Decía que ya les había prestado más de lo que valía el edificio y que no arriesgaría más. Ni él ni nadie en la ciudad.

Esa misma mañana acababa el plazo que les había dado para devolver el préstamo y no disponía ni de una miserable moneda. Ella no podía hacer más. El odioso hombrecillo se presentaría de un momento a otro.

Miró a su alrededor y contempló los tientos destrozados y sus rosales pisoteados. Se llevó la mano al pecho, ahogada por la congoja y el desconsuelo.

De repente, escuchó ruidos en la puerta. Echando mano de toda la dignidad que le quedaba, sor

Agustina se puso en pie y se secó las lágrimas con el borde del hábito, desgarrado y sucio.

—Estoy aquí, don Evaristo, no hace falta que me busque usted.

Se presentó ante ella un hombre bajo y gordo, vestido con un gabán negro pasado de moda y que llevaba una carpeta de piel en la mano.

—Buenos días, sor Agustina, espero que haya pasado buena noche —saludó con retintín.

La intendenta pasó por alto la provocación. No tenía sentido responderle.

—No tengo su dinero, don Evaristo, no he podido conseguirlo —le informó con sequedad.

—Vaya, créame que siento oír eso, pero me veo obligado entonces a ejecutar la fianza y a quedarme con este edificio —le contestó el hombrecillo.

—Sí, ya me figuro que lo siente usted mucho.

—Pues vaya desalojando. Le acompaño a la puerta, no sea que se lleve usted algo.

A sor Agustina le brillaron los ojos de rabia por este último insulto. Aunque había decidido no presentar batalla, no quiso dejar pasar ese último ataque gratuito.

—¿No es necesario que levante acta un notario? —respondió con orgullo—. No quiero que me acuse más tarde de robarle.

El usurero abrió y volvió a cerrar la boca fastidiado. La condenada monja tenía razón. No tenía que haberla provocado.

—Está bien —contestó al fin—. Iré a buscar al notario, pero le advierto que los gastos deberían correr de su cuenta.

La intendenta le miró con una sonrisa sarcástica.

—No se mueva, que volveré en un instante con testigos para que se quede usted más tranquila.

Sor Agustina se volvió a quedar sola. La boca le sabía amarga, pues hacía días que no comía y ya no podía ni llorar.

Se sentó de nuevo en el suelo, demasiado cansada para permanecer de pie, y dejó pasar los minutos en angustiada espera, mientras contemplaba la belleza ajada del claustro. Su casa, su hogar. Se marchaba para siempre, jamás podría volver.

De repente, pronunció su nombre una voz de mujer.

—¡Sor Elvira, ha vuelto usted! —gritó la monja, emocionada al escucharla.

—Así es, mi querida amiga. Ya estoy de vuelta.

Se envolvieron en un cálido abrazo, tan estrecho que sor Agustina se quejó de sus doloridos huesos.

Al ver el calamitoso estado de la mujer y del convento, la abadesa le rogó que le pusiese al día y se puso muy seria cuando escuchó las cuitas de su segunda. Había faltado muy poco para encontrársela en la calle.

—No vas a tener que preocuparte más —le dijo—, traigo dinero de sobra para salir del apuro. Se van a enterar esos señores.

—Sor Agustina, salga usted, que ya estoy aquí con don Tomás —gritó el usurero desde la puerta—. Me acompañan también el señor vicario y el alcalde, que han tenido la deferencia de venir como testigos.

Los prohombres aguardaron unos instantes a que saliera la intendenta.

—Demonte de mujer —gruñó el vicario—. ¿Dónde se habrá metido?

—Aquí estamos —respondió sor Elvira, con su toca medieval y su rostro calmado.

—Ah —dijo don Evaristo, sorprendido—. ¿También está usted, sor Elvira?

—Así es —contestó la abadesa, alargando la mano para que se la besaran.

Así lo hicieron todos menos el vicario, que se limitó a estrecharla en un silencio contrariado.

—Pues lamento darle este disgusto —le explicó el usurero después de que hubieran acabado

los saludos y parabienes—. Pero me temo que tendrán que marcharse ustedes de aquí. Sor Agustina me ha informado de que no pueden ustedes abonar el préstamo que les concedí.

—Ha debido haber algún malentendido, don Evaristo, pero eso no es exacto —le respondió sor Elvira con tono firme y decidido—. Dígame a cuánto asciende la deuda, que yo se la abonaré con mucho gusto, agradeciéndole los servicios prestados. Ha sido muy afortunado que le acompañen a usted estos caballeros, pues podrán atestiguar sin ningún tipo de duda que le devolvemos a usted hasta el último céntimo.

Y así fue. Delante del notario, el alcalde y un vicario que echaba chispas, la reverenda madre abadesa de las Brígidas Recoletas de Valladolid saldó su deuda, levantándose solemne acta de que las monjas habían cumplido con el trato.

Sor Elvira levantó su copa para agradecer a todos su presencia.

En apenas un mes, y gracias a un pequeño ejército de albañiles y carpinteros, el convento había logrado ser de nuevo habitable, aunque aún faltaba mucho para que recuperara su antiguo esplendor.

Así que, con la venia especial del obispo, y para celebrar la vuelta de las monjas al convento, la abadesa había organizado una pequeña fiesta.

Había sido una maravillosa sorpresa contar con doña Consuelo de Saldaña, que se decidió a viajar desde Burgos para sorprender a su protegida. La joven no podía estar más agradecida por su presencia y la presentó al señor párroco con tales palabras de alabanza que la mujer se emocionó.

Cuando presentó a Marcela y a sor Agustina, no podía imaginarse que trabarían amistad tan rápido, quitándose la una a la otra la palabra de la boca, riendo como niñas y contándose confidencias.

Jacobo miraba arrobado a su prometida, pues al fin se había decidido a declararse a Marcela y ésta le había dado el sí. Apenas cruzo una palabra con sor Elvira, pero ambos se dirigieron una mirada y sonrieron. Con eso era suficiente.

Cuando le avisaron de que Blasillo había regresado y estaba en la puerta, la abadesa se levantó en persona a recibirle. El joven no se atrevía a entrar, sujetando al Canelo con timidez, pero el perro se zafó de sus brazos y fue corriendo a los pies de la abadesa, dando tales saltos de alegría que casi la tira.

Sor Elvira tranquilizó al perro acariciándole en la cabeza y estrechó con cariño a Blasillo entre sus brazos. Después le invitó a pasar a la fiesta, asegurándole que nunca le faltaría un lugar en esa casa.

El resto de hermanas sonreían y hablaban entre ellas, respirando de felicidad porque al fin había llegado la normalidad. Incluso las más lanzadas suspiraban, diciendo medio en serio medio en broma que iban a echar de menos los chistes de los soldados.

Sentados un poco aparte se encontraban fray Juan, el prior de los dominicos y el párroco don Lorenzo. El anciano se reía entre dientes ante lo que le contaba el sacerdote. Al parecer, el vicario don José se había arruinado al apostar en contra de sor Elvira y, por si fuera poco, el señor obispo había recibido demasiadas quejas sobre él, alguna incluso del propio Bonaparte. En castigo le habían enviado a las colonias.

Cuando se fueron los invitados, sor Elvira llamó aparte a la intendenta.

—Sor Agustina, te entrego esta llave. Pertenece al cuarto secreto donde permanecerá guardado el tesoro. Es tiempo de que siga oculto. Nadie debe saber de él, pues ya ha traído demasiada muerte y pesar.

—Así se hará, madre abadesa, nadie sabrá de él.

Sor Elvira tomó entonces una escoba y se dispuso a barrer, ayudando en la limpieza al resto de sus hermanas.

## *Epílogo.*

### *El gran tesoro.*

Valladolid, 1991

Fernando se dirigió al micrófono. Era el momento culmen de la noche. Tras sus palabras quedaría inaugurada la exposición.

Tras los agradecimientos de rigor a los patrocinadores, y en cuando se apagaron los aplausos, tomó de nuevo la palabra:

—Me van a permitir ustedes que actúe como narrador, explicando las extraordinarias circunstancias que nos han conducido hoy aquí, a contemplar con ojos asombrados un fabuloso tesoro de la decimoctava dinastía.

»La historia que nos trae hoy aquí comenzó en 1793, cuando la expedición francesa encabezada por Napoleón desembarcó en Egipto. Era una expedición de naturaleza científica, en la que botánicos, ingenieros y químicos descubrían por vez primera a los civilizados ojos de los franceses la extraordinaria diversidad de aquellas tierras intemporales. Pero ésta es también la historia de una traición, por el motivo más antiguo del mundo: la codicia.

»Hoy podrán contemplar los fascinantes tesoros egipcios encontrados en el convento de las Brígidas. Vasos canopos de alabastro, figurillas de oro, pectorales, joyas y escarabajos sagrados, explicados en el catálogo con todo lujo de detalle.

»Pero, ya que se hace tarde y no quiero aburrirles más, finalizo mi discurso proponiendo un brindis por una mujer extraordinaria, sor Elvira de Rojas, protagonista indiscutible de asombrosas hazañas y la causante de que todos nosotros podamos admirar este tesoro legendario.

Un estrépito de aplausos coronó las palabras de Fernando, que bajó del estrado saludando a unos y a otros y estrechando manos.

El extraordinario descubrimiento había sacudido el sosegado ritmo de la ciudad. La inauguración de la exposición había sido muy divulgada y se habían acreditado innumerables medios nacionales e internacionales.

La sala bullía con las muchísimas personas que se habían presentado. Personalidades del mundo de la cultura y de la egiptología murmuraban admirados a la vista del catálogo de la exposición.

No era para menos. Era la presentación del tesoro de Hatshepsut, reina del Alto y Bajo Egipto, nieta, hija y esposa de faraones, que reinó en la décimo octava dinastía. Había piezas únicas, de un valor inimaginable, como correspondía al ajuar funerario de una reina-faraón de Egipto.

Tras una señal de Fernando, se permitió avanzar a los fotógrafos hacia las urnas de cristal que contenían los preciados vasos canopos de alabastro opalino, casi transparente, las copas de cristal tallado, los collares y brazaletes de oro labrado, de incalculable valor, los tarros de cremas y perfumes, conteniendo aún restos de antiguas y exóticas esencias, las refinadas tallas de las cajas de maquillaje. A la luz de los flases, aquellos antiquísimos objetos volvieron a cobrar vida, mostrándose en toda su exquisitez, ajenos a la codicia que despertaban. Las luces brillaban, la música se elevó y el vino comenzó a correr.

Los invitados, con sus copas de espumoso en la mano, deambulaban contemplando la exposición, con conversaciones ágiles e ingeniosas, agolpándose para admirar el sarcófago de oro de la reina. Brindaban por saberse vivos y especiales, con sus perlas, diamantes y opulentos

relojes de oro en la muñeca, rivalizando con la magnificencia antigua y suntuosa que los había llevado hasta allí.

A sus pies, ignorados, reposan los antiguos restos de las monjas de la orden. La recién restaurada sala de exposiciones es en realidad la vieja iglesia del convento de Santa Brígida, reconvertida. Durante la restauración se encontraron las tumbas de numerosas hermanas, cuyos vestigios fueron fotografiados, catalogados y convenientemente cubiertos por un nuevo piso de mármol de Angola, carísimo y elegante, a juego con el tono lujoso y mundano con el que se quería dotar a la sala.

En el lateral izquierdo de aquel fastuoso salón, ya casi al final de la nave, más allá de la puerta de lo que fue la sacristía, reposan unos restos humanos sin catalogar, amortajados con el hábito de la Orden Brígida.

Pertenecieron a una persona de estatura baja, mujer, si atendemos a su pelvis, que murió a una avanzada edad y que tuvo la previsión de poner por escrito la sucesión de acontecimientos por los que fue pasando. De no ser así, nadie hubiera podido aventurar los hechos aquí narrados. Si esos huesos hubieran podido escuchar, de seguro hubieran sonreído al oír esta historia, su dueña hubiera agachado humilde la cabeza ante los exagerados halagos a su persona y habría disfrutado como la que más de la copa de vino que acompañaba al brindis por su memoria.

### *Otros libros de la autora:*

LA PIEDRA DE SIETE OJOS relata la historia del más sensacional hallazgo arqueológico de los últimos tiempos, el candelabro de siete brazos del Templo de Jerusalén, la Menorah de oro descrita en la Biblia.

La aventura comienza en la Roma imperial del siglo IV, a punto de sucumbir a la invasión bárbara. El candelabro, llevado allí por el general Tito tras la conquista de Jerusalén, comenzará un nuevo viaje que lo conduce a la península ibérica.

Pasan los años y es olvidado, hasta ser descubierto en el siglo XIV por el tesorero del rey Alfonso XI de Castilla, Micer Jucef, de origen judío.

Un descendiente del tesorero, un médico llamado Ben Leví, lo reencuentra en Valladolid, en el incierto año de 1492. Perseguido por una fanática hermandad se verá obligado a esconderlo de nuevo. Tras la expulsión de los judíos de Castilla y Aragón, se pierde toda noticia de la sagrada reliquia...

Amelia Galván, una joven arqueóloga, ve interrumpidas sus vacaciones por la súbita muerte de su inquilino. Entre los objetos del muerto encuentra unas fotos con un extraño grabado, que hacen que comience a investigar.

Se suceden así una serie de descubrimientos señalados por la piedra de siete ojos. Pistas halladas por internet, arcanos de la Cábala y pergaminos con textos secretos nos conducen por las rutas de la antigua mesta a distintas capitales del reino de Castilla.

En esos mágicos lugares, Amelia, junto con sus colaboradores, va encontrando nuevos fragmentos del enigmático rompecabezas, hasta llegar a un final sorprendente.



## *Acerca de la autora:*

Miriam Conde Redondo  
(Valladolid, 1968)

Ingeniera industrial, escritora e hija de librera, lo que según ella, imprime carácter.

En su trayectoria profesional ha desempeñado puestos en la empresa privada y ha sido docente. Desde 1997 trabaja para la Administración regional de Castilla y León.

En el 2011 obtuvo el primer premio del X concurso de Relatos Cortos de la Asociación de Ingenieros Industriales de Madrid.

Fue finalista del Primer Concurso Internacional de relatos cortos "La sonrisa de Quevedo" sobre humor en la Administración Pública en el año 2012.

En el año 2016 publicó la novela de intriga histórica "La piedra de siete ojos".

En el 2018 obtuvo el primer premio del XVII concurso de Relatos Cortos de la Asociación de Ingenieros Industriales de Madrid.

"El correo de Napoleón" es su segunda novela.

Para saber más, puedes visitar:

<http://www.miriamconde.com>

<http://www.facebook.com/MiriamCondeRedondo/>

[twitter @miriamconde7](https://twitter.com/miriamconde7)

*Si te ha gustado este libro...*

Si te ha gustado este libro, puedes dejar una reseña. Las reseñas positivas son una gran ayuda para los autores, nos animan a seguir trabajando. ¡Muchas gracias por leerme!